
EL
CARDENAL
NOS HA
DICH0

Agencia de Edición y Distribución del Pastor Mayor
de la Congregación Salesiana,
Don Esteban Viana,
para la publicación de esta obra.
SELECCION Y NOTAS
DEL PADRE
MIGUEL ORTEGA

EDITORIAL SALESIANA
SANTIAGO DE CHILE

EL
CARDENAL
AH NOS
DICHOS

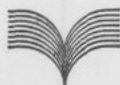
*Agradezco la colaboración del Rector Mayor
de la Congregación Salesiana,
Don Egidio Viganó,
para la publicación de esta obra.*

P. MIGUEL ORTEGA R.

**EL
CARDENAL
NOS HA
DICHO**

1961 - 1982

**SELECCION Y NOTAS
DEL PADRE
MIGUEL ORTEGA**



**EDITORIAL SALESIANA
SANTIAGO DE CHILE**

35224

EL CARDENAL NOS HA DICHO
Selección y prólogo de Miguel Ortega

Derechos Reservados
Inscripción N° 55.906

1ª Edición, octubre de 1982
Con las debidas licencias

Editorial Salesiana
Erasmus Escala 2334
Santiago, Chile

Diseño Portada:
Patricio Andrade, Eduardo Castillo

Diagramación:
Patricio Andrade



Impresor:
Salesianos, Bulnes 19
Santiago, Chile

Se terminó de imprimir en
el mes de octubre de 1982

INDICE

<p>UN HOMBRE PROVIDENCIAL 11</p> <p>BIOGRAFÍA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ 19</p> <p>1. APACIENTA MIS OVEJAS. Primer mensaje del Arzobispo de Santiago. (24 de junio de 1961) 23</p> <p>2. DEBES MOSTRARTE INTRÉPIDO. Al ser designado Cardenal de la Iglesia. (17 de febrero de 1962) 27</p> <p>3. CARTA DESDE ROMA. Sobre el Concilio Vaticano II. (13 de noviembre de 1963) 29</p> <p>4. LIBERTAD RELIGIOSA. Intervención en el Concilio. (23 de septiembre de 1964) 35</p> <p>5. FRATERNIDAD AMERICANA. Discurso en el Cristo Redentor. (27 de febrero de 1965) 39</p> <p>6. LOS DERECHOS HUMANOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. Conferencia a la</p>	<p>11</p> <p>19</p> <p>23</p> <p>27</p> <p>29</p> <p>35</p> <p>39</p>	<p>Comunidad Judía. (29 de julio de 1965) 44</p> <p>7. SER UNOS EN CRISTO. Palabras a los sacerdotes de Santiago. (Jueves Santo 1966) 53</p> <p>8. ¿HACE POLÍTICA LA IGLESIA? Entrevista del diario "Las Últimas Noticias". (20 de enero de 1968) 64</p> <p>9. PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN. Ante la toma de la Catedral de Santiago. (11 de agosto de 1968) 69</p> <p>10. DOCTORADO A PABLO NERUDA. Sesión del Consejo Superior de la U.C. (27 de junio de 1969) 71</p> <p>11. EL ESTILO DEL CONCILIO. Entrevista del diario "La Tercera de la Hora". (15 de enero de 1970) 73</p> <p>12. ACELERAR NUESTRA LIBERACIÓN. Mensaje a los Trabajadores. (1º de mayo de 1970) 76</p>	<p>44</p> <p>53</p> <p>64</p> <p>69</p> <p>71</p> <p>73</p> <p>76</p>
---	---	---	---

13. TIERRA PARA LOS CAMPE- SINOS. Entrega de títu- los de dominio. (16 de mayo de 1970)	79	del General Schneider. (16 de julio de 1971)	134
14. ANUNCIAR LA BUENA NO- TICIA. Jornada de los Medios de Comunica- ción Social. (10 de ma- yo de 1970)	83	25. NO NOS CONOCEN. Carta Abierta a los cristianos de Holanda. (Febrero de 1972)	136
15. DEPONER TODA VIOLENCIA. Mensaje de Resurrec- ción. (Pascua de 1970)	87	26. NO RENUNCIAR A LA FE. Carta al Padre Gonzalo Arroyo s. j. (3 de marzo de 1972)	142
16. IGLESIA, SACERDOCIO Y PO- LÍTICA. Intervención por Canal 13 de TV. (20 de julio de 1970)	90	27. CONGOJA Y ESPERANZA. Mensaje a los chilenos por Canal 13 TV. (2 de septiembre de 1972)	149
17. PROTEGER LA VIDA. Suces- os policiales en Puente Alto. (Agosto de 1970)	94	28. OPERACIÓN RESPETO. Las condiciones de nuestra convivencia. (29 de oc- tubre de 1972)	153
18. LO QUE NOS UNE. En vís- peras de las elecciones presidenciales. (Sep- tiembre de 1970)	97	29. EL EVANGELIO NO SE ENCA- SILLA. Entrevista de la Revista "Ercilla". (21 de febrero de 1973)	157
19. EL CAMINO DE LA JUSTI- CIA. Funerales del Gral. René Schneider. (26 de octubre de 1970)	101	30. HOMBRE Y CRISTIANO. Memoria de Jacques Maritain (29 de abril de 1973)	160
20. UN MUNDO MÁS SOLIDA- RIO. Te Deum Ecuméni- co. (3 de noviembre de 1970)	104	31. CONVERSANDO EN TOLEDO. Diálogo sobre Pastoral de Liberación. (Junio de 1973)	162
21. CRISTO EN LOS DESPOSEÍ- DOS. Mensaje de Navi- dad. (24 de diciembre de 1970)	108	32. RESTABLECER EL DIÁLOGO. Carta al Secretario Ge- neral del Partido Comu- nista de Chile. (20 de julio de 1973)	187
22. LA UNIVERSIDAD CATÓLICA: SU RAZÓN DE SER. Inter- vención en el Claustro Pleno. (3 de mayo de 1971)	111	33. UN MÍNIMO DE CONSEN- SO. Carta al Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile. (28 de julio de 1973)	189
23. HAY QUE MATAR AL ODI- O. Funerales de don Ed- mundo Pérez Z. (10 de junio de 1971)	131	34. HORA DRAMÁTICA. Ante el Pronunciamiento Mili- tar. (16 de septiembre de 1973)	191
24. UN CRISTIANO Y UN MÁR- TIR. Palabras a la viuda		35. AMAMOS LA LIBERTAD. Te Deum Ecuménico en	

"La Gratitude Nacional". (18 de septiembre de 1973)	193	46. A LOS JÓVENES ARGENTINOS Y CHILENOS. Encuentro por la paz en la Cordillera. (8 de octubre de 1978)	287
36. RESTAÑAR HERIDAS. Conferencia de Prensa. (9 de octubre de 1973)	197	47. RESPETO A LOS DERECHOS HUMANOS. Premio NN. UU. a la Vicaría de la Solidaridad. (Nueva York, 10 de diciembre de 1978)	289
37. ¿SOMOS CRISTIANOS? Homilía en la Vigilia Pascual. (13 de abril de 1974)	200	48. MIEMBRO DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA. Discurso de incorporación. (13 de agosto de 1979)	292
38. BUENA NUEVA PARA LOS POBRES. Mensaje a los Trabajadores. (1º de mayo de 1974)	205	49. NO HEMOS SIDO ESCUCHADOS. Te Deum Ecuménico. Homilía leída sólo en partes. (18 de septiembre de 1979)	301
39. RECONCILIACIÓN DE LOS CHILENOS. Homilía al terminar el Año Santo. (24 de noviembre de 1974)	212	50. LAS DIFÍCILES RELACIONES. Entrevista de la Revista "Hoy". (3 al 9 de octubre de 1979)	306
40. EDIFICAR EN EL AMOR. Te Deum Ecuménico. (18 de septiembre de 1975)	221	51. LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR. Mensaje a los jóvenes. (7 de octubre de 1979)	313
41. HIJO DE UN CARPINTERO. Mensaje a los Trabajadores. (1: de mayo de 1976)	228	52. DERECHOS HUMANOS Y EVANGELIO. Al recibir el Premio de la "Fundación Bruno Kreisky". (Viena, 19 de octubre de 1979)	315
42. PACTO ANDINO Y SOLIDARIDAD. Seminario sobre Iglesia e Integración. (Lima, 2 de mayo de 1976)	238	53. EL CAMINO DE LA JUSTICIA. Primer aniversario Simposio de los Derechos Humanos. (25 de noviembre de 1979)	319
43. LOS CAMINOS DE LA PAZ. Te Deum Ecuménico (18 de septiembre de 1976)	252	54. DON BOSCO ME HA CONQUISTADO. En sus Bodas de Oro de profesión religiosa. (2 de febrero de 1981)	324
44. EL HUMANISMO CRISTIANO EN LA IGLESIA DE IBEROAMÉRICA. Sesquicentenario del Congreso Anfictiónico convocado por Bolívar. (Ciudad de Panamá, 3-6 de junio de 1976)	262	55. MONSEÑOR OSCAR ROMERO. Honras fúnebres por el	
45. AMO A LA IGLESIA. Diez años de la muerte de Mons. Manuel Larraín. (Talca, 22 de junio de 1976)	279		

Arzobispo de El Salvador. (Abril de 1980)	331	en el cerro Santa Lucía. (13 de diciembre de 1981)	351
56. EMPRESARIO Y HOMBRE DE FE. Congreso Mundial de UNIAPAC. (Abidjan, 3 de mayo de 1981)	334	59. VEN, BENDECIDO DE MI PADRE. Homilía en el funeral de Don Eduardo Frei M. (25 de enero de 1982)	356
57. ENTREVISTA POLÉMICA. Concedida a la Agencia ANSA. (12 de abril de 1981)	347	60. VEN Y SÍGUEME. Carta a la Juventud de Santiago. (Pentecostés, 1982)	360
58. PAZ ENTRE CHILE Y ARGENTINA. Misa por la paz			

UN HOMBRE PROVIDENCIAL

Después de la muerte del Cardenal José María Caro, dos figuras eclesiásticas se postulaban en Chile para suceder al Arzobispo de Santiago. Ellos eran Monseñor Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de Concepción y Rector de la Universidad Católica, y el Obispo de Talca, fundador del CELAM y Asesor de la Acción Católica, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz. Ambos con una amplia trayectoria y representativos de dos líneas de Iglesia: la una más "conservadora" y la otra más "progresista".

Sin embargo, el cable trajo una noticia sorprendente. El Papa Juan XXIII había nombrado como Arzobispo de Santiago al Padre Salesiano Raúl Silva Henríquez, quien desde fines de 1959 era Obispo de Valparaíso.

Muy conocido en su congregación. De familia talquina. Educado en Turín. Profesor de Derecho y Moral en el Teologado Salesiano. Director de colegios y Presidente de Cáritas-Chile.

Su nombramiento produjo comentarios. Nadie lo había imaginado para el cargo. Las opiniones se dividieron. Tradicionalmente el Arzobispado de Santiago había pertenecido al clero secular. La presencia de un religioso como cabeza de la más importante diócesis del país producía inquietudes.

Y así llegó a Santiago.

Y durante más de veinte años, lo que hace el Cardenal, lo que dice o lo que opina, vuelve al comentario, a la crítica o al aplauso entusiasmado.

Para algunos es un hombre polémico. Otros lo conside-

ran providencial para este momento de la historia de Chile. Algunos ven en él la fuerza profética de una Iglesia servidora de los hombres, mientras que para determinados sectores es un hombre ambicioso, con más vocación de político que de pastor.

Fascinante personalidad la de este hombre. Ha dirigido la Iglesia de Santiago y ha sido Presidente de la Conferencia Episcopal, bajo cuatro gobiernos con ideologías y características muy distintas: Don Jorge Alessandri, don Eduardo Frei, don Salvador Allende y el General Augusto Pinochet. Bajo todos ellos ha mantenido una sola línea, consecuente con su fe, y ha entregado con claridad su pensamiento inspirado en los Pontífices. Sin embargo, las críticas han sido implacables y la mayoría de las veces extraordinariamente duras e injustas. Las ha recibido siempre con tranquilidad. Su único temor ha sido dañar u ofender a sus detractores, ya que se sabe también Pastor de ellos.

Muchas veces en la intimidad de la conversación le hemos preguntado ¿cómo hace usted para resistir tantos ataques? Su respuesta con una sonrisa es siempre igual: "No se preocupen. Al Señor le pasó lo mismo. ¿Cómo no me iba a tocar algo a mí?" Y sigue su tarea con más convencimiento y con más tesón.

El Cardenal tiene un "lejos" y un "cerca". Muchas veces, para quienes no lo conocen, aparece terco, insensible, calculador y apasionado. Sin embargo, "de cerca" despliega su hermosa humanidad: acoge con especial simpatía en su casa, procura que su visita se sienta cómoda, crea con ella un clima grato y de confianza. Ofrece un aperitivo preparado con sus propias manos. Comparte su mesa y se alegra cuando sus comensales saben apreciar lo que les ha preparado. Muchas veces él mismo va al mercado a comprar los alimentos con que honrará a sus huéspedes. No le gusta comer solo. El mismo llama por teléfono a sus amigos y los invita a tener un simpático momento de tertulia. Es capaz de los gestos más delicados y tiernos con quienes lo rodean. Jamás olvida traer de sus viajes un regalo para el personal que lo atiende en su casa. Muy pocos saben, por ejemplo, que la noche de Navidad ellos están en la mesa y el propio Cardenal les sirve la comida.

Sabe reír con el último chiste conocido y sigue con pre-

ocupación el acontecer nacional y mundial. Normalmente cada día conoce las opiniones más importantes que se vierten sobre la marcha de la Iglesia, sobre economía, política o cultura.

En sus afectos hay, sin duda, quienes se llevan de él una parte mejor: su familia, el Seminario, los vicarios, los jóvenes y los pobres. Hemos sido testigos de cómo el Cardenal ama y defiende a sus amigos. Más de una vez lo hemos visto llorar al conocer el sufrimiento de los humildes, o defender acaloradamente la formación de sus seminaristas, o compartiendo su mesa con jóvenes de distintos sectores, o celebrando un aniversario o el Año Nuevo con sus colaboradores más cercanos.

Tiene, eso sí, unos amigos preferidos. Ellos son los niños de la Aldea sos, de Punta de Tralca. Delante de ellos el Cardenal se transfigura. Es el "tío Cardenal" para los niños. Y ellos lo aman, lo besan, le muestran sus notas y sus progresos. Por eso, él tampoco los olvida y parte siempre con un cargamento de dulces, galletas o alimentos. De estos niños es también su Catequista. En forma genial les explica el Evangelio, lo representa, lo vive y lo actúa. Ellos no le despegan los ojos en cada celebración. Al verlo rodeado de estos niños he comprendido muy bien su vocación de seguidor de Don Bosco y cómo, gracias a Dios, el ser salesiano lo lleva muy adentro de su alma.

Muchas veces el Cardenal resulta desconcertante. Es tímido y es extraordinariamente audaz. Es humilde y al mismo tiempo es capaz de una dureza increíble. Se sabe "personaje" de la Iglesia pero no puede borrar su amor al campo, y sus dichos pintorescos aprendidos en Loncomilla, cerca de San Javier. Defiende apasionadamente sus ideas. No le gusta imponerlas. Dialoga. Discute. Argumenta. A pesar de que se recibió de abogado en el año 1929, en realidad nunca ha dejado de serlo. No pierde jamás sus discusiones sino que hábilmente sabe incorporar muy bien a sus argumentos las razones de su interlocutor.

El Cardenal tiene un gran apego a su familia. Guarda un hermoso recuerdo de su madre, y él mismo afirma, que de ella recibió el amor, la bondad y la ternura para darse a los demás. Admira la figura de su padre, hombre enérgico, emprendedor, demócrata que arriesgó su vida luchando por sus ideales. De él también recibió como herencia la firmeza

en sus principios, su coraje y su amor a la libertad y a la democracia.

El Cardenal es un hombre de contrastes. Impresiona verlo visitar una población, abrazar a una viuda o dialogar con un dirigente sindical. Allí se siente cómodo, acogido y amado como Pastor. Al mismo tiempo es solemne, serio, adusto y trascendente. Caminando hacia el altar de su catedral raras veces se le escapa una sonrisa. Puede al mismo tiempo entrevistarse con reyes, presidentes, pontífices o autoridades con la misma simpatía y sencillez. Su pasado talquino lo ha marcado. Es campechano, cazarro y penetrante. No dice todo lo que siente, pero registra con exactitud todo lo que ve y lo que oye. Esto le da un cierto aspecto misterioso. Nadie puede exactamente prever sus reacciones o decisiones. Menos aún puede pretender ejercer influencia sobre él. Admite y escucha todas las opiniones. Pero la última decisión es exclusivamente suya. Y no se equivoca con facilidad.

Es necesario hacer una mención aparte de lo que para el Cardenal significa Chile. Desde la casa paterna, vecindada aquí desde hace 400 años, los problemas del país, sus angustias y sus triunfos, fueron vividos por él cercanamente. Aprendió a amar a Chile. Su tierra. Su campo. Su pueblo. Su gente. Su historia y su paisaje. El Cardenal intuye muy bien y muy certeramente lo que el pueblo piensa y lo que quiere. Por eso se produce siempre una corriente de simpatía muy grande entre las masas y él. No es un afán publicitario —del que carece totalmente— lo que hace que predicando en la Catedral o celebrando la Misa en una Población obrera sea recibido con aplausos calurosos por los fieles.

Sus homilías, en especial las de los 18 de Septiembre, expresan y recogen su amor por esta tierra y por eso que él ha llamado tantas veces "el alma de Chile". El Cardenal se ha hecho intérprete de los valores espirituales y morales de nuestro pueblo. Para él las palabras "participar", "respetar", "dialogar", "ser libres", "elegir", "vivir en paz y en el derecho", significan algo muy profundo: es lo que a lo largo de toda su vida ha visto y ha practicado. Por eso para defender estos valores el Cardenal no ahorra esfuerzos ni sacrificios. Se juega entero, aunque le signifiquen mil incomprendiones.

Son muchas las cosas que se podrían mencionar del Cardenal Silva Henríquez y lo que su ministerio ha significado para Chile. Pero lo que destaca, me parece, muy nítidamente en este tiempo es su gigantesca obra de Iglesia.

Inició su episcopado en momentos muy difíciles para la Iglesia Universal. El Papa Juan invitaba recién al Concilio Euménico para renovar la Iglesia y permitir que un aire fresco entrara por sus ventanas. El Cardenal participó activamente en el Concilio y se destacó en él apoyando esta renovación eclesial. El Concilio lo marcó definitivamente. Eran tiempos en que se daban los primeros pasos para adaptar la Liturgia, o se buscaba urgentemente una "identidad sacerdotal". Se quería adaptar mejor la Iglesia a las necesidades y tareas del mundo. Muchos sacerdotes abandonaban su ministerio y un cierto pesimismo invadía a la Iglesia posconciliar. Era difícil ser Pastor en esas circunstancias.

El Cardenal sintió el desafío. Convocó a la Iglesia de Santiago a una Gran Misión General, probablemente la iniciativa pastoral más importante de la Arquidiócesis, en el presente siglo. Cada casa, cada cuadra, cada manzana o población fue visitada con el mensaje de la Misión. Miles de reuniones se realizaron en las casas, en el campo o la ciudad. A través de la radio llegaba el Mensaje de la Iglesia como una Buena Noticia. Así surgieron dirigentes, comunidades, compromisos laicales, deseos de participar, y el rostro de la Iglesia apareció más atrayente para los hombres.

El Cardenal invitó también a realizar un Sínodo de la Iglesia. Representantes de las Parroquias, Colegios, Universidades, Religiosas, Sacerdotes y Laicos se preguntaron en varias etapas: "Iglesia de Santiago, ¿qué dices de ti misma?". Y fueron naciendo en la comunión eclesial acuerdos, orientaciones y decisiones compartidas, que marcaron decisivamente el futuro de esta Iglesia.

Una de las características del Cardenal Silva Henríquez ha sido la capacidad de responder con imaginación a las necesidades pastorales que se presentan. Cuando la situación política hacía que muchos hombres y mujeres sufrieran la represión, el Cardenal creó el Comité Pro Paz, en conjunto con otras Iglesias y confesiones.

Cuando la situación de los obreros y de sus dirigentes sindicales pasaba momentos de aguda crisis, el Cardenal creó la Vicaría de la Pastoral Obrera, para que apoyara sus organizaciones y formara líderes del mundo popular.

Preocupado de una serie de profesionales de gran valor que no tenían dónde investigar y por eso pensaban en emigrar del país, el Cardenal creó la Academia de Humanismo Cristiano, para que ellos tuvieran un espacio donde pensar y no se perdieran estos talentos para Chile.

Al ver la necesidad urgente de formación juvenil, el Cardenal creó la Vicaría para la Educación, la Vicaría de la Pastoral Juvenil Extraescolar y la Vicaría de la Pastoral Universitaria.

Y así, muchas y muchas iniciativas del Cardenal que por desgracia permanecen silenciosas o silenciadas en la ciudad. No se muestran. No se conocen. Su preocupación por los campesinos, para que tengan asistencia técnica y crediticia. Su permanente apoyo a las familias sin casa para que logren construir a través de sistemas cooperativos. El apoyo que ha prestado a empresas de autogestión, o a una mejor atención de la salud de los pobres, o a la previsión de los sacerdotes, etc. Sería demasiado largo enumerar.

No es una exageración decir que la mayor pasión del Cardenal a lo largo de su vida ha sido servir a los débiles y postergados. No siempre sus actividades en este sentido han encontrado todo el apoyo que él requería o deseaba. Incluso se puede decir que no todas ellas han tenido el éxito que suponía. Pero la intención permanente ha sido una: servir con desinterés a los que sufren.

Lo que destaca muy especialmente de su ministerio episcopal es, precisamente, su amor y su trabajo con los jóvenes y los pobres. El tiempo y la historia nos harán mirar y valorar con mayor perspectiva la transformación enorme que esto significa en la Iglesia de América Latina. Los jóvenes y los pobres sienten la Iglesia como su espacio propio. Aman a sus Pastores. Escuchan sus palabras. Esperan de Ella.

"Usted le ha devuelto la credibilidad a la Iglesia", le expresó al Cardenal Silva el Cardenal Secretario de Estado del Vaticano. Y así ha sido. No olvidemos que hace algunas décadas se señalaba como el "escándalo del siglo XX" el que las masas populares hubieran abandonado a la Iglesia. Hoy podemos decir que el gran milagro de este tiempo es que los pobres se sientan a gusto en ella y que crean en ella.

Para recuperar esta credibilidad es importante valorar la permanente defensa que el Cardenal ha hecho de los Derechos Humanos y de la dignidad del trabajador, a través de la Vicaría de la Solidaridad. Durante su período ha habido

una verdadera pastoral de los Derechos del Hombre, para entenderlos como parte integral de la evangelización. Se puede decir que ellos han logrado encarnarse armoniosamente en la catequesis, en la liturgia, en la oración y en la conciencia cristiana.

Es importante igualmente, apreciar la nueva organización de la Arquidiócesis que implementó el Cardenal en Santiago. Creó numerosas Parroquias. Organizó los Decanatos (conjunto de Parroquias que se complementan y apoyan en su trabajo, reflexión y servicio a la comunidad). Creó las Zonas Pastorales y a cargo de cada una de ellas nombró a un Vicario Episcopal para que en su nombre orientara la evangelización, se preocupara de la formación del personal apostólico y animara la fe de los creyentes. Creó, igualmente, Vicarías especializadas que apoyaran a las Vicarías territoriales en su labor. Los Vicarios han formado un estrecho equipo con él y han sentido en todo momento el apoyo y la confianza del Pastor en este servicio al Pueblo de Dios.

Para lograr este rostro nuevo de la Arquidiócesis, el Cardenal ha sabido también poner su confianza en el Laicado. Una de las cosas que más impresionan a los extranjeros que nos visitan, es el rol activo y dinámico que los laicos tienen en la Iglesia. La gran mayoría de servicios y atención de la Catequesis, Liturgia, Animación Comunitaria, Formación de Jóvenes, Administración de Bienes, Organismos Asistenciales o de Promoción y Desarrollo, lo realizan laicos de gran valor. Incluso en labores de Asistencia Jurídica o de Promoción Comunitaria se han incorporado quienes no profesan la misma fe, pero desean aportar profesional o técnicamente al trabajo que la Iglesia realiza.

Hemos dejado para el último el aspecto más importante de la personalidad del Cardenal y tal vez el menos conocido: el Cardenal es un hombre de Dios. No cabe duda que El es quien orienta su vida y sus actos. Diariamente hace oración en su capilla y celebra la Eucaristía. "No puedo pasar el día, ha dicho, sin rezar la Santa Misa". Tiene con Dios una relación directa, cálida y espontánea. Se puede decir de él que ama al "Buen Dios" entrañablemente. A veces dialoga con El con la fe profunda de un campesino. O lo interpela o le discute amistosamente. Dios es parte de su vida.

La figura de Jesucristo da sentido e inspiración a todo

lo que hace el Cardenal. "A El lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A El le consagré mi vida en mis años de juventud. Y a El también he procurado servir como Pastor de la Iglesia", decía en Pentecostés, inaugurando el Tiempo de Anunciar de la Misión Joven. Su amor a Jesucristo se manifiesta cada vez que habla de El. Se emociona vivamente. Vuelca todo su ser en anunciar sus palabras. Es imposible comprender sus actuaciones sin entender esta relación con el Señor. En Jesús ve al Hijo del Carpintero y a los obreros de su país. Ve al Niño de Belén y a todos los niños abandonados de la ciudad. O ve al crucificado y resucitado de nuestros días con mil rostros diferentes.

Igual cariño tiene a la Virgen María. En todas sus homilías la invoca o la menciona. La llama "Virgen Morena", "Madre de los pobres", "Madre del amor hermoso", "Virgen Santa", "Esperanza de Chile", o "Señora de América Latina". Como sacerdote y como obispo a Ella le ha confiado su ministerio. Y María ha sido su apoyo y su consuelo.

Muchísimas cosas es posible decir del Cardenal Silva Henríquez. Muchas se dirán en el futuro. Los que hemos tenido el privilegio de trabajar cerca de él, bendecimos a Dios por habernos dado la oportunidad de conocerlo y de amarlo. Ha sido ejemplo de hombre, de padre, de cristiano, de sacerdote y de pastor.

El lema que escogió para su escudo episcopal ha marcado profundamente su vida. "La caridad de Cristo nos urge". Eso hemos visto en él. Y las páginas que aquí presentamos son un testimonio claro de que ese lema no ha sido sólo palabras hermosas, sino que en el Cardenal se han hecho vida.

MIGUEL ORTEGA RIQUELME
Rector del Seminario Pontificio Menor

Santiago, 8 de septiembre de 1982
Fiesta de la Natividad de María

**BIOGRAFIA
DEL CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ**

Raúl Silva Henríquez nació un 27 de septiembre de 1907 en la ciudad de Talca. Su padre fue don Ricardo Silva Silva, y su madre, doña Mercedes Henríquez Encina. Fueron 19 hermanos.

Sus primeros estudios los hizo en el Liceo Blanco Encalada, de los hermanos de Las Escuelas Cristianas, y posteriormente en el Liceo Alemán de Santiago, de los Padres del Verbo Divino.

Se recibió de Bachiller en 1923 e ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile. Se recibió de Abogado en diciembre de 1929. Su tesis versó acerca de las *Asignaciones modales*.

En enero de 1930 ingresó al Noviciado de la Congregación Salesiana en Macul. Estudió Filosofía en Chile y posteriormente se doctoró en Teología y Derecho Canónico en el Estudiantado Internacional de Turín de la Congregación Salesiana. Fue ordenado sacerdote el día 4 de julio de 1938 por el Cardenal Maurilio Fossatti, Arzobispo de Turín.

Volvió a Chile a fines de 1938 y pasó a desempeñar las cátedras de Derecho Canónico, Teología Moral e Historia Eclesiástica en el Teologado Salesiano de Santiago.

En 1943 fue nombrado primer Rector del Liceo Manuel Arriarán Barros, y estando allí construyó el Templo San Juan Bosco de La Cisterna. En 1948 fue nombrado Rector del Patrocinio San José, en Santiago. Fue fundador y Presidente Nacional de la Federación de Colegios Particulares Secundarios (FIDE Secundaria). Fundó la Revista *Rumbos*

y presidió dos congresos nacionales de la FIDE. En 1950 fue designado Director del Estudiantado Teológico Salesiano, cargo que desempeñó por seis años. En ese tiempo fundó el nuevo Teologado Internacional en La Florida, Santiago, para estudiantes del cono sur de América de la Congregación Salesiana. Durante este tiempo preparó y dirigió el primer Congreso de Religiosos de Santiago que fue convocado por la Santa Sede y en 1956 presidió la Delegación Chilena al Congreso Internacional de Religiosos que tuvo lugar en Buenos Aires. En 1957 fue nombrado Director de las Escuelas Profesionales de la Gratitud Nacional y del Liceo San Juan Bosco.

Se le confió también la organización del Instituto Católico Chileno de Migraciones (INCAMI) y también de la Federación de todas las obras asistenciales y caritativas de la Iglesia, conocida con el nombre de Cáritas-Chile. En ambas ha sido Primer Director y Presidente Nacional, respectivamente. Fue Vicepresidente mundial de Cáritas-Internacional y en 1962 fue nombrado Presidente de la misma institución, en Roma, por representantes de 62 países.

El 24 de octubre de 1959 fue nombrado Obispo de Valparaíso por el Papa Juan XXIII. Fue consagrado en la Catedral de esa ciudad el 29 de noviembre de ese mismo año. El 25 de mayo de 1961 fue nombrado Arzobispo de Santiago, tomando posesión de su nuevo cargo el día 24 de junio. En febrero de 1962 fue nombrado Cardenal por el Papa Juan XXIII, recibiendo el Capelo Cardenalicio de sus manos el día 19 de marzo de ese mismo año.

Su labor como Arzobispo de Santiago está nutrida por numerosas actividades y realizaciones. Por destacar sólo algunas, es importante recordar que ha sido el organizador de la Arquidiócesis de Santiago en Decanatos, Zonas Pastorales y Vicarías especializadas. Ha fundado numerosas instituciones de formación religiosa, de promoción social, de defensa de la justicia y de los derechos humanos.

En su calidad de Arzobispo de Santiago tuvo activa participación en el Concilio Ecuuménico Vaticano II, en sus cuatro sesiones, descatándose como una de las figuras más preclaras de la Iglesia de América Latina.

Entre los años 1962 y 63 organizó la Gran Misión de Santiago. Posteriormente convocó el Sínodo de la Iglesia de Santiago de donde surgieron las líneas fundamentales que han inspirado la acción de esta Iglesia en los años venideros.

Fue legado Papal al Congreso Mariano de Santo Do-

mingo en el año 1965. También participó en el Primer Sínodo Mundial de Obispos convocado por el Papa Paulo VI en septiembre-octubre de 1967.

Le ha tocado participar en los Cónclaves que han elegido al Papa Paulo VI, al Papa Juan Pablo I y al Papa Juan Pablo II.

Ha sido miembro de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, la Sagrada Congregación para el Culto Divino y la Comisión para la Reforma del Código de Derecho Canónico.

Ha desempeñado en numerosas oportunidades el cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, del Comité Permanente del Episcopado de Chile, y por ser Arzobispo de Santiago, es también Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Durante estos años ha sido condecorado por los siguientes países: Alemania, Portugal, Perú, Santo Domingo y Panamá.

Ha recibido el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Católica de Chile (1962), del Iona College (U.S.A. 1962), de la Universidad de Georgetown (U.S.A. 1963), de la Universidad de Panamá (1977), del Williams College (U.S.A. 1977), y de las Universidades Dale y Notre Dame en Estados Unidos.

Su labor en defensa de los derechos humanos le ha valido el reconocimiento del Congreso Judío Latinoamericano, que el 26 de febrero de 1972 le confirió el *Premio Derechos Humanos 1971*. Las Naciones Unidas reconoció la acción destacada de la Vicaría de la Solidaridad confiriéndole el *Premio Derechos Humanos* el 10 de diciembre de 1978 y, posteriormente, por la misma razón, recibió el *Premio Fundación Bruno Kreisky* en Viena el 19 de octubre de 1979.

Santiago, 8 de septiembre de 1982.

1
APACIENTA
MIS OVEJAS

Este es el primer mensaje que el Arzobispo de Santiago dirigió a sus fieles, el día 24 de junio de 1961, en que llegó a la ciudad de Santiago.

Amados hijos:

El día 25 de mayo la prensa y el radio publicaron el nombramiento, hecho por el Santo Padre, del nuevo Arzobispo de Santiago. Al conocer que la designación había recaído en mi persona y que la fecha coincidía con la fiesta de un gran Pontífice, San Gregorio VII, las palabras del Introito de su Misa adquirieron para mí, en esa hora de gravísimas responsabilidades, una actualidad, una viveza y una fuerza inusitadas. Nos parecían dichas para estas circunstancias y en este momento por el Maestro Divino: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Era Pedro a quien se le había exigido un testimonio de amor y a quien se le confiara el rebaño quien, usando sus poderes divinos y declarando siempre su adhesión al Maestro, había hecho un nuevo acto de su jurisdicción y entregaba el cayado del Pastor para apacientar a una porción electa de su grey, a un hombre que desde el fondo de su alma reconocía su incapacidad y no tenía otras palabras más sinceras que las que le dictaba su conciencia: "Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador".

La figura tan humilde y bondadosa de nuestro grande antecesor, el Cardenal José María Caro, nos conforta en esta hora; su personalidad tan sacerdotal y tan nuestra, encarnación viviente de las virtudes de nuestra raza, su amor al pueblo tan ampliamente correspondido, su prudencia y caridad son los rasgos más salientes de su vida, que esperamos iluminen nuestros pasos y guíen nuestra actuación pastoral.

Excmo. y Rvdmo. Monseñor don Emilio Tagle Covarrubias, Administrador Apostólico de esta Arquidiócesis de Santiago: más que agradecer vuestras cariñosas palabras y los nobles conceptos que me ha dedicado, quiero agradecerle los desvelos, trabajos y sinsabores que durante estos dos años de vuestra gestión ha soportado con tanta generosidad por el bien de esta querida porción de la Iglesia de Cristo, que le estuvo confiada. Deja un recuerdo imborrable de su paso por ella. Su celo, su labor tesonera e inteligente y sobre todo su desprendimiento y gran humildad, revelan en Ud., señor, al Sacerdote de Cristo, cuyo único ideal es servirlo en la realidad de su Cuerpo Místico. Que Dios le pague y lo premie, queridísimo hermano, por todo el bien que nos ha hecho y por el ejemplo sacerdotal que nos ha dado.

Quiero dirigir una palabra a nuestro amado clero y a los fieles todos de nuestra y vuestra Arquidiócesis. El Obispo que llega hasta ustedes no tiene otra ambición que servirlos. El hermano que en este momento toma la dirección de la labor pastoral de nuestra Iglesia desea compartir con ustedes todos los riesgos y todos los trabajos; desea estar al lado de ustedes, en toda circunstancia; y en una unión íntima e inquebrantable de caridad, irradiar la belleza cautivadora del Mensaje de Cristo, para bien de nuestra patria.

La hora en que vivimos es una hora extremadamente grave. Al decir de Su Santidad Pío XXII, "nuestro mundo está abocado a la ruina, camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos", nuestra patria no está exenta de este malestar general; a cada instante se puede decir que estamos percibiendo la agonía de una época que termina.

Nadie de nosotros, los católicos, puede dejar de ver u ocultar esta dolorosa realidad de la hora presente. Nos incumbe la tarea de ayudar a "reconstruir un mundo desde sus cimientos; hay que transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios".

Y por eso "el que representa los intereses de los demás, el que lucha por ellos, debe estar dominado por la voluntad de servir. Debe creer en la nobleza de su propia causa y entregarse sin límites a una gran obra". Y estamos convencidos también de "que no es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos; es la hora de la acción", es el momento en que todos los buenos, "todos los que se preocupan de los destinos del mundo se unan y aprieten sus filas; es la hora de despertarnos del sueño en que hemos vivido, porque está cerca

nuestra salvación o nuestra ruina. Y este despertar debe obligarnos a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana, a la batalla de la defensa de los valores morales, en la realización de la justicia social, en la reconstrucción del orden cristiano”.

No nos habríamos atrevido a proferir palabras tan serias si no vinieran de tan alta Cátedra; al hacerlas nuestras no puedo menos que hacer presente a todos los cristianos la gravedad de la hora en que vivimos y la enorme responsabilidad que nos incumbe. No es con la desunión ni con el odio con lo que podremos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria; ni tampoco es con la inercia con la que lograremos la solución de los apremiantes problemas de nuestros días. “No fue con la desunión ni con la inercia como logró la Iglesia en sus principios cambiar la faz del mundo”, sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio.

Queridos hijos: ésta es la inmensa tarea que el Señor echa sobre nuestros hombros. Esta es la divina tarea de todos. A esta tarea debemos consagrarnos por entero, entregando a ella todo lo que tenemos y todo lo que somos. El bienestar y la paz que esperamos para todos nuestros hermanos bien valen los sacrificios que por ellos debemos hacer.

La generación actual no puede mostrarse indigna de los hombres y mujeres que todo lo comprometieron para darnos patria. Los valores eternos que defendemos, inmensamente superiores a los bienes materiales que nos legaron, han de encontrarnos dignos de ellos y de nuestra responsabilidad.

Con la mirada puesta en el Señor que nos anima, que ha tenido para nosotros la inmensa dignación de confiarnos una hora crucial de la humanidad para cristianizarla y santificarla, emprenderemos confiadamente esta jornada.

Y en esta lucha entre la bondad y el poder infinitos de Dios, y la pequeñez e incapacidad del hombre, resonaban insinuantes y triunfadoras las expresiones del Maestro: “No temas. . . , te haré pescador de hombres. . . Si me amas, apacienta mis ovejas”. Ante su verbo omnipotente y el querer de Pedro, no hemos podido sino exclamar con el libro santo: *In verbo autem tuo, laxabo rete. . .* Confiando en tus palabras, Señor, lanzaré la red”.

En el borrascoso mar de la hora presente de la huma-

nidad y de nuestra patria, confiando únicamente en la callosa y experimentada mano de Pedro el Pescador, que durante dos mil años sigue dando a Jesús el testimonio de su fidelidad y de su amor, este vuestro Arzobispo de Santiago, con todas las fuerzas de su ser, se entregará a la divina faena de llevar los hombres a Dios.

Los santos y sabios ejemplos de los grandes Arzobispos y Obispos, que durante 400 años han ocupado esta Cátedra de verdad y caridad, nos animan y nos alientan a seguir sus huellas, sintiendo su fraternal y alentador impulso a proseguir la hermosa tarea por ellos comenzada y engrandecida. Es el propósito que nos dirige.

Y me parece oír ya como coronación de todos nuestros sudores y nuestras lágrimas el "canto de amor y de liberación, que respira firmeza y valentía; canto que se llevará en los campos y en los talleres, en las casas y en las calles, en los parlamentos y en los tribunales, en las familias y en las escuelas"; el canto de la justicia y de la paz; el canto del amor a Cristo.

Desde lo íntimo de nuestra alma de sacerdote y Obispo, hoy dirijo una plegaria a la Madre de Cristo y Madre nuestra, para que mitigue los ardores de nuestras luchas y guíe nuestros vacilantes pasos hasta el puerto de la salud: "Jesucristo, Señor Nuestro".

24 de junio de 1961.

2

DEBES MOSTRARTE
INTREPIDO

El Papa Juan XXIII elevó a la dignidad cardenalicia al Arzobispo de Santiago, llegando a ser de este modo el segundo Cardenal chileno. El 17 de febrero de 1962 él mismo comentaba la noticia.

Amados hijos:

El Santo Padre, en una muestra del grande amor que tiene a nuestra patria, ha querido honrar al Arzobispo de Santiago con la dignidad cardenalicia. Es decir, ha querido que un chileno entre a formar parte del Senado del Sumo Pontífice y le asista como uno de sus consejeros y colaboradores principales en el Gobierno de la Iglesia Universal. Asimismo le ha dado el poder de ser uno de los electores del Santo Padre cada vez que vacare la Sede Apostólica. Esto es, queridos hijos, que vuestro Arzobispo forma parte del cenáculo más escogido del mundo y tal vez de aquel cuyos actos tienen más importancia en la vida de la humanidad.

Tan alto honor no se debe a los merecimientos de nuestra persona, sino a la bondad del Santo Padre y a las benemerencias de la Sede Arzobispal de Santiago. Los méritos de tantos Obispos y Arzobispos ilustres que nos han precedido, entre los cuales queremos destacar a nuestro santo antecesor, el primer Cardenal chileno, don José María Caro Rodríguez; los méritos de nuestro virtuoso y celoso Episcopado, y de nuestro abnegado y activo clero; los méritos y sacrificios de tantas almas virtuosas que forman nuestra grey, todo esto, mis queridos hijos, ha sido reconocido y premiado con esta designación.

El Santo Padre al imponer el Capelo Rojo a un nuevo Cardenal, le dice: "... recibe el Capelo Rojo... él atestigua que debes mostrarte intrépido hasta la efusión de tu sangre inclusive, por la exaltación de la Santa Fe y por la Paz y tranquilidad de tu Pueblo..."

Por el triunfo de la Fe y por el reinado de la Paz debemos estar dispuestos a entregar todas nuestras energías, incluso la vida. Por la Fe, que es el gran don del cielo, el rayo de luz de lo alto, que esclarece las tinieblas de la existencia humana; la llama misteriosa que comunica amor y fuerzas para la prosecución de todas las nobles causas.

Por la Paz, que es el fruto bendito de la virtud que da a cada uno lo suyo: la Justicia; por la Paz, que es el don que Dios ha traído a la Tierra al encarnarse y que anunciaron los Angeles en el pesebre; por la Paz, que es el anhelo profundo de la humanidad en esta hora; que es el ansia de los pobres, el grito de los perseguidos, la muda impetración de los que lloran.

Por la Fe y por la Paz; por este bellissimo programa la Iglesia quiere que entreguemos todas nuestras energías e incluso nuestra vida.

Ante tanta responsabilidad, ante tan noble exigencia, humildemente os pedimos, amados hijos, nos ayudéis con vuestras oraciones y con vuestro afecto para que podamos corresponder a los designios del Sumo Pontífice y podamos, para bien de nuestra patria, ser verdaderamente los artífices de la Fe y de la Paz.

Santiago, 17 de febrero de 1962

CARTA DESDE ROMA

El 13 de noviembre de 1963, el Cardenal escribió desde Roma una carta a los cristianos para informarles sobre la marcha y contenido del Concilio Vaticano II. Es un testimonio de la actitud abierta del Pastor para con sus fieles.

Queridos hijos:

Siento la necesidad de dirigiros estas líneas desde la ciudad de Roma, centro de la Cristiandad, donde nos encontramos reunidos los obispos del mundo entero empeñados en el noble trabajo del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo.

Como bien lo sabemos, este Concilio "no tiene como primer objetivo estudiar algunos capítulos fundamentales de la doctrina de la Iglesia", sino que más bien desea "profundizarla y exponerla de manera tal que responda a las exigencias de nuestra época". No tenemos que mirar ese tesoro precioso como si solamente nos preocupara el pasado, sino que tenemos que ponernos alegremente y sin temor al trabajo que exige nuestra época, siguiendo la ruta sobre la cual ha marchado la Iglesia desde hace veinte siglos. Es por esto que "debemos escoger una manera de presentar las cosas que corresponda mejor a una enseñanza de carácter plenamente pastoral". Y a través de todos los esfuerzos de los Padres Conciliares debiéramos poder presentar al mundo de hoy una imagen atrayente de la Iglesia, "sin manchas y sin arrugas", Reino de Dios en la Tierra y acogedora Arca de Salvación para la humanidad.

Después de un mes de trabajo de esta segunda sesión del Concilio, yo quisiera informaros brevemente de su marcha y de cómo la Iglesia está alcanzando los fines que se ha propuesto. Al mismo tiempo, quisiera hacer desaparecer los equívocos y las incógnitas que hacen nacer una propaganda y una información un tanto parcial y sensacionalista,

como es la que a veces suelen proporcionar las agencias noticiosas.

a. Durante este período se ha aprobado enteramente el esquema sobre la Sagrada Liturgia, habiéndose sometido a votación capítulo por capítulo, así como cada una de las nuevas sugerencias hechas por los Padres Conciliares en la anterior sesión. Para aprobar todo esto, ha habido 71 votaciones con un quórum aproximado de 2.200 votantes en cada una de ellas. Este esquema, Dios mediante, será publicado antes de terminarse esta Sesión del Concilio.

Las novedades más importantes ya aprobadas son:

— La introducción de la lengua vulgar en la Liturgia.

— La concelebración o celebración de una Misa por muchos sacerdotes unidos al celebrante, como se hace en la Ordenación de los nuevos sacerdotes, en determinadas ocasiones, p. ej.: El Jueves Santo y reuniones de sacerdotes, etc.

— El permitir la Comunión bajo las dos especies en ciertas ocasiones.

b. Se ha discutido totalmente el esquema sobre la Iglesia, el más importante del Concilio y donde están los problemas que más interesan a la Iglesia hoy día y los de mayor trascendencia para el futuro.

En este esquema hubo 700 intervenciones o presentaciones hechas por los Padres Conciliares, aprobando o impugnando una parte del esquema. De estas 700 intervenciones han surgido más de 2.000 enmiendas y se han constituido 7 subcomisiones para el estudio de las enmiendas y para proponerlas definitivamente al Concilio, el cual deberá pronunciarse sobre ellas, pues hasta el momento el esquema de la Iglesia se ha aprobado en general, faltando la aprobación particular y definitiva del mismo.

Durante la discusión de este esquema han surgido varias cuestiones muy debatidas y de inmensa importancia:

1. *El Episcopado es un sacramento.* Esta verdad, siempre creída por la Iglesia, no ha sido establecida aún en forma solemne por un Concilio y había personas, que por este motivo, la ponían en duda.

2. *La existencia del Colegio Apostólico,* del cual es sucesor el Colegio Episcopal, verdad también discutida y no establecida solemnemente. De ella se deriva una serie de consecuencias que vienen a fortalecer la autoridad de los

obispos y a poner de relieve la grande responsabilidad que tienen en la suerte de la Iglesia toda.

3. *El restablecimiento del diaconado como orden permanente* y no como un paso para la orden del Presbiterado. Esto, como lo decimos, es restablecer una antigua disciplina eclesiástica que ha existido en la Iglesia desde los tiempos apostólicos. Sobre este punto de disciplina que no tiene la trascendencia de los anteriores, se suscitó una cuestión anexa, cual es la de si los diáconos deben mantenerse célibes o pueden ser personas casadas. La necesidad del diaconado se hizo presente, especialmente, por parte de los obispos de la América Latina y de las tierras de misión, por creerse que el diaconado es necesario para atender pequeñas comunidades de cristianos un tanto separadas de las sedes parroquiales y a las cuales los sacerdotes, por su escaso número, no pueden atender. Esto daría la posibilidad de contrarrestar la propaganda adversa de las sectas protestantes o de organizaciones materialistas contrarias a la Iglesia. Estos diáconos podrían predicar, administrar la Comunión, el Bautismo y ser, bajo la dependencia del párroco, los jefes espirituales de sus comunidades. El asunto del celibato es una cuestión importantísima de la cual prácticamente depende la solución del problema de la falta de sacerdotes. Se discutió mucho sobre este asunto y, prácticamente, se ha dejado su ulterior solución a la Santa Sede. Sobre todos estos puntos se pidió al Concilio un pronunciamiento, mediante una votación que debía ser el índice que las Comisiones respectivas debían tener presente al proponer al Concilio la redacción definitiva del esquema. Las votaciones dieron una amplísima mayoría a los sostenedores de la sacramentalidad del Episcopado, de la existencia del Colegio Episcopal; de su calidad de sucesor del Colegio Apostólico; y de la necesidad de restablecer el diaconado. No se votó sobre la conveniencia o inconveniencia de la exigencia del celibato para los diáconos.

Terminado este esquema, se pasó a discutir un punto de procedimiento y de grande interés: el lugar que debería ocupar el esquema sobre la Santísima Virgen. No se trataba de designar o de establecer cuáles eran los privilegios o los méritos de la Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre Nuestra. Se trataba solamente de indicar cuál era el lugar más adecuado que debía ocupar esta importantísima materia. Nos pareció que el tratado de la Iglesia quedaba

trunco y desmejorado si no aparecía en él la doctrina sobre la Virgen Santísima, que es la primera de las creaturas redimidas, la Madre de Jesucristo, cabeza de la Iglesia, y Madre por lo tanto de Ella, y la Reina de todos los Santos.

Además, considerábamos que la doctrina sobre la Virgen Santísima, separada de la doctrina de la Iglesia, disminuye la grandeza de María y la grandeza de la Iglesia, se presta a exageraciones que hacen aparecer a María fuera de su estrecha unión con la Trinidad Santa y con su Hijo Divino, exageraciones que tienden a hacer de Ella un ídolo y no la Esclava del Señor como Ella quiso llamarse, poniendo precisamente en esta amorosa servidumbre toda su grandeza.

Otro grupo de Padres creyó ver en esto una disminución de los atributos de María y en tal sentido impugnaron la inclusión del esquema mariano dentro del de la Iglesia. Estoy convencido de que en su actitud hubo mucho de sentimentalismo y al mismo tiempo una gran preocupación por el lugar preeminente que debe corresponderle a la Virgen Santísima. La votación fue muy estrecha: pero, si bien se mira, vencedores y vencidos están de acuerdo en una cosa: que la Virgen Santísima, Madre de Jesucristo y Madre Nuestra, ocupa, después de su Divino Hijo, el primer lugar en la hermosísima historia de la Redención de la humanidad. No ha habido concesiones al Protestantismo, como algunos desgraciadamente han dicho: por el contrario, se trata de puntualizar, de poner en su verdadera luz toda la doctrina que la Iglesia Católica profesa sobre Ella misma, sin esconder las relaciones fecundas que existen entre María y la Iglesia.

Después de esta votación, el trabajo ha continuado intensamente y nos parece que será muy fácil ponernos de acuerdo sobre el esquema mariano.

4. En este momento estamos terminando otro esquema: el de *Los Obispos y del Gobierno de las Diócesis*. En este esquema ha habido ya unas 70 intervenciones orales y a lo menos unas 200 escritas. Los puntos más debatidos han sido los que ponen de relieve la figura del Obispo y la definen. Más que nunca se hace hincapié en que el Episcopado es un servicio y el Obispo, un Padre Pastor, santificador y jefe del pueblo cristiano. También ha sido discutido el delicado problema de las relaciones de los obispos y de la Curia Romana. Este problema ha sido debatido e insertado en el esquema por expresa voluntad del Santo Padre. Los obispos dirán su parecer sobre la Curia, pero toca al Santo Pa-

dre determinar las reformas concretas o ulteriores reorganizaciones que puedan darle a ese organismo una nueva y ágil fisonomía. Entre otras cosas se ha hablado de su descentralización e internacionalización como un vivo deseo de muchos obispos y, tal vez, de la mayor parte de la Iglesia. Se han propuesto medidas adecuadas para conseguir estos objetivos. Todo esto producirá oportunamente su fruto para el bien de la Iglesia toda.

Se prevé la terminación del estudio de este esquema para fines de esta semana. Y a pesar de algunas acaloradas intervenciones, creo que la mayoría de los padres, como sucedió en el esquema anterior, están de acuerdo en las cosas fundamentales.

En estos días comenzaremos la votación definitiva y última del esquema sobre los Instrumentos de Comunicación Social, es decir, sobre los medios modernos de difusión, como la prensa, la radio, el cine, la televisión, etc.

Sobre este asunto, lo que interesa a la Iglesia es la moralidad y el modo de usar estos instrumentos para que ellos sirvan a la verdad y al bien de la humanidad.

La votación exigirá dos o tres días, y también este esquema quedará listo para la publicidad.

5. He dejado para el último lugar el dar una breve reseña de lo que se dijo sobre los laicos en el esquema de la Iglesia. El que se haya sentido la necesidad por primera vez en la historia de los Concilios de insertar en la doctrina de la Iglesia un capítulo sobre los laicos es ya una hermosa e importantísima realidad. Del laico se ha hablado como el miembro de la Iglesia llamado a santificarse a sí mismo en la importante tarea de santificar el mundo.

“La Iglesia se encuentra hoy en día ante el gravísimo problema de hacer llegar un acento humano y cristiano a la civilización moderna, acento que la misma civilización pide y casi implora para su desarrollo positivo y para su misma existencia. Esta tarea importantísima e imprescindible constituye un derecho y un deber del laicado. Es a través de sus hijos laicos que la Iglesia consagrará el mundo.”

He querido brevemente enviaros esta crónica del Concilio. Es una pobre expresión de una realidad vivísima y múltiple. A través de ella ojalá pudierais constatar la inmensa vitalidad de la Iglesia y su perenne y pujante juventud.

Vuestros Pastores participan en él con todas sus ener-

gías, aportando todo lo que ellos pueden. Creen, así, cumplir con un deber y se sienten respaldados por vuestras oraciones y por vuestro cariño.

Desde Roma pido al Señor os bendiga a vosotros, a nuestra querida patria y a todos sus habitantes.

Roma 13 de noviembre 1963

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago de Chile.

4
LIBERTAD
RELIGIOSA

En el Concilio Ecuménico Vaticano II al Cardenal Silva le correspondió un destacado papel. Especialmente importante fue su intervención sobre la Libertad Religiosa, en la Congregación General del día 23 de septiembre de 1964.

Venerables Hermanos:

Voy a hablar en nombre de 58 Padres de América Latina. El texto nos agrada. Propondremos, con todo, algunas correcciones por escrito.

Expondremos nuestro parecer respecto de la *Declaración sobre Libertad Religiosa* en tres puntos:

1º por qué la *Declaración*, en general, es de nuestro agrado;

2º por qué es ella de máxima importancia;

3º por qué nos interesa tanto, en nuestra calidad de Pastores.

I. *Principales razones
por las que aprobamos el texto*

La *Declaración* es valiosa porque aparece como proclamación "independiente", ofrecida a todos los hombres, y no como capítulo de un esquema.

El origen de la libertad religiosa se sitúa muy bien en la vocación y en la conciencia de la persona; al mismo tiempo se afirma claramente que, por esta libertad, el hombre *no se hace independiente respecto de Dios*, con lo que se cautela absolutamente el peligro de subjetivismo e indiferentismo.

Se explica magníficamente por qué la práctica de la libertad religiosa ha de urgirse especialmente en la actual

r
condición de la sociedad humana, como asimismo por qué tal libertad se reconoce no solamente a los individuos, sino también a los grupos religiosos, dentro de los límites fijados por Dios a la sociedad.

Aprobamos plenamente lo que se dice respecto de la incompetencia de las potestades civiles, en cuanto tales, para determinar las relaciones de los ciudadanos con el Creador y Salvador. Tal afirmación robustece el derecho de libertad de la Iglesia en aquellas regiones donde actualmente el Estado conculca, dolorosamente, tal libertad.

Nos agrada, finalmente, que en las notas añadidas al texto se indique suficientemente que la doctrina propuesta es verdaderamente tradicional en la Iglesia —ciertamente como término actual de una prolongada evolución homogénea, tanto en la doctrina sobre la dignidad de la persona humana, como en la adaptación analógica de la solicitud pastoral a la condición de los tiempos.

II. Peculiar importancia de esta Declaración

Nos parece de máxima importancia que el Concilio formule esta proclamación de libertad religiosa; ella tendrá gran significación, no sólo para los cristianos, sino para todos los hombres, tanto en el mundo entero como, en forma particular, en América Latina.

En el mundo entero contribuirá poderosamente, creemos, a disipar ciertas acusaciones que se hacen a los católicos de "oportunismo", como si ellos tuvieran un doble principio de libertad religiosa, acomodado a su eventual condición de mayoría o minoría en la sociedad civil.

Una Declaración como ésta pone espléndidamente de relieve el carácter de la Iglesia como "Luz de las naciones", en ésta nuestra edad "pluralista".

En las NACIONES UNIDAS se ha redactado este año un documento, que consta de un proemio y 14 artículos sobre los principios de la libertad religiosa; documento que refleja la opinión pública de los hombres de nuestro tiempo y afirma precisamente que esta libertad es una de las conquistas anheladas por la sociedad democrática de hoy, teniendo como base el reconocimiento de la dignidad de la persona humana y admitiendo la incompetencia de las potestades civiles en la discriminación de la verdad religiosa, para individuos y comunidades.

En América Latina la Declaración tendrá, a nuestro juicio, una especial significación para la evangelización misma. Las evoluciones modernas en el concepto de persona y bien común, y las peculiares dificultades surgidas en los pueblos latinoamericanos respecto de su fe tradicional, hacen necesaria una especie de re-cristianización. El tipo de hombre nuevo del que hablara en esta misma Aula el Eminentísimo Cardenal Léger exige, especialmente entre nosotros, un método adaptado de evangelización que considere mejor la evolución de la persona en una sociedad democrática.

Nuestros conciudadanos esperan esta Declaración conciliar.

Antes de que comencemos una acción ecuménica eficaz con nuestros hermanos cristianos; más aún, antes de que hablemos a tantos conciudadanos laicistas de una verdadera renovación de las estructuras civiles en una perspectiva cristiana, es absolutamente necesario engendrar certeza respecto de nuestro sincero reconocimiento y defensa de esta libertad fundamental.

III. Algunas consecuencias pastorales

Esta Declaración sobre libertad religiosa nos urgirá a una acción apostólica más pura, según la autenticidad del testimonio de la Resurrección de Cristo; distinguiendo mejor entre lo que es *verdadera acción pastoral*, y lo que no es sino *proselitismo*, según la afirmación del Esquema (página 32, líneas 39 y 40): "Evitando el *proselitismo*, en cuanto se vale de medios impropios y deshonestos".

Todo cristiano lleva realmente en sí toda la misión de la Iglesia y debe entregar un testimonio de Cristo en sus acciones y en sus palabras.

Ahora bien, el proselitismo representa una corrupción de este testimonio; más que la *conversión* de la persona a Cristo, pretende el incremento de una institución religiosa, sin excluir la sugestión, el soborno, la intimidación, la presión física y moral, la utilidad material, etc.; más que el advenimiento del Reino de Dios, el proselitismo busca el triunfo de un grupo cristiano, considerado más bien en lo que tiene de "social" que en lo que tiene de "misterio"; no le interesa tanto la "calidad" de la conversión a la Fe, cuanto la "cantidad" de los que profesan una confesión religiosa.

Lejos de nosotros el pretender juzgar métodos de evangelización de épocas pasadas; hablamos solamente de las

necesidades de nuestro tiempo, en su peculiar grado de evolución. Ni tampoco es nuestra intención, al condenar el proselitismo, excluir la actividad formalmente educadora que en muchos casos, debe suplir el defecto de madurez de la persona.

Es, en suma, particularmente necesaria para nuestro Continente una declaración que ponga claramente de relieve la libertad religiosa y trace una distinción neta entre evangelización y proselitismo. Hay, en efecto, y desgraciadamente entre las comunidades cristianas no católicas, como también entre nuestras comunidades católicas, quienes trabajan a veces en la línea del proselitismo.

La Iglesia católica en nuestras regiones era, de hecho y por lo general, una sociedad ya orgánicamente establecida y, por así decirlo, en "estado de posesión". Hoy día la acción dinámica de algunos grupos protestantes, a partir de la segunda mitad del siglo pasado y especialmente en los últimos 30 años, a lo que se agrega la condición ideológica y religiosa del "pluralismo", representa una grave perturbación a este "estado de posesión" de nuestra Iglesia.

En una crisis como ésta, fácilmente se puede caer en el proselitismo. La Declaración Conciliar contribuirá poderosamente a evitarlo y a instaurar una mejor acción pastoral.

Venerables Hermanos: en mérito de las razones expuestas, nuestro humilde parecer es que, si la Iglesia puede proclamar esta afirmación de libertad, es necesario que la proclame hoy.

He dicho.

Roma, 23 de septiembre de 1964.

FRATERNIDAD AMERICANA

*El 27 de febrero de 1965 se cumplían
60 años de la imagen del Cristo Redentor en la cordillera de los Andes..
Ante los Cancilleres, Sres. Valdés y
Zavala, el Cardenal pronunció el siguiente discurso:*

Señores:

Hace 60 años un grupo de personalidades de nuestros dos países se reunía en este lugar para inaugurar la estatua del Redentor, que se alza sobre este gigantesco pedestal de granito, levantada su cruz como impercedero signo de fraternidad, paz y gracia en el marco imponderable y grandiosísimo de esta colosal cordillera que nos rodea y recoge. Y hoy día, antes de que terminemos este año jubilar, después de doce lustros de aquella fecha, accediendo a una delicada sugerencia vuestra, Excelentísimo Sr. Cardenal de Buenos Aires, los hombres de una nueva generación de estas dos naciones nos hemos querido congregarnos otra vez ante el Cristo de Los Andes, divino vigía de nuestros pueblos, para reavivar los sentimientos de nuestros padres, para renovar los votos que generosos pechos formularon y para contemplar nuevamente desde esta maravillosa altura del tiempo y del espacio, el espectáculo de nuestros dos países, la historia gloriosa de sus éxitos y el pasado no menos aleccionador de sus tragedias y de sus grandes dolores.

El lugar que hemos escogido, señores, nos invita a la reflexión y nos impulsa a la oración: altar hecho de crestas nevadas, de cimas que se elevan hacia el cielo, recortado por profundas hondonadas, arrullado por sus torrentes rumorosos, cubierto con el níveo mantel de sus eternas nieves y enrojecido con la sangre de todos los mártires que en estas aras benditas inmolaron sus vidas por la causa de la ciencia y del progreso, el bienestar y la libertad de nuestras patrias. Y en este lugar, la fe de nuestros mayores alzó la

imagen del Señor. Nunca ha habido catedral más hermosa ni templo más adecuado para custodiar el tesoro invicto de fe y amor que este simulacro representa.

Nunca ha habido peanas más dignas para elevar la Cruz de Cristo, la Cruz que con sus brazos abiertos recuerda a todos los hombres y a todos los tiempos, que un inmenso perdón ha descendido del cielo, que el amor se ha encarnado y ha venido a transformar la humanidad en una gran familia, nos ha hecho hijos del mismo Padre y nos ha despertado alborozados con la Buena Nueva que viene a colmar los más profundos y nobles anhelos del corazón humano: que todos seamos hermanos.

Si recordáramos la historia de este monumento y evocáramos los hechos que sucedieron antes de su erección, que la explican, y evocáramos las vicisitudes de nuestra historia hace 60 años, pasarían de nuevo ante nuestras mentes las ansiedades y las contradicciones, los temores y los odios, las desconfianzas y los antagonismos, todo lo que llevó a nuestros pueblos al borde del conflicto. Pero justamente evocaríamos la figura de los grandes hombres de la Iglesia y el gobierno de nuestros países, que tuvieron en ese momento la noble intuición, que supieron interpretar los más bellos ideales que latían vigorosos en los pechos de nuestros pueblos, y eran la expresión de su glorioso pasado y la concreción del anhelo profundo de su cristiano sentir. Nuestros antecesores, queridos amigos, creyeron que no les era permitido el borrar la página más bella de nuestra común historia, y que valía inmensamente más el conservar el vínculo de fraternidad de nuestros pueblos, sellado por la sangre de nuestros héroes, que imponer por la violencia un discutido derecho. Por eso, este proceder hubiera roto el lazo que nos unía, y porque de hermanos nos hubiéramos convertidos en enemigos, aquellos hombres patriotas quisieron conservar para sus hijos el bien inestimable de esta hermandad de pueblos que ellos intuían que sería inmensamente más beneficiosa para las generaciones que habían de venir, que los territorios que se discutían, por grandes y ricos que ellos fueran.

Un inmenso continente yace a nuestros pies, y es el momento de comprender y de sentir realmente que éste debe ser un continente de países hermanos. La historia, desgraciadamente, lo ha manchado aquí y acullá de sangre, y estas guerras fratricidas han cerrado herméticamente las fronteras y cavado trincheras de rencor y de desconfianza, pero desde lo alto, y a la sombra de esta Cruz Redentora, todo

esto nos parece pequeño y mezquino. ¿No es inmensamente más lo que nos une que lo que nos separa? ¿Qué sentido pueden tener nuestras competencias y nuestros resquemores? Somos los retoños del mismo año y fecundo tronco hispánico, y la misma brisa de libertad nos hizo nacer a la vida independiente. Nos une una idéntica Fe, nos une el lenguaje, nos une la cultura, nos unen los mismos urgentes problemas y la misma decisión de superarlos. Hace menos de 150 años, estas montañas vieron pasar a dos grandes hombres de nuestras tierras. Juntos emprendían la grande y riesgosa aventura de consolidar la libertad de sus patrias y de América. Con ellos, siguiendo sus ejemplos y arrastrados por nobles ideales, iban los miles de héroes desconocidos, que constituían el grueso de sus ejércitos y que pertenecían a este generoso pueblo de nuestros países, y sobre cuyo sacrificio siempre se edifican las grandes proezas de las vidas de nuestras naciones. ¿Qué movía a aquellos hombres? ¿Qué los impulsaba a arriesgar todo cuanto tenían y a exponer sus vidas en esta empresa? Si recorremos nuestra historia, ésa que tejieron juntos nuestros dos pueblos unidos en el amor y en la esperanza, encontraremos la respuesta a la pregunta que nos hemos formulado y conoceremos algo del ideal hermoso que forjaron nuestros héroes.

Fue el amor a la libertad de esos pueblos; fue la esperanza de su grandeza; fue el deseo de abrir la senda del progreso y el bienestar, la cultura y el desarrollo para sus patrias y para América, la estrella luminosa, el ideal que inspiró a aquellos hombres, que les impulsó a la hermosa y loca aventura que escribieron en las páginas de la historia del Ejército y de la Escuadra Libertadora. Respetuosos, señores, ante la evocación del pasado, sintiendo junto a nosotros el alma de nuestros héroes, preguntémosnos hoy, en este magnífico escenario que ellos conocieron, y donde se balbucearon las primeras palabras y se dieron los primeros y titubeantes pasos de la libertad del cono sur de nuestra América, preguntémosnos cómo hemos realizado el sueño de nuestros próceres. Preguntémosnos si en realidad hemos mantenido siempre los mismos ideales, si hemos sabido cumplir lo que ellos se propusieron y nos dejaron como herencia.

Grandes, muy grandes y bellas han sido las realizaciones logradas y el progreso alcanzado en estos 150 años de vida soberana, pero ¿no es mucho todavía lo que falta por hacer? ¿No hay en nuestra América muchísimos de nuestros hermanos, demasiados quizás, que aún no son libres y que no gozan de aquel mínimo bienestar que es indispensa-

ble para el desarrollo de la personalidad humana? La hora de la cultura ¿ha sonado para todos? El progreso y la justicia ¿son el patrimonio común de nuestros pueblos?

Señores, si no en vano se derramó la sangre generosa de los que nos dieron patria y los sacrificios no fueron estériles, si los grandes amores no se han marchitado entre nosotros, sin ánimos mezquinos y pesimistas, sin ponernos a lamentar inútilmente los males pasados, tomemos en nuestras manos los pendones que ellos nos entregaron y hagamos realidad el sueño de los libertadores de América.

Sin egoísmo individual, sin egoísmo colectivo, porque la mezquindad de los individuos y la mezquindad de los estados son las causas de nuestro subdesarrollo y de nuestras grandes miserias, hoy queremos reafirmar, como lo hicieron nuestros mayores hace 60 años, el ideal de convivencia fraterna, de integración americana, de justicia y de paz sociales que el Cristo personifica y enseña. Queremos manifestar al que reina sobre las nubes, a Cristo, que es nuestro, a El, que es fuente de toda justicia, que estamos dispuestos a trabajar y a dar lo mejor de nuestras vidas para que los pueblos hermanos de nuestra América, olvidando viejas rencillas y dejando de lado pequeños intereses, lleguen a la unión continental y fundamenten su grandeza en la gigantesca y creadora unión de esfuerzos y trabajos, bajo la sombra protectora de la Cruz de Cristo.

Y porque el Cristo Redentor está vivo en su Iglesia y ha prometido acompañarnos siempre en nuestra peregrinación terrena, quiero citar las palabras del vicario suyo, del santo y recordado Papa Juan, que en su encíclica *Mater et Magistra* nos habla el lenguaje del Maestro y nos explica su doctrina: "Los problemas humanos de alguna importancia, sea cualquiera su contenido científico, técnico, económico, social, político o cultural, presentan hoy dimensiones supranacionales y muchas veces mundiales. Así como las comunidades políticas, separadamente y con solas sus fuerzas, ya no tienen posibilidades de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio, aunque se trate de comunidades que sobresalen por el elevado grado de difusión de su cultura, por el número de actividades de sus ciudadanos, por la eficiencia de su sistema económico, por la extensión y suficiencia de sus territorios, las comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propio desarrollo contribuyendo al desarrollo de las demás, por lo cual se imponen la inteligencia y la colaboración mutuas".

Y en su encíclica *Pacem in Terris* vuelve a recordar "que las diversas comunidades nacionales, al procurar sus propios intereses, no sólo han de evitar el perjudicarse unas a otras, sino que deben unir sus propósitos y esfuerzos, siempre que su acción aislada no baste para conseguir sus fines apetecidos, y han de poner en esto sumo cuidado, a fin de que lo ventajoso para ciertas regiones, a otras no les acarree más desventajas que utilidades".

Nos enfrentamos a un renacimiento del valor de la coexistencia universal. Hay un renacer del sentimiento de interdependencia mutua de las naciones. Hay una aspiración creciente a la conciliación y entendimiento de los pueblos. Esta toma de conciencia ha hecho posible la existencia de instituciones internacionales que parecían imposibles el día de ayer. Pueblos que hasta ayer eran antagónicos, se encaminan juntos, hoy, hacia la construcción de la comunidad europea. Estamos frente a grandes bloques internacionales. La moral católica e internacional nos impele a formar una organización internacional de nuestros Estados, superando concepciones egoístas que nos pueden llevar a falsos y perniciosos nacionalismos.

Hermanos: las montañas que nos rodean son un puro testimonio de la grandeza de nuestra América. Creemos que ha llegado la hora de superar miopías y egoísmos.

Me parece que tenemos una misión histórica que cumplir. Debemos aportar nuestro propio modo de ser al mundo al que pertenecemos. Debemos hacer posible que un alma americana, vigorosa y auténtica, se haga presente en el concierto de las naciones. Debemos hacer de nuestra América algo grande y hermoso: un continente respetado y respetable. Por ese hermoso ideal debemos luchar y debemos vencer, pero sólo lo lograremos uniéndonos, tomando conciencia de nuestra hermandad, aprendiendo la lección de concordia y de paz que nos entrega esta hermosa imagen desde hace 60 años; paz que no es sólo una tranquilidad en el orden, sino que es también el fruto de la laboriosa gestación de la integración americana. Con emoción, repito con Monseñor Ramón Angel Jara: *Mane nobiscum domine*, como rey que vigila sus dominios, ¡quedaos aquí, Señor, tendiendo vuestras miradas de amor sobre la América entera! Que ninguna de sus naciones se escape al calor de vuestras bondades, a fin de poder entonar con ellos en día no lejano, y al pie de este mismo trono, el himno suspirado de la fraternidad americana".

Cristo Redentor, 27 de febrero de 1965.

LOS DERECHOS HUMANOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El 29 de julio de 1965 el Cardenal fue invitado por la Comunidad Judía de Santiago a hablar sobre los Derechos Humanos, en una de las Sinagogas de la ciudad. El hecho era inusitado y por eso despertó admiración.

Queridos amigos:

Un grupo de vosotros ha tenido la amabilidad de invitarme a dirigir la palabra a la Comunidad Judía de Santiago, cortesía que agradezco profundamente.

A alguien podría parecerle raro que el Cardenal Arzobispo de Santiago haya accedido gustoso a esta invitación y esté dispuesto a dirigir la palabra a una Comunidad no cristiana sobre un tema religioso, que tiene profundas incidencias en la vida actual de la Humanidad: respeto a la persona humana en el Antiguo Testamento.

Para comprender mejor esta actitud mía, hay que recordar el pensamiento de la Iglesia Católica en esta hora del Concilio, pensamiento de amplia comprensión de todos los valores humanos, pues todos los hombres tienen lazos de unión con el Pueblo de Dios y en primer lugar, por cierto, aquel pueblo a quien se confiaron las alianzas y las promesas y del que nació Cristo según la carne; pueblo según la elección, amadísimo, a causa de sus Padres, porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables. (Rom. 11-28-29.)

Además, pensamos que en nuestro tiempo el género humano está cada día más unificado; vemos con inmenso agrado el designio divino de hacer que todos los pueblos formen una sola comunidad, ya que, para nosotros, todos los hombres tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano en la Tierra; y tienen el mismo fin último: Dios, cuya providencia, testimonios de bondad y deseos de salvación se extienden a todos los hombres.

No podemos pues invocar a Dios, Padre de todos, si renunciamos a conducirnos fraternalmente hacia todos los hombres creados a imagen de Dios. La relación del hombre con Dios Padre y la relación del hombre con sus hermanos están tan ligadas, que el que no ama, no conoce a Dios. (I Juan IV-8-11, Juan IX-11; Luc. X-25-26).

No hay pues ninguna base para cualquier teoría o comportamiento que introduzca una discriminación entre hombre y hombre, entre raza y raza, con respecto a la dignidad humana y a los derechos que de ella se desprenden.

Es pues necesario que todos los hombres y, sobre todo, los cristianos nos abstengamos de toda discriminación o de todo vejamen a causa de la raza de cualquier hombre, de su color, su condición o su religión. Por el contrario, debemos seguir el camino de los apóstoles Pedro y Pablo, quienes conjuraron ardientemente a los fieles de Cristo a mantener buenas relaciones con todos los hombres (I Pedro 11-12) y si es posible a vivir en paz con todos. (Rom. XII-18), para ser verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos. (Mat. V-44).

Nuestro tema, que es un tema religioso, está basado en el Libro Santo, que nos es común con Israel: La Sagrada Biblia.

Para nosotros estas páginas sagradas contienen el Mensaje que Dios dirige al hombre; a través de ellas nosotros conocemos al Señor y tomamos contacto con sus designios divinos. Ellas nos narran el divino drama del amor de Dios al hombre y nos señalan el plan divino sobre el pueblo escogido y la humanidad entera; el plan que siempre se encuentra en permanente ejecución. Es, pues, para nosotros la palabra divina que ha sacado a los hombres de la nada y que nos señala el camino de cooperar en la creación, para realizar junto con Dios el maravilloso plan de la plenitud de vida, a la cual estamos llamados.

Es palabra divina; pero también es palabra humana, que se ha dicho por medio de hombres y para los hombres: tiene, pues, junto con la grandeza de lo divino, todas las limitaciones humanas de los hombres que la han vivido.

Nos parece notar a través de esta mezcla extraña y hermosa, toda la delicadeza del corazón de Dios que respeta al hombre hasta en sus limitaciones, que toma su lenguaje para hacerse entender de él, sin temor de disminuir su dignidad, su ciencia o su poder, porque balbucea con sus hijos la palabra que para ellos es inteligible.

Podríamos compendiar nuestras sencillas reflexiones en este breve esquema:

- 1º) Creación del hombre.
- 2º) Diálogo entre Dios y el hombre.
- 3º) Consecuencia de este diálogo; esto es, convivencia y diálogo de los hombres entre sí.

1º Creación del Hombre

Entre las grandes obras del genio, hay una figura inmortal, una estatua "que habla", una de las más bellas salidas de la mano del hombre; para verla, artistas y peregrinos hacen un viaje especial: es la del legislador de Israel, el Moisés de Miguel Angel. Tiene la expresión del visionario del futuro, la serenidad del dominio que viene de una vocación divina, expresión personificada de ley, dulcificada por una barba majestuosa como un río de paternidad, ojos chispeantes de intérprete de los divinos pensamientos, frente iluminada por cuernos de luz, vestigio de sus coloquios con Dios en las alturas, está sentado en un trono de justicia y sostiene unas tablas lapidarias, con frases cortas, que gobernarán la moral del mundo entero. ¡Estatua del gran libertador de un pueblo escogido, símbolo de la libertad y dignidad de la persona humana!

Ese hombre extraordinario, inspirado por Dios, abrió, por decirlo así, la portada y las primeras páginas del libro de los libros, con el relato de la creación del mundo y del hombre. Sin pretender entrar en las difíciles cuestiones críticas de la formación literaria de los primeros cinco libros de la Biblia, lo que nos apartaría de nuestro tema, sabemos por el contenido mismo de la narración bíblica que el o los hagiógrafos inspirados, recogieron lo mejor de la tradición patriarcal viva y de los antiquísimos documentos de la primera cultura humana, para vaciarlos, guiados por el espíritu del Señor, en la historia bíblica. Tanto la tradición judía como la cristiana están concordes en atribuir a Moisés una labor preponderante en la inspirada composición de tan magna obra.

En las primeras líneas de *Bereshit*, (*Gen.* 1,1), el autor sagrado describe el hecho divino de la creación. Lo hace usando una alegoría por la que aplica al hacedor de todas las cosas, al obrero divino, por así decir, la semana del trabajo humano y el día sagrado que le debe dar coronamiento. El resultado es un relato que los niños y los iletrados enten-

derán y que admirarán los sabios por su inimitable sencillez y sabiduría.

Esos primeros versos de la *Tora* mosaica de nuestra común Biblia, no pretenden ser una descripción científica del origen del cosmos. Por eso ella no teme ningún descubrimiento que la ciencia haga para explicarlo; antes bien, alienta toda investigación que nos lleve a conocer mejor la manera cómo el Señor creó todas las cosas, las leyes misteriosas con que hizo presidir su desarrollo y la propagación de la vida: será entonces más justificada la alabanza que sus páginas hacen de la sabiduría y comprenderemos mejor también cómo "los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos". (*Ps.* 19,1.)

A la religión, en cambio, interesa establecer sólida y claramente estos principios fundamentales: que todo fue creado de la nada, por las manos omnipotentes de *Elohim*, nuestro Dios y Señor; que esta Creación fue sabia y ordenada, sometida a leyes admirables, inherentes a la materia y a la vida y que en este mundo coronó su acción creadora con una obra maestra, el hombre, compuesto de la materia antes formada, y animado no sólo por una vida vegetativa, ni simplemente por una vida animal, sino por un alma, un espíritu inmortal e inteligente, chispa divina creada por una acción especialísima, después de la cual, el que no puede cansarse, descansó, esto es, dejó de crear para enseñar al hombre, que a su vez debía volverse por entero a Dios, dirigir los afanes de todos sus días de trabajo al *Shabat*, al descanso en Dios, al estudio y contemplación de las cosas divinas, a la alabanza del Altísimo, a la única ciencia necesaria: conocer y amar al Señor, servirlo y adorarlo.

El relato bíblico logra admirablemente esta finalidad. Por eso realza la obra cumbre del Señor, la dignidad de la criatura humana. Dios ha inspirado a la materia su propio aliento, *néfesh*, un principio de vida superior que la anima, *neshamá*, algo que imita la inteligencia y la espiritualidad de Dios, *ruáj*.

La creación del hombre es fruto de un consejo divino; él será una imagen viva de Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". (*Gén.* 1-26.) Y esta imagen es tanto más noble y esclarecida cuanto más alto y sublime es el modelo que reproduce, y no hay ningún libro humano que nos dé una idea más alta, una noción más pura de Dios, de su grandeza, de sus atributos, como la Santa Biblia.

Para conocer los atributos divinos, no necesitamos estudiar a los filósofos: nos basta rezar los Salmos de David.

El pueblo de Israel fue, pues, privilegiado en este conocimiento de Dios y de las cosas divinas. Y la historia y la experiencia enseñan que cuanto más alta es la idea de un pueblo sobre la dignidad, grandeza y atributos de Dios, tanto más alta es la idea que tienen también de la dignidad y grandeza de la persona humana, la obra por excelencia de la bondad y sabiduría divinas.

Dios creó a los ángeles, ministros suyos, y ejecutores de sus órdenes en el gobierno del mundo. Continuamente se habla de ellos en la Biblia; pertenecen a un misterioso reino supramundano, son espíritus puros, superiores a nosotros; pero en este mundo en que vivimos, es el hombre la criatura predilecta de Dios. Los mismos ángeles cuidarán de él, según aquello del Salmo 91: "Encargaré a sus ángeles tu guarda, para que te custodien en todos los caminos".

Y aun, en atrevida frase, el salmista dirá: "Lo hiciste poco menos que un dios" (*Sal.* 8, 6), de "honor y majestad le coronaste; le diste señorío, sobre todas las obras de tus manos" (*Vs.* 6 y 7).

¿Por qué tanto honor y tanta gloria para una criatura en sí débil? Por su alto destino: en su infinita condescendencia Dios quiso que el hombre no sólo fuera el rey de la creación, sino que fuera su hijo predilecto: "Yo le dije: dioses sois e hijos todos del Altísimo" (*Sal.* 82, 6, *V.* 81). Así cantó Asaf de los jueces de su pueblo; y por boca de Moisés, Dios mandó decir al Faraón: "Israel es mi hijo, mi primogénito. Yo te mando que dejes a mi hijo en libertad de ir a servirme. . ." (*Ex.* 4, 22-23).

2º *Diálogo entre Dios y el Hombre*

Con Adán, su hijo amado; con los patriarcas Abel, Seth, Enosh, Noé; con Abraham, Isaac (Israel en persona), mantuvo el Señor un diálogo paternal, una sociedad y un pacto, que renovó solemnemente con su pueblo por medio de Moisés al pie del Sinai, y a través de los siglos, continuó esa conversación por los profetas, portavoces de Dios ante sus hermanos.

La importancia primordial de este hecho debe ser subrayada. "Un filósofo judío contemporáneo —escribe Louis Bouyer— nos ayuda particularmente a comprenderlo. Es Martín Buber, cuyo pensamiento está alimentado por la tradición espiritual de los *Jasidim*. Este gran teólogo y filósofo israelita "observa, efectivamente, que una persona no llega

a ser realmente para nosotros una persona sino en la palabra, en el diálogo. Alguien a quien no se ha hablado jamás, alguien, sobre todo, que jamás os ha hablado, no os representará jamás en toda verdad una persona. Un "él", de quien se habla, pero no nos habla y a quien no hablamos, de hecho no es para nosotros alguien, sino solamente algo, aunque nos esforcemos en pensar de otra manera, aunque sepamos, abstractamente, que "él" existe como nosotros, personalmente. Tan sólo el "tú" a quien he hablado es para mí alguien, y agregaríamos, es el "tú" que me ha hablado, quien llega a serlo efectivamente.

"Dios, el Dios de Israel, el Dios de la Biblia, el Dios de Jesucristo, es precisamente este Dios, el único, el que puede ser para nosotros no un "él", que permanece en el fondo impersonal, sino un "tú", es decir, alguien simplemente. Y en este "tú", ante todo, porque El mismo se ha manifestado a nosotros, como el "yo" por excelencia: el que no ha esperado que nosotros nos anticipáramos para encontrarnos, sino que ha tomado la iniciativa del diálogo entre El y nosotros.

"De esta manera se ha impuesto a nosotros como la PERSONALIDAD por excelencia, al mismo tiempo que ha despertado en nosotros la conciencia de una personalidad no simplemente embrionaria, sino de una personalidad verdaderamente consciente, verdaderamente dueña de sí misma. Y no somos tales y no podemos serlo encerrándonos con egoísmo en nosotros mismos. Por el contrario, no lo somos sino en este diálogo en que el "yo" divino nos eleva a la categoría de interlocutores, como el "tú", que sólo llegará a ser verdaderamente "yo", a su vez, cuando tome conciencia de ese llamado para responderlo". (L. Bouyer, *Introduction a la vie spirituelle*. Desclée 1960, Págs. 10-11.)

Hasta aquí Bouyer, calcando las bellas ideas del filósofo judío.

El pueblo de la Alianza y de la Promesa conservó el tesoro precioso de la conversación de Dios con los hombres de la primera edad, en sus libros santos, que son también un tesoro para nosotros los cristianos.

Las vicisitudes de la historia de Israel, sus instituciones, sus leyes, sus triunfos, sus humillaciones, sus debilidades y sus expiaciones, sus héroes y sus heroínas, son otros tantos capítulos de la historia de la salvación humana, otros tantos momentos de la divina revelación y, en consecuencia, otras tantas afirmaciones de la grandeza de la vocación del hombre, de sus deberes ante su Padre del cielo y de sus derechos y responsabilidades ante sus hermanos.

3º *Consecuencias del diálogo con Dios*

Acabamos de enunciarlas en sus grandes líneas. Pero vayamos a algunas determinaciones concretas.

Y, ante todo, debemos fijar nuestra atención en el Decálogo. Constituye el Decálogo la carta fundamental de los derechos y obligaciones de la persona humana. No hay compendio de moral comparable a estas diez breves sentencias dadas a Moisés en el Sinaí por Dios mismo. Siete preceptos de esos diez constituyen la base del respeto al hombre en el mundo entero.

Los doctores de Israel resumían el Decálogo en dos puntos: "Amarás a tu Dios. Amarás a tu prójimo". Allí se establecen los derechos básicos de Dios, creador y padre de los hombres y fuente de todo derecho, pues sólo de la afirmación del soberano derecho divino, pueden dimanar los derechos personales y sociales del hombre, miembro de la familia divina, hermano de los demás hijos del mismo Padre de los cielos.

De allí el derecho de los padres al respeto y obediencia de los hijos, ya que representan en la Tierra la autoridad del único Padre soberano, de allí las obligaciones de éstos frente a los que engendraron, dándoles una vida que Dios les encargó de transmitir.

De ahí el respeto a los demás hombres, verdaderos hermanos, cualquiera sea su color o raza y de todos los hombres entre sí, en sus inalienables derechos a la vida, a la libertad, a la integridad física y bien moral, a la sinceridad del trato mutuo en sus relaciones externas y hasta en sus íntimos pensamientos y sentimientos.

Este Decálogo que codifica y sintetiza la ley natural, lo recibió, como ya recordáramos, Israel en lápidas inmortales que no pudieron ser olvidadas, por medio del hombre que bajó de la montaña, con cuernos de luz, señal de su coloquio con el Altísimo, que antes había grabado sus mandatos en el corazón vivo del hombre salido de sus manos.

He aquí la carta magna de los derechos de la persona humana, del respeto a la personalidad inviolable de los hijos de Dios.

Las instituciones del pueblo de Dios, a través de toda la duración histórica del Antiguo Testamento, por lo mismo que se afirman en sus recomendaciones y enseñanzas, muestran con gran ventaja sobre muchos otros pueblos, una superior condición moral y humana; así en la era feliz que llamamos patriarcal, como en la de sus jueces y hasta en la

de sus reyes. Y con razón, porque ¡cuán sabias y cuán humanas, en medio de la dura condición de la humanidad y de los pueblos de aquellos tiempos, eran las leyes que el Señor dictaba o recomendaba a su pueblo!

Sería imposible aun siquiera enumerar su minucioso y amplísimo contenido: leyes que reglamentaban el culto del Señor; leyes que protegían la institución del matrimonio y la dignidad de la mujer; leyes que bendecían y defendían la fecundidad de la vida; leyes que defendían el derecho inviolable de la vida y de la integridad corporal; leyes que defendían y protegían a los pobres, al extranjero, al inválido; leyes que humanizaban la situación universalmente dura de los esclavos. En efecto: una serie de prescripciones (Ex. 21-1-11), suavizaban la esclavitud o libraban de ella; ningún pueblo todavía como el israelita abría paso a la civilización, prescribiendo la libertad del esclavo al término de seis años, en el séptimo.

¿Y cómo no oír estas palabras del Levítico? (19, 32-34): "Alzate ante una cabeza blanca y honra a tu Dios. Yo, Yahvé. Si viene un extranjero para habitar en vuestra tierra, no le oprimas; trata al extranjero que habita en medio de vosotros como al nativo de entre vosotros; ámale como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. Yo, Yahvé, vuestro Dios".

En esa tierra valía más la modestia y la piedad de la mujer que su belleza, la sabiduría más que el oro, el amor de Dios más que todos los tesoros del mundo y el temor de Dios era el fundamento de la sapiencia.

Hoy se habla mucho del derecho de propiedad como necesario e inherente al desarrollo de la persona humana y de la justicia social, como imprescindible para el progreso y la paz de los pueblos. Tendríamos que citar todos y cada uno de los libros santos del Antiguo Testamento y escribir un verdadero tratado sobre la materia, si quisiéramos exponer su humana y admirable legislación y doctrina relacionada con tal tema. Allí se defienden los derechos de los pobres, la justicia de los contratos, la ecuanimidad de los precios y medidas, el derecho familiar a la tierra y sus frutos; se condenan la avaricia y el egoísmo; se aseguran al pobre urgido por deudas el perdón de ellas y la recuperación de lo que por miseria debió vender; se condenan el latifundio y la prepotencia.

¡Qué oportunas resuenan en todas las épocas de la historia humana estas palabras de Isaías: "Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos y campos hasta

acabar al término siendo los únicos propietarios en medio de la Tierra". (Is. 5, 8).

Señores:

El que lee y medita las páginas del Libro de los Libros se acercará a otro hombre y verá en él, aunque oculto bajo harapos, aunque inmaduro como el niño, aunque encorvado como una anciana viuda, a un hermano suyo, a un heredero de la casa del Padre de los cielos, a un ser dotado de alma inmortal, a una imagen y semejanza de Dios, a quien debe respetar y amar como a sí mismo. ¿Hay algo más grande?

En los inescrutables designios de Dios sobre Israel, vosotros continuáis dándole un testimonio de sacrificio, de martirio, de amor a la libertad, de defensa de los derechos de la persona humana y de la dignidad del hombre.

Los tiempos son y han sido difíciles y trágicos.

Pero Yahvé no se ha olvidado de su Pueblo y una aurora de esperanza, de paz y libertad, de fraternidad y amor, ha de brillar también con todo su esplendor para Israel.

Lo deseamos de todo corazón.

Santiago, 29 de julio de 1965.

7
SER UNOS
EN CRISTO

Todos los años el Cardenal se reúne con el clero de su diócesis a celebrar la Eucaristía. El Jueves Santo del año 1966 le dirigió estas palabras en momentos especialmente críticos en la vida sacerdotal.

Muy queridos sacerdotes:

Llegada la ocasión de la celebración del día de la Institución de la Sagrada Eucaristía y, por lo tanto, del día en que el Señor, movido por su amor sin límites hacia todos nosotros, estableció el Sacerdocio de la Nueva Ley, siento la necesidad de dialogar con vosotros, mis pródigos colaboradores, mis hijos y mis amigos, mis hermanos en el Sacerdocio de Cristo, y en el cumplimiento de la sublime misión apostólica que El a todos nos ha confiado.

Siento más que nunca en esta ocasión el grato deseo de cumplir con lo que el Concilio nos manda: "Tengan los obispos a sus sacerdotes como hermanos y amigos, y preocupense cordialmente, en la medida de sus posibilidades, de su bien material y sobre todo espiritual; pongan, pues, el máximo cuidado en la continua formación de su Presbiterio. Escúchenlos con gusto, consúltenlos y dialoguen con ellos sobre la necesidad de la labor pastoral y del bien de la diócesis".

Nos parece que al establecer este diálogo, que hoy renovamos con intenso afecto y dedicación, y que deseamos mantener continuamente, cumplimos una de nuestras más delicadas y fecundas tareas pastorales: que estamos realizando en la mejor forma posible la voluntad del Señor y el diálogo que El comenzara con sus discípulos, nosotros lo continuamos para edificación nuestra y de todo el Cuerpo de Cristo: su Santa Iglesia.

Nos parece también que sólo así se realiza la plenitud

de nuestro sacerdocio, pues creemos, como alguien ha dicho: "Que la Plenitud del sacerdocio que se encuentra en el Obispo es participada por el conjunto de los presbíteros", al punto que se podría decir, con todo rigor, que el *Presbiterium* unido al Obispo constituye "el Obispo" en su plenitud. Lo mismo que el Cuerpo de Cristo no es nada sin su cabeza que es Cristo; sin embargo, la cabeza ha querido tener necesidad de su *pléroma*, que es su cuerpo.

Sentimos, pues, hoy más que nunca, la necesidad de esta unión con vosotros, con nuestro Presbiterio; sentimos que en esa participación de la integral misión apostólica que Cristo nos ha confiado está la belleza y la plenitud de nuestra común tarea; que sólo realizando el deseo de Cristo: *Ut sint unum* que a nosotros más que a nadie nos apremia, nos será posible cumplir la misión evangelizadora de santificación y de caridad que el Señor ha confiado a nuestras débiles manos.

He aquí, mis queridos hermanos, el sublime ideal que debemos vivir: ser unos en Cristo, formar un solo cuerpo cuya cabeza es vuestro Obispo y cuyos miembros sois vosotros; constituir un Presbiterio y una Familia, cuyo Padre sea vuestro Pastor.

De la realización de este ideal depende nuestra mutua santificación, nuestra felicidad y el bien de la enorme falange de hijos que el Señor nos ha dado. En la medida en que vivamos esta unidad, esta integración, en esa medida realizaremos también la plenitud de nuestro sacerdocio, lograremos la eficacia de nuestro ministerio pastoral, y nuestra diócesis, la porción de su Iglesia que el Señor nos ha confiado, se beneficiará de nuestros esfuerzos y logrará ser una diócesis predilecta del Señor y un jardín donde se desarrollarán vigorosas las virtudes cristianas.

Presbiterio

Resuenen, pues, amables a nuestros oídos y llenas de significado y de virtud las palabras conciliares: "Por esta comunión en el mismo sacerdocio y ministerio, tengan los obispos a sus presbíteros como hermanos y amigos, escúchenlos con gusto, consúltenlos, discutan con ellos sobre el bien de la diócesis... Y para que esto sea una realidad, constitúyase de una manera apropiada a las circunstancias y necesidades actuales, con estructuras y normas que ha de determinar el derecho, un consejo o senado de sacerdotes,

representantes del Presbiterio, que puedan ayudar con sus consejos eficazmente al Obispo en el régimen de la diócesis”.

¿Cuál es el deseo de la Iglesia manifestado en las palabras conciliares que acabamos de proferir? Es necesario que exista un órgano más reducido que sea auténtico y efectivo representante del Presbiterio y que a través de él pueda funcionar la solidaridad ministerial de todos los miembros del clero unidos al Obispo. Ha de ser pues este órgano la real expresión del Presbiterio, el verdadero complemento y explicación = (próvido cooperador) del Obispo en su función de Vicario de Cristo para su Iglesia particular y verdadera representación de todos los presbíteros de la diócesis.

Mientras la ley canónica se adecua a esta realidad y establece las nuevas formas en que ha de constituirse este Senado de la Diócesis, a nosotros nos ha parecido conveniente establecer, desde luego en forma provisoria pero al mismo tiempo lo más representativa posible de todos nuestros presbíteros, este senado que sea, así lo esperamos, nuestro próvido colaborador, nuestro consejo y nuestro sostén en la difícil y ardua labor pastoral.

Al anunciaros esto, queridos amigos y hermanos, cumplimos uno de los fines que nos habíamos propuesto realizar, en esta primera Semana Santa Posconciliar.

Puesta esta base, pasemos a considerar ahora, aunque brevisísimamente, cuál es la bella y grande tarea que nos espera y que todos juntos debemos cumplir; y cuáles son las condiciones necesarias que esa misión exige de todos nosotros, para tener éxito en ella.

“Nuestra diócesis es la porción del pueblo de Dios, que se ha confiado al Obispo, para que la apaciente con la cooperación del Presbiterio, de forma que, unida a su Pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia Particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo que es Una, Santa, Católica y Apostólica”.

“Cada uno de los obispos a que se ha confiado el cuidado de cada Iglesia Particular, bajo la autoridad del Sumo Pontífice, como sus Pastores propios, ordinarios e inmediatos, apacientan sus ovejas en el nombre del Señor”.

“Debemos dedicarnos a nuestra labor apostólica, como testigos de Cristo delante de los hombres” (Decr. *Christus Dominus*, sobre Función Pastoral de los Obispos, N° 11).

Esta realidad, tan rica que sobrepasa a todo estrecho concepto puramente jurídico de la diócesis, nos pone delan-

te no sólo de nuestros derechos de Pastores, sino también de nuestros grandes deberes de tales.

Es esta misteriosa y real unidad con Cristo; es esta confiada entrega que El nos hace de parte de su Cuerpo Místico, para que nosotros lo edifiquemos y conduzcamos a El; es esta misión suya y nuestra de ir a todos los hombres que constituyen nuestra heredad llevándoles su Evangelio; es la disponibilidad que tenemos de su Cuerpo y de su Sangre que nosotros administramos como fuente de su vida y santidad para bien nuestro y de todos los hombres; es esta amorosa identificación exigida por Cristo la que nos apremia día a día y exige de parte nuestra una entrega no menos generosa de todo lo nuestro, de nuestro pequeño mundo, para poder realizar el sublime ideal del Sacerdocio de Cristo.

Sin esta correspondencia a la Unidad de Cristo, a la divina confianza que ha depositado en nosotros, que bien podríamos calificar de locura, nos parece del todo imposible realizar el sublime ideal de elevación y de santificación del mundo que el Señor ha concebido y para el cual nos ha llamado.

Por eso, al meditar en estas verdades en el día que nos recuerda la institución del Sacerdocio de la Nueva Ley, nos parece indispensable que todos nosotros, comenzando por vuestro Obispo, contemplando el noble ideal que el Señor nos propone, renovemos nuestros propósitos y con la ayuda de la Divina Gracia, con generosas energías, caminemos por el luminoso camino de la Vocación Sacerdotal, hasta conseguir la meta de la anhelada y necesaria identificación con Cristo.

Las palabras del Apóstol resuenan en nuestros oídos como la expresión más clara y sintética de este sublime ideal:

“No soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí”.

Célibes por el Reino

Así se explica que para servir a la Iglesia y a nuestros hermanos, los hombres, el sacerdote debe ser capaz de abrigar en su pecho un solo amor; debe ser absorbido de tal forma por la belleza y el encanto de ese amor, que puede hacer con facilidad el sacrificio de los otros amores humanos, por nobles y grandes que ellos sean; debe sentir en sus miembros la fuerza avasalladora de la caridad de Cristo que le hace entregar gozoso la vida entera a su servicio en los

múltiples y difíciles apostolados que el Señor por la voz de los tiempos nos está exigiendo.

De aquí es, queridos hermanos, que la Santa Iglesia, en el día de hoy por medio del Concilio ha querido reivindicar esta muestra sublime de amor a Cristo que deben dar sus sacerdotes y no ha titubeado en presentar al mundo, una vez más, el ideal de la castidad sacerdotal.

Dice el Sagrado Concilio: "La perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos, incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal. Porque es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo".

"El celibato se conforma admirablemente con el sacerdocio". "Porque toda la misión del sacerdote se dedica al servicio de la nueva humanidad que Cristo, vencedor de la muerte, suscita en el mundo por su Espíritu y que trae su origen 'no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del varón, sino de Dios' (Jn. 1 13). Los presbíteros, pues, por la virginidad o celibato conservado por el reino de los cielos, se consagran a Cristo de una forma nueva y exquisita; se unen a El más fácilmente con un corazón indiviso; se dedican más libremente en El y por El al servicio de Dios y de los hombres; sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural y, con ello, se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo. De esta forma, pues, manifiestan delante de los hombres que quieren dedicarse al ministerio que se les ha confiado, es decir, de desposar a los fieles con un solo varón y de presentarlos a Cristo como una virgen casta, y con ello evocan el misterioso matrimonio establecido por Dios, que ha de manifestarse plenamente en el futuro, por el que la Iglesia tiene a Cristo como Esposo único. Se constituyen, además, como señal viva de aquel mundo futuro, presente ya por la fe y por la caridad, en que los hijos de la resurrección no tomarán maridos ni mujeres".

Sabiendo que este don tan grande lo llevamos en los frágiles vasos de nuestra arcilla, el Concilio nos exhorta a la humilde oración y a la práctica de las antiguas normas ascéticas, que no son menos necesarias en el mundo actual. Si verdaderamente estamos convencidos de que debemos imperiosamente conservar todo lo que favorece el alcance

de este ideal, también nos será fácil hacer los sacrificios que para este noble fin se nos exigen, y no habrá ninguno de nosotros que, bien consciente de su debilidad de hombre, no esté dispuesto a usar la máxima prudencia para evitar cualquier desliz en esta materia.

¡Cuánto aman los fieles la castidad sincera e íntegra de sus sacerdotes! ¡Cómo quisieran ellos tener siempre presente en forma palpable este testimonio de la verdad de la Religión de Cristo y de la efectividad de la vida futura que nos espera, donde el amor sacerdotal tendrá el pleno y feliz cumplimiento!

¡Señor, haznos dignos de ofrecerte este generoso y perpetuo testimonio de nuestro amor!

Obedientes a la Iglesia

Otra de las grandes virtudes que exige el ministerio nuestro, es aquella disposición de alma por la que estamos siempre preparados a buscar no nuestra voluntad, sino a hacer la voluntad de Aquel que nos envió, voluntad que podemos descubrir y cumplir en los acontecimientos diarios, en el ministerio que se nos ha confiado y en los múltiples acontecimientos de la vida.

La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros —dice el Santo Concilio— que actuando en esta comunión, consagran su voluntad propia por la obediencia al servicio de Dios y de sus hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones emanados del Sumo Pontífice, del propio Obispo y de otros superiores, gastándose y desgastándose de buena gana en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea.

Esta obediencia sacerdotal, unida de espíritu de cooperación, se funda especialmente en la participación misma del ministerio episcopal, que se confiere a los presbíteros por el sacramento del orden y por la misión canónica. Deben, pues, los presbíteros, movidos por la caridad y el celo, investigar prudentemente nuevos caminos de apostolado para el mayor bien de la Iglesia; deben proponer confiadamente sus proyectos y exponer insistentemente las necesidades del rebaño a ellos confiado, dispuestos siempre a acatar el juicio de quienes desempeñan la función principal en el régimen de la Iglesia de Dios.

Si el Señor es nuestra porción y nuestra herencia, si la Iglesia Santa es nuestra heredad y sólo nos interesa su incremento, debemos usar de los bienes de la Tierra tan sólo para aquellos fines a los que podamos destinarlos según la doctrina de Cristo y la ordenación de la Iglesia.

“Los bienes eclesiásticos propiamente dichos, según su naturaleza, deben administrarlos los sacerdotes según las normas de las leyes eclesiásticas, con la ayuda, en cuanto sea posible, de expertos seculares y destinarlos siempre a aquellos fines para cuya consecución es lícito a la Iglesia poseer bienes temporales, esto es, para el desarrollo del culto divino, para procurar la honesta sustentación del clero y para realizar las obras del sagrado apostolado o de la caridad, sobre todo con los necesitados. En cuanto a los bienes que recaban con ocasión del ejercicio de algún oficio eclesiástico, salvo el derecho particular, los presbíteros, lo mismo que los obispos, aplíquenlos en primer lugar a su honesto sustento y a la satisfacción de las exigencias de su propio estado; y lo que sobre, sírvanse destinarlo para el bien de la Iglesia y para obras de caridad. No tengan, por consiguiente, el beneficio como una ganancia, ni empleen sus emolumentos para engrosar su propio caudal. Por ello los sacerdotes, teniendo el corazón despegado de las riquezas, han de evitar siempre toda clase de ambición y abstenerse cuidadosamente de toda especie de comercio”. (*Decreto Christus Dominus.*)

Nada hay que conquiste más y nos atraiga las bendiciones y la admiración de nuestros pueblos que la generosidad y el desprendimiento sacerdotales. Este es otro de los testimonios tangibles, para los fieles, de nuestras convicciones y de nuestra esperanza de la vida eterna donde las riquezas no se enmohecen ni los tesoros se pierden, ni la felicidad se mengua.

Guiados por el Espíritu del Señor, que ungió al Salvador y lo envió a evangelizar a los pobres, evitemos todo cuanto pueda alejar de nosotros, en alguna forma, a los pobres, desterrando de nuestras costumbres toda clase de vanidad. Que nuestras casas estén siempre abiertas para todos; nadie, ni el más pobre, se sienta extraño ni recele frecuentarlas.

La santidad como ideal

Bella y ardua es la meta propuesta; no fácil la consecución de nuestro ideal. Muchísimas veces en nuestras vidas hemos sentido el desaliento y que las fuerzas nos flaquean en el cumplimiento de nuestros deberes.

Necesitamos disponer fácilmente de los medios adecuados para lograr la santidad sacerdotal, a la cual estamos llamados. Necesitamos también que esos medios estén de acuerdo con la espiritualidad sacerdotal diocesana que vivimos, que la faciliten y que sean como las causas naturales que surgen del mismo ministerio sacerdotal que nos incumbe y que sean capaces de producir la santidad propia de los enviados del Padre, de los sacerdotes de Cristo.

Creemos que debemos buscar esta santidad y podemos alcanzarla, si somos dóciles al Espíritu de Cristo, y nos dejamos conducir y vivificar por El en el cumplimiento de las mismas acciones sagradas que por mandato divino realizamos cada día.

Así nos lo manifiesta el Concilio:

1º) Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo, su triple función. Por ser *ministros de la Palabra de Dios*, leen y escuchan diariamente la palabra divina que deben enseñar a otros; y si al mismo tiempo procuran recibirla en sí mismos, irán haciéndose discípulos del Señor cada vez más perfectos, según las palabras del Apóstol a Timoteo: "Esta sea tu ocupación, éste tu estudio: de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. Vela sobre ti, atiende a la enseñanza, insiste en ella. Haciéndolo así, te salvaras a ti mismo y a los que te escuchan". (4, 15, 15.)

2º) Como ministros sagrados, sobre todo en el *Sacrificio de la Misa*, los presbíteros ocupan especialmente el lugar de Cristo, que se sacrificó a sí mismo para santificar a los hombres y, por ende, son invitados a imitar lo que administran. Ya que celebran el misterio de la vida del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencia. En el Misterio Eucarístico, en que los sacerdotes desempeñan su función principal, se realiza continuamente la obra de nuestra redención, y por tanto se recomienda encarecidamente su celebración diaria, la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es una acción de Cristo y de la Iglesia.

3º) "Rigiendo y *apacentando al Pueblo de Dios*, se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vi-

da por sus ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdotes que incluso en nuestros días no rehusaron entregar su vida; siendo educadores en la fe y teniendo ellos mismos "firme confianza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Cristo" (Jb. 10. 17). Se acercan a Dios "con sincero corazón en la plenitud de la fe" (id.), y robustecen la esperanza firme para sus fieles, para poder consolar a los que se hallan atribulados, con el mismo consuelo con que Dios los consuela a ellos mismos; como rectores de la comunidad, cultivan la ascesis propia del pastor de las almas, dando de mano a las ventajas propias no buscando sus conveniencias, sino la de muchos, para que se salven, progresando siempre hacia el cumplimiento más perfecto del deber pastoral y cuando es necesario, están dispuestos a emprender nuevos caminos pastorales, guiados por el Espíritu del amor, que sopla donde quiere". (*Decreto Presbyterorum Ordinis.*)

En la grave y múltiple ocupación de todos los días; en el ajetreo de los variados deberes pastorales y en el flujo constante de los acontecimientos de nuestro mundo que llegan a nosotros con medios tan fáciles y con tanta abundancia, existe el peligro de no lograr la unidad indispensable de la vida interior, entorpecida por la angustiada magnitud de la acción exterior.

Para conseguir esta unidad, tenemos que volver los ojos a nuestro modelo y nuestro sostén: Jesucristo, Nuestro Señor. Sólo conseguiremos la unidad de nuestras vidas de apóstoles modernos uniéndonos a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de nosotros mismos al servicio del rebaño que se nos ha confiado.

Desempeñando nuestro papel de buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral encontraremos el vínculo de la perfección sacerdotal que reducirá a la unidad nuestra vida y nuestra actividad.

Para eso debemos considerar todos nuestros proyectos a la luz de la voluntad de Dios. Debemos realizarlos sólo si esa voluntad divina lo aprueba; sólo si están de acuerdo con ella, guiándonos en esto, por las normas de la misión evangélica de la Iglesia, ya que no puede separarse la fidelidad para con Cristo de la fidelidad para con la Iglesia. Así hallaremos la unidad de nuestras vidas en la misma unidad de la misión de la Iglesia y de esta suerte, nos uniremos con Cristo y por El y con el Padre, en el Espíritu Santo.

Después de esta sucinta exposición de algunos de los grandes valores sacerdotales a la luz del Concilio, quisiéramos

mos, para terminar, analizar en vuestra compañía los valores del presbiterio diocesano y nuestras deficiencias, con el ánimo de agradecer al Señor por los ejemplos generosos de virtud que nos enriquecen y de pedirle gracias para corregir las debilidades que nos limitan.

Creo que existe entre nosotros, en la gran mayoría de nuestro Presbiterio, el espíritu generoso que animó a toda la Asamblea Conciliar y que, en general, por lo que respecta a los sacerdotes, está estampado en los documentos que dicen relación con ellos. Creo que el Concilio ha venido a fortalecer y confirmar lo que en nuestra diócesis vivíamos y habíamos empezado a poner en práctica. Dígase todo esto especialmente de nuestra organización pastoral y de las grandes líneas de nuestro trabajo apostólico. Debo agregar que en la realización de este programa se notan, en la gran mayoría de nuestros sacerdotes, un entusiasmo, una generosidad y una buena voluntad sacrificada y hasta heroica.

Por todo esto alabamos al Señor y pedimos bendiga la creciente buena voluntad de nuestro clero.

Lo que nos falta

¿Qué nos falta? Creo que debemos buscar con mayor esfuerzo y con inteligente perseverancia, alcanzar el ideal de nuestra propia santificación en el ejercicio del apostolado. No siempre se encuentra que en nuestro trabajo todos sabemos apreciar y poner en el puesto de honor a los valores de la santidad y de la espiritualidad sacerdotales. Debemos buscar más la santidad en el ejercicio de nuestro ministerio.

Creo que, en segundo lugar, no todos hemos comprendido el grave deber de la unión que debe distinguir la vida de todos nosotros. El ideal esperado por el Concilio de que cada uno de los presbíteros se una con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la total cooperación, no siempre se ha vivido en plenitud entre nosotros. Por lo cual no siempre se realiza que los que son de edad algo avanzada entre nosotros, reciben a los jóvenes como verdaderos hermanos y los ayudan en las primeras empresas y labores del ministerio, esforzándose en comprender su mentalidad, aunque difiera de la propia, mirando con benevolencia sus iniciativas; ni siempre los jóvenes, a su vez, respetan la edad y las experiencias de los mayores, ni piden sus consejos, ni siempre colaboran oportunamente con ellos.

Para poder ser el presbítero ideal, es necesario que entre nosotros se realice a la perfección el voto del Maestro que se inmoló para obtener que todos seamos con El una sola cosa: "Ut sint unam".

Finalmente, no por todos es comprendido ni compartido el criterio de unidad con la Santa Iglesia; no todos suelen aceptar humilde y generosamente todas las leyes eclesiásticas, litúrgicas, disciplinarias, etc. Suele haber en algunos de nosotros un espíritu de rebeldía, de independencia e individualismo que dista totalmente del ideal de unidad y caridad que son indispensables complementos de la vida sacerdotal. A pesar de que el número de los que tal vez se dejan seducir por un espíritu moderno totalmente diverso de nuestro espíritu son pocos, todos nosotros, queridos hermanos, en unión con nuestros fieles, debemos edificar el cuerpo presbiterial, que debe ser el alma y la vida del cuerpo de nuestra Iglesia.

Humildemente pedimos al Señor que guíe nuestras débiles fuerzas e ilumine nuestras mentes, para que todos unidos en mutua y ardiente caridad, podamos dar el ejemplo de amor a Cristo, el Señor, por sobre todas las cosas del mundo.

Así sea.

Santiago, Jueves Santo de 1966.

¿HACE POLITICA LA IGLESIA?

La pregunta se ha formulado y se sigue formulando. El 20 de enero de 1968, el diario Las Ultimas Noticias, de Santiago, entrevistó al Cardenal Silva, por diversas críticas que se le hacían.

—¿Cree Ud. que los sacerdotes deben o pueden intervenir en política?

—Los sacerdotes en Chile, como en todos los países democráticos del mundo, son ciudadanos con todos sus derechos. Sin lugar a dudas, pueden y deben dar su voto y tener preferencias políticas.

Los sacerdotes no deben participar en la política activa de partidos; no pueden dirigir colectividades políticas ni intervenir públicamente para hacer propaganda por ellas. Esto es lo que obliga a todos los sacerdotes. Creo que la mayor parte de ellos cumple con esta obligación, cualesquiera que sean sus simpatías políticas, las que, sin duda, tienen.

—Mucha gente piensa que la Iglesia Católica Chilena, o un sector de ella, apoya en forma activa al actual Gobierno. ¿Es efectivo, y de serlo, no significaría que la Iglesia está invadiendo campos que no le competen?

—La Iglesia la componen laicos, sacerdotes y religiosos. En el mundo de los laicos que pertenecen a la Iglesia Católica se dan diversas inclinaciones y preferencias políticas y hay católicos que pertenecen a distintos partidos políticos.

Esta actitud de los hijos de la Iglesia no es en ninguna manera malsana ni prohibida, si efectivamente los católicos piensan con esto cumplir con el grave deber de promover el bien público a través de las colectividades políticas a que ellos pertenecen.

No es éste, evidentemente, el papel de la jerarquía de la Iglesia ni de los religiosos que en ella trabajan.

En la pregunta anterior he dado respuesta sobre el parecer del pastor y de la doctrina de la Iglesia a la cuestión que en este momento usted ha formulado.

—*Algunas publicaciones respaldadas por la Iglesia Católica, como la revista Mensaje, han tomado posiciones en problemas político-sociales, sociales y económicos que han causado resistencia en diversos sectores. ¿No podría producir esto una reacción entre los que no piensan como ella y hacerlos alejarse de la Iglesia?*

—Es evidente que hay revistas que tratan de asuntos político-sociales y socioeconómicos. Esto no es intervenir directamente en política. Los Sumos Pontífices en sus Encíclicas sociales tratan precisamente de estos puntos y de estas materias. Existe, además, una doctrina socioeconómica de la Iglesia Católica, fundada en el Evangelio. Los problemas económicos y sociales tienen una íntima conexión con el cristianismo y con la doctrina de Cristo. Corresponde a la Iglesia y a sus dirigentes exponer cuál es la doctrina del Señor que se aplica a la solución de estos gravísimos problemas.

Esto ha sucedido siempre en la Iglesia, y es de lamentar que algunas personas se aparten de ella, por no estar de acuerdo con la doctrina de la Iglesia.

Sí lo que se dice en esas publicaciones fuera una simple opinión, no obligatoria, que no viene a resolver un problema, sino que señala diversas vías de solución, corresponderá a los católicos el elegir, siguiendo la doctrina, la que a ellos más les agrade. Pero la posibilidad de elección entre las diversas soluciones no significa que se deba tener aversión al que no profesa las mismas ideas.

Sería una falta de cristianismo y una ausencia de democracia el no aceptar que otra persona piense distinto de uno.

La caridad recíproca que deben observar los católicos al defender o exponer su pensamiento, debe brillar en sus actitudes personales, para que por la manera respetuosa y amable de tratarse mutuamente conozcan los demás que ellos son verdaderamente cristianos.

—*¿Considera usted que es apropiado que la Iglesia Católica realice inversiones en empresas editoriales como Dilapsa o Zig-Zag; o si las eventuales pérdidas que acarrear*

se justificarían con los beneficios de difusión que se pueden obtener?

—Siempre la Iglesia ha tenido inversiones en órganos de difusión. En Chile ha tenido grandes empresas que editaban diarios en diversas ciudades del país. Baste recordar las diferentes ediciones de *La Unión*, que se imprimían en Santiago, Valparaíso y en otras capitales de provincias. No hace mucho tiempo la Iglesia era accionista de la Sociedad Periodística que publicaba *El Diario Ilustrado*.

El que un grupo de católicos tenga acciones en empresas editoriales y que la Iglesia promueva esta actividad, no es una cosa dañina ni mala. Por el contrario, la Iglesia siempre lo hará pues tiene un enorme interés en los medios de difusión, y trata de que lleguen al pueblo, a través de ellos, la luz del Evangelio y la doctrina de la Iglesia. Esta actividad forma parte de su misión: "Id y enseñad".

Tocará a los católicos oír la voz de la Iglesia y el ayudar a que sea realidad eficazmente este propósito; propósito que, como digo, *la Iglesia mantiene inalterable a través de los siglos*.

—Muchos católicos consideran que el culto ha perdido solemnidad. ¿Considera Ud. que la nueva liturgia ha hecho que se pierda el respeto en actos religiosos?

—No lo considero. Por el contrario, creo que la nueva Liturgia vivida, conocida y practicada como la Iglesia la quiere, es un poderoso elemento que hará vivir mucho más intensamente la vida religiosa, conocer la palabra de Dios y ser mejores; cosa que ya estamos palpando y que la experiencia en la constatación de la reforma litúrgica nos está demostrando.

—¿No cree que los sacerdotes han perdido parte de su prestigio al mezclarse exageradamente en toda clase de actividades políticas, sociales, participando en foros, etc. y al andar vestidos como todos?

—No creo que los sacerdotes se mezclen exageradamente en toda clase de actividades políticas. Esto es solamente una exageración de quien lo afirma.

El que anden vestidos como todos, es un acto de sencillez, de humildad; y también ha de servirles para indicar a los demás hombres que no piden excepciones y que quieren ser tratados al igual que los demás.

La dignidad del estado sacerdotal no depende del hábito, sino de una verdadera vida espiritual, del sentido de su

consagración a Dios y de la entrega a un ideal superior de servicio a sus hermanos.

Hay que pensar seriamente que "el hábito no hace al monje".

—¿No cree que la Iglesia por preocuparse de problemas terrestres ha descuidado los problemas espirituales?

—No lo creo. Siempre la Iglesia se ha preocupado de problemas terrestres. Cuando dice: "No matar", "No fornicar", "No desear la mujer de tu prójimo", habla de problemas bien terrestres. Siempre debe la Iglesia preocuparse de ellos.

El que cada uno cumpla con su deber y practique la virtud de la justicia son cosas que tienen evidentemente una posibilidad y una realización únicamente en esta Tierra, y con motivo de los bienes terrestres.

No existe, pues, un mal en preocuparse de estos problemas ni para la Iglesia ni para los sacerdotes. Mal sería si sólo nos preocupáramos de la parte terrena de estos problemas y no los dirigiéramos a los efectos que tienen en la otra vida. No se debe pensar, pues, que el desear y enseñar un orden mejor y el indicarle al cristiano cuáles son sus obligaciones de justicia, sea para la Iglesia un abandono de sus deberes y un incumplimiento de la gran misión que ha recibido de enseñar a todos los hombres lo que el Maestro nos ha mandado.

—¿Se justifica la existencia de Universidades y Colegios Católicos?

—Se justifica plenamente. Creemos que las Universidades y Colegios Católicos, cada vez más y en mejor forma, deberán dar a la sociedad el aporte de su catolicidad. Los grandes valores y las virtudes del cristianismo deben ser entregados junto con la ciencia, para complementar la vida social por medio de sus Universidades y Colegios, así como lo realiza la Iglesia a través de todas sus actividades.

—¿Estima Ud. que se ha lesionado el principio de autoridad al solucionarse conflictos surgidos en las Universidades Católicas aceptando peticiones hechas mediante presión?

—No es la aceptación hecha mediante presión lo que puede lesionar el principio de autoridad. Es el aceptar soluciones o principios que no estén de acuerdo con la Doctrina de la Iglesia.

Aceptar una cosa que es justa, aunque sea pedida con exageración, no vulnera el principio de autoridad.

—¿Qué opina Ud. de la educación sexual impartida en Colegios Católicos?

—Opino lo que declara el Concilio Ecuménico. Hablando de los niños dice: "Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual".

Santiago, 20 de enero de 1968.

PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

El día 11 de agosto de 1968, un grupo de laicos y sacerdotes "se tomó" la Iglesia Catedral. Este hecho sacudió a la opinión pública.

El Cardenal hizo en esa oportunidad la siguiente declaración:

De vuelta de una visita pastoral a la Zona Rural Costa, he sido informado por mis Vicarios de todos los dolorosos detalles de la toma de nuestra Iglesia Catedral. Profundamente dolorido por esta acción, que no tengo cómo calificar, creo mi deber dirigir una palabra a los católicos de Santiago:

La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados, olvidados de su misión de Paz y Amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile.

Se ha profanado nuestra Iglesia Catedral; se han profanado hermosas tradiciones de nuestra patria en materia religiosa.

La Iglesia de Santiago no merecía este trato: su generosa entrega al servicio de los humildes que se prueba no sólo con palabras, sino con muchos hechos; su equilibrada apertura a todas las innovaciones del Concilio; su infinita paciencia en un diálogo no interrumpido con todas las tendencias, nos parece que la hacían acreedora al respeto de todos.

Por nuestra parte, siempre hemos estado abiertos al diálogo y hemos hablado con cada uno de los sacerdotes que han intervenido en este triste incidente.

Hemos hecho todo lo necesario para evitarlo. No ha sido posible. Han primado las pasiones sobre los ideales evangélicos.

Queremos que nuestros fieles sepan que condenamos con toda energía estos hechos y que los sacerdotes que han

intervenido en ellos se han separado de la comunión con su Obispo.

Humillados por los enojosos acontecimientos que hemos presenciado, nos hacemos un deber en manifestar a nuestros hijos que ningún extremismo nos hará variar de nuestra conducta de comprensión, de apertura y de respeto por todas las personas y por todas las ideas.

Pedimos perdón a la Iglesia de Santiago por la ofensa que se le ha causado, pedimos a todos los católicos que con su actitud y sus palabras reprueben estos hechos y hagan sentir a los actores de ellos la gravedad que tienen y el mal que ocasionan al buen nombre de nuestra Iglesia y a nuestra patria.

Agradecemos al Señor el dolor que nos ha hecho sufrir. Creemos que no debíamos ser ajenos a lo que tantos otros sufren en estas horas de incomprensión, de violencia y de injusticia en el mundo entero. Pedimos asimismo que nuestro noble pueblo no se deje influenciar por quienes pretenden llevarlo por los caminos torcidos de la violencia.

Perdonamos de todo corazón a los que nos han ofendido.

Invitamos a todos nuestros fieles a que el próximo día 15 de agosto, día de la Asunción de la Santísima Virgen, Patrona de Nuestra Iglesia Catedral, ofrezcamos a Dios el Santo Sacrificio, en todas las iglesias, como un desagravio por los lamentables acontecimientos del día de hoy.

Santiago, 11 de agosto de 1968.

DOCTORADO
A PABLO NERUDA

En la Universidad Católica se propuso otorgar el Doctorado Scientia et Honoris Causa al poeta Pablo Neruda. En el Consejo Superior, el Cardenal, Gran Canciller de la Universidad Católica, dio su opinión al respecto en la sesión del 27 de junio del año 1969.

...Quiero referirme al otorgamiento del Título de Doctor *Scientia et Honoris Causa* que se ha propuesto, aquí, conceder al poeta Pablo Neruda.

Creo que debe establecerse con claridad cuál es la mente de la Universidad al concederlo. Mi opinión personal es que, sin lugar a dudas, el poeta lo merece. Creo que la Universidad, al concederle este título, realiza un gesto que tal vez no sea comprendido por los necios, pero sí por otras personas de valer. En esta actitud nuestra se reflejan valores de extraordinaria importancia, valores que la Iglesia desea hoy día vehementemente manifestar en su comportamiento y en su manera de ser. El primer valor es que, de una vez por todas, se muestre y se crea que la Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados en quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, que la Iglesia Católica, por su naturaleza, el Cristianismo, por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo.

Y esto ¿qué significa? ¿Puede darse una cátedra de ateísmo o marxismo en una Universidad Católica? Yo digo que sí: puede darse, porque los cristianos estamos convencidos de que ninguna de estas ciencias o doctrinas deja de tener una parte de verdad, y porque a veces nos plantean una crítica que nos resulta utilísimo conocer. Es en este sentido —el de la posibilidad de un aporte y enriquecimiento positivos— que la Universidad puede, sin lugar a dudas,

establecer cátedras de ese tipo, siempre que disponga del buen criterio y formación doctrinaria suficiente para saber discernir lo verdadero de lo falso. Creo que nuestra patria y el mundo necesitan este testimonio nuestro de los católicos. Testimonio de amor a la Verdad y a la Belleza, que no aparece ofuscado sino realzado por nuestra fe. Alguien puede estimar que antes esto no se daba. Pero desde el momento en que se ha aprobado por la Asamblea Conciliar el *Documento sobre la Libertad Religiosa*; desde el momento en que nosotros hemos aceptado el Ecumenismo y llamado hermanos a los cristianos no católicos; desde el momento en que con respeto hemos reconocido valores en gente que no piensa como nosotros, yo no veo impedimentos para que la Universidad, estableciendo claramente el criterio que la guía, pueda y quiera dar un premio, un reconocimiento a personas que discrepan de nuestra doctrina espiritual.

Creo también indispensable que reconozcamos la actitud y el valor de quienes se han dedicado, por propia convicción, a defender los derechos de los humildes; y que nuestro testimonio sobre esto aparezca tan claro, que quede más allá de toda mistificación.

Santiago, 27 de junio de 1969.

11
EL ESTILO DEL CONCILIO

La relación de la Iglesia con la política ha inquietado, desde hace mucho tiempo, a los medios de comunicación social. En los años de Episcopado del Cardenal, el tema aparece muchas veces. El 15 de enero de 1970 entrega su opinión al diario La Tercera de la Hora.

—*Todos los hechos que se han venido produciendo últimamente en la Iglesia de Santiago, que en general representan una abierta rebelión de sacerdotes, en algunos casos, y de fieles, en otros, ¿configuran un cuadro de crisis en la Arquidiócesis a su cargo?*

—San Francisco de Sales solía decir que “el bien no hace ruido... y el ruido no hace bien”. La inmensa mayoría de nuestros sacerdotes trabaja silenciosamente, con alegría y en paz. Están en medio de los problemas, los sufren con y como los demás, perciben la necesidad y urgencia de cambiar muchas cosas y cambiar ellos mismos, y por eso estudian, revisan, consultan y se unen entre sí y con los religiosos y laicos, para buscar mejores caminos. Cuando algo no les resulta, o no tan rápido como quisieran, asumen la responsabilidad e investigan diligentemente la causa y ponen ellos mismos el remedio. Cuando algo les resulta bien, no dicen nada, porque entienden que para eso están y son sacerdotes. Por eso no hacen ruido y no se habla de ellos en los titulares. Pero ellos son el rostro más genuino de nuestra Iglesia. Lo otro es la excepción, es la enfermedad. Ha existido siempre y se dará sobre todo en épocas de tensión, de crecimiento vital como la que indudablemente atraviesa no sólo nuestra Iglesia de Santiago y chilena, sino la Iglesia universal y la Humanidad en que ella vive y a quien pretende servir.

—Este mismo rechazo de la jerarquía eclesiástica local ¿podría indicar algún error o una posición equivocada en la autoridad que usted representa? ¿No se podría argumentar que hay cierta falta de flexibilidad en la conducción de la Arquidiócesis de Santiago?

—La autoridad, en la Iglesia, tiene un solo justificativo, una sola razón de ser: el servicio. Nadie es ordenado sacerdote o consagrado obispo para escalar situaciones de poder o prestigio, o alimentar su ego disponiendo caprichosamente de la gente o imponiendo arbitrariamente sus puntos de vista. En los hechos producidos últimamente en Santiago, el Obispo ha actuado con pleno conciomiento de los hechos; ha consultado a numerosas personas; ha agotado los medios para obtener un entendimiento razonable. Cuando todo esto se ha probado inútil, entonces su misma obligación de servir le ha exigido sancionar. Sería una deslealtad para con las ovejas el tolerar que se las hiera en lo más precioso que tienen: la fe. Y si los llamados a educar la fe la convierten en superstición o extravío, el pastor tiene que impedirselo, aunque le duela. Si no lo hace —por ejemplo, por temor a caer mal— se convertiría él mismo en mercenario: lo dijo el Señor.

—En general, lo que está sucediendo en la Iglesia de Santiago podría causar la impresión de que las normas y el “nuevo estilo” emanados del Concilio Vaticano Segundo habrían sido mal asimilados por parte de un grueso sector de fieles católicos y por muchos sacerdotes, sobre todo jóvenes. ¿Lo cree usted así?

—El “nuevo estilo” del Concilio Vaticano II pone el acento en la madurez personal del cristiano, y en su postura de servicio desinteresado a los hombres, sin discriminación. Los creyentes excesivamente inmaduros, y aquellos otros que en lugar de servir prefieren servirse de los hombres y hasta de la Iglesia para sus propios intereses, tendrán extrema dificultad en asimilar el Concilio. Pero le insisto: la inmensa mayoría de sacerdotes, religiosos y laicos, más allá de una primera reacción y etapa de desconcierto —semejante, tal vez, a la de acostumbramiento a la luz— vive gozosamente este “nuevo estilo” tan antiguo como el Evangelio.

—¿No se podría suponer que el desconcierto que en general parece existir en la población católica a su cargo emana, especialmente, del énfasis que la Iglesia está poniendo

en los aspectos sociales y que, al parecer, desplazan la atención católica de la labor netamente espiritual de la Iglesia?

—Nos van a juzgar; somos, ya, juzgados, por el servicio a la persona del pobre, del enfermo, del peregrino, incluso del encarcelado. Nuestro amor y fidelidad a Dios se prueban, en primer lugar, en nuestro amor y fidelidad hacia el hombre que nos necesita. Jesucristo tuvo la osadía de identificarse con él. ¿Cómo se puede, entonces, ser “espiritual”, si se desentiende uno de las angustias del hombre? No basta decir: “¡Señor, Señor!” y golpearse el pecho: hay que HACER la voluntad del Señor, que no es otra que amar y servir al otro, EFICAZMENTE, CONCRETAMENTE, no con puros buenos deseos: tal como se ama uno a sí mismo.

—Ese hincapié que los ministros de la Iglesia de Santiago hacen en su labor social, ¿no estaría conduciendo a muchos de ellos al acercamiento a doctrinas de orden más político que religioso, y que los implican más en asuntos que no son exactamente propios de la Iglesia?

—Yo creo que existe también una vocación a la vida política: vocación de consagración y servicio a la gran comunidad nacional. Un laico cristiano que reconozca en sí esa vocación no puede sustraerse a ella. La autenticidad de su fe se probará, en tal caso, en la lealtad y reciedumbre de su compromiso con el Bien Común. Normalmente ello le demandará adherir a un determinado partido —el que su conciencia libremente escoja como idóneo— y aceptar las —a veces muy duras— reglas del juego político, dentro del respeto hacia quienes, libremente también, escojan una opción diferente. Para ellos, los laicos, es un derecho y deber. La misión de la Jerarquía es distinta. Obispos, sacerdotes y religiosos no podemos empeñarnos en una política partidista, por más que individualmente poseamos legítimas preferencias y cumplamos consecuentemente nuestros deberes ciudadanos. Pero en nuestra condición de pastores, nuestra tarea es reafirmar los grandes principios e imperativos morales, denunciando todo atropello del hombre y anunciando el Evangelio de la Paz, fruto de la Justicia.

Santiago, 15 de enero de 1970.

12
ACELERAR
NUESTRA LIBERACION

Cada año, al celebrar el Día del Trabajo, la Iglesia recuerda a San José Obrero. En 1970 el Cardenal pronunció la siguiente homilía:

“ORAMOS POR LOS OBREROS EXPLOTADOS Y ENCARCELADOS”

Queridos hijos:

Acabamos de leerlo y oírlo en el Evangelio: los contemporáneos de Jesús se preguntan, admirados, “¿de dónde saca éste tanta sabiduría y tantos milagros? ¿Acaso no es el hijo del carpintero. . . ?” Y les parece tan inaceptable que el hijo del carpintero pueda enseñar y sanar enfermos, que se escandalizan de Él y lo arrojan fuera de su comunidad.

Hoy nos preguntamos hasta qué punto nosotros hacemos lo mismo que ellos. Hasta qué punto nos escandalizamos de que el Hijo de Dios haya sido obrero. Hasta qué punto somos responsables de que tantos, obreros como Él, no hayan podido sentir nuestra comunidad, nuestra Iglesia, como la casa y la tierra que les pertenecen.

En estos mismos instantes, el mundo del trabajo se dispone a celebrar su día. Decimos “celebrar”, aunque el acontecimiento que le dio origen sea, en sí mismo, un hecho triste y deplorable. Pero es que, como en el drama del Calvario, la muerte, la inmolación sangrienta de una vida puede ser, más allá de lo que tiene de crimen y pecado, un signo de esperanza. Sí: el mundo obrero celebra hoy, antes que una masacre, un testimonio: el testimonio de que él mismo puede y debe ser, en inquebrantable unidad, el principal protagonista de su propio destino. La esperanza, por eso, de conquistar por sí mismo su lugar en la Tierra, luchando solidariamente por hacer valer su dignidad de personas.

Hoy día nos preguntamos qué hemos hecho por respetar esa dignidad. ¿Cómo hemos satisfecho ese "hambre y sed de justicia" que es bienaventuranza, sí, para los desheredados, pero interpelación para los que tienen pan y no quieren compartirlo? ¿Con qué sinceridad hemos vivido la fe en un Dios que se hace hombre y nos visita, y nos juzga en la persona del pobre al que negamos sus derechos?

Pero hoy también son los propios obreros quienes se preguntan: ¿qué hemos hecho, qué más podemos hacer por acelerar nuestra liberación? La conquista que hoy celebran y parece ahora tan obvia e indiscutible —la jornada de 8 horas— ¿no se logró depurando intereses personales, haciendo viva y operante esa cualidad distintiva del alma obrera que es la solidaridad? ¿No existe un imperativo, humano y evangélico, de llevar unos las cargas de otros, deponiendo egoísmos y aislamientos cómodos? ¿No es un hecho que los legítimos intereses del mundo obrero y campesinos están mejor defendidos cuando sus organizaciones son realmente representativas y cuentan con la participación responsable de los mismos trabajadores?

Quien aspira, y con razón, a hacer valer su dignidad de persona, no puede tolerar ser un objeto pasivo de decisiones que otros toman por él, eximiéndose de comprometerse él mismo en la gestación de su propio destino.

Pero la organización solidaria de los trabajadores no basta para que sus derechos sean respetados. Es preciso que la comunidad entera se abra progresivamente al mandato inapelable de la justicia, que exige dar a cada uno lo suyo. Es urgente educarnos y educar a una nueva manera de pensar, tan antigua como el Evangelio, que nos llama a interrumpir nuestro camino cuando en él yace, atropellado, nuestro hermano el hombre, y responder por él. Particularmente los que confesamos el nombre de Cristo, no podemos hacernos reos de escándalo, proclamando con nuestros labios al mismo Señor al que negamos cada vez que violamos un derecho humano. La celebración de hoy día se transforma así en un examen de conciencia y una invitación a actuar. Actuar, sí, con la urgencia operante y muy concreta que va más allá del verbalismo y demuestra en los hechos su autenticidad. Como lo recuerda el Apóstol:

"No amemos con palabras ni con la lengua, sino con hechos, verdaderamente. Así sabremos que estamos en la verdad". (*1ª de Juan*, 3, 18.)

Una invitación, un mandato de actuar, que emana del amor, no del temor, y nos compromete en primer lugar con

ese mundo para el cual las palabras solas no significan y no sirven de nada. Ese mundo que sufre las amenazas de la inseguridad en el trabajo, los despidos arbitrarios, cesantías y huelgas que se prolongan a veces hasta la exasperación. Sus causas, es cierto, son complejas y las responsabilidades, múltiples; pero en cualquier circunstancia es siempre la parte más débil la que sufre más y no puede esperar indefinidamente.

Hoy día, en medio de esta celebración, a la vez humana y litúrgica, en que Cristo se hace presente —presente en la Eucaristía, presente, también, en el rostro, en la esperanza y en la solidaridad de los pobres—, nuestra voz se levanta para confesar y para orar. Confesar, sí, nuestra parte de responsabilidad, nuestras inacciones, nuestros silencios cómplices, los egoísmos nuestros que han bloqueado o retardado la liberación de los oprimidos. Y orar: orar por los que son “indignamente explotados, con ultrajes escarnecidos en su cuerpo y en su alma, envilecidos por un trabajo degradante sistemáticamente querido, organizado e impuesto” (Pablo Sexto, a la OTT, 10-VI-1969). Orar por los que no tienen casa, el albergue de una morada que proteja la intimidad de su familia y les permita conocerse y amarse. Orar por los encarcelados, víctimas no pocas veces del rigor intemperante de la ley; empujados, tantas veces, al delito por la desesperación de la injusticia. Orar, por fin, por una verdadera conversión del corazón. Conversión, digo, a la Ley del Evangelio, la única capaz de cimentar, a la larga, una forma de convivencia en que “nunca más el trabajo esté contra el trabajador, sino que siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo hombre”. (Pablo Sexto, id.)

Como Pastor de esta Iglesia de Santiago, en afectuosa unión con los sacerdotes, religiosas y laicos que militan en la pastoral obrera, pido a nuestras comunidades cristianas que en las Misas del próximo domingo reflexionen y oren según estas intenciones, y promuevan actos concretos de solidaridad y apoyo hacia los trabajadores que en los respectivos barrios de Santiago sufren los efectos de la cesantía o paralización de faenas.

Que este día, queridos hijos, no pase en vano. Que no sea un día de recordación triste y estéril, sino un estímulo a luchar para que el hijo del carpintero vuelva a la casa de donde alguna vez lo arrojaron nuestros egoísmos, y que le pertenezca.

1º de Mayo de 1970.

13
TIERRA
PARA LOS CAMPESINOS

La noticia produjo impacto: la Iglesia entrega sus tierras a los campesinos. Al entregar los títulos de dominio a los campesinos de San Dionisio, el Cardenal habló así un día de mayo de 1970.

La Iglesia tomó la decisión de distribuir estas tierras a quienes con su trabajo y esfuerzo prolongado demostrasen capacidad y responsabilidad para ser propietarios de ellas. Han sido años difíciles para Uds., años de sudor, de fatiga y de lucha y también de esperanza y confianza. "Los que siembran entre lágrimas, cantando cosecharán". Nosotros los hemos acompañado en este tiempo; hemos seguido con interés y cariño los esfuerzos que los preparaban para ser propietarios de estas tierras. Estas tierras donde Uds. han visto salir y ponerse el sol, regadas por las lluvias y recorridas palmo a palmo por el caminar de cada día. Hoy estas tierras les pertenecen, y esto nos llena de alegría, emoción y esperanza. Por eso en este momento deseamos agradecer a Dios que nos inspiró para iniciar la Reforma Agraria, para distribuir las tierras de la Iglesia.

¿Por qué lo hicimos? Porque la Iglesia debía ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos. La Iglesia ha nacido para continuar la misión de Cristo y esta misión se resume en esta palabra: DAR. La Iglesia debe dar la Verdad y el Amor. Y éstas no son sólo buenas palabras. Su verdad y su amor son la generosidad, la solidaridad, la unión entre los hombres. Esto significa que los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres, especialmente de los que menos tienen, los bienes de los pobres.

Favorecer a los Trabajadores

Y porque los bienes de la Iglesia, espirituales y materiales, son para todos los hombres, debíamos dar este paso efectivo que favoreciese especialmente a quienes habían contribuido con su trabajo a mantenerlos y aumentarlos en estas tierras. Estas tierras sirvieron durante mucho tiempo para ayudar al culto de Dios, a las obras del apostolado, a la mantención del clero. Pero consideramos que por encima de estas necesidades estaba el porvenir de los trabajadores de la tierra, su dignidad y sus posibilidades de cultura. Creíamos que nuestro ejemplo contribuiría a crear un espíritu de reforma y de transformación de nuestros campos, cambiando sistemas de dependencia y opresión por nuevas formas de vida, donde el trabajador campesino se sintiese responsable, respetado y digno. Un sistema que le permitiese trabajar en lo que es suyo, que asegurase su porvenir y el de sus hijos. Un sistema de más justa división de tierras, demasiado extensas o mal explotadas, que beneficiase al trabajador y, a largo plazo, a todo el país.

La propiedad cambia de manos

Hoy el proceso de Reforma Agraria está en marcha. Hoy muchos propietarios agrícolas deben entregar sus tierras, para que sean divididas según la ley. Se enfrentan así al dolor de abandonar lo que han considerado suyo durante toda una vida, y que a menudo han recibido de sus padres o abuelos, y ellos mismos han trabajado poniendo allí su esperanza y fuente de subsistencia. Esto es duro y difícil siempre. Más aún, es inexplicable para quienes no han pensado que todo bien que el hombre posee: educación, propiedad y riquezas, cualidades y aptitudes, no es algo para "ate-sorarlo para sí", sino que tiene un destino social. Dios ha creado el mundo para todos, para que todos los hombres lo disfruten y no para que unos pocos se beneficien y se sientan seguros y los demás carezcan de lo necesario para una vida digna y un futuro tranquilo.

Nosotros esperamos que la necesidad de una distribución justa de los bienes debe ser comprendida por todos los hombres de buena voluntad, especialmente por los cristianos. Cuando hemos defendido el valor de la propiedad, hemos pensado especialmente en la posibilidad y el derecho que todos tienen a ella, y no en la defensa de la propiedad

de unos pocos. Si hoy muchas familias deben aceptar la expropiación de sus tierras, las tierras de sus antepasados, deben recordar también que en ellas han trabajado generaciones de campesinos que han dejado en ellas su dolor, su esfuerzo de años, sin haber tenido nunca la posibilidad de establecerse en ellas como en lo propio, sin poder esperar el futuro con tranquilidad, porque *no era su tierra*.

Hoy, el sacrificio aceptado de muchos antiguos propietarios hace posible el acceso de cientos de familias a la tierra que han trabajado siempre como ajena. Esto debieran comprenderlo mejor que nadie los cristianos.

Paz y Libertad

Todos queremos vivir en paz...; todos deseamos trabajar en tranquilidad y libertad para construir nuestro destino. Pero no nos hagamos ilusiones: la paz sólo es posible si existe la justicia social. Y una forma principal de justicia es la de distribución equitativa de los bienes y las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor que ya presenciamos en nuestra patria. *La libertad* sólo es auténtica y duradera cuando es para todos, y no cuando es el patrimonio de los que poseen dinero y cultura. El verdadero orden que tantos anhelamos, es el orden de la justa distribución de las riquezas; porque no puede haber orden donde existe la explotación, donde existen unos pocos privilegiados y una multitud de explotados. Lo demás será un orden aparente, que durará mientras dure la represión de las justas aspiraciones, pero tarde o temprano este "orden" caerá víctima de su propia injusticia y error. Dios quiera hacer comprender a los propietarios que hoy pierden parte de sus tierras, que con su sacrificio están contribuyendo a la paz y la justicia en nuestro país.

Responsabilidad

En esta ocasión en que ustedes reciben los títulos de dominio de estas tierras, pensamos especialmente en todos los nuevos y futuros propietarios que va estableciendo el proceso de Reforma Agraria. En este título de propiedad está la esperanza de días mejores, de mayor dignidad, de más cultura y seguridad. Pero está también la exigencia del esfuerzo diario, sacrificado, responsable. Este título es una enorme

responsabilidad para ustedes y sus familias. Ustedes adquieran con él un medio de ganar su pan honradamente y de preparar su futuro y el de sus hijos, pero la tierra que reciben es algo más que esto. Es sobre todo un medio de contribuir al bien del país, al beneficio del pueblo chileno. Cuando ustedes trabajen y cosechen, piensen que lo hacen no sólo para ganar lo que justamente les corresponde; piensen también lo que el país espera de ustedes, nuevos propietarios: una mayor y una mejor producción, una contribución patriótica, sin egoísmo, al progreso de la patria.

Dar es Amor

Finalmente, quisiera expresarles la alegría que siento al hacer entrega de estos títulos de propiedad. San Pablo dice que para el cristiano "hay más satisfacción en dar que en recibir". La Iglesia se alegra hoy de poder dar. Desearíamos que se comprendiera nuestro gesto, en una época de violencia y rencor. No queremos predicar un amor que es pasividad y resignación ineficaz. Queremos recordar una vez más que el amor es más cristiano si es más universal, si beneficia a más hombres. De este amor real y universal brota nuestro deseo de transformar las estructuras de la sociedad; queremos que las estructuras sociales beneficien y aprovechen a todos y no a unos pocos. Sólo así puede darse el amor y la unidad entre los chilenos.

En este amor eficaz y universal creemos y esperamos nosotros. No creemos en la violencia de los que defienden sólo sus intereses egoístas, ni en la violencia de los que creen interpretar al pueblo y con sus actos sólo están preparando la represión y una mayor injusticia. Creemos en la generosidad, en el esfuerzo y el patriotismo de nuestro pueblo para consagrarse a cambiar injustas formas de vida social, para luchar en sus organizaciones y sindicatos por la dignidad de su familia, por un porvenir mejor.

Hoy queremos comprometernos y comprometer a la Iglesia, no sólo con nuestra palabra, sino también con nuestros actos en esta lucha del campesino y del obrero por su liberación y bienestar.

Mayo, 1970.

14
ANUNCIAR LA
BUENA NOTICIA

El 10 de mayo de 1970, día de la Ascensión, la Iglesia celebraba la Jornada de los Medios de Comunicación Social. En esa ocasión, el Cardenal pronunció en la Catedral la siguiente homilía dirigida a la prensa:

Queridos hijos:

Cuando un hombre se despide por mucho tiempo, sus últimas palabras revelan lo que más llena su corazón. Y si esas palabras contienen un encargo, el amor exige cumplirlo.

Acabamos de escuchar las últimas palabras del Señor Jesús antes de volverse al Padre: "Sean mis testigos hasta el confín de la Tierra. . . Proclamen la Buena Nueva a toda la Creación". Estas palabras revelan lo que más llena el corazón del Hombre-Dios. Y significan, para quienes pretendemos ser sus discípulos, un encargo que el amor nos exige cumplir.

¿En qué consiste el encargo? El Señor lo dice claramente: EVANGELIZAR, PROCLAMAR LA BUENA NUEVA, LA ALEGRE NOTICIA. Los testigos del Señor tenemos algo que decir: no podemos quedarnos en silencio. El nos ha hecho un encargo de anunciar, vocear una noticia. Pero no una noticia cualquiera, No, por de pronto, una noticia triste, deprimente, un presagio de ruina, un anuncio de destrucción. La noticia que se nos ha encargado anunciar es buena. Es portadora de alegría. Y debe ser voceada, por eso, con el rostro luminoso y la convicción persuasiva del que tiene alegría.

El Evangelio, queridos hijos, es una noticia que no pasa nunca de actualidad, que necesita y merece publicarse todos los días, porque el hombre no puede, o no quiere oírlo como debiera. "El Señor me ha enviado para llevar la Buena Noticia a los pobres; para anunciar a los presos la liberación; y a los ciegos, el retorno a la luz; y a los oprimidos,

la libertad". Así definió Jesús mismo el contenido perenne de su misión y de su Evangelio.

Misión concreta

Y ahora, esa misión vuelve sobre nosotros: "Proclamen la Buena Nueva". ¿Estamos anunciando algo? ¿Somos, tal vez, los testigos mudos y, en esa medida, cómplices de una historia que se construye, de un mundo que se forja sin que nosotros digamos nada? ¿No habrá en nosotros algo de temor, de miedo a ser mal vistos, de caer en desgracia ante quienes pueden más que nosotros? Peor que eso: ¿somos conscientes de que una indiferencia cómoda, un pasivismo egoísta nos invitan a instalarnos en nuestro mundo pequeño, eludiendo responsabilidades molestas y prefiriendo el anonimato del silencio? ¿Somos herederos de la franqueza apostólica, de esa sinceridad valiente que busca complacer a Dios y no a los hombres, de esa urgencia de amor que hacía exclamar a San Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizara!" Y todavía un poco más: cuando llegamos a hablar, cuando proclamamos nuestra noticia, ¿se trata, realmente, de la Buena Nueva? ¿No preferimos detenernos en una denuncia, legítima e indispensable por cierto, una señalización de vicios y heridas, pero sin llegar a lo que nos es más propio, el ANUNCIO, que además de denunciar la noche muestra dónde está la luz?

Una noticia alegre

Sí, queridos hijos, hoy es bueno recordarlo: nuestra primera tarea, nuestra misión más específica, como Obispo, como sacerdote, como laico, como bautizado en Cristo Jesús y en la Iglesia, es *evangelizar*. Proclamar la Buena Nueva. Decir y hacer, hablar y vivir esta Noticia Alegre: Cristo ha muerto y vive para traer libertad a los oprimidos. Sus testigos no podemos callar. Hay tantas situaciones humanas que envuelven una opresión; tantas carencias morales de quienes están mutilados por su egoísmo, bloqueados por la angustia de una vida sin fe. Allí se espera, allí se tiene el derecho de exigir nuestra palabra, de exigirnos que seamos Luz.

Pero el encargo del Señor es todavía más explícito: proclamen la Buena Nueva a toda la Creación; sean mis testigos hasta el confín de la Tierra. Nuestra noticia es para to-

dos los hombres. Lo que nos ha sido dicho al oído, tenemos que proclamarlo por sobre los tejados. Cada vez que contemplamos la ciudad, con sus techos erizados de antenas —símbolo de la moderna comunicación social— vuelve a inquietarnos este mandato del Señor. ¿Acaso el Evangelio no reconoce los mismos marcos, no tiene la misma tendencia que los modernos medios de comunicación? ¿No pretenden ambos llegar y unir a todas las regiones del universo, suprimiendo distancias, instando a conocerse, a cumular en aspiraciones comunes, a superar barreras odiosas y desigualdades irritantes, creando vínculos de aprecio y solidaridad? Sí: la Comunicación Social tendría que ser el conducto normal para anunciar la Buena Nueva del Evangelio. Su capacidad prodigiosa de acercar y congregar a hombres dispersos, es como una invitación a proclamar, por sobre los tejados y hasta el confín de la Tierra, el testimonio de Jesús Libertador.

¿Qué hemos hecho?

Y aquí se sitúa, otra vez, nuestra reflexión, nuestro examen de conciencia. ¿Qué hemos hecho, o qué hemos permitido que se haga con los medios de comunicación social? Muchas veces hemos recibido su llegada y su impacto con mal disimulado temor. Nos hemos limitado a denunciar sus peligros y deplorar sus deficiencias. Pero siempre manteniéndonos al margen, en la postura irresoluta de quienes critican sin construir donde destruyen. Hemos denunciado, con razón, el peligro de que esos medios lleguen a ser factores de alienación, instrumentos en manos de algunos privilegiados para eternizar el orden que conviene a sus intereses; pero no hemos pensado seriamente en nuevas formas de asociación o empresa, que permitan a los periodistas ejercer mejor su deber y derecho de informar sirviendo sólo a la verdad. Hemos protestado por los abusos de la violencia y del erotismo publicitario, pero no hemos desarrollado el hábito, el instinto de captar y destacar lo que es bueno convenciéndonos, finalmente, de que sólo el mal, el escándalo y la deformidad pueden ser noticia. Hemos condenado, sobre todo, los incontables efectos que los medios masivos pueden ocasionar en nuestra juventud inoculándole mensajes y pseudo valores que desmienten lo recibido en la escuela y el hogar, pero no hemos hecho gran cosa por educar en los jóvenes un criterio sano de discernimiento de lo que ven y oyen

y, más que eso, no hemos alentado en ellos las necesarias vocaciones a trabajar constructivamente en la Comunicación Social.

Debemos estar presentes

Un antiguo adagio dice, queridos hijos, que "lo que interesa y afecta a todos debe ser encarado por todos". La Comunicación Social es un hecho que nos sale al encuentro y hasta se adentra en nuestra vida de todos los días, con una fuerza capaz de formar o deformar nuestra visión de las cosas. Ante un hecho así, no es lícito permanecer pasivo. Como cristianos y como ciudadanos, por nuestra misión de evangelizar y de construir una ciudad verdaderamente humana, la Comunicación Social exige nuestra presencia activa. Seleccionando rigurosamente lo que vemos, oímos y leemos; dándonos tiempo para asimilar críticamente las impresiones acumuladas; ejerciendo siempre nuestro derecho y deber de participación, cada vez que se trate de foros, entrevistas, encuestas, declaraciones o noticias en que podamos aportar nuestra luz; favoreciendo las publicaciones y emisiones que respeten la verdad, que promuevan el diálogo sincero, que concurren al desarrollo integral, repudiando a quienes no tienen el talento necesario para captar la atención, sino es explotando el escándalo o el cuerpo femenino: "Lo que interesa y afecta a todos debe ser encarado por todos".

Pero nuestro llamado se dirige particularmente en este día a los profesionales de la Comunicación Social. Reconocemos su esfuerzo; agradecemos su calificado servicio; comprendemos sus dificultades y limitaciones. Deseamos, como ellos, otros modelos de organización que aseguren mejor el pleno desarrollo de su vocación. Les ofrecemos nuestro concurso y colaboración, cada vez que lo requieran. Y les pedimos, también, que cualquiera sea el tipo de empresa en que laboren, conviertan ese potencial que les ha sido entregado, en una continua y Alegre Noticia de liberación del hombre.

Santiago, 10 de mayo de 1970.

15
DEPONER
TODA VIOLENCIA

Con ocasión de celebrar la Iglesia Católica la Pascua de Resurrección, el Cardenal Arzobispo dirigió en 1970 el siguiente Mensaje:

Una vez más, queridos hijos, los cristianos hemos seguido en estos días, con nuestro afecto y nuestro recuerdo, la trayectoria dolorosa y sangrienta del camino del Calvario, de la Pasión del Señor.

Una vez más, hemos evocado aquellas horas en que contrastan tan vivamente la mansedumbre y la bondad de Cristo con el odio y la violencia de sus opositores.

Una vez más, nos ha parecido ser testigos impotentes del triunfo de la injusticia, de la intriga y de la mentira, en lucha contra la Justicia, la Verdad y el Bien.

La muerte de Cristo nos enfrenta con el gran problema de la Humanidad de hoy y de siempre: ¿cómo vencer el mal? ¿Cómo destruir la injusticia? ¿Cómo llevar la salvación y la liberación a todos los hombres?

El Señor da una respuesta a este problema, que ha angustiado a los corazones generosos de todas las épocas.

El Señor ha enfrentado la injusticia estructural de su tiempo y la ha vencido.

El Señor ha cambiado viejas instituciones oprimentes, por otras hechas para servir al hombre y hacerlo libre.

El Señor ha vencido el odio con el amor, ha vencido el Mal con el Bien.

La tentación de la violencia, la tentación de Pedro, el jefe de los suyos, de sacar la espada y defender al inocente destruyendo al culpable; la tentación de combatir el mal arrancándolo de la Tierra; de hacer llover el fuego del cielo sobre los que luchan contra el Evangelio y resisten a la Ver-

dad, se ha insinuado con persistente constancia, y con renovada y convicente dialéctica, a través de los siglos de vida de la Iglesia de Cristo, y ha solicitado a generaciones de cristianos, que no siempre han sabido rechazarla, siguiendo el ejemplo del Maestro. Llenos, a veces, de generosas ilusiones, discípulos de Cristo han emprendido el camino de la violencia; han sacado la espada de la vaina y, como Pedro, han derramado la sangre de sus hermanos.

Cuantas veces la Iglesia ha tomado este camino y ha saboreado, seducida por su belleza, este fruto tentador, ha debido llorar amargamente, arrepintiéndose de haber emprendido el derrotero de la guerra para obtener la Paz.

La triste experiencia de la Historia ha venido a demostrar, a los hijos del Mártir del Gólgota, que sólo hay una manera de vencer el Mal: el Bien. Que sólo se extingue el odio, en el Amor.

Que sólo se edifica la Justicia, con el sacrificio generoso del que sabe dar lo que tiene para satisfacer el hambre del que no tiene.

Hay en todo esto, queridos amigos, un misterio de vida. Si el grano de trigo no muere, no podrá dar mucho fruto; pero si se sacrifica y muere, su fruto será abundante.

Cristo nos ha señalado un camino, del cual no nos es lícito a los cristianos apartarnos: debemos dar nuestra vida, nuestra inteligencia, nuestras energías y nuestro amor, para que la Justicia y la Paz reinen en la Tierra.

La extraña aventura de su vida, que termina en la dolorosa y desastrosa muerte de Cruz, sólo se explica por el triunfo de su Resurrección gloriosa. Era necesario que el Cristo padeciera y muriera, para que se transformara en fuente inagotable de vida. Era necesario que las tinieblas invadieran la Tierra para que la luz gloriosa del Sol de Justicia brillara sobre toda la ancha faz del mundo. Era necesario que la injusticia triunfara aparentemente, para que a los pobres se anunciara la Buena Nueva de su redención y la Justicia empezara a construir el Reino de los cielos en este humilde y pequeño planeta.

Sólo quien ama ilimitadamente el Bien y jamás transige con el Mal; sólo quien se sacrifica hasta dar su vida por la Justicia; sólo el que sabe dar sin pedir, es el que construye un mundo mejor y realiza, en él y en los demás, la verdadera y única revolución liberadora.

A imitación de Jesucristo, debemos ser los enemigos de la guerra y de todas las violencias que engendran injusticias mayores que las que se quiere destruir; pero al mismo tiem-

po debemos ser los constructores de la Paz, que sólo se elevará sobre el cimiento de la generosidad, que sólo se construirá sobre la piedra indestructible del sacrificio redentor.

Andar mil pasos con el que nos obligaba a dar cien; dar también la capa a quien nos pide la túnica; presentar la otra mejilla para extinguir el odio en quien nos hiere injustamente; morir por la redención de los que nos odian y maldicen, dándoles todo lo que somos y tenemos, para que en sus almas nazcan el amor y la bondad, son las bases de un cambio trascendental en nuestro mundo. Son los fundamentos únicos de la Resurrección gloriosa de la Humanidad que de Paz.

hoy, más que nunca, está sedienta de Justicia, de Amor y

El cristianismo es una religión de Vida y de Amor; y por eso mismo es una religión que exige generosidad total. Las debilidades y errores nuestros, más de una vez, han desfigurado la faz de Cristo y han hecho inoperante su doctrina.

Hoy el Señor nos llama a renovar nuestra confianza en El y en la gracia redentora que nace de su Cruz.

Nos pide que, junto con El, emprendamos la tarea de la redención y liberación de nuestros hermanos, entregando nuestras vidas a la heroica y bella misión de construir un mundo más humano y, por lo tanto, más divino.

En este año, en nuestro Chile, el Señor llama a los cristianos a ser la levadura en la masa, la sal de la tierra, la luz del mundo. Hoy, cuando en nuestra patria, debido a la contienda electoral, suenan tantas voces airadas, pareciendo que la Paz y la equidad y el Amor no tienen más cabida en ella, hoy, más que nunca, Cristo nos llama a deponer toda clase de violencia y edificar el bien de la nación sobre la base de la generosa entrega, de la serena equidad, y de la justicia que construye sin estridencias.

¡Que haya Paz en nuestras ciudades y campos; que la lucha electoral no rompa la tradicional unidad de la familia chilena; y que todos entendamos el significado profundo del sacrificio redentor de Cristo, que dio su vida para reunir a los hijos dispersos!

Sólo así se verificará el deseo del Maestro, que con todas nuestras humildes fuerzas hacemos nuestro: MI PAZ OS DEJO, MI PAZ OS DOY . NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN NI SE ACOBARDE. . . YO ESTARÉ CON VOSOTROS. . .

Pascua de Resurrección, 1970.

IGLESIA, SACERDOCIO Y POLITICA

Por el Canal 13 de TV de la Universidad Católica, el Cardenal, meses antes de las elecciones presidenciales, dirigió este mensaje a los cristianos. (20 de julio de 1970.)

Se cuenta que hace algunos años un sacerdote, cargado de méritos y de edad, vio llegado el momento de acogerse al descanso y de entregar su puesto a otro más joven. Sus feligreses le organizaron una cariñosa despedida, al término de la cual habló el festejado. Agradeció primero a Dios, y a los hombres, el don de una vida sacerdotal tan fecunda, para luego añadir: "Tengo la satisfacción de haber recibido esta parroquia con 40 votos, y entregarla ahora con 400. . ."

Anécdotas así, verdaderas o legendarias, recobran actualidad cuando la vida política se hace muy intensa, particularmente bajo la forma de una elección. Siempre, en esos casos, se pregunta: "¿Y la Iglesia? ¿Qué va a hacer? ¿Qué actitud va a adoptar? ¿Por quién tomará partido?"

Participación

La pregunta es legítima, y no hay por qué enojarse por ella. Primero, porque ha habido épocas y hombres de la Iglesia, miembros del clero, de la jerarquía, que estimaron normal, deseable y hasta imperativo que la Iglesia tomara partido. Epocas distintas, mentalidades diferentes, falta de claridad y evolución en la doctrina o de madurez en las personas explican, en parte, estas actitudes que no tenemos por qué negar, pero que no queremos repetir.

La pregunta es legítima —segundo— porque la política en general, y una elección en particular, son hechos y ac-

tividades en que se juega buena parte del destino de una comunidad. Y a la Iglesia, servidora de la comunidad, eso no le puede ser indiferente. Un cristiano no deja de ser ciudadano. Al contrario: su misma fe, su Bautismo lo comprometen para siempre con un Cristo solidario, servidor y liberador de los hombres, sus hermanos. Y eso supondrá, en mayor o menor grado, según su vocación, algún tipo de participación en la vida política.

Es bueno, por eso, que la pregunta se plantee así: ¿QUÉ TIENE QUE DECIR, QUÉ PUEDE Y DEBE APORTAR LA IGLESIA A LA VIDA Y AL MOMENTO POLÍTICO DE NUESTRA COMUNIDAD?

Sin opción política

Y de inmediato una primera respuesta, tomada del espíritu y letra del Concilio: LA IGLESIA COMO TAL. NO TIENE NI ESTÁ LIGADA A NINGÚN SISTEMA NI PARTIDO POLÍTICO. Cuando decimos "Iglesia", aludimos aquí por igual a los obispos, sacerdotes y laicos cristianos. Si estos últimos, llevados por su conciencia cristiana se inclinan a elegir una determinada opción política, tendrán que admitir que otros creyentes, llevados por la misma sinceridad, escojan una solución divergente. Y ni unos ni otros podrán estimar su propia solución como la única compatible con el Evangelio.

Esta primera respuesta parece más bien negativa: afirma lo que la Iglesia no es y no debe hacer. Bien mirada, bien entendida, afirma una verdad del todo positiva: La Iglesia ES SIGNO Y SALVAGUARDA DE LA TRASCENDENCIA DEL HOMBRE; señal y garantía de que la PERSONA HUMANA ESTÁ POR ENCIMA Y VALE MÁS QUE CUALQUIER SISTEMA O PARTIDO POLÍTICO. Por su naturaleza, por la misión que recibió de Cristo, Ella, lejos de ser una facción, un grupo, una ideología más, es el signo y salvaguarda de que los hombres puedan encontrarse y, más allá de sus ideologías y opciones políticas, unirse.

Unidad

La actividad más propia de la Iglesia, la fuente y cumbre de su vida es, por eso, la Eucaristía: el Sacramento de la Unidad, en que los hombres comulgan con Dios y entre sí, sintiéndose y haciéndose hermanos, todos ellos igualmente pecadores e igualmente redimidos. Eso es lo primero que la

Iglesia puede y debe aportar a la vida política: SER EL SIGNO, EL SACRAMENTO DE LA UNIDAD.

Por eso mismo, su jerarquía, su clero, sus obispos, sacerdotes y diáconos no pueden estar al servicio de una ideología o facción humana ni convertirse en militantes o activistas de una postulación política. Repito: no porque sean insensibles a las urgencias de la vida ciudadana, como si ellos no tuvieran un corazón sediento de justicia o no pudieran tener una visión y convicción propias sobre el camino que mejor lleva a esa justicia. Si el sacerdote no puede ser un militante político, no es porque esté marginado de las angustias y esperanzas del pueblo, sino porque el servicio que el pueblo le reclama es de otra naturaleza: es un servicio SACERDOTAL. Y el sacerdote, representante visible de Cristo en la comunidad, tiene por tarea, como la Iglesia misma, construir y alimentar esa unidad cuyo signo y garantía es él.

Adversario, pero no enemigo

Esa unidad no es un acuerdo superficial y sentimental. No significa que los hombres renuncien a sus postulados políticos o hagan como si no los tuvieran. El servicio propio del sacerdote es ofrecerse para que, en la Iglesia, esos hombres encuentren su Casa: la Casa donde se puede legítimamente discrepar, ser incluso adversario, pero no enemigo. La Casa donde todos tienen cabida, porque allí no se hace distinción ni se marca preferencia por ninguna bandería, sino se cumple en una realidad más honda y que los hermana a todos; somos todos víctimas del egoísmo, somos todos vulnerables a la tentación de dominar, somos todos necesitados de redención por Cristo.

Ese es el inapreciable servicio que la comunidad reclama del sacerdocio y de la Iglesia. Más profundo, más exigente, más eficaz también que el de una mera militancia política, para la que el sacerdote no tiene experiencia ni misión, porque no ha sido ordenado para eso. El pueblo no debe aceptar una intromisión abusiva que envuelve, quizás, un oscuro anhelo de poder y se sirve de una autoridad religiosa para obtener fines terrenos. Si esos errores y abusos se cometieron en el pasado, no los queremos repetir, sino más bien expiar, prestando ese servicio que nadie, sino el sacerdote, está hoy en condiciones de prestar: reunir a los hermanos dispersos.

Lealtad y franqueza

Nuestra misma lealtad con el pueblo exige que seamos lo que somos: padres, pastores, educadores de la fe. Que anunciemos el Evangelio con todos sus imperativos, con toda la franqueza de un apóstol, con hambre y sed de justicia. Que lo anunciemos sin temor y siempre con amor, cuyo signo es el respeto. Que recordemos a los hombres sus motivos más profundos de vivir, de esperar y de amar. Que les mostremos un Reino que comienza sí, en la Tierra, pero que no se identifica ni agota con ningún ordenamiento social o económico, por perfecto que sea. Que seamos testigos fieles de un Cristo que se hizo todo para todos.

Esto es lo que la Iglesia puede y debe aportar a la vida y al momento político de nuestra comunidad. Como Pastor de la Iglesia de Santiago, evoco con admiración y gratitud el recuerdo de mis antecesores, como Monseñor Crescente Errázuriz, quienes en épocas de aguda tensión reivindicaron para la Iglesia este camino de servicio, alejado de ambiciones o colusiones políticas.

Una Iglesia que no quiere conquistar votos, sino educar en la fe que ama y espera.

20 de julio de 1970.

17
PROTEGER
LA VIDA

*Con motivo de sucesos policiales en
Puente Alto, dos jóvenes estudiantes
perdieron la vida. El Cardenal habló
al pueblo de Santiago por el Canal 13
de TV (agosto 1970.)*

Hay muchas cosas que los discípulos de Jesús quisiéramos hacer, como las hizo el Maestro, y no podemos.

No podemos, como El, multiplicar el pan; aunque el hambre de los pobres nos angustie y nos acuse.

No podemos, como El, acallar una tormenta, mandar sobre las fuerzas de la naturaleza, impedir los terremotos que destruyen y matan a tantos de nuestros hermanos.

No podemos, sobre todo, resucitar a los muertos. Devolver, como tantas veces lo hizo El, a un joven a la vida y sembrar de nuevo la alegría en el corazón y en el rostro de sus padres.

Por eso vivimos horas de tristeza. La Ley de Cristo es que llevemos unos las cargas de los otros; y ninguna carga es tan difícil de llevar como la muerte de un hijo. Nuestras manos quisieran tomar algo de esa carga, y se levantan ahora para orar y para exhortar.

Oramos por los que lloran: el Dios y Padre de toda consolación haga brillar en ellos la esperanza del reencuentro.

Oramos por los jóvenes que se han ido: el Señor, Justo Juez, sacie con abundancia sus generosos anhelos de justicia.

Oramos por los jóvenes que los despidieron: que su energía solidaria se movilice sólo para construir.

Si no podemos resucitar a los muertos, podemos y debemos orar, hablar y exhortar para proteger la vida. Exhortar a los padres, a los educadores, a los líderes y orientadores de juventud, para que, responsablemente, custodien el depósito sagrado que es la vida de un joven.

La alegría de engendrar es un prelude de la alegría de nacer; y la alegría de nacer invita a la alegría de educar. Ser padre, ser madre, ser maestro, es un compromiso de servir y amar hasta el fin la vida que uno alentó, sin otro premio ni satisfacción que la alegría misma de servir y amar desinteresadamente.

Los sucesos que estamos lamentando pueden querer decirnos eso: que cuidemos mejor el don de nuestros hijos; que cumplamos mejor la tarea sagrada de educar; que no busquemos otra alegría más pura y más intensa que la de vivir y morir para que nuestros jóvenes tengan la verdadera vida.

Esa vida está hoy amenazada. El alma juvenil, por su naturaleza sensible a ideales absolutos, es vulnerable a la pasión violentista. Nunca faltan quienes se aprovechan de ello y arrastran a los jóvenes a empeñar su talento y su sed de justicia en maniobras de destrucción estéril. Si triste es que muera un inocente, mucho más triste es que se conspire así contra el alma de nuestra juventud. No podemos permitir ese crimen.

Y no sólo es el alma juvenil; es el alma nacional la que se ve amenazada. Grupos minoritarios pretenden imponerle a la inmensa mayoría de los chilenos un clima ficticio de hostilidad y atropello a las personas, de desconfianza mutua y hasta de terror. Aceptarlo significa destruir las bases mismas de nuestra convivencia ciudadana. Y que nadie piense en beneficiarse con esa destrucción, porque la violencia termina siempre volviéndose contra los que la usaron para destruir a los otros.

No basta, sin embargo, con repudiar. Tenemos que crear. El alma de Chile debe ser recreada constantemente por nosotros. Y en definitiva es eso lo que nuestros jóvenes nos exigen y urgen; crear un mundo habitable para el hombre. Nadie educa mejor a su hijo que el que vive delante de él una vida marcada por la justicia, dándole a cada uno lo suyo, reconociéndole a cada cual su derecho a discrepar, alternando con amigos y adversarios, en un clima de respeto y serenidad, rechazando como arma innoble la mentira, la verdad a medias, la imputación calumniosa y el insulto, sin tolerar nunca que una opinión política, legítima y respetable, quiera imponerse a costa del valor supremo, que es el respeto a toda persona y a toda vida humana.

Cuando nuestros jóvenes nos vean confiando y construyendo en la verdad y con la sola violencia del amor, se incorporarán gustosos a una sociedad cuyos cimientos no ne-

cesitan levantarse sobre ruinas, y cuyo progreso no exige, sino detesta, el precio de una sangre irresponsablemente derramada.

Los discípulos de Jesús no podemos resucitar a los muertos. Pero que nunca se diga que dejamos de orar y de exhortar, de rubricar con nuestra vida nuestra tarea sagrada de proteger la vida.

Agosto de 1970.

LO QUE NOS UNE

En vísperas de las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970, el Cardenal dirigió este profético mensaje a los chilenos.

En esta hora de seria responsabilidad, creo mi deber decir una palabra a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en nuestra patria. Una palabra que sólo quiere iluminar las mentes, y despertar las nobles energías que todos tenemos, pero que parecen, a veces, dormir en el fondo de nuestras almas.

Estamos terminando un proceso cívico. Como tantos otros de nuestra historia, ha movilizado a todos los chilenos en torno a opciones políticas diversas, ardorosamente sustentadas. Una campaña, tal vez excesivamente larga y costosa, nos ha hecho conocer la personalidad y los programas de cada candidato, fundamentando nuestra responsable decisión de conciencia. Reconozcamos que es un lujo, un privilegio, no muy común en nuestra América, poder elegir así, con esa seriedad, con esa libertad, a los representantes y servidores de un pueblo soberano.

Pero este privilegio hay que cuidarlo; este proceso hay que dignificarlo. Lo recibimos de nuestros mayores como un precioso legado, y nuestros hijos esperan que se lo transmitamos intacto y enriquecido. Es un deber que no siempre cumplimos bien. La verdad y las personas no han sido siempre respetadas. Más de una vez la violencia ha cobrado víctimas, cuyas vidas nos parecen estérilmente tronchadas. Idearios políticos que aspiran, todos, a hacer más grande a Chile, nos apasionan y enceguecen a ratos, hasta hacernos olvidar que somos todos hijos de la patria chilena. Y un proceso destinado a hacernos crecer en nuestra madurez

ciudadana, a consolidar nuestra comunidad de tareas y de destino, amenaza desgarrarnos con la división y empeñar nuestra convivencia con una nota de amargura.

Por eso creo mi deber decir una palabra. La propongo humildemente, interpretando lo que siento o adivino, en el corazón de mis hermanos chilenos en una hora como ésta. Y es una palabra muy simple: PAZ.

Cualquiera puede decirla: PAZ. Siempre es grato y hace bien repetirla: PAZ. Pero yo quiero hoy algo más que pronunciarla: quiero invitar a *conquistarla*. Los meros saludos y los buenos deseos no cambian el mundo.

Los caminos

¿Cómo conquistar esa paz? Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perdernos el miedo es conocernos —que es ya, empezar a comprendernos—. Si los chilenos hiciéramos hoy un esfuerzo serio por conocernos, descubriríamos algo sorprendente: LO QUE NOS UNE ES MUCHO MÁS FUERTE QUE LO QUE NOS SEPARA. Todos deseamos pan, respeto y alegría. Todos somos y nos sentimos chilenos, celosos de nuestra soberanía, acostumbrados a la libertad. Todos entendemos que en nuestra mesa común no puede haber privilegiados ni marginados. Todos queremos que esta tierra de todos la disfruten todos, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. TODOS ANHELAMOS LA PAZ. Diferimos, sí, en los caminos, en los métodos, en la velocidad para alcanzarla. Hay quienes quisieran dos aceleradores, mientras otros preferirían dos frenos. Pero todos nos sentimos en el mismo coche.

Y si es así, si al conocernos descubrimos que somos tan semejantes, tan solidarios, tan próximos, ¿por qué tanto prejuicio, por qué tanto miedo, unos de otros? ¿Será tan difícil comprender al otro?, ¿comprender que tras su lenguaje imperfecto, su conducta vacilante, sus métodos discutibles palpita el hombre sediento de justicia, el hombre que quiere amar y ser amado, respetar y ser respetado, crecer bajo un techo que resguarde su intimidad, ser padre responsable de hijos felices, crear sus propias obras, creer en un Dios que salvará la obra de sus manos? ¿Puedo reprocharle que tenga los mismos anhelos, los mismos ideales que yo tengo? ¿Puedo negarle los mismos derechos que reclamo para mí? ¿Puedo condenarlo porque lo sorprendo en las mismas faltas y contradicciones en que yo caigo?

¡CONOZCÁMONOS! Adentrémonos, con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños. ¡Conozcámonos, para empezar a comprendernos! ¡Perdámonos el miedo unos a otros!

Eso es precisamente lo que hace tan precaria nuestra paz: que nos tenemos miedo. Nos miramos con recelo, sintiendo o creyendo que uno amenaza los derechos del otro. POR ESO NUNCA TENDREMOS PAZ SI NO TENEMOS JUSTICIA. SÍ: LA PAZ ES OBRA Y FRUTO DE LA JUSTICIA, Y LA JUSTICIA CONSISTE EN AMAR LOS DERECHOS DE LOS OTROS, TAL COMO AMA UNO SUS PROPIOS DERECHOS.

Justicia es respeto

¿Cuántas veces NO AMAMOS, SINO TEMEMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS? Seamos sinceros: ¡cuánto nos duele, cuando los otros golpean a nuestra puerta y hacen valer sus reivindicaciones; cuando exigen su derecho a la tierra, su derecho a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, al salario equitativo, a la información veraz, a la agremiación, a la huelga, a la seguridad social, al descanso, a elegir en conciencia su camino y su fe! Una oscura y poderosa dinámica trabaja en nuestro corazón: LA DINÁMICA DEL EGOÍSMO. El egoísmo no es más ni menos que eso: TEMER LOS DERECHOS DE LOS OTROS. Actuar como si sólo se pudiera ser feliz postergando los derechos, acallando las reivindicaciones de los demás. El egoísmo violenta la justicia, deshace el equilibrio en las relaciones humanas y así hace imposible la paz. El egoísmo es ya una forma de violencia que genera espontáneamente una contraviolencia. Por eso NO HABRÁ PAZ ALLÍ DONDE NO HAYA JUSTICIA, Y NO HABRÁ JUSTICIA SIN UNA EDUCACIÓN SISTEMÁTICA A AMAR LOS DERECHOS DE LOS OTROS.

La violencia

Algunos sienten miedo; muchos sienten la paz amenazada. No descarguemos toda la culpa en los profesionales de la violencia: nosotros también lo somos, en la medida en que dejamos que domine nuestro corazón la dinámica del egoísmo. No nos contentemos con repudiar, de tiempo en tiempo, el robo, el insulto, el secuestro, el asesinato como crímenes nefastos. Ciertamente lo son, y quienes los cometen serán destruidos de la misma manera. Pero erradiquemos, tam-

bién, la violencia previa del egoísmo, que retiene celosamente lo que pertenece al otro y más de una vez estimula su propia violencia. Decidámonos de una vez y en serio por la justicia. Descubriremos, sorprendidos, que NUNCA NUESTROS DERECHOS ESTÁN MEJOR GARANTIDOS QUE CUANDO AMAMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS.

Estamos en el umbral de una decisión ciudadana. En pocas horas más culminará un proceso largamente esperado, arduamente debatido. Nadie sabe, en estos momentos, cuál será el veredicto popular. Pero hay algo de lo que podemos estar ciertos los que como ciudadanos y Pastores vivimos auscultando el corazón de nuestro pueblo: NUESTRO PUEBLO DESEA LA PAZ Y NUESTRO PUEBLO SABE QUE LA PAZ ES UN FRUTO DE LA JUSTICIA. Es un quehacer DE TODOS. Es un quehacer PERMANENTE. El candidato elegido no podrá ni más ni menos que ser intérprete, coordinador de este anhelo y tarea que viene desde el pueblo y necesita del pueblo mismo como su principal protagonista e insustituible ejecutor.

Ese es el camino recto y sano para construir la paz; el camino, también, deseado por la casi totalidad de los chilenos. De esa abrumadora mayoría depende que el proceso electoral se oriente en esa sola dirección. A ellos les corresponde hacer moralmente imposible el insulto torpe, la provocación inútil, la acusación irresponsable, la alarma ficticia e interesada, el rumor manipulado, la burla hiriente de los que no saben ganar, el rencor violento de los que no saben perder, armas bajas que nada tienen que hacer en un limpio pronunciamiento ciudadano. Chile lo necesita. Ningún candidato quiere votos arrebatados con ellas; nadie quiere ser Presidente de un Chile desgarrado por el odio, cabeza de un cuerpo al que le han robado el alma. El alma nacional es demasiado preciosa. Alma entretejida en mil sacrificios; alma de convivir respetuoso, realista, sensato; alma que en todo momento sabe, también, sonreír, esperar, perdonar y amar.

Sí: no tenemos por qué ser extraños ni enemigos los que caminamos juntos el mismo camino. No tenemos por qué odiarnos los que sólo tenemos vocación y tiempo para amarnos.

Mis agradecimientos a ustedes por permitirme decirle, a la patria que amo, esta palabra tan simple, tan tranquila, tan bienhechora, tan deseada: PAZ.

Santiago, 3 septiembre 1970.

19
EL CAMINO
DE LA JUSTICIA...

El día 26 de octubre de 1970, en los funerales del asesinado Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, el Cardenal pronunció la siguiente homilía:

La patria está de duelo: un gran soldado del Ejército de Chile ha muerto, sacrificando su vida en el Altar de la Patria. Por eso nos vienen a los labios las palabras del Libro Santo que acabamos de escuchar: **NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA SU VIDA POR SUS AMIGOS.**

Palabra ésta del Señor y la única que puede transformar este instante de congoja en un signo de esperanza.

El Señor la pronunció horas antes de su propia muerte. La pronunció con alegría y con el ánimo de colmarnos de su propia alegría. La pronunció para enseñarnos que el dolor y la muerte pueden ser el más sublime, el más fecundo gesto de amor.

Esta Palabra ilumina nuestra congoja de hoy. Al que ha dado la vida por sus amigos se le llora, pero no se le pierde. Su vida alimenta y se prolonga en la vida de los mismos por quienes murió. Y su sangre adquiere una conmovedora elocuencia.

Sí. Desde el comienzo de la Historia Humana, la sangre del hombre, derramada por su hermano, ha hablado un lenguaje elocuente. La envidia homicida de Caín es el símbolo del hombre incapaz de resistir la Luz y gozarse en la Justicia; símbolo, por eso, del hombre que pone su fe en la violencia asesina; símbolo, también —y de ello testimonian la Biblia y toda la experiencia humana— de la absoluta esterilidad de la violencia.

Desde el episodio de Caín y Abel hasta el Mártir del Gólgota. Desde la muerte de Cristo, hasta la de aquellos profetas que en nuestros días mueren como El, por dar testimonio de la Luz, la violencia se ha revelado como absolutamente estéril. Estéril digo, para quienes pusieron su fe en ella: siempre obtuvieron exactamente lo contrario de lo que pretendían. Ni sus conciencias encontraron paz, ni la Luz que combatieron fue oscurecida. Ni la Palabra que los molestaba logró ser acallada. Cuando pensaron reducir sus víctimas al silencio, la sangre de ellos se alzó para hablar con más elocuencia que todas las palabras. Y de sus mismas muertes surgió, inagotablemente fecundo, un manantial de vida.

Por eso lloramos, pero no perdemos al que da la vida por sus amigos.

Hoy son nueve millones de amigos, nueve millones de chilenos los que sienten renacer su hambre y sed de justicia, su pasión por la Verdad, su anhelo y vocación de Paz, su imperativo de fraterna unidad y, sobre todo, su fe en la convivencia democrática. Una nueva vida palpita en el corazón de la patria; una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia.

Y tal vez no lo veríamos con tanta claridad, y nuestra comunión de sentimientos e ideales no sería tan firme y tan resuelta, sin el testimonio de esa sangre que hoy proclama, elocuente como nunca, la fecundidad de una vida entregada a la patria.

El tiempo juzgará de la sinceridad de nuestros sentimientos. Sabemos que nuestras emociones suelen ser fugaces y nuestros afectos, precarios. Pero en este momento, al menos, cuando nos sobrecoge todavía la presencia corporal del amigo y del mártir, sentimos que su nobleza nos obliga y su testimonio nos compromete.

Reunidos hoy en este Templo, donde la patria ha orado en todos los grandes momentos de su historia, no venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna. La patria no ha muerto: llora emocionada, con noble entereza, ante un sepulcro que es también emblema de grandezas ciudadanas, y mudo y elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones republicanas y democráticas de Chile.

General Schneider, noble soldado de Chile: TU DIOS Y TU PATRIA HOY TE CORONAN CON EL LAUREL DE LA INMORTALIDAD QUE HAS GANADO EN LA MÁS BELLA DE TODAS LAS CONTIENDAS: LA DE QUIENES DAN SU VIDA POR EL BIEN DE SUS HERMANOS.

Santiago, 26 de octubre de 1970.

Rección recibida la insignia del mando supremo de la nación, ha querido el Señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto — que lo enaltece — de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile, representados aquí en los Pastores y Ministros de sus diversas comunidades de Cristo. Este día es un día de unidad y respeto por el hombre, quien interpreta el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica. Tres son las afirmaciones que parecen resumirlo: una antigua tradición nos recuerda que el hombre es un ser espiritual; una otra nos recuerda que el hombre es un ser social; una tercera nos recuerda que el hombre es un ser libre.

El hombre es un ser espiritual. La vida del hombre es una vida que trasciende el tiempo y el espacio. El hombre es un ser social. El hombre no puede vivir sino en comunión con los demás. El hombre es un ser libre. El hombre debe vivir en libertad y en justicia. El hombre debe vivir en paz y en amor. El hombre debe vivir en verdad y en fe. El hombre debe vivir en esperanza y en caridad. El hombre debe vivir en santidad y en gloria. El hombre debe vivir en la plenitud de su ser. El hombre debe vivir en la plenitud de su vida. El hombre debe vivir en la plenitud de su destino. El hombre debe vivir en la plenitud de su misión. El hombre debe vivir en la plenitud de su vocación. El hombre debe vivir en la plenitud de su llamado. El hombre debe vivir en la plenitud de su amor. El hombre debe vivir en la plenitud de su fe. El hombre debe vivir en la plenitud de su esperanza. El hombre debe vivir en la plenitud de su caridad. El hombre debe vivir en la plenitud de su santidad. El hombre debe vivir en la plenitud de su gloria. El hombre debe vivir en la plenitud de su vida. El hombre debe vivir en la plenitud de su destino. El hombre debe vivir en la plenitud de su misión. El hombre debe vivir en la plenitud de su vocación. El hombre debe vivir en la plenitud de su llamado. El hombre debe vivir en la plenitud de su amor. El hombre debe vivir en la plenitud de su fe. El hombre debe vivir en la plenitud de su esperanza. El hombre debe vivir en la plenitud de su caridad. El hombre debe vivir en la plenitud de su santidad. El hombre debe vivir en la plenitud de su gloria.

20
UN MUNDO
MAS SOLIDARIO

El 3 de noviembre de 1970, a las 11 de la mañana, en la Iglesia Catedral, se celebró un acto de Acción de Gracias para orar y pedir por la Patria. Ese día asumía el mando de la nación el señor Salvador Allende.

El Cardenal dijo estas históricas palabras:

Recién recibida la insignia del mando supremo de la nación, ha querido el Señor Presidente venir hasta este Templo y participar en esta Acción de Gracias. Es un gesto —que lo enaltece— de delicado respeto por los valores religiosos del pueblo de Chile, representados aquí en los Pastores y Ministros de sus diversas comunidades de Fe.

En nombre de todos los que creemos en Dios, y que por eso amamos y respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica. Tres son las afirmaciones que parecen resumirlo: una antigua tradición nos congrega; una común alegría nos anima; una urgente misión nos compromete.

Justicia

“Abran la ruta, quiten los obstáculos del camino de mi pueblo”, nos ha urgido recién el Señor, por boca del Profeta Isaías. “Rompan las cadenas injustas, devuelvan la libertad a los oprimidos, arranquen todos los yugos”. Así suena, recio, exigente, el auténtico mensaje profético; así se encarna, y se prueba, una fe religiosa verdaderamente vivida. Ritos y ceremonias, ayunos y penitencias agradan a Dios cuando los inspiran el anhelo y el deber de hacer justicia al hermano. “Compartir tu pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo. . . y no esquivar al que es tu propia carne: ¿no es ése el ayuno que agrada al Señor?” Así lo acabamos de es-

cuchar: palabras de un Libro que es patrimonio de la Humanidad.

Los que creemos y vivimos de esa Palabra, no podemos temperarla. No nos es lícito atenuar en nada el rigor de su experiencia. No podemos desvirtuar la fe, convirtiéndola en pretexto para esquivar la miseria de quienes son nuestra carne. El Reino que esperamos comienza a construirse aquí, y uno de sus pilares es la justicia. Por eso es que en un acto netamente religioso, como el presente, no dudamos en hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos sí: a los que han recibido un legítimo mandato del pueblo, y a los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios. Dos mandatos que, por distintos y complementarios caminos, apuntan a una misma, urgente tarea de liberación. El Dios que en Jesucristo se identificó con los pobres y oprimidos nos juzgará según nuestra fidelidad a ese mandato.

Alegría y compromiso

Este momento religioso no se limita, sin embargo, a recordarnos y urgirnos una misión: quiere animarnos, también, en una común alegría. No es la euforia fácil de quienes se embriagan con palabras y dan de antemano por resueltos todos los problemas. No es la ilusión ingenua de inaugurarse ya, y con mínimo empeño, un paraíso en la Tierra. Nuestra alegría de hoy es la alegría sobria y muy serena, la alegría también muy pura del que construye una obra bella.

Nosotros —todos— somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin frontera. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto quisiera ser más inquisitiva que condenatoria; más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende, que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada. Y la alegría que nos invade hoy es la propia de quienes se consagran a la obra más bella: seguir creando la patria.

Ese es también el clima de toda auténtica fe religiosa. Tal vez nunca, nadie, ha formulado exigencias tan severas

como el Evangelio de Jesucristo; ciertamente nadie ha prometido, como Jesús, tanta alegría en el cumplimiento mismo de sus exigencias. Lo escuchamos recién en su Sermón de la Montaña, planteando a las masas su programa. Cómo les exige desprendimiento interior, señorío del corazón sobre el absolutismo del dinero; cómo les inculca la mansedumbre para conquistar la Tierra; la misericordia para obtener misericordia; cómo les aviva el hambre y sed de justicia, y los compromete a ser artesanos, constructores de paz y aun mártires de la justicia; cómo les pide un corazón puro, sin la turbiedad del egoísmo, para poder ver a Dios en el rostro de los pobres. Tal vez nunca, nadie, se ha atrevido a exigir tanto de las multitudes. Pero ciertamente nadie ha prometido tanta alegría. La alegría que sentimos, en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Respeto

Sabemos por experiencia que estas tareas nos desbordan. Ellas requieren una sabiduría, una prudencia, una fortaleza de ánimo, una visión, una esperanza que la sola fuerza humana no es capaz de dar. Por eso, si es propio de todas las religiones el orar, costumbre ha sido siempre orar particularmente por quienes más necesitan esa prudencia y sabiduría, esa fortaleza, esa visión, esa esperanza: los gobernantes. Más allá de sus personales ideologías o creencias, su legítima autoridad les confiere la suprema dignidad de servidores del pueblo; acreedores, por ese título, al respeto y cooperación de todos, en todo lo que sirva mejor a su pueblo.

Este momento de oración se inscribe así en una antigua tradición religiosa; pero corrobora, al mismo tiempo, inapreciables tradiciones patrias. Tiene un carácter de símbolo y garantía de respeto: el respeto de los gobernantes por todas las formas de fe religiosa; el respeto de las Iglesias por la legítima autoridad de los gobernantes; el respeto recíproco entre múltiples confesiones religiosas.

Es justo entonces que nos congreguemos para una Acción de Gracias. Hombres que reciben una tarea de libera-

ción de sus hermanos; hombres que sienten la alegría de construir obras bellas; hombres que saben respetar porque se sienten respetados, no pueden menos que dar las gracias, porque todo eso es un privilegio. Como es un privilegio gustar este momento que une pasado, presente y futuro, gustar esta celebración que reúne a los constructores de la ciudad terrena y a las piedras vivas del Templo de Dios, en la alegría de una misma, hermosa tarea; en el fervor de una misma agradecida plegaria al Dios de quien procede todo don, por Cristo que es ayer, ahora y siempre. Amén.

Santiago, 3 de noviembre 1970.

21
CRISTO
EN LOS DESPOSEIDOS

Cada año el Pastor saluda en Navidad a los cristianos de Santiago. En el año 1970 su mensaje fue claro, directo y penetrante.

Un niño, envuelto en pañales y rescostado en un pesebre, ilumina esta noche a la Humanidad.

Por este niño empezaron los hombres a mirarse como hermanos.

Este niño es el Rey y Salvador prometido a los pobres.

La alegría del pueblo, la paz en la Tierra, nacen con este niño.

Nunca nadie fue tan esperado como El. Y a nadie necesita hoy el mundo tanto como a El.

Si hoy luchamos por los derechos de los pobres es porque El, siendo rico, se hizo pobre.

Si el clamor de justicia se hace inacallable, es porque El se ha encarnado en todos los desposeídos de este mundo.

Toda la esperanza que mantiene en marcha a la Humanidad, se funda en que El vino y volverá.

Todo el amor que los hombres se entregan responde a la ternura y pureza del amor de ese Dios hecho niño.

En este Niño tomó Dios la carne de los hombres, para que ninguna obra, ningún afecto de los hombres se perdiera en la nada.

La fe en este Niño, Dios humanado, es la victoria que vence al dolor y a la muerte.

Su nacimiento es una invitación a nacer.

Esta noche ha de nacer, en nosotros, un Hombre Nuevo.

Para nosotros resuena, esta noche, la gozosa noticia de la Noche de Belén: "No tengan miedo, porque vengo a anun-

ciarles una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy día les ha nacido un Salvador”.

No tengan miedo: no viene a condenar, sino a salvar.

No tengan miedo: no viene para unos pocos privilegiados, perfectos o muy letrados. Viene para todo el pueblo.

Viene para todos los que necesitan ser salvados. Para los que quieren oír, ver, caminar. Para los que se sienten manchados. Para los que se reconocen enfermos, débiles, pobres, marginados. Para los que sufren hambre y sed de justicia. Para los que lloran ausencias, distancias, soledades. Para los que no saben, y quisieran saber. Para los que no esperan, y quisieran confiar. Para los que no aman, y quisieran amar.

En este Niño retira Dios el velo que enluta a los hombres, y hace desaparecer la Muerte para siempre y enjuga las lágrimas de todos los rostros.

Esta noche nos ha nacido un Salvador. Esta noche hemos de nacer de nuevo. Niños, ancianos, adultos, adolescentes, creyentes y descreídos, justos y pecadores: todos necesitamos ser salvados. Todos tenemos derecho a comenzar de nuevo.

Por eso, la señal para ubicar al Salvador es reconocible por todos. Inspira confianza, deseos de acercarse. No atemoriza, no ofende a nadie. “Esto les servirá de señal: envuelto en pañales y acostado en un pesebre, encontrarán un niño”.

Ningún despliegue de fuerza, ningún alarde de espectacularidad. El Salvador no trae armas, dinero, imponente séquito. No pretende seducir por el lujo, dominar por presencia. Ni siquiera reviste la forma de un adulto, orador brillante, conductor de masas, imagen de fortaleza. Es simplemente un niño, frágil y dependiente como todos los niños.

Si esta noche celebramos al Salvador que nos ha nacido, seamos consecuentes: imitémoslo.

Los violentos no son niños

Sólo los que son niños, como él, tienen acceso al Reino de Dios, que es justicia, paz y alegría de amar.

Nacer de nuevo, ser niños, significa para nosotros actitudes, mutaciones concretas. No es jugar con las palabras ni apelar a sentimientos fáciles.

Los violentos no son niños. Los que ambicionan imponerse y dominar, presionar las conciencias y oprimir, no son niños. Los carentes de humildad para aprender y reci-

bir, los que no quieren oír, ni compartir, los que no toleran la discrepancia o la contradicción, no son niños.

Los que no son niños siembran desconfianza, fomentan celos, introducen distancias. Hacen a los hombres sentirse extraños y enemigos. Alejan en lugar de acercar. Ofenden y hieren; pueden fríamente matar para coronar su intransigencia, en lugar de abrirse al diálogo y reconocer, en el otro, a un hermano.

Los violentos no son niños. Los que injustamente retienen lo que no les pertenece, los que arbitrariamente despojan a su hermano de su tierra o su casa, de su justo salario, su trabajo, su honra o su fama, niegan con sus hechos lo que, tal vez, celebran esta noche: el nacimiento de un Hombre Nuevo, de un Salvador que aparece como niño, muda y elocuente protesta contra todas las formas de violencia.

Seamos consecuentes. No juguemos con las palabras ni con sentimientos fáciles. Celebrar esta noche al Cristo Salvador que nos ha nacido implica vencer en nosotros esa violencia que él derrotó haciéndose niño.

Esa violencia nunca ha salvado a los hombres. Generó tensión y miedo, suscitó el odio, derramó la sangre; impuso una idea en lugar de otra, unos dominadores en lugar de los otros; destruyó adversarios, ganó batallas de un día. Pero eso no salva a los hombres. Los empantana más en sus rencores y desesperanzas.

Esta noche ha de nacer, en nosotros, un Hombre Nuevo. Un Salvador que, siendo niño, nos invita a ser niños. Capaces de sonreír, de confiar, de recibir y así acercar, dar confianza, acoger a los que están distantes.

Si esta noche hemos cambiado saludos de paz, hagamos nosotros esa paz que deseamos: convirtamos nuestras espadas de guerra en azadones, que preparan una tierra nueva.

Si esta noche hemos obsequiado y recibido regalos, que ellos sean símbolo de nuestras personas, estremecidos por una corriente de generoso amor.

Y si hemos compartido la mesa con los que son nuestra sangre, dispongámonos a ser comensales, abiertos y afectuosos, de esa gran familia que es Chile.

Aceptemos, esta noche, la invitación de Dios por boca del Profeta:

¡Pueblo mío: en marcha

Caminemos a la luz del Señor!

Santiago, 24 de diciembre de 1970.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA: SU RAZON DE SER

En la primera semana de mayo de 1971, la Universidad Católica, que había iniciado su reforma, se reunió en Claustro Pleno. El Cardenal Silva Henríquez, como Gran Canciller de esta Universidad, expresó con claridad su pensamiento.

El cristianismo ante la tarea universitaria de hoy

I. UNIVERSIDADES CATOLICAS: LA PREGUNTA POR SU IDENTIDAD

1. *La interrogante de fondo*

Nuestra Universidad inicia en estos momentos una jornada de gran trascendencia. Como un caminante que detiene sus pasos para alegrarse de haber ya recorrido largos caminos o para prever lo que aún le espera, la Universidad, representada en nosotros, interroga su caminar. O aparece tal vez como el que, ante distintas avenidas, vacila y se debate por saber cuál es la más adecuada; o como el que, impaciente por la meta, sólo anhela reunir más fuerzas para avanzar con mayor ímpetu.

No es un detenerse lo que aquí sucede. Es recorrer camino, abrir rutas, emprender otra vez la marcha. Con fuerza renovada, con fuerza depurada por el legítimo enfrentamiento de diversas inquietudes.

Lo que queremos es ver si nuestra Universidad está respondiendo a lo que con audacia se ha venido planteando; a lo que, desde distintos ángulos del pensar y del quehacer, intuimos que es su tarea. Una leal confrontación de acentuaciones, nos plantea ante un sinnúmero de preguntas importantes. Sin embargo, me parece haber una interrogante de fondo, un tema candente, que se nos vuelve a plantear —de una o de otra manera— a través de todos los

otros problemas escogidos como objeto de esta reflexión comunitaria: se trata de la pregunta por la identidad de nuestra Universidad. Sin saber quiénes somos y adónde vamos, sin una visión clara y compartida acerca de nuestra vocación específica como Universidad Católica, carecemos del criterio o perspectiva fundamental que debería ayudarnos y orientarnos hacia la verdadera solución de nuestros problemas parciales. Desde allí, a partir de una autodefinición clara, podremos desprender líneas conductoras ciertas y adecuadas, para que la comunidad universitaria llegue a ser, a su modo, auténtica servidora de los destinos históricos de nuestra patria.

2. *La vocación universitaria en general*

Sabemos que la idea de "Universidad" se encuentra hoy día en todo el mundo sometida a una seria revisión, y que entre nosotros, en los últimos años, han sido muchos los esfuerzos para conducir a su clarificación. Sin entrar en los detalles del debate, creo que todos podemos estar de acuerdo en considerar a las universidades como servidoras de la cultura de los pueblos. Es este "servicio cultural" el que constituye como el alma de su vocación. Una Universidad debe ser un lugar donde se elabore y se irradie cultura, tomando esta palabra en el más universal, pero también en el más pleno y vital de sus sentidos. Sin esa preocupación por una apertura a la totalidad de los problemas del hombre, no puede hablarse de auténtica labor de Universidad. Pero, por otro lado, si es cierto que la cultura es necesariamente universal, no menos cierto es que cada Universidad debe prestar su servicio propio en un pueblo, en un ambiente social y cultural determinado; es, por lo mismo, en primer lugar, la cultura de ese pueblo la que debe elaborar y es para ese pueblo que debe prestar su servicio de irradiación.

Una Universidad no puede cumplir su tarea prescindiendo del desarrollo histórico concreto del país en cuya vida se inserta. No puede pretender hacerlo ni tampoco podría nunca lograrlo: en la medida en que sus profesores y alumnos están condicionados en su pensamiento —en sus inquietudes y en su planteamiento de los problemas— por el proceso social en medio del cual viven, necesariamente será, en primer lugar a partir de él y también para él, que reflexionarán y trabajarán. El desarrollo histórico y las ne-

cesidades concretas del pueblo al que sirve condicionan y orientan a la Universidad en su tarea, en la medida en que le señalan aquellos problemas más urgentes para los cuales se espera de ella iluminación y respuesta. Más aún, este servicio a la comunidad histórica concreta, de la cual la Universidad nace, es fundamento de su unidad, exigencia que permanentemente estimula la coordinación de sus múltiples quehaceres, todos ellos tan atrayentes y útiles que, de no mediar la necesidad de hacerlos confluír en esta respuesta a las necesidades vitales de un pueblo, correrían peligro de permanecer parcializados. Sin contacto estrecho con la vida del país, carecería también la Universidad de los estímulos que más eficazmente agujijonean su trabajo y su búsqueda y terminaría por languidecer en un abstracto girar en torno a ideas desencarnadas. Su servicio no sería lúcido ni eficaz, porque no sabría concretamente ni a quién ni para qué está sirviendo.

Sin embargo, es esta misma voluntad de eficacia lúcida la que obliga a esa Universidad, abierta a dejarse orientar y estimular por los problemas y urgencias del país, a recordar que su vocación propia le exige ser ella la que principalmente oriente y estimule la evolución cultural del pueblo al que sirve. La Universidad representa, en el conjunto de la vida nacional, lo que la inteligencia dentro del organismo humano. Es evidente que el hombre no vive para pensar, sino que piensa para vivir mejor, más humanamente. Por ello es normal que lo que haga objeto de su reflexión intelectual sean los problemas reales que constituyen su existencia concreta. Pero si bien es su vida real de cada día la que estimula y orienta sus esfuerzos de reflexión, es evidente que el sentido más hondo de éstos es el de hacer que termine siendo la razón la que estimule y oriente el conjunto de su vida. Es la vida la que señala las prioridades de urgencia, pero es la razón la que, además de buscar las soluciones concretas que esos problemas reclaman, los mide, integrándolos en el conjunto universal de los valores humanos, para atribuirles la importancia que —independientemente de su urgencia— objetivamente merecen. Proceder de otra manera significaría deshumanizar al hombre, instrumentalizando su inteligencia y sometiéndola servilmente a un pragmatismo que anularía su función propia de orientación superior y global de la vida.

Semejante es la situación de las Universidades: no pueden prestarle al país su servicio específico si en su anhelo de compromiso con la realidad nacional se convierten en

simple instrumento para la realización de determinados objetivos políticos, económicos o sociales. La manera de servir más lúcida y eficazmente a esos mismos objetivos —y de una manera típicamente universitaria— es la de iluminarlos y ofrecerles respuestas concretas desde un plano más alto, a base de una visión global de los problemas humanos y con la necesaria independencia interior como para poder convertirse, y verdaderamente, en conciencia crítica de la sociedad. No se trata de ser una conciencia atemporal, sino, precisamente, de situarse en una perspectiva de amplitud que permita ser, eficazmente, conciencia de lo temporal y de lo concreto.

De otra manera, la Universidad, en lugar de responder a los problemas de la sociedad a la que desea servir, termina contagiándose y siendo víctima de ellos. Sabemos que en nuestro país no se respira un ambiente de auténtico humanismo: si no fuera así, no podríamos explicarnos la situación inhumana de miseria y marginación en que viven tantos chilenos. Nuestra sociedad está impregnada —desde hace mucho tiempo— de una mentalidad “economicista”, según la cual tendemos a medir al hombre por lo que produce, y a absolutizar los valores y las relaciones de tipo económico, como si en ellos residiera el origen y la solución última de todos los males sociales.

Por eso mismo, una Universidad que desee prestar un aporte eficaz a la construcción de una nueva sociedad, auténticamente humanista, no puede dedicarse hoy día simplemente a responder a los problemas que el ambiente en que vive le somete. Muchos de esos problemas están falsamente planteados; se presentan en esa perspectiva economicista, reducida y coartada, que no puede aceptarse sin más, porque implica una deficiencia humanista que la Universidad está obligada a corregir críticamente. La colaboración con el desarrollo nacional no puede partir de la presuposición de que éste sea siempre sano bajo todos sus aspectos. La Universidad está obligada a revisar las preguntas que el proceso histórico va planteando y a juzgarlas a partir de los principios universales de un humanismo global. Y no es que lo haga dejándose llevar por una imagen preconcebida del hombre. Si la Universidad está vigilante para elaborar la cultura, que nace en el ímpetu vital mismo del pueblo, no puede dejar de oír o de palpar valores que, aunque no sean siempre los más conscientes ni los más ruidosamente proclamados, están sin embargo allí, reclamando ser también reconocidos, y sin el cultivo de los cua-

les no se obtendrá una sociedad plenamente renovada. Esto incide nuevamente, desde otro punto de vista, en la exigencia de la unidad interna de la Universidad, que sólo en el organismo completo de todas sus disciplinas puede comprender el latir vital íntegro de un pueblo y la experiencia humana de todos los siglos.

3. *La vocación de las Universidades Católicas*

Vista así la tarea de toda Universidad —como un servicio a la cultura— cabe plantearse la pregunta por la legitimidad y vocación propia de las Universidades católicas. Una Universidad católica podrá justificarse, en primer lugar, en la medida en que su “catolicidad” aparezca como una cualidad que no desvirtúa la naturaleza de la Universidad en cuanto Universidad (por ej., instrumentalizándola para fines proselitistas que no se identifican ya con el servicio a la cultura). Pero también debe probarse que lo católico no representa un apellido inútil (que no daña, pero que tampoco agrega nada), sino, verdaderamente, una nota adicional que, dejando intacta la noción de Universidad, puede comunicar un nuevo y decisivo dinamismo a su tarea de servicio cultural.

Nos parece que después del Concilio se ha hecho más fácil la respuesta a esta pregunta. Casi quisiéramos afirmar que se ha vuelto evidente. En el Concilio Vaticano II la Iglesia —contemplándose a sí misma, reflejada en la actitud de su Señor y en la de María, su imagen y prototipo— se ha redefinido como una Iglesia servidora del mundo, servidora de cada uno de sus valores y de aquel conjunto de todos ellos que llamamos cultura. La Iglesia posconciliar, que se reconoce llamada a ser alma del mundo, a través del servicio humilde al Evangelio de Jesucristo, cree que la luz de la fe y la energía de la caridad, que de éste manan, pueden también ser alma de una Universidad en la medida en que la ayuden a hacerse más ella misma, más eficazmente servidora de la cultura.

La pregunta por la vocación de una Universidad Católica se ha transformado así en la pregunta por el servicio de la Iglesia, es decir, de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas, al mundo, a la cultura. Trataremos ahora de precisar este servicio para ver de qué manera una Universidad, animada interiormente por esta vitalidad cristiana, lejos de desvirtuarse, puede llegar a convertirse —precisamente por ser católica— en una Universidad mucho más auténticamente tal.

II. EL SERVICIO DEL CRISTIANISMO A LA CULTURA

1. *El respeto de la Iglesia a los valores humanos*

En efecto, el hecho de ser católica le impone a una Universidad, en primer lugar, el deber de tener ante el hombre, ante sus valores y su cultura, un inmenso y amoroso respeto: el mismo que posee ante ellos el Dios del Evangelio.

Muchas veces, a lo largo de la historia, han surgido movimientos humanistas que se han creído en la obligación de tener que eliminar a Dios para poder afirmar así con suficiente elocuencia la grandeza del hombre. Dios les parecía un rival de éste, una amenaza, una enajenación. Sin duda se han proclamado dioses de esa especie. También el Dios de los cristianos ha sido deformado en esa dirección: a veces por doctrinas falsas que han insistido en la corrupción radical de la naturaleza humana, en la incapacidad de la razón para conocer la verdad y elaborar una ciencia válida, en un voluntarismo divino tal que imposibilitaría cualquier causalidad real del hombre sobre su propia historia; otras veces ha sido la infidelidad práctica de los cristianos la que ha negado en la vida la imagen de Dios que les revelaba su fe.

Pero si abrimos el Evangelio, nos encontramos con un Dios que tanto amó al hombre y al mundo, que entregó por él a su Hijo unigénito; con un Dios que tanto amó la historia que quiso entrar en ella para compartirla con nosotros; morir para convertirla en historia de salvación y liberar y plenificar así —al precio de su sangre— todo lo humano, hasta hacerlo sobrepasar infinitamente lo humano. Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad! ¿Dónde se había escuchado de un Dios que, antes de violar esa libertad sagrada que El mismo confió a su creatura, estuviera dispuesto a correr el riesgo de que el hombre lo rechazara y de que ese pecado terminara exigiendo su propia muerte en la Cruz?

Es un respeto que se diría raya en el absurdo si no supiéramos que nace de una misericordia y de un amor infinitos.

El Dios del Evangelio no es rival, ni amenaza ni enajenación para el hombre. Muy por el contrario, es su Creador y Libertador, el fundamento de cuanto en El hay de noble y hermoso, y el garante más celoso de sus derechos

y dignidad. Si por salvar su libertad Dios no se perdonó a Sí mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas; como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación. Si Dios quiso morir para convertirse El mismo en MEDIO E INSTRUMENTO de Salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice, sometiénola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos o ideológicos, que se erijan en pretexto para mutilarla. Dios no ha escatimado ningún recurso para proclamar, con una elocuencia que hace enmudecer a toda elocuencia humana, el valor infinito que El concede al hombre y su libertad. Con su muerte en el Calvario clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la historia jamás presenciara.

Hemos hablado de "valor infinito". No se trata aquí de una metáfora ni de un superlativo literario. Para el Dios del Evangelio la libertad humana tiene verdaderamente un valor infinito porque es vocación de infinito. Si Dios la defiende con tan inusitado y —casi diríamos— angustioso celo, es porque esa libertad le ha sido dada al hombre como camino hacia el amor, para que pueda entregarse desde el fondo de sí mismo a los demás hombres y constituir con ellos una familia de hermanos, pero una familia destinada no solamente a convertir la Tierra en un hogar digno de ella, sino a trascender el tiempo y la historia para llegar un día —en la fuerza transfiguradora de la Resurrección de Cristo— a ser asumida en el seno mismo de la vida trinitaria. Para eso creó Dios libre al hombre, para hacerlo su hijo en Cristo, para hacer a la Humanidad su Familia en Cristo, para que todos y cada uno de los hombres lleguen a participar de la libertad y del amor infinitos que constituyen la vida misma del Dios Trino, de la comunidad perfecta de las Tres Personas, donde la libertad perfecta de cada una se resuelve en la armonía de su amor también perfecto, superación ontológica y definitiva de todas las tensiones entre libertad individual y solidaridad comunitaria. Ese es el sentido de la defensa que Dios hace de la libertad humana: defensa de su vocación al amor y a la felicidad infinitos.

Quien crea en ese Dios del Evangelio —no sólo con una fe teórica sino con una fe que signifique verdadero compromiso de vida con El— deberá, necesariamente, en

la medida en que esa fe sea auténtica, compartir la misma actitud de Dios ante el hombre, ante su libertad, ante todos sus valores y conquistas, ante su cultura: actitud fundamental de la Iglesia, como comunidad de los creyentes. Así ha querido ella proclamarlo al redefinirse en el Concilio como pueblo de Dios: ella es el pueblo llamado a ser en la historia *signo* vivo visible que continúe proclamando en todos los tiempos —como prolongación de la voz misma de Dios— el respeto y el amor increíbles que Dios tiene ante el hombre; y ella es también —como pueblo de Dios— el *instrumento* que prolonga a lo largo de los siglos la lucha de Dios por el hombre, por defender su libertad y su amor, por ir haciéndolo madurar, a través de todos los vaivenes de la historia, hacia la plenitud de su vocación definitiva.

Una Iglesia impregnada de esa actitud y que en esa forma define su propia misión, es una Iglesia apta para inspirar una Universidad: porque su tarea aparece —constitutivamente, por esencia— como servicio al hombre, como servicio a su cultura. No podemos temer ni mediatización ni instrumentalización de la Universidad para otros fines ajenos a su vocación específica: La vocación de la Iglesia va exactamente en la misma línea de la vocación de la Universidad por tratarse de la Iglesia del Dios del Evangelio, de aquel Dios Servidor del hombre, cuya gloria consiste, precisamente, en que sus criaturas logren alcanzar la plenitud de vida a que El mismo, al crearlas, las ha orientado.

Nadie puede, por lo mismo, aspirar a ser más celoso en el respeto a la autonomía de los valores humanos, que esta Iglesia del Dios del Evangelio. Ella reconoce con humildad esa autonomía de la creación y de la cultura con respecto a ella. Sabe que no es ella la que constituye la dignidad de lo humano, sino que es Dios —independientemente de ella y antes que ella existiera— quien participó de su propia bondad y belleza a la creación y quien, así, fundamenta todo lo noble que existe en el Universo. El mundo y el hombre no son autónomos frente a Dios, pues proceden de El y a El están destinados, si bien esta dependencia de ninguna manera anula la causalidad propia de las criaturas y de la libertad humana que el mismo Dios permanentemente suscita.

La Iglesia reconoce y admira esos valores propios conferidos por Dios al hombre y su mundo y se siente llamada a servir su dignidad. La sirve no para desviarla hacia un fin nuevo y extraño, sino para ayudarla a madurar en el sentido de la vocación más profunda que desde su comienzo

Dios inscribió en su naturaleza. La Iglesia es el signo que revela al hombre y al mundo esta vocación profunda, que poseen sin saberlo, y que representa la dimensión más importante de su dignidad. Ella es también el instrumento que los conduce hacia su plena consecución.

Por todo esto, creemos que ninguna Universidad sobre la Tierra debería poder exhibir más títulos de garantía de su respeto a la dignidad y la libertad de la cultura humana, que las universidades católicas. Cualquier intento de manipulación es para ellas no solamente un error o una desviación lamentables, sino un pecado y una infidelidad flagrante frente a aquel Dios enamorado del hombre de cuya actitud ellas se han comprometido a ser testigos. El adjetivo de "católica", si es responsablemente asumido, nos parece así ser el mejor y más eficaz seguro para que la palabra "Universidad" salve toda la pureza del sentido de servicio a la cultura que quisiera significar.

2. *El servicio que presta la fe cristiana a la Universidad*

Nos parece que sólo esto bastaría ya para justificar una Universidad católica. Pero el servicio que la inspiración cristiana puede prestar a una Universidad va mucho más allá todavía: no sólo la ayuda a no dejarse desviar de su tarea específica, sino que fecunda en forma *positiva* el servicio de la Universidad, a la cultura de los pueblos, haciéndolo más seguro, más decidido, más pleno.

En efecto, la tarea de servir a la cultura es difícil. Implica no sólo esfuerzo creador para buscar respuestas adecuadas a los múltiples problemas que la sociedad plantea a la Universidad sino que también —y previamente— un esfuerzo de *valoración* tanto de los problemas mismos como de las soluciones que la Universidad descubre y quisiera proponer. Y en un mundo complejo como nuestro mundo moderno, en una sociedad que vive en medio de un vertiginoso y constante proceso de cambios, donde no sólo las estructuras económicas, políticas y sociales se encuentran en permanente evolución, sino donde también cambian sin cesar las categorías de pensamiento e, incluso, el lenguaje, la tarea de valorar, de discernir lo humano de lo antihumano, lo que es avance y lo que significa retroceso cultural, se vuelve extremadamente ardua y fatigosa.

Es en este contexto en el que surge la fe cristiana como una luz segura en el camino. No se trata de querer reflexio-

nar todo lo humano según el método de la teología y de la fe. No: ya hemos reconocido la autonomía de la cultura y proclamado nuestro respeto ante ella. Eso exige que cada disciplina particular del saber humano sea también autónoma en aplicar los métodos que su propia naturaleza le exige.

La fe cristiana presta a las ciencias humanas un servicio que en nada invade su campo propio y que, sin embargo, puede resultarles de inmenso valor. Podríamos comparar su papel al de la intuición que guía el trabajo de los genios.

Los grandes genios de la Humanidad han dispuesto para sus investigaciones y descubrimientos más o menos de los mismos recursos mentales y de los mismos métodos científicos que los demás. ¿Por qué, sin embargo, han visto y encontrado lo que antes nadie descubrió? Ha sido porque una especie de "instinto intelectual" orientó su búsqueda hacia nuevos caminos, hacia combinación de factores que cualquiera podría haber hecho, si es que, en el momento preciso, esa misma voz o luz misteriosa hubiera orientado en ese mismo rumbo sus investigaciones. El chispazo del genio no anula el método científico: lo fecunda instándole a abandonar los caminos falsos —va mil veces recorridos por otros sin lograr resultados—, pero, principalmente, señalándole la dirección en la cual se encuentra la verdad. Esta misma función de "instinto" o "intuición de verdad" al servicio de los métodos de la ciencia es la que le cabe a la fe cristiana dentro de una Universidad que se reconozca "católica". Pero con una diferencia: que la fe no es un instinto que señale la dirección del verdadero humanismo con una certeza solamente "genial", sino con una certeza "divina", porque la fe nos connaturaliza con la visión que el mismo Dios tiene de las cosas.

Así, por ejemplo, mostraremos más adelante cómo el espíritu cristiano llama a una Universidad a centrarse de preferencia en los más pobres, que son objeto de la especial predilección de Dios. Esto sorprende a la intuición normal del hombre. Sin embargo, con esta orientación se asegura que lo que interesa a la Universidad es verdaderamente el hombre en sí mismo, en su realidad personal y existencial, independiente de otras determinaciones o valores que son accidentales. En este caso, por la fe, llegamos a la raíz misma del hombre.

¿Cómo se realiza en concreto este servicio que acabamos de describir? Para los cristianos, el Evangelio de Jesucristo equivale a una norma divina de auténtico huma-

nismo. No porque sea en sí mismo una doctrina sobre el hombre, su mundo y su cultura. El Evangelio es otra cosa: es la Revelación de Dios mismo sobre el sentido último del hombre y del Universo, a los que proyecta mucho más allá de sí mismos, trascendiendo lo temporal y la historia. La naturaleza íntima de lo temporal y de lo histórico —considerada en cuanto tal— no es revelada por el Evangelio y permanece como el campo propio de la investigación científica y filosófica. Pero algo nos dice acerca de ellos el Evangelio: que por ser un mismo Dios el que creó la temporalidad y la historia y el que conduce al hombre y al Universo hasta un fin situado más allá de ellas, no puede haber contradicción, entre una cosa y otra, entre las leyes inmanentes a la realidad humana terrena y su fin trascendente. Dios conduce al hombre y al mundo hacia una perfección que los sobrepasa infinitamente, pero que, a la vez, va exactamente en la línea de sus anhelos naturales y más genuinos de perfección. Es por eso que el Evangelio puede ser invocado como criterio seguro de humanismo: los cristianos podemos presuponer que lo que vaya en contra de los grandes valores humanos que él proclama es necesariamente falso y que, por el contrario, es auténticamente humano y concorde con la naturaleza del hombre lo que vaya en la línea de los grandes fines que el Evangelio señala como verdadera plenitud del hombre, de la sociedad y del mundo.

Pero esta presuposición funciona de la manera ya dicha: no al modo de un freno dogmático que coarta a priori la libertad de la búsqueda científica, sino como un instinto orientador. En caso de aparente conflicto entre la ciencia y la fe, no va a ser siempre la ciencia la que tendrá que ceder ante una determinada afirmación de la fe: muchas veces será la fe la que tendrá que reexaminarse a sí misma y reconocer que estaba mal formulada, que su sentido más profundo era otro y que ha sido gracias al desafío y la ayuda de la ciencia que ha llegado a descubrirlo. Fe y ciencia podrán ayudarse así, mutuamente, sin invadir ninguna ni el campo ni el método de la otra.

Pero lo que por ahora nos interesa es el servicio que la fe pueda prestar a la ciencia y a la cultura. Como "instinto de auténtico humanismo" la fe opera, en primer lugar, como norma negativa no porque prohíba investigar en determinados sentidos, sino porque hace intuir que ciertos caminos son falsos, ya que el tipo de humanismo a que por ellos se llegaría contradice la imagen y el sentido del hombre revelados en el Evangelio. En este sentido, la inspira-

ción de la fe marca desde el comienzo un rumbo certero a la investigación, evita pérdidas de tiempo y ahorra, sobre todo, experimentos humanos cuyo fatal desenlace nos permite prever desde antes. Como ejemplo podemos mencionar todo lo referente a la moral y naturaleza del matrimonio: es ésta una realidad humana pero que el Evangelio sumerge en el misterio más hondo del amor de Dios a los hombres. La fe nos dice que la naturaleza del matrimonio y su dimensión cristiana no se contradicen: ésta supone y planifica aquélla. Por eso todo lo que vaya contra la imagen evangélica del amor esponsalicio, nos dice la fe que va al mismo tiempo contra la naturaleza del matrimonio. Es éste una luz, un criterio de valoración importante, que nos previene ante ensayos de falso humanismo que, relajando los vínculos matrimoniales, no pueden sino conducir —como las tristes experiencias de otros pueblos ya lo prueban— sino a la total disolución y al naufragio de la familia.

Pero la fe cumple, fundamentalmente, un papel de inspiración positiva. Significa —como lo decíamos más atrás— la irrupción como de un “chispazo del genio divino” que ayuda a presentir al hombre la verdadera dirección de las soluciones humanistas que busca.

En primer lugar, porque la fe es una fe encendida de esperanza, porque es una fe de caminantes, pero anhelantes ya de la plenitud final, impide que el hombre se contente con soluciones parciales, impulsándolo a tender siempre a la totalidad, a integrar y medir según ella cada valor humano particular. Basta recorrer con una rápida mirada lo que ha sido la historia de las civilizaciones para apreciar el valiosísimo servicio que, dentro de la tarea universitaria de elaborar e irradiar cultura, representa esta tendencia de la fe y de la esperanza cristianas hacia una visión orgánica del problema humano en su conjunto total. Por un misterio de la sicología del hombre, la historia avanza a través de vaivenes que recuerdan las oscilaciones de un péndulo. En cada época el hombre descubre ciertos valores nuevos que tiende a absolutizar. Luego siente las limitaciones de esos ídolos que se ha forjado y busca otros nuevos en la dirección contraria que, como un terreno virgen y cargado de promesas, atrae sus ansias de felicidad insastifechas. Y han sido estas absolutizaciones de valores auténticos pero parciales, las que han costado a la humanidad sus peores catástrofes, sus conflictos sociales y bélicos más sangrientos. La fe en el Dios verdadero es el mejor seguro contra los ídolos: ella inspira en el corazón del auténtico creyente un

ansia de totalidad que lo inmuniza ante el peligro de absolutizar lo relativo, de caer en el espejismo de las exageraciones propias a cada época, de sacrificar al hombre y la sociedad en aras de humanismos mutilados. La fe, en este sentido, es fuerza de equilibrio, garantía de visión amplia, impulso siempre insatisfecho que desenmascara lo parcial y provisorio, estimulando a descubrir soluciones cada vez más plenas y globales.

También la fe conduce a una humanización de la ciencia; en la medida en que sabe que las leyes de lo real (que la ciencia investiga) son, en último término, leyes de amor, ya que en Dios, fundamento y fuente última de toda realidad, el ser y el amor se identifican. Ello avisa al cristiano que nunca puede ser científicamente verdadero lo que amenaza al amor; aun cuando pareciera que política o socialmente se revele como útil, ninguna doctrina que propicie el odio o las divisiones o que sacrifique el amor a la eficacia o a cualquier otro tipo de valor inferior, puede pretender ser ciencia auténtica, intérprete adecuado de las leyes del ser. Por el contrario, debe ser necesariamente en la línea de la perfección del amor hacia donde debe ser buscada la verdad más profunda, el rostro genuino de la realidad.

Además de estas orientaciones generales, la fe, por la visión de la totalidad a que tiende, puede insinuar los caminos hacia la solución de muchos problemas concretos, donde el hombre ha permanecido a veces, a lo largo de siglos, prisionero de su tendencia infantil a un simplismo de carácter dualista y maniqueo, que le lleva —cada vez que se encuentra en presencia de dos valores en tensión— a caer en la tentación de negar uno de ellos para salvar el otro, que le parece principal. Tensiones de este tipo podríamos nombrar muchísimas: por ejemplo, la tensión hombre-Dios, inmanencia-trascendencia, acción-contemplación, ortodoxia-ortopraxis, gracia-naturaleza, persona-sociedad, etc. En todos estos casos, la fe invita a resolver la tensión buscando la verdadera armonía de los dos extremos, sin sacrificar ninguno en aras del otro, bajo pena de terminar, fatalmente, negando a los dos. El dilema persona-sociedad, por ejemplo, ha ocupado el espíritu de todos los filósofos y sociólogos de la historia. Espontáneamente, cada doctrina o cada sistema tiende a preferir uno de los dos extremos, y la historia muestra que la preferencia se transforma, por dinámica propia, en una absolutización práctica que conduce a verdaderos desastres culturales. La fe nos muestra, en la imagen del Dios Trino, la solución ideal de esta ten-

sión: ni las personas ni la sociedad son primero, sino que las personas son perfectas porque son un solo Dios y ese único Dios es perfecto por ser Trino y comunitario. Para el creyente, será esta imagen de Dios la que orientará la búsqueda de un modelo social verdaderamente humanista y la que le insinuará el rechazo a los planteamientos dualistas, con sus soluciones necesariamente monistas y sus resultados nihilistas.

Por último, quisiera volver a destacar que la fe, al conaturalizarnos con la visión que Dios tiene de las cosas y del hombre, nos facilita el hacer nuestro, su especial interés y predilección por los pobres. El Dios del Evangelio es aquel que muestra la gratuidad de su amor ensalzando a los humildes y confundiendo a los poderosos; el Dios que realiza sus obras más grandes precisamente a través de los más pequeños. En un país como Chile, aquejado de tan grandes problemas sociales, la inspiración cristiana debe necesariamente convertirse en un impulso que mueve a la Universidad —repetiendo la actitud de nuestro Dios— a hacer especialmente suyos los problemas de los pobres, de su opresión, de su marginación, de sus ansias de liberación y solidaridad. Una Universidad católica debe entender su servicio a la cultura, principalmente, como un servicio a los pobres; debe elaborar con especialísima dedicación las interrogantes dolorosas y urgentes nacidas de la llamada "cultura de la pobreza" y entender su tarea de irradiación cultural, en primerísimo lugar, en el sentido de ofrecer soluciones que permitan hacer llegar a esos mismos pobres —preferidos de Dios y, por lo mismo, de toda Universidad que se llame católica— el beneficio del progreso científico y técnico y del espíritu de auténtico humanismo de que se siente depositaria.

3. *El servicio que presta la caridad cristiana a la Universidad*

La tarea de elaborar y de irradiar cultura no exige, sin embargo, solamente criterios claros que señalen una dirección segura al esfuerzo de investigación y valoración. Este mismo esfuerzo —y más tarde el de transmitir y hacer llegar al país los resultados obtenidos— exige también una gigantesca energía moral. Es aquí donde el cristianismo puede colocar al servicio de la tarea universitaria todo ese caudal de fuerza y de voluntad de entrega que encierra aquella

otra actitud fundamental suya (prolongación también de la actitud de su Dios): la de la caridad.

Es imposible servir sin amar. Y el servicio universitario exige mucho amor, porque impone difíciles y largos sacrificios —de todo tipo— tanto a los profesores como a los alumnos y a todos los que componen la comunidad universitaria. El amor, además, sensibiliza y vuelve receptivo para captar con mayor lucidez los problemas de quienes se ama y a quienes se desea servir. El amor proporciona también la inmensa energía moral necesaria para la objetividad del trabajo universitario. Sabemos que ésta no depende únicamente de la agudeza de nuestra inteligencia, pues la razón humana se encuentra —bajo muchísimos aspectos—, apreciablemente condicionada por la sensibilidad y el corazón del hombre. Las pasiones, los intereses, los defectos personales, deforman necesariamente la visión que cada uno se forja de las cosas. Para ser verdaderamente objetivos, para abrirnos a todas las caras de la realidad, necesitamos una inmensa libertad interior y una apertura sincera ante todos los grupos humanos, ante todas las doctrinas y corrientes de pensamientos. Cada hombre, cada grupo, cada idea, cada causa noble, encierra un rayo de verdad y es tarea y deber de la Universidad el recogerlos todos —sin desperdiciar uno solo—, hasta obtener la suma de la verdad total. ¿De dónde sacar la fuerza para vencer todos los prejuicios y las antipatías, las ideas preconcebidas y los “slogans” que enturbian no sólo nuestra mirada personal sino también la de nuestra época? Una mirada objetiva y pura sólo puede provenir de un corazón también puro, de un corazón abierto en un amor universal como el de Cristo, de un corazón que —por estar centrado en el Dios verdadero— ha sido liberado del peligro de idolatría y absolutización de valores o de grupos humanos parciales.

Sólo un amor universal como el de Cristo permite también que la verdad, una vez reconocida, se irradie en un servicio que verdaderamente llegue a todos. Hemos dicho que una Universidad católica debe ser una Universidad fundamentalmente servidora de los pobres. Pero el único modo de entender esta predilección en un sentido que no sea exclusivista, nos parece ser el verla como prolongación de la caridad de Cristo, del Dios enamorado de los pobres, de los débiles, de los marginados, pero que ofrece el mismo pan de verdad que regala a los mendigos y a los leprosos, también a Mateo, el publicano, o a sus amigos Nicodemo, Zaqueo y Lázaro, de cuya mesa bien provista muchas veces

participa. Hoy vivimos en un mundo dividido por un espíritu clasista que no es ni humano ni cristiano. Se ha acusado a las universidades —y no sin razón— de haber sido hasta ahora clasistas. Este espíritu exige ser superado, pero lo será mediante una actitud de solidaridad verdaderamente abierta, capaz de vencer las tendencias a caer en nuevas formas de exclusivismo marginante. ¿Y de dónde, de qué doctrina o de qué fuentes obtendremos las energías necesarias para permanecer —no obstante nuestro declarado amor a los pobres— como una Universidad auténticamente servidora del país entero? Sinceramente, no vemos otro camino que el de luchar por hacer nuestro el amor universal y vencedor de todos los egoísmos del Dios del Evangelio. El ambiente que nos rodea tiende a contagiarnos a este respecto con el dualismo que ya denunciamos, inclinándonos a absolutizar sea el uno o el otro de los extremos. Por eso, nos parece que una Universidad de sincera y decidida inspiración cristiana está hoy en las mejores condiciones para ofrecer la garantía de objetividad imparcial y, a la vez, de servicio universal a todos los miembros de la comunidad nacional, que el pueblo chileno —es decir, el conjunto de todos sus grupos—, tiene derecho a esperar de ella. Optar por Jesucristo —el Dios que ofrece su amor a todos los hombres— significa, entonces, para una Universidad, volver a confirmarse en su vocación original de servicio abnegado y amplio a la cultura de un pueblo.

4. *Conclusión*

Verdaderamente la fe, la esperanza y la caridad de Jesucristo —don de Dios para la iluminación y animación del mundo— pueden ser también —y muy fecundamente— la luz y alma de una Universidad; garantía de respeto total a la naturaleza de su misión específica; fuerza orientadora y estimulante para el pensamiento que investiga y anhela ser —tanto negativa como constructivamente— conciencia crítica del proceso histórico que vive el pueblo; y, por último, energía moral para superar todos los sacrificios que el servicio universitario impone, y asegurar la objetividad y amplitud que de él se espera. En cuanto “Universidad” y en cuanto “Católica”, una Universidad católica nos parece, por todo lo dicho, doblemente servidora de una cultura y del pueblo.

III. DEL IDEAL A LA REALIDAD

1. *Nuestra situación actual*

Evidentemente no estamos nosotros todavía a la altura de ese ideal. Más aún, la misma esperanza cristiana nos prohíbe caer en la ilusión de soñar con la posibilidad de una fidelidad integral y asegurada al espíritu del Evangelio aquí en la Tierra. Sabemos que, mientras dure la historia, permaneceremos caminantes, y el ideal de la Universidad Católica —de esa Universidad auténtica y doblemente servidora de la cultura— permanecerá también como estrella que nos guía, pero que nunca nos deja coger en nuestras manos la totalidad de su luz. Sin embargo, mientras con mayor claridad resplandezca, tanto más segura y decididamente podremos marchar a su siga. No importa que nunca la alcancemos para hacerla plenamente nuestra; lo que importa es que ella nos marque el rumbo y que hacia él avancemos, conquistando cada vez más esa identidad propia que ella nos exige.

Los últimos años y esta misma asamblea son testigos de nuestra fidelidad a esta vocación de peregrinos, de incesantes buscadores de caminos nuevos, que nos permitan expresar mejor —y de acuerdo a las nuevas circunstancias— nuestro anhelo de fidelidad a esa estrella. Es normal —como lo decíamos al comenzar— que en medio de la marcha nos sintamos muchas veces como ante una encrucijada de caminos. Pero si es la misma la estrella cuya luz todos queremos seguir, tarde o temprano armonizarán la dirección y el compás de nuestros pasos.

No debe preocuparnos el haber llegado hasta este Claustro agrupados en distintos frentes. Para nosotros, como cristianos, la variedad no tiene el sentido dualista que ya denunciamos en relación a la mentalidad clasista moderna. La variedad no nos duele como les duele a todas las ideologías monistas, que identifican siempre un solo grupo, un solo polo, uno solo de los extremos en tensión, como portador exclusivo de sus rigidismos dogmáticos, de la verdad y del bien absolutos. Para nosotros, la Verdad y el Bien absolutos están sólo en Cristo. Es por eso solamente El quien puede plantearnos la disyuntiva: "Quien no está conmigo, está contra mí".

Nadie fuera de Dios —ningún grupo ni partido ni clase social ni corriente ideológica— puede plantear en esos términos disputa alguna. Solamente en la opción por la

Verdad y el Bien absolutos puede ser verdaderamente absoluta la disyuntiva. En todos los otros casos, cada opción representa, necesariamente, una verdad y un bien relativos que no pueden excluir la presencia de otras verdades y bienes relativos en las opciones contrarias.

Nadie —fuera del Dios verdadero y de los falsos dioses— puede pretender el monopolio total de la verdad y del bien, ni emplazarnos con la amenaza de que no tomar un partido, por el sólo hecho de no hacerlo, significa ya estar tomando el contrario. Si las opciones son relativas y, por lo tanto, con necesarios puntos de coincidencia, entonces es perfectamente posible y legítimo adoptar posiciones nuevas que apoyen solamente lo coincidente de las otras en pugna. Para nosotros, como cristianos, las diferencias y variedades significan, como ya lo hemos dicho, simplemente tensiones: tensiones más o menos intensas, pero que no necesariamente entrañan una contradicción absoluta, a ser resuelta exclusivamente mediante la supresión radical de todas las alternativas salvo una. Dios conduce la historia mediante un juego múltiple de estas diversas tensiones, a través del cual estimula la libertad del hombre y le va creando siempre nuevas posibilidades de decisión y fecundidad. Por eso —mientras no se absoluticen— no podemos temerlas, sino verlas más bien como el camino a través del cual la Providencia divina nos fuerza a avanzar hacia horizontes nuevos para la libertad, para la ciencia, para la Universidad. La presencia de diferentes corrientes de pensamiento en nuestro claustro no es obstáculo al trabajo, sino signo de riqueza de vida, promesa de fecundidad, exigencia de no quedarnos en la superficie sino de bajar hasta aquella zona profunda donde los anhelos de todos coinciden.

2. *La importancia del espíritu*

Tenemos que emprender, por lo tanto, con confianza y optimismo el trabajo de estos días, guiados por esa estrella que todos perseguimos, por el ideal de una Universidad católica. Pero es necesario estar conscientes de una verdad fundamental: ese hermoso ideal que hemos tratado de recordar en esta mañana, no depende en cuanto a su realización, solamente de las decisiones que este Claustro o que otras instancias universitarias pudiesen tomar. Una Universidad no puede ser "católica" por decreto, así como nin-

gún hombre puede convertirse en cristiano por simple vía administrativa. Aquí se trata de un *espíritu*. Evidentemente toda vitalidad espiritual exige estructuras adecuadas que favorezcan su desarrollo, y es deber de las autoridades universitarias atender a que existan todos los elementos de orden jurídico y académico que permitan una inspiración cristiana de nuestra Universidad. Es evidente que la existencia de una Facultad de Teología y la posibilidad de formación cristiana de todos los estudiantes de otras disciplinas aparece como indispensable para esto. También tiene que ser posible una labor pastoral que tenga por finalidad directa mantener vivo el espíritu cristiano en nuestra Universidad. Pero todas estas condiciones pueden existir y este espíritu permanecer ausente: porque el espíritu cristiano depende de todos, de cada profesor, de cada alumno, de cada miembro de nuestra comunidad universitaria.

Aquí me estoy refiriendo, en primer lugar, al espíritu de un humanismo cristiano, en el que deberíamos comulgar todos los cristianos y, también, los miembros no creyentes de nuestra Universidad. La fe no puede ser obligatoria para nadie, pero nuestra Universidad quiere ser signo de un humanismo amplio e integral. Porque queremos ser amplios debemos estar abiertos a todos los aportes valiosos de las diferentes doctrinas y corrientes de pensamiento. Pero no podemos dejarnos contagiar de los elementos de dogmatismo estrecho que muchas de las corrientes modernas implican. En este sentido, no podemos aceptar —si es que fuera efectiva—, la afirmación de que ciertas Unidades Académicas de nuestra Universidad son de orientación marxista. No se trata de negar ninguna de las contribuciones importantes del marxismo al pensamiento contemporáneo, pero sí de precisar que humanismo cristiano y humanismo marxista no son idénticos. En nombre de la libertad, de la cultura y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquélla, no debemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria. Aportes sí aceptamos; imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.

Sin embargo, aquí estamos de nuevo frente al problema del espíritu que Dios creó libre y que, por lo mismo, no puede imponerse sino tan sólo suscitarse libremente. Así como no podemos imponer por decreto un humanismo cristiano, tampoco podemos prohibir por decreto la marxi-

zación (en la medida en que ella signifique oposición al cristianismo) de nuestra Universidad. Aquí se trata de procesos vitales incontrolables desde arriba. Si fuera cierto que este peligro de marxización existe y crece —porque la mentalidad de ciertos grupos dentro de nuestra Universidad es cada vez más marxista y menos cristiana—, no queda otro camino para contrarrestar esa corriente que robustecer la vitalidad de nuestro humanismo cristiano, fortaleciendo la vitalidad de la fe, de la esperanza y de la caridad que lo animan.

La dura verdad es ésta: si nuestra Universidad aparece en peligro de descristianizarse, es porque la fuerza vital de nuestro propio cristianismo es débil y se muestra, por ello, incapaz de inspirar un humanismo amplio e integral que pueda hacer frente y recoger —integrándolos en su visión de conjunto— los aportes parciales de las diferentes doctrinas.

La Universidad Católica podrá cumplir su gran ideal, su vocación a ser doblemente servidora de la cultura y del pueblo de Chile, en la medida en que todos —tengamos fe o no— luchemos por un humanismo auténtico, respetuoso de la totalidad de los valores humanos. Y esto será tanto más fácil cuanto los cristianos de la Universidad hagamos realmente vida el compromiso de nuestra fe. Sin un compromiso vital y existencial con el Dios servidor de los hombres (expresado en un esfuerzo de diálogo y de contacto personal con El) y sin un compromiso vital con la Iglesia servidora del mundo (expresado, a su vez, en el esfuerzo por penetrar su doctrina y participar de alguna manera en su acción pastoral), nuestra fe no se hará nunca verdadero compromiso con nuestra Universidad, como servidora de nuestra cultura y de Chile.

Santiago, mayo de 1971.

HAY QUE MATAR EL ODIOS

El martes 8 de junio de 1971, a las 10,30 A. M. fue asesinado el ex Vicepresidente de la República y ex Ministro de Estado, señor Edmundo Pérez Zujovic.

El Cardenal Silva, al celebrar las exequias en la Iglesia Catedral, llamó a exterminar el odio y la violencia.

Hermanos:

Hoy venimos a este templo con el alma transida de dolor. Junto a nosotros yacen los restos exánimes del amigo leal y sacrificado. Del hombre público, enérgico y justo. Del esforzado e inteligente creador y dirigente de empresas. Del ciudadano honesto y consciente de sus deberes cívicos. Del padre de familia amante y ejemplar. En una palabra: del cristiano sincero. Del hombre convencido de su fe y que la ha vivido con generosa entrega, con noble dedicación y sacrificio.

Ha muerto Edmundo Pérez Zujovic, traspasado por las balas enemigas. Su cuerpo, como emblema de la patria en campo de batalla, ha sido acribillado por el odio de sus adversarios.

Junto a los suyos, que lo lloran inconsolables, la patria entera se estremece y gime horrorizada.

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada vo-

luntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ¡ya es demasiado! Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Estamos bebiendo, hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas. Nos parece como que las oscuras fuerzas del odio quieren conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos —¡y ojalá nos equivoquemos!— que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminemos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

Hoy, ante los restos mortales de un Ministro, como al nacer de la República, los chilenos tenemos que escoger nuevamente nuestro camino. Y en este momento la voz de la Iglesia se levanta amonestadora y suplicante, pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que seren sus ánimos; que no se dejen conducir por el odio; que, depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza. Que haya paz entre hermanos; que encontremos, en el tesoro de nuestras más nobles tradiciones, caminos de convergencia nacional. Que nuestra más fuerte y hermosa realidad: ser una gran familia de hermanos, haga imposibles los brotes del odio.

Hermanos, todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio.

¡Es hora de despertar! En el mismo momento en que gustamos, con amargura, el cáliz del Señor, escuchamos también su reproche y amonestación: “¿No han podido vigilar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en la tentación”.

Sí. Estamos expuestos a la tentación de la violencia. De buscar al margen de la ley, civil y natural, lo que sólo se encuentra respetándolas. Y es posible que esa tentación haya ganado en nosotros más terreno de lo que quisiéramos reconocer. Hoy sentimos que no podemos ceder a ella. Hoy se nos revela lo único que por ese camino se alcanza a lograr: la muerte personal y colectiva. El llanto que aquí nos sobrecoge es un signo del dolor de toda una nación. Lloramos el sacrificio cruel de uno de sus hijos, y la vergüenza de que una, dos veces, el odio haya podido desgarrarnos.

Una y dos veces, también, vino el Señor a reclamar la presencia vigilante de sus discípulos, y los encontró dormidos, con sus ojos cargados de tristeza.

¿Necesitamos esperar una tercera llamada?

¿Nos haremos, también, acreedores a esa suave ironía del Maestro: "Ahora ya pueden dormir y descansar"?

¿Dejaremos que el Hijo del hombre, un solo hijo del hombre, un solo chileno más, sea entregado e inmolado en manos del odio?

¿No es hora de despertar y vigilar, de abrir los ojos y cuidar la patria como se cuida el propio hogar; como se cuidan la mujer amada y los hijos de ese noble amor, como se cuida lo que más se ama en la vida?

¿Hay alguna meta, algún plan, alguna medida que justifique y valga el sacrificio de un inocente, la angustia de una familia, el luto consternado de una nación?

"Vigilen y oren, para que no caigan en tentación. Porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil."

Por eso recogemos esta amonestación del Señor mientras celebramos esta Eucaristía. Su Carne vendrá para robustecer la debilidad de nuestra carne. Y su Sangre llenará este cáliz, hasta ahora rebosante de tristeza y angustia, para que aquí, entre nosotros, se reactualice el asombroso misterio de la Cruz. Esa Cruz en la que —como nos dijo el Apóstol— Jesucristo destruyó las barreras de los hombres, y dio muerte en su persona al odio.

En el nombre de Jesús, bajo el signo de su Cruz redentora, despedamos al hermano.

Y en nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile.

Así sea.

UN CRISTIANO Y UN MARTIR

El 16 de julio de 1971, al celebrarse el día de la Virgen del Carmen, el Cardenal dirigió las siguientes palabras a la señora Elisa Arce vda. de Schneider, al recibir de ella la Biblia, la Cruz y el Escapulario del General asesinado.

Estimada señora:

Al recibir de sus manos la Biblia, la Cruz y el Escapulario, tres emblemas que pertenecieron a su digno esposo y orientaron su peregrinar, creo justo añadir, a una emocionada acción de gracias, un intento de interpretación de su gesto, tan delicado y pleno de significación.

El gesto que agradecemos es significativo, ante todo, por la persona del obsequiante. Teniendo el legítimo derecho de esperar y recibir de los demás, se ha empeñado en dar. Nos ha dado, desde hace meses, el testimonio de su digna entereza. Nos ha entregado un ejemplo de fidelidad a lo que su compañero representó y sigue representando. Nos ha mostrado cómo enfrenta al dolor y a la muerte la esposa de un General, de un cristiano, de un hombre, de un servidor, de un mártir.

No satisfecha con eso, se desprende ahora de aquellos objetos en que está grabada y vive, como en un espejo, la imagen de su esposo.

El Escapulario, desde luego, Manto de la Virgen, Uniforme de quienes al reconocerla por Madre, le confían su educación y la escogen como ideal de vida. Parece que es patrimonio de guerreros; mientras más riesgosas son sus batallas y más arduas sus responsabilidades, tanto más triunfa en ellos la necesidad de ser hijos, y confiar. O'Higgins y Freire, Bulnes y Baquedano, Arturo Prat: los guerreros de decisivas batallas nos acostumbraron a no acometerlas sin antes situarnos, como niños, en las manos y el co-

razón de la Madre. Tradición inalterada porque se funda, no en la época ni en el sentimiento, sino en la verdad: la Virgen poderosa, la Virgen fiel es nuestra Madre. Y María, nuestra Madre, es olvido de sí. Es obediencia a la Palabra y apertura al don de Dios. Es fe sencilla y pronta, es lealtad que no claudica, es amor comprometido hasta la Cruz. Difícilmente un militar encontrará, más nítidamente dibujado, su ideal de vida.

Y por ese motivo el Escapulario se hace acompañar, natural y necesariamente, de la CRUZ Y DE LA SANTA BIBLIA. Quien ama a María se deja educar y llevar por ella hacia la Cruz. Quien se abre, como María, a la Palabra de Dios, la siente como una espada de dos filos que traspasa el corazón y nos pide rendirnos a sus exigencias de absoluto.

La Biblia, la Cruz y el Escapulario, son un mismo y único emblema de amor que se da. Como se da el amigo, en el grado más sublime del amor: dar la vida por su amigo.

Así lo entendió el hombre que dio su vida por nueve millones de amigos.

Son también un compromiso. Esta Biblia, esta Cruz, este Escapulario, han de recordarnos perennemente, a nosotros y a las generaciones futuras, que el crecimiento de la patria se forja en un corazón hambriento de la Palabra de Dios, ávido de inmolarse hasta la sangre, y sencillo y puro como la Madre que lo lleva en el suyo.

Acepte, señora, nuevamente nuestro respetuoso sentimiento de gratitud, que quisiéramos prolongar y hacer sensible en esta Biblia y Escapulario que, a nuestra vez, ponemos en sus manos.

Sírvase ver en ellos el testimonio de esta comunidad cristiana y de todo el pueblo de Chile, deseosos de construir la patria sobre el mismo fundamento y con el mismo espíritu con que su esposo la engrandeció.

Santiago, 16 de julio de 1971.

NO NOS CONOCEN

En los momentos en que Chile se preparaba a ser sede de la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), el Cardenal Silva Henríquez escribió la siguiente carta a los cristianos de Holanda, a petición del Consejo de las Iglesias de Holanda.
(febrero, 1972.)

“Romper las cadenas injustas, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, compartir tu pan con el hambriento; ése es el ayuno que me agrada, dice el Señor”¹

Palabras proféticas, con las que la Iglesia inaugura e inspira sus jornadas cuaresmales.

Comunidad peregrina, ella necesita —como el pueblo de Israel— despojarse, cada cierto tiempo, de sus adornos,² en señal de duelo por el pecado, y para continuar su marcha, aligerada de lo superfluo.

Esta convocación solemne al ayuno cuaresmal alcanza, en el mismo tiempo, a todos los pueblos en que la Iglesia vive, pero no tiene en todos la misma significación.

Hay algunos —son los menos—, que deben y pueden ayunar, porque tienen mucho o poco, pero en todo caso más de lo estrictamente necesario para sobrevivir.

Hay otros —son los más— en que el llamado al ayuno suena como cruel ironía: ¿Cómo podrían privarse, algunas veces, de alimento superfluo, cuando todas las veces falta el pan necesario para sobrellevar el día?

Estos pueblos no pueden ayunar, libremente, en Cuaresma: ayunan forzosamente el año entero. Y el más auténtico ayuno de los otros, los más privilegiados, tendría que consistir —lo dice el Señor— en romper las cadenas injustas, quebrar todos los yugos que mantienen a sus hermanos en la opresión del hambre y la desnudez, la ignorancia

1. Isaías 58,6-7.
2. Exodo 33, 4-6.

y la enfermedad, la miseria no merecida que les cercena sus expectativas y hasta sus deseos de vida.

La escena evangélica (o muy poco evangélica) del rico Epulón y del pobre Lázaro, recobra, en cada Cuaresma, su trágica y acusadora vigencia. Con el agravante de que ya no son individuos, sino pueblos y continentes enteros quienes aparecen allí tipificados. Sí. "Los pueblos hambrientos interpelan, hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos",³ y exigen con todo derecho, "un mundo donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico".⁴

Los cristianos que en los países más desarrollados celebran los ejercicios cuaresmales no pueden eludir esta interpelación, que brota de la naturaleza misma de la Cuaresma: ¿Qué han hecho, qué están haciendo, qué están dispuestos a hacer para poner término, rápida y eficazmente, a esta situación de injusticia, que viola el mandato de Cristo y arriesga condenar, a unos al subdesarrollo material y a todos al subdesarrollo moral?

Los cristianos del Tercer Mundo experimentamos, a veces, la sensación de que nuestros hermanos más privilegiados no nos conocen suficientemente o no han sacado las últimas consecuencias del Evangelio que unos y otros profesamos.

No nos conocen suficientemente; no saben, con exactitud, quiénes somos, cómo vivimos, qué necesitamos y con qué urgencia vital. No nos conocen: a esas 43 naciones africanas con 360 millones de habitantes cuyas esperanzas de vida no pasan de los 40 años. A esas 25 naciones de Asia con más de 2 mil millones de habitantes, cuyos pueblos consumen menos de mil calorías por persona. A esos 300 millones de América Latina, de los cuales 100 son analfabetos. A esos 700 millones de analfabetos en Asia, África y América Latina. A esos 230 millones de población activa que no pueden hallar trabajo remunerativo. A esos 390 millones que sufren hambre declarada, y a esos 1.300 millones que son víctimas del hambre disfrazada.

No nos conocen: no saben del drama de nuestros hacimientos humanos, con su cortejo de insalubridad, promiscuidad, atenuación y pérdida del sentido moral. No sospechan el proceso de acumulada frustración, que deviene resentimiento y rencor, y desemboca en el odio y la violencia, cuando se ve que tantos tienen tan poco, y tan pocos

3. *Populorum Progressio*, 3.

4. *Populorum Progressio*, 47.

tienen tanto, y que los individuos y los países ricos se hacen siempre más ricos, mientras que los pobres siguen siendo, día a día, más pobres. No reparan en el desconcierto, primero, y la indignación, después, que suscita en los países subdesarrollados el constatar cómo sus productos básicos se exportan a precios muy bajos, y sujetos a las variaciones de un mercado que ellos no pueden influenciar, mientras deben importar productos manufacturados de precio siempre en alza y sufrir aranceles discriminatorios, y pagar tasas de interés, amortizaciones, fletes y seguros que los condenan al endeudamiento progresivo y a la más irritante subdependencia económico-política.

No nos conocen suficientemente. O no han sacado todas las consecuencias del Evangelio. Los cristianos hemos entendido siempre —al menos programáticamente— que del Evangelio se deducen imperativamente normas de conducta y responsabilidad hacia el prójimo. La parábola del Buen Samaritano nos ha enseñado a no desviarnos del camino cuando hay un hombre caído, y a hacernos responsables por él, con sacrificio de nuestro tiempo y dinero. La profecía del Juicio Final nos ha recordado que nuestra salvación pende de nuestra capacidad de ver y servir a Cristo en el hombre pequeño y marginado —concretamente, en el que sufre hambre y sed, destierro, enfermedad, pérdida de su libertad.

Pero nos ha faltado, quizás, perspicacia, o consecuencia para transferir estas normas del plano individual al plano de las relaciones multinacionales. Hoy, como nunca, son pueblos y continentes los que sufren hambre y sed, enfermedad, desnudez, carencia de libertad; y, hoy, como nunca, es fuerte la tentación de pasar a la acera de enfrente, pretextando que el pueblo caído es de otra raza o está geográfica o ideológicamente muy lejos de nosotros.

“Si alguno —escribía San Juan— gozando de las riquezas del mundo, ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios”.⁵ Pero el cristiano sabe —y hoy debiera saberlo más que antes— que todo hombre, y todo pueblo, es su hermano. Y cuando escucha a San Pablo definiendo la ley de Cristo como un llevar unos las cargas de los otros,⁶ entiende —y hoy debiera entenderlo mejor que antes— que no se habla aquí de una solidaridad de clan, de familia, de tribu, de ghetto o de

5. I. Juan 3, 17.

6. Gálatas 6, 2.

nación, sino de solidaridad que lleva el sello del Evangelio y del Dios del Evangelio: el Padre que no hace acepción de personas, y rescató todas las razas, lenguas, pueblos y naciones con la sangre de su Hijo.⁷

Por eso dije que esta situación de injusticia internacional, viola el mandato de Cristo. Cristo no puede querer, ni bendecir una estructura mundial que parece legitimar, y perpetuar la desigualdad de bienes y oportunidades entre los pueblos de la Tierra. Mucho menos si como responsables de ella figuran comunidades que se pretenden tributarias, y aun defensoras de una cultura y civilización cristianas.

Y agregué que esa situación amenaza condenar, a unos, al subdesarrollo material, y a todos, al subdesarrollo moral. A todos. Sí: porque si la carencia material de un mínimo vital suele hacer imposible el ejercicio de facultades superiores, la carencia moral de los individuos y pueblos mutilados por su egoísmo conlleva, necesariamente, un deterioro de substancia espiritual: "Para las naciones, como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral".⁸ Al enfatizar Paulo VI, con el Concilio, la "gravísima obligación de los pueblos ya desarrollados de ayudar a los países en desarrollo", añade: "Los ricos, por lo demás, serán los primeros beneficiados de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias. Replegadas en su egoísmo, las civilizaciones actualmente florecientes atentarán a sus valores más altos, sacrificando la voluntad de ser más al deseo de poseer en mayor abundancia. Y se aplicaría a ellas la parábola del hombre rico, cuyas tierras habían producido mucho y que no sabía dónde almacenar la cosecha. Dios le dice: "Insensato, esta misma noche te pedirán el alma".⁹

Los cristianos del Tercer Mundo pensamos que nuestros hermanos del mundo más desarrollado no han prestado suficiente atención a esta admirable lógica del Evangelio. Y nos preocupa, junto con la suerte de nuestros pueblos, la suerte y destino de aquellos otros que parecen tan poco necesitados de nuestra preocupación. La lógica del Evangelio es clara: para salvar la propia vida, o alma, es preciso perderla. Para encontrarse hay que negarse a sí mismo. Los pueblos, igual que las personas, sólo arriban a su plenitud en la comunicación que se hace comunión; só-

7. Apocalipsis 5, 9.

8. *Populorum Progressio*, 19.

9. *Populorum Progressio*, 48-49.

lo se conquistan a sí mismos cuando hacen el don de sí mismos.

Vistos desde aquí, nos parece que los pueblos ricos tienden a enredarse en la maraña de sus intereses siempre crecientes, y a asfixiarse en el aire enrarecido de un materialismo sofocante. Quisiéramos recordarles que "el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último... los encierra como en una prisión... Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran... La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser".¹⁰ Y así, personas y naciones verifican otra vez el drama expresado en las palabras de Cristo: se gana el universo a trueque de perder el alma.¹¹

En esta perspectiva se aprecia más cabalmente el sentido y valor de la UNCTAD III. No se trata sólo de discutir mejores términos de intercambio o asegurar precios más estables y remunerativos para los países en vías de desarrollo. La consideración de los detalles técnicos no puede hacernos olvidar el trasfondo sustantivo: lo que aquí se toca y, en parte, se decide, es el alma de la sociedad humana.

Y si los cristianos seguimos siendo, como lo hemos sido, "alma del mundo", y si la Iglesia sigue siendo, como lo ha sido, "experta en humanidad" y "servidora del hombre" del hombre en todas sus circunstancias y necesidades, no cabría que nos margináramos de un evento que tan decisivamente repercute sobre el alma de la Humanidad.

UNCTAD III tendrá que ser voz y compromiso. Voz de los pueblos hambrientos que interpelan a los pueblos opulentos. Compromiso de las naciones desarrolladas con la construcción de un mundo que permita al pobre Lázaro sentarse en la misma mesa que el rico Epulón. Todo eso pertenece al Evangelio e interpela a la fe de los cristianos. De ahí nuestro deber de hacer nuestro lo que UNCTAD III significa: informándose e informando, estudiando y comentando, participando, realizando y siempre orando.

Los cristianos serán los principales responsables de crear, mantener y profundizar una mentalidad pública internacional de atención y simpatía hacia el torneo y de disposición a concretar, rápida y eficazmente, sus conclusiones.

Y todo este tiempo de Cuaresma podrá constituir un fecundo período de preparación espiritual y de ejercicio de

10. *Populorum Progressio*, 19.

11. Lucas 9, 24-25.

este ayuno que agrada al Maestro: excluir el yugo, el gesto amenazante y los planes perversos; dar su pan al hambriento y saciar al oprimido. "Entonces, tu luz se levantará en las tinieblas, y tus sombras llegarán a ser mediodía".¹²

Santiago, Chile, febrero 1972.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago (Chile)
(Sede de la UNCTAD III)

12. *Isaías* 58, 9.

26
NO RENUNCIAR
A LA FE

Con motivo de realizarse en Santiago el Encuentro de Cristianos por el Socialismo, el Cardenal fue invitado a patrocinar dicho acto. Al rechazar esa invitación escribe esta carta al Secretario del Comité Organizador.

Santiago, 3 de marzo de 1972.
Rvdo. Padre Gonzalo Arroyo
Presente.

Muy estimado Padre:

Respondo a la invitación que Ud. me hace a nombre del Comité Organizador, para patrocinar el encuentro programado por Uds. que tendrá lugar del 23 al 30 de abril próximo, bajo el nombre de "Cristianos por el Socialismo".

He estudiado prolijamente el *Documento de Trabajo del Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo* que Ud. me ha remitido y que yo ya poseía.

Del estudio de este documento he llegado a la convicción de que Uds. harán una reunión política, con el deseo de lanzar a la Iglesia y a los cristianos en la lucha en pro del marxismo y de la revolución marxista en América Latina. La única solución que Uds. ven para liberar al hombre es —a juicio de Uds.— el marxismo. Como Ud. puede comprenderlo, mi querido amigo, no me parece en absoluto adecuado patrocinar un encuentro de sacerdotes que están en una línea que a mi juicio no es la línea de la Iglesia y que afirman cosas y tienen actuaciones totalmente reñidas con expresas declaraciones del Episcopado Nacional.

Creo que Uds., movidos por el gran deseo de liberar a nuestros pueblos de las estructuras opresoras, emprenden un camino, que a mi modo de ver, no es el mejor; que les

hace renunciar de hecho a su cristianismo, y que creo no aportará la esperada liberación.

Comprendo la generosidad de Uds., participo plenamente del deseo de liberación de nuestros pueblos, que Uds. manifiestan, pero no comparto en absoluto la idea de escoger el marxismo como única solución para los problemas de nuestra América. Si bien es cierto que en la acción por liberar a nuestros pueblos puede haber muchos puntos de contacto con los marxistas, creo que es indispensable que los cristianos no renuncien a su cristianismo y aporten los valores espirituales que éste tiene, a esta lucha de liberación para conseguir que el resultado sea realmente el que se espera.

Para concretar mis observaciones, en seis puntos, voy a analizar algunos aspectos del documento de trabajo de Uds. que me parecen abonan lo dicho por mí en este asunto. Mi ánimo es que Uds. conozcan el pensamiento de un Pastor que no desea claudicar en lo más mínimo de sus principios y que está cierto de que sólo Jesucristo nos hará libres.

Primera observación:

1. Cristianismo anónimo y no Iglesia:

El marco en que se sitúan los objetivos del Encuentro, está caracterizado por grupos anónimos de "cristianos comprometidos". Con espontánea convergencia de aspiraciones, el encuentro será fruto del esfuerzo y de la iniciativa de grupos de cristianos comprometidos. No será de ninguna manera algo vinculado o vinculable a organismos oficiales, sean de gobierno, sean eclesiales.

Falta toda referencia al Evangelio y, sobre todo, a la Iglesia. No hay cristianismo sin Iglesia y sin sacerdocio jerárquico. El peligro está en el oponer el Cristianismo a la Institución. El rostro nuevo de la Iglesia del Vaticano II es la unidad y la pluralidad. Es de extraordinaria importancia, en esta hora de riesgo, que la comunidad cristiana aparezca más que nunca "sacramento de unidad" y la jerarquía como servicio de unidad.

En este pluralismo, el Papa y los obispos conservan el rol de tutela y de "sacramento" de la comunión universal, como garantía de la unidad y de la libertad de todo cristiano.

Si "la necesidad de servir al esfuerzo simultáneo de todos los cristianos por hacer vida el Evangelio desde el se-

no de cualquiera de las posiciones políticas legítimas, impide a quienes, por razón de su cargo, aparezcan como representantes oficiales de la Iglesia, abanderizarse públicamente con un grupo o partido determinado" (Obispos de Chile, Conferencia Episcopal, 69), los cristianos, sin embargo, están en los diferentes grupos y partidos, no como anónimos, sino como "semillas de resurrección" (68) y "para la realización de la opción fundamental del evangelio" (67) en continuidad y en unidad con la Iglesia y su Jerarquía, sin la cual no hay anuncio fiel de Jesucristo.

2. *Unicidad de la fórmula revolucionaria:*

Para los redactores del proyecto no hay otra fórmula de liberación que la "revolución" y la "revolución, así dicen, es una sola; la actual revolución en acto en muchos países de América Latina", a través de la ascensión al poder del proletariado en la lucha de liberación de toda esclavitud y explotación social y económica.

Hay, pues, una mentalidad en vía de marxización que subraya una actividad clasista y una valoración demasiado economicista de la liberación humana.

El hacer coincidir el compromiso en el "proceso de socialización" con un programa determinado de "socialismo" y el servicio de liberación a los "pobres" y a la "masa" con una lucha clasista del "proletariado" es una simplificación del problema y de la realidad, superficial e impropia de una actitud cristiana y sobre todo sacerdotal.

La posición que "parece hacer imprescindible el recurso al instrumental de análisis del marxismo" cual es la dialéctica de la lucha de clases, lleva a dos conclusiones, por otra parte, subrayadas por la Conferencia Episcopal de Chile (37-43).

Primero, que no son universalmente evidentes ni su validez científica como método sociológico (38), ni su posible separación de la teoría marxista general o global (40); segundo, que la valoración marxista de la clase proletaria como portadora exclusiva del futuro de la humanidad, no coincide en modo alguno con la bienaventuranza evangélica de los pobres.

El Papa Pablo VI nos dice: "Si a través del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos y los interrogantes que ellos plantean a los cristianos para la reflexión y para la acción, sería iluso-

rio y peligroso al llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos de análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso".

3. *Reducción del cristianismo a la lucha de clases revolucionaria y a la situación histórica:*

Se dice: "...el papel de los cristianos y la función de lo cristiano" como bloqueo y empuje en el avance de la lucha revolucionaria. . .

Eso lleva a la eliminación de todo tipo de idealismo en la visualización de "lo cristiano", porque se le enfoca bajando al terreno histórico de la lucha revolucionaria. . . La opción revolucionaria se vuelve referencia constante y fuente de criterios precisamente como opción ya tomada.

La Iglesia, como comunidad de los creyentes, tiene hecha una opción fundamental, que es la razón de ser de toda su existencia y de su misión, ha optado definitivamente y en forma ineludible por Cristo resucitado, como Esposa a su Esposo.

En Jesucristo ha optado por todo lo humano y por el Evangelio como criterio supremo en las tareas de liberación. En tal opción entran todos los hombres sin ninguna excepción; hay sí preferencia para los más necesitados de liberación y preferencia por un criterio de amor como inspiración suprema de toda metodología de praxis.

Este compromiso humanista de la Iglesia es, de suyo, mucho más completo y profundo del que presenta el marxismo; éste, en efecto, es excluyente y unilateral por sus esquemas que parecen de inspiración maniquea, pues divide a los hombres en buenos y en malos, en oprimidos y en opresores, por simples razones económicas y de diferencias sociales.

El compromiso de liberación de la Iglesia parte de una exigencia más radical y tiende a una liberación más integral en la medida en que deja transparentar en todos los niveles de su obrar, el único capaz de dar salvación al mundo: Jesucristo.

4. *La reducción de la Teología e ideología, como se dice en el documento, es superficial.*

La Teología no es simple materia de análisis filosófico. La Teología expresa la fe de la Iglesia. Afirma la proposición paradójica de que Jesús es el Cristo. Considera además todos los presupuestos e implicancias de esta afirmación.

La existencia teológica expresa la existencia de aquellos que son poseídos por el Espíritu, en el seno de la Iglesia, y han recibido la Palabra de sabiduría y de ciencia.

Por cierto, los marxistas le enseñan a los cristianos a dejar de ser verbalistas y a fomentar y mover las energías más eficientes de cambios como son los jóvenes y el pueblo.

Es sobre todo en esos medios, donde la formación al compromiso de acción política "debe estar apoyada en un proyecto de sociedad, coherente en sus medios concretos y en su aspiración que se alimenta de una concepción plenaria de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales" (Pablo VI, *Carta Apostólica*).

La reducción a ideología de todo lo que no es transformación económico-social es una simplificación del problema.

La fe no es ideología. Es una realidad superior a todas las ideologías, con capacidad crítica de todas las ideologías, para saber percibir los elementos positivos y negativos. Ayuda a la ideología a servir verdaderamente al hombre.

5. *Reducción del cristianismo a la sola dimensión de transformación económico-social.*

Está claro que si el cristianismo enajena de la sociedad y de sus luchas, no es verdadero. La fe lleva siempre a un compromiso social y político.

Sin embargo, el compromiso esencial del cristianismo es la evangelización. Y esto significa: anunciar a Cristo y permear con el espíritu del Evangelio todos los valores y compromisos temporales. Los dos aspectos son inseparables. Cualquier interpretación unilateral lleva al dualismo y es enajenante. En el primer caso hace del cristianismo un anuncio intelectual. Vaticano II lo ha catalogado como uno de los peores errores de nuestra época: divorcio entre fe y compromiso histórico. En el segundo, los valores terrestres hacen olvidar el espíritu del Evangelio que debe animarlos.

Hay que tener presente que el anuncio de Cristo debe implicar un compromiso histórico y que éste debe estar vi-

vificado por el espíritu del Evangelio. Así, quienes se dedican a la política de partidos, no son cristianos en cuanto hacen política, sino son cristianos en cuanto hacen la política con el espíritu del Evangelio.

6. *En general: Reducción a un cristianismo puramente sociológico y no misterioso*

El significado sociológico preponderante es en perjuicio de la realidad profunda de misterio. En esta visión no encuentran cabida algunos valores peculiares y esenciales del cristianismo: la encarnación, la redención, el sentido del pecado, la oración, la contemplación, la presencia del Espíritu. Mientras, gana en predominio y en ambigüedad el horizontalismo histórico.

Hay, por consiguiente, una interpretación individualizadora de la Iglesia, del misterio de la fe, del cristianismo y falta de una profunda lectura bíblica de la pedagogía de Dios en la historia.

Mi querido amigo, como Ud. puede ver, son muchas y muy graves las diferencias doctrinales que nos separan. Yo creo que Uds. hacen una caricatura del cristianismo, lo jibarizan, es decir, lo reducen a un sistema socioeconómico y político. Y le hacen perder sus grandes valores religiosos. Yo no puedo prestarme a esto, ni puedo patrocinar una reunión de sacerdotes que, con inmensa buena voluntad, pretenden esto.

Perdóneme, mi buen amigo, que no pueda acceder a su petición y le ruego borrar definitivamente mi nombre de los posibles patrocinadores de este encuentro.

Antes de terminar, quiero hacerle una consideración personal: Ud., querido Padre, es miembro de la Compañía de Jesús, instituto llamado a defender la Iglesia Católica y a extender en el mundo entero la influencia benéfica de esta institución fundada por Jesucristo. Después de meditar sobre cada uno de los puntos de esta carta, sobre su actitud de promoción de este encuentro de cristianos para el socialismo, no puedo negarle que me siento un tanto escandalizado. Quiero decirselo con toda franqueza. Me parece que su acción es destructora de la Iglesia. Lo que más me llama la atención no es tanto que usted tenga estas ideas, porque todos nosotros podemos equivocarnos, pero un Instituto como el suyo, que tiene una cantidad de hombres de gran formación, y de conocimiento profundo del pensamiento cris-

tiano, me parece que no debería permitir una acción pública de trascendencia innegable para la Iglesia Católica, sin que mediara un estudio profundo y una aprobación de esta acción y de las doctrinas en que se funda. Si su Instituto no es capaz de guiar la acción de sus miembros en pro de la Iglesia, creo que ha traicionado los fundamentos más profundos de su propia Institución.

Perdóneme, mi querido amigo, la franqueza. Usted conoce mi carácter y mi manera de obrar. No me mueve ningún interés mezquino al hacerle estas reflexiones.

Disponga de su affmo. y seguro servidor en Cristo.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

CONGOJA Y ESPERANZA

El día 2 de septiembre de 1972, dada la tensa situación que vivía el país en ese momento, el Cardenal leyó por Canal 13 T.V., el siguiente mensaje a los chilenos, llamando a la reflexión y a la madurez.

Ante la incierta y tensa situación que está viviendo nuestra patria, varias personas, de diversas tendencias, me han pedido que haga oír mi voz de Pastor, para tratar de acallar las pasiones y hacer reflexionar a todos los hombres de buena voluntad que aman verdaderamente a Chile y quisieran evitar la horrenda desgracia de una lucha fratricida, que vendría a ensangrentar nuestra tierra, deshacer nuestros hogares y sembrar la destrucción, la ruina y el hambre a lo largo de nuestro territorio.

El apocalíptico fantasma de la guerra entre hermanos aparece, inquietante, a nuestro atribulado espíritu, llenando de dolor y congoja nuestra alma de Pastor. ¿Será esto sólo una miedosa aprensión? El temor de equivocarnos en la apreciación de las circunstancias, y hechos que continuamente se suceden; la duda de poder contribuir a calmar los ánimos y no a exacerbarlos; la esperanza siempre presente en mi corazón de que el buen sentido y el patriotismo de los chilenos lograrán, también ahora, superar la difícil y violenta pugna en que nos encontramos, me habían hecho guardar un prudente silencio.

Sin embargo, en este momento, también el temor de no decir oportunamente una palabra de paz, de comprensión y de buen sentido, que contribuya en algo siquiera a hacer reflexionar a los responsables, una palabra sincera, sin odios, que no está movida por otra pasión que la del entrañable amor a nuestra patria, a sus hijos, a los débiles y a los humildes; que pueda tener la milagrosa virtud de

ser oída en el fragor de la lucha pasional en que vivimos; el deber de decir esa palabra en el momento en que aún pueda ser oída, me han urgido a dirigirme a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria, abrigando la esperanza de ser escuchado.

Congoja, pues, y esperanza: éstos son los sentimientos que me invaden, junto a tantos ciudadanos chilenos, hermanos míos, en esta hora difícil de la comunidad nacional.

Congoja: la misma del Señor. Es la tristeza de Jesús que mira a Jerusalén, centro y capital de su nación, y, al verla dividida y devastada, llora. También nosotros quisiéramos, como El, congregar en unidad a los hijos dispersos. Y su queja dolida es la misma de nosotros: ¿Por qué no has querido aceptar nuestro mensaje de paz?

¿Cuántas veces hemos propuesto la paz? Más que proponerla, la hemos implorado y hasta suplicado. La paz del Señor, la única, la que es fruto de la justicia, extraña y enemiga de todas las formas de violencia.

No hace mucho tiempo, y ante un luctuoso hecho que consternó a tantos chilenos, dijimos: Tenemos que matar el odio, antes de que el odio destruya el alma de Chile. Reunidos a comienzo de este año, los Obispos de Chile denunciamos la violencia como un factor de perturbación del proceso de cambios, y afirmamos: "Sólo el respeto mutuo y la comprensión fraterna pueden crear una sociedad de hombres iguales y solidarios". Años atrás los obispos representantes de las Iglesias de toda América Latina habíamos expresado: "La violencia o revolución armada generalmente engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas: no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor". En aquella ocasión reafirmamos, junto con el Santo Padre, nuestra fe en la fecundidad de la paz, y señalamos que la violencia no es cristiana ni evangélica. Y al considerar el conjunto de las circunstancias de nuestros países latinoamericanos, teniendo en cuenta "la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por legítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencia", manifestamos nuestra ansia de que "el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz", no de la cólera y de la violencia.

Hemos, pues, condenado la violencia. Más que eso: la hemos desenmascarado. Le hemos quitado ese antifaz que

la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único o el mejor camino.

La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra.

La violencia liquida las libertades, suscita odios y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis.

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia, y no cree en ella. Quizás porque nació como hijo de la guerra y conoció sus horrores, y pagó su precio, por eso mismo aprendió que no hay don más precioso ni valor más necesario que la paz.

Por eso amamos y respetamos el Derecho, con sus normas legales, con sus constituciones y sus autoridades, con sus riesgos también y con sus defectos. Sabemos que las leyes nunca son perfectas, que los hombres nos equivocamos y que no pocas situaciones de injusticia y dolor nacen de esta doble limitación de la naturaleza humana.

Nuestro deber es, entonces, modificar esas leyes por los mismos caminos por los que fueron hechas y corregir errores, reparar omisiones, erradicar la injusticia a través del libre juego de los mecanismos que el propio pueblo se ha otorgado.

Todo otro camino es mentiroso y estéril. Mentiroso porque promete, como la violencia, conseguir rápidamente lo que la violencia no será capaz nunca de cumplir. Estéril, porque procede, como la violencia, del odio al hermano, que en la historia del hombre ha sido siempre signo y causa de la infecundidad de la tierra.

Congoja y esperanza son nuestros sentimientos en esta hora de la patria. Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo, de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado en toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos hambrientos de poder; el gran sujeto, y víctima, de todas las violencias que sólo cambian de mano.

Congoja, cuando pensamos en la historia y tradición de nuestro Chile, labradas con tanto sacrificio, y amenazadas hoy por minorías que, más allá de sus ilusas intenciones, no saben interpretar, no conocen verdaderamente a nuestro pueblo y no tienen el derecho de imponerle un destino —de violencia y de odio— tan ajeno a su alma.

Esperanza, sin embargo, confianza en la madurez de los hombres y mujeres de Chile. Confianza en su generosidad y su responsabilidad. Confianza en los ciudadanos de todos los barrios y grupos sociales, de todas las comunidades políticas y religiosas. Confianza en la abrumadora mayoría de los habitantes de esta tierra que, ante todo, son y se sienten chilenos, y buscan y desean y trabajan por la paz.

Confianza en nuestras instituciones democráticas, en nuestros poderes públicos, llamados a ser servidores y garantes de la unidad nacional.

Confianza también, y sobre todo, en la presencia activa de Cristo Jesús, Dios y Señor de la historia, que junto a su Madre mira, como antes a Jerusalén, ahora a nuestro Chile y le reitera su ofrecimiento, su súplica de paz.

Ultimamente muchos hermanos nuestros han caído víctimas involuntarias de esa violencia que no trae la paz; quiera el Señor que muchos, también, ofrezcamos y entreguemos libremente nuestras vidas, para que este pueblo que El ama vuelva a unirse en su paz.

Santiago, 2 de septiembre de 1972.

OPERACION RESPETO

En octubre de 1972 el país vivió días muy tensos y agitados. El Cardenal, que estaba en Roma, adelantó su regreso al país. El diario La Tercera de la Hora recogió su palabra.

Se me ha preguntado cuáles serían las condiciones para que en Chile se restablezcan el entendimiento, la armonía y la tranquilidad espiritual que el país necesita.

Respondo con los mismos sentimientos de congoja y esperanza que hace 2 meses me llevaron a implorar a Dios y a mis hermanos el don precioso de la paz en nuestra tierra.

Mi respuesta es serena. No me atrevo a decir desapasionada. Amo demasiado a mi patria como para no sentir la pasión por la justicia y por la verdad que nuestro pueblo reclama: la pasión de Cristo Jesús, el Pastor Bueno, por la unidad de los hermanos.

Sin otro título que el de esos mismos sentimientos, respondo:

1. *La primera condición es el respeto a la autoridad legítima.*

Hablo de un respeto efectivo y no meramente formal. Hablo de un respeto positivo y no de mera abstención. Hablo de un respeto a toda autoridad legítima, que incluye a los tres Poderes del Estado y a quienes actúan en nombre o por mandato de cada uno de ellos. Hablo de un respeto a los cargos e instituciones en que la autoridad se encarna.

Sin ese respeto, diligentemente cultivado, toda otra medida es inútil, se está en la anarquía y se allana el camino a la violencia entronizada.

Las autoridades deben exigir ese respeto y merecerlo. Exigirlo, porque más que una cuestión personal, la autoridad es una función objetiva e impersonal, reclamada por la misma naturaleza, sancionada por la voluntad del pueblo e indispensable para crear y mantener la unidad nacional.

Merecerlo, porque el pueblo juzga la institución a través de las personas y respeta más fácilmente cuando se siente respetado.

2. *La segunda es el respeto a la verdad*

La verdad existe y el pueblo tiene derecho a conocerla. Los medios de comunicación son un instrumento providencial para la comunidad y el desarrollo de los hombres. Representan un foro público, donde los miembros del cuerpo social se hablan recíprocamente.

La Iglesia afirma, por eso, que cualquier forma de persuasión que intente impedir la pública y libre opinión, que deforme la verdad o difunda verdades a medias o discriminándolas según un fin preestablecido o pasando por alto algunas verdades importantes, daña la legítima libertad de información del pueblo y no debe admitirse de manera alguna.

La libertad de opinión y el derecho a informarse y a informar son inseparables.

Ciertamente que esa libertad y ese derecho imponen la obligación correlativa de actuar responsablemente, dentro del más celoso respeto a la persona humana y al bien común, sirviendo a la verdad antes que a sí mismo.

Pienso, finalmente, que nadie que esté convencido de la bondad de su causa tiene por qué temer a la verdad; y que la verdad nunca es peor servida que cuando se la defiende o pretende imponer con el ataque o la deshonra personal de quienes discrepan de ella.

3. *La tercera es el respeto a la persona humana*

Respeto que significa en la práctica amar el derecho de los otros, tal como ama uno sus propios derechos. Ninguna circunstancia, por ingrata o violenta que sea, ninguna controversia, discrepancia o conflicto puede hacernos olvidar que en cada ser humano alienta un germen divino. "Todo

hombre es mi hermano", decía hace algún tiempo y emocionadamente el Papa Paulo VI. Todo hombre es imagen de un Dios que se inclina con respeto ante la más perfecta obra de su creación. Nadie es tan impuro que no haya podido ser lavado por la sangre de un Dios que murió derramándola por todos. Nadie es tan distinto o ajeno que su vida o su muerte, su suerte y su destino dejen de interesarme y de entrecruzarse con los míos.

Nada puede eximirnos del respeto al hombre. Nada, ni siquiera el hecho —amargo, irritante— de que ese hombre no nos respetara. El mal sólo se vence con el bien; la injusticia, con la más estricta justicia; la mentira, con la fuerza avasallante de la verdad.

Temo a ratos que hayamos dejado o lleguemos a dejar de respetarnos, que la luz del que camina en dirección opuesta nos encandile, en lugar de iluminarnos. Que nos tornemos incapaces de escucharnos, de entendernos, a veces hasta de vernos, bloqueados por un obcecamiento que nos divide y cataloga en categorías irreductibles.

Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de todos sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a organizarse y agremiarse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe.

La justicia —que tanto y tantos anhelamos— es sólo el fruto de una educación sistemática a respetar y amar el derecho de los otros. Sólo el que hace de la justicia, así entendida, su ideal y afán permanentes, puede esperar ver garantidos sus propios derechos. Sólo así el dinamismo del pueblo concientizado y organizado podrá ponerse al servicio de la justicia y de la paz, y no de la cólera y la violencia.

4. *La cuarta condición es el respeto a Chile*

El amor de la Providencia divina ha derramado sus tesoros sobre nosotros, sobre nuestra tierra, en nuestra historia, como una delicada y generosa muestra de su predilección infinita.

Chile —que para nosotros es la copia feliz de la eterna morada y la expresión maravillosa del amor fiel de Dios

hacia nosotros— debe ser el centro y la síntesis de nuestros amores humanos, el objeto de nuestros desvelos y la meta de nuestros sacrificios. Chile nos exige hoy la generosa renuncia de nuestros orgullos, la afanosa e inteligente búsqueda de las soluciones que, superando el conflicto actual, labren la grandeza futura de nuestra patria.

Nadie, por eso, tiene el derecho de pensar primero en sí mismo, en su prestigio personal o en el triunfo de su propia causa cuando lo que está en juego es la vida institucional de la nación. Nadie tiene el derecho de imponer su propio punto de vista por razones mezquinas o importantes, pero menos importantes que Chile. Nadie puede pretender que su triunfo se pague al precio de un desastre nacional.

En estos días asistimos, con una mezcla de incredulidad y de júbilo, al anuncio de paz en Vietnam... ¡De manera que era posible! Siempre ha sido, siempre será posible que los hombres eviten la guerra. Nunca ninguna guerra, ninguna confrontación, ninguna agresión entre los hombres es necesaria, conveniente o indispensable. Siempre será posible que los hombres, aun de distintas razas y naciones, lleguen a entenderse... si lo quieren. ¿Cómo vamos a creer que los hombres de un mismo pueblo, hermanados como sólo la sangre, la historia y el destino común pueden hacerlo, cómo vamos a creer que hermanos que juran una misma bandera y duermen y trabajan en un mismo suelo no serán capaces de escucharse, comprenderse y darse la mano?

Tantas veces he hablado del alma de Chile. Alma de un pueblo hospitalario y cordial, enemigo del rencor y de la violencia. Alma de un pueblo que siente la solidaridad, un pueblo limpio de corazón, ajeno a las disputas de poder y de prestigio, a los sueños de ficticia grandeza, a las rivalidades y envidias que proliferan allí donde sobreabunda el dinero.

Alma de un pueblo que vive de su fe sencilla en su Dios, de ese Dios que prefiere a los humildes y rechaza a los soberbios, de ese Dios que le ha mostrado, en toda su historia, y le muestra aún hoy el camino de la unidad en el respeto mutuo, como el mejor y único camino.

Santiago, 29 de octubre de 1972.

EL EVANGELIO NO SE ENCASILLA

El año 1973 es un año en que la palabra del Arzobispo de Santiago se dejó oír en muchas oportunidades. Sus afirmaciones tienen el carácter profético. El 21 de febrero de ese año respondió un cuestionario de la Revista Ercilla:

—¿Cree Ud. que el estado actual de la violencia pueda llegar a una guerra civil en Chile?

—La guerra civil es una confesión de fracaso y un signo de descomposición. Para llegar al horror de una guerra entre hermanos, es preciso que la irracionalidad domine a los dirigentes, que las mayorías populares sean inertes, o inconscientes, que la substancia moral de un pueblo esté quebrada. Una nación que se deja arrastrar al suicidio —porque matar al hermano es matarse a sí mismo— muestra con eso que ha fracasado en su vocación, traicionando su destino, perdido su alma.

Me resulta imposible imaginar siquiera que ésa sea la situación de Chile. Creo demasiado en la robustez espiritual de nuestro pueblo y en la conciencia de sus dirigentes, como para presagiar el espectro de una guerra en la que nadie vencería y se desangraría el alma de una nación.

—De darse esta posibilidad, ¿cuál sería la actitud de la Iglesia? En ocasiones anteriores usted mismo o la Conferencia de Obispos han hecho llamados a la paz, a la concordia. Si la situación empeora, ¿es posible que los obispos adopten medidas más “enérgicas”, por ejemplo, prohibir algún tipo de actitud a los católicos?

—Será difícil encontrar y promulgar medidas más “enérgicas” que el Evangelio de Cristo. ¡Qué exigente y tajante es el Señor para imperar el amor a hermanos y enemigos, para prohibir la venganza, el rencor asesino, todo

lo que ofende a un hombre que es hechura, semejanza, hijo y Templo de Dios! Llegó Cristo a decir que "el que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; el que lo llama "imbécil", será reo ante el Sanedrín; el que lo llama "renegado" será reo de la gehenna de fuego". ¿Qué dirá el Señor del que considera a su hermano un proscrito indeseable de la comunidad o familia de su propio pueblo? Los obispos no tenemos más que mantener viva, implorante, acusadora también, la voz del Señor, reprobando al hombre que no trata al hombre como quisiera él mismo ser tratado.

—Ciertos sectores —por ambos lados del panorama político— piensan que la Iglesia ha sido demasiado "vaga" en sus declaraciones frente al momento actual. ¿Encuentra justificada la crítica o le parece que la Iglesia actuó como le correspondía?

—Uno tiende siempre a calificar de "vagos" aquellos juicios no encasillables en categorías políticas de uso corriente. El Evangelio, como Cristo mismo, no se deja encasillar en esas categorías. Sus exigencias son más amplias, más profundas, más concretas también que las de toda afiliación política. Algunos piensan que la Iglesia, para ser "concreta", debería pronunciarse francamente o por el gobierno o por la oposición: convertirse en una facción más, sólo que avalada por un poder o autoridad sobrenatural. Pero entonces dejaría de ser la Iglesia, dejaría de ser Cristo; mesa común, lugar de encuentro, casa abierta, pan compartido, luz, camino, trascendencia. De ella habría que decir lo que el Señor afirmó sobre la sal: "Si pierde su sabor, ¿para qué sirve?"

—En este momento, ¿piensa usted que la Iglesia, los obispos o usted personalmente, pudieron haber hecho algo más para disminuir el clima de violencia?

—Siempre podemos orar más, ofrendar más, expiar más, amar más. El alma de Chile se nutre básicamente de un caudal de gracia generado y enriquecido por hombres y mujeres que en su trabajo y oración, en su vivir y sufrir, se miran —para imitarlo—, en el Señor que "amó a los suyos hasta el extremo".

La hora actual de Chile es un llamado a amar así, reeditando la sublime locura de la Cruz para reunir a los hijos dispersos.

—Hay católicos que militan en los partidos Democracia Cristiana y Nacional, en el Movimiento Patria y Libertad. También los hay en la Izquierda Cristiana, en el MAPU y en otros movimientos políticos. ¿Hasta qué punto afecta la violencia de la lucha política a la convivencia interna dentro de la Iglesia?

—Un cristiano vive de y para la Eucaristía: la comunión en un mismo pan. Celebrar la Eucaristía, proclamar con un gesto tan vital que uno se siente solidario de un mismo cuerpo con todos los que comen de ese pan, y correr al mismo tiempo por las vías del sectarismo, del revanchismo, del odio práctico, aunque teóricamente condenado, sería una farsa hipócrita. Los cristianos que no luchan por sustentar un honesto y muy legítimo compromiso político, dentro del marco de su superior compromiso eucarístico, se hacen acreedores a lo que advertía San Pablo: “Comen el pan y beben el cáliz del Señor indignamente, y se hacen reos del Cuerpo y de la Sangre del Señor”.

La pluralidad de opciones políticas de los cristianos es una oportunidad providencial para que éstos lleven el pensar y sentir de Cristo a los más diversos sectores de la comunidad nacional.

Santiago, 21 de febrero de 1973.

30
HOMBRE
Y
CRISTIANO

Jacques Maritain es uno de los grandes pensadores cristianos de los últimos tiempos. Ha influido en muchas generaciones y su pensamiento mantiene especial vigencia. El 29 de abril de 1973 el Cardenal dijo de él:

Llegó al fin después de una larga vida, existencia fecunda en pensamiento y en testimonio, al encuentro de lo que incansablemente buscó en su vida: la VERDAD, y la Verdad Encarnada.

Hoy se interioriza de lo que con afán inquirió constantemente: fue el Peregrino de lo Absoluto...

Buscaba apasionadamente a Dios. Tenía sed de El... y a medida que su espíritu fue penetrando cada vez más en El, Maritain fue enamorándose de los hombres y de todo lo humano, porque El estaba también ahí...

Mantuvo imperturbable su adhesión a lo Trascendente y a lo Absoluto y, sin embargo, comprendió que ese Dios se hizo Carne y habitó entre nosotros. Que se encarnó en un Hombre, haciéndose pensamiento, ternura, gusto y entrega en la Persona de Cristo, el Señor. Maravilloso misterio de nuestra FE: un Dios que nos deja insatisfechos día a día con un impulso renovado para encontrarlo, y un Dios, que en el hombre, nos hace sentir día a día la pequeñez de nuestra entrega y la exigencia de un don mayor...

Maritain, HOY EN SU PASCUA, desde la vida de Dios, combatiente en la Tierra del relativismo que nos cerca, nos lanza a la contemplación de la Verdad Absoluta. Verdad intransable, exigente y permanente. Y nos exige —con el mismo fuego de sus escritos— que nuestro amor a los hombres se traduzca en acción eficaz y concreta, preñada de testimonio y consecuencia evangélica, como lo fue su vida, sabiendo —como él dice— EXISTIR CON EL PUEBLO, ha-

ciendo nuestros sus impulsos de liberación, acompañándolo en el camino, comprendiendo que en una nueva sociedad de inspiración cristiana, son ellos los gestores de una comunidad de hermanos, en que la dignidad de toda persona humana sea intocable.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

29 de abril de 1973.

Han tenido ustedes la bondad de pedirme que hable en esta interesante reunión. Pero no voy a hablar sobre doctrinas. Creo que ustedes han hablado bastante sobre doctrinas; creo también que el señor Obispo Secretario del CELAM ha dado una muy buena síntesis de las diversas doctrinas que en esta materia teológica y sociológica, en este momento, impugnan y rigen en América Latina. De modo que lo voy a hacer por sentados, por sentado.

En cambio me interesa hacer presente otra realidad: poner a un grupo de hombres de estudio y un tanto teóricos, como lo es la experiencia de una Iglesia en la América Latina de la fe y la fe que se encuentra abocada a enfrentar el cambio de estructuras y a un cambio de estructuras pasadas o dirigidas por las corrientes políticas marxistas que existen en su país. Por tanto, no hablo como teólogo, hablo más bien como pastor. Evidentemente que bajo muchas de las opciones que la Iglesia chilena toma en este momento, hay una doctrina teológica.

En definitiva, que hay dos grandes códigos que influyen teológicamente el desarrollo de la Iglesia chilena en este momento: el Concilio Vaticano II y el CELAM.

31
CONVERSANDO
EN TOLEDO

Invitado a Toledo para dialogar sobre la Pastoral de Liberación, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, en tono coloquial, expuso su pensamiento y experiencia. (Junio de 1973.)

Han tenido ustedes la bondad de pedirme que hable en esta interesante reunión. Pero no voy a hablar sobre doctrinas. Creo que ustedes han hablado bastante sobre doctrinas; creo también que el señor Obispo Secretario del CELAM ha dado una muy buena síntesis de las diversas doctrinas que en esta materia teológica y sociológica, en este momento, imperan y rigen en América Latina. De modo que lo doy esto ya por sentado, por sabido.

Pastores y teólogos

En cambio, me interesa hacer presente otra realidad; pongo mis observaciones desde otro punto de vista: quiero narrar a un grupo de hombres de estudio y un tanto teóricos, algo de la experiencia de una Iglesia en la América Latina, la de la Iglesia chilena que se encuentra abocada o enfrentada al cambio de estructuras y a un cambio de estructuras basadas o dirigidas por las corrientes políticas marxistas que existen en su país. Por tanto, no hablo como teólogo, hablo más bien como pastor. Evidentemente que bajo muchas de las opciones que la Iglesia chilena toma, en este momento, hay una doctrina teológica.

Diría que hay dos grandes códigos que informan teológicamente a la pastoral de la Iglesia chilena en este momento. Uno es el Concilio Vaticano II y otro son los acuer-

dos tomados por los Obispos en Medellín, que es una concreción del Concilio a la América Latina.

Una observación general: los teólogos echan de menos a veces en el Concilio su falta de precisión; y aquí se ha dicho esto en estos días por alguno. Nosotros los pastores, en cambio, miramos en el Concilio directivas a seguir que nos parecen claras; pero también somos conscientes de que en toda acción pastoral en que se aplica una doctrina a una realidad pueden darse diversas opciones. Es decir, esa acción pastoral puede ser conseguida de otra forma; es criticable; no hay sólo una línea pastoral a seguir. Valiéndose o apoyándose en los dictámenes del Concilio o en las conclusiones a que llegaron los Obispos en el Documento de Medellín, pueden ser muchas las opciones pastorales. La Iglesia chilena ha seguido una o algunas. Evidentemente no pretende agotar el tema ni pretende decir que es la única línea a seguir.

I. SITUACION EN CHILE

1. *Chile, país atípico*

Hecho este preámbulo, yo quisiera darles unas pequeñísimas noticias sobre Chile. No voy a hacer una historia de Chile, ni mucho menos, pero es necesario conocer algunas cosas de Chile, porque de otra manera hay muchas cosas que quedarían y que serían inexplicables. Y desde luego que en mi exposición ciertamente voy a dejar muchas cosas olvidadas o al margen, y por eso les rogaría que después ustedes con toda libertad me hicieran las preguntas que quisieran para concretar, para dar mayor precisión a las afirmaciones o a las expresiones que diré.

Chile es un país en América Latina que tiene una personalidad muy propia. Desde luego pertenece a la América Latina blanca. ¿Por qué digo esto? Por una cosa que nosotros conocemos y que no todos conocen aquí. En Chile los españoles encontraron una raza indómita, guerrera, y mantuvieron con ella una guerra de siglos. La dominación de Arauco vino a realizarse en tiempos de la República. Debido a esto, España mantuvo en Chile un contingente militar muy grande; tuvo hasta 15.000 soldados en Chile en tiempos de la Colonia; de ahí que nuestra raza, que es en su mayoría de origen español, es blanca; el número de mestizos es pequeñísimo, el número de indios es pequeño y es absor-

bido por los blancos en una unión muy fácil, sin ninguna dificultad; en Chile no hay negros.

En realidad Chile es así; pero no sólo desde este punto de vista es diferente de otros países de América. La inmigración chilena, en la época posterior a la Independencia, no es tan grande como para no haber sido absorbida por el pueblo, por la raza de Chile, de tal manera que no ha cambiado, yo diría, la impronta de la nacionalidad; tiene una nacionalidad muy fuerte, muy propia, conservada además por su situación geográfica.

Chile tiene todas las características de una isla, porque al Norte tiene un desierto enorme de centenares de miles de kilómetros cuadrados que nos separan del Norte del continente; al Este tiene unas montañas altísimas intransitables (ahora, con la aviación y en este siglo con el ferrocarril, pueden ser transitadas en todas las épocas); y por el Sur y por el Poniente tiene el mar. Todo ello ha hecho que Chile conserve una fisonomía; muchos en América Latina suelen decir que Chile, dentro de los variados países de América Latina, es atípico. Y es una cosa así.

Entre estas cosas extrañas, Chile ha sido un país democrático, con una alternativa, en 150 años de democracia, de haber tenido una sola revolución, llamada efectivamente así. Los presidentes se han sucedido con mayor regularidad que en los Estados Unidos de América; no hemos tenido ningún presidente asesinado. La democracia ha sido una democracia liberal, si bien en el primer tiempo los condicionamientos para la votación en la elección de las autoridades dependían de las altas clases que gobernaban prácticamente el país. La libertad y la democracia eran relativas.

Poco a poco fue naciendo y creciendo la clase media. Chile es uno de los pocos países de América Latina que tiene una clase media, que en los últimos años ha sido la que ha gobernado al país; los grandes, los presidentes, digamos, antiguos, que eran todos de la clase alta y aristocrática, han dado lugar, han cedido el paso a presidentes que son de la clase media.

Chile tiene también un alto porcentaje de gente que vive en la ciudad, que está en vías de transformación; y tiene un pequeño porcentaje, ya bastante aceptable, de gente que vive en el campo. Cuando se dice, por ejemplo, que en la América Latina la mayoría de la gente vive en el campo, parece que esto no es efectivo en Chile, donde solamente del 26 al 28% de la población vive en el campo. Todos los demás viven en la ciudad. Chile comenzaba a ser un

país que se organizaba como país fabril en que las industrias comenzaban a tener una gran importancia. Al mismo tiempo, con el ejercicio de esta vida normal, regular y con esta democracia relativa, comenzaron a surgir, al principio de este siglo, los movimientos izquierdistas y los movimientos obreros.

Los primeros movimientos obreros organizados estuvieron en manos de la Iglesia; la Iglesia chilena tuvo hombres que suscitaron las primeras organizaciones obreras, los primeros sindicatos. Desgraciadamente no fueron comprendidos por los católicos que militaron o que en su día formaron parte de lo mejor de la aristocracia y que tuvieron mucho miedo de esa realización obrera; y los hombres que al principio de este siglo se dedicaron a esta organización obrera o sacerdotes que descollaron en esto, fueron alejados del país por ser considerados revolucionarios. En esto, dicho entre nosotros y con la libertad de los hijos de Dios, la jerarquía chilena tuvo su parte de culpa.

2. *El Chile de los últimos veinticinco años*

Pero en los últimos tiempos, vale decir de unos veinte o veinticinco años a esta parte, surgió, decidida, la presión de la Iglesia en el sentido de abordar la solución de los problemas sociales, la exigencia de la Iglesia a los políticos y a los cristianos para afrontar el problema del subdesarrollo y sobre todo de las injusticias sociales, que eran enormes, como en todos los países de América Latina, por la estructura que en Medellín los Obispos llamamos una "estructura de opresión oprimente", una "estructura violenta" que violentaba e impedía que una gran masa de nuestro pueblo que se encontraba en una condición infrahumana llegara a una condición humana. Esta lucha de la Iglesia para hacer que el poder público y los partidos políticos y las clases pudientes abordaran esta situación, la enfrentarían y la solucionarían, ha sido muy clara y muy decidida.

Esto se realizó dentro de una contingencia que Uds. pueden prever, dado que antes efectivamente los católicos estaban unidos en un partido, pues la Iglesia se había visto abocada a la necesidad de crear un partido confesional que se llamó Partido Conservador. Y era conservador: quería conservar la sana tradición, los derechos de la Iglesia y los bienes que la Iglesia poseía, y los grandes valores de la Iglesia que eran atacados por los partidos liberales. Los

católicos estaban dentro de este partido; y durante todo el siglo pasado y hasta principios de este siglo, la Iglesia estaba unida a ellos. Hasta que llegó un momento en que la Iglesia se separó de su partido. Pero entonces, muchas veces los católicos pudientes y la gente de la aristocracia no lo aceptaron con obediencia. Les costaba mucho la nueva directiva social que la Iglesia imponía o que, mejor dicho, la Iglesia pedía se optara, se dirigiera, se hiciera, se realizara.

Y así nació un nuevo partido, partido de cristianos, partido de los muchachos que nacieron a la sombra de la Iglesia y que fueron los grandes dirigentes de la Acción Católica. Este partido en principio se llamó Partido de la Falange por una reminiscencia de la Falange Española que nacía en ese momento aquí; después se llamó Partido Demócrata Cristiano. Este partido fue muy combatido por los católicos de derecha, es decir, por el antiguo Partido Conservador; incluso dentro de la jerarquía y dentro del clero había esta división; pero había hombres de Iglesia que favorecieron a la juventud y que tenían estas ideas, que eran ideas basadas en las grandes encíclicas de los Papas. Yo diría que los grandes líderes de este partido, los grandes ideólogos de ellos fueron especialmente Maritain y el Padre Lebreton.

Estos muchachos que se sintieron espoleados por la Iglesia a la causa de la redención del proletariado, a la redención cristiana del proletariado, formaron este partido que al principio tuvo muchas dificultades: fue un partido mísero, pequeño; pero poco a poco, después de treinta años de lucha, llegó a imponerse y llegó al gobierno. Y entonces tenemos al Partido Demócrata Cristiano, partido nacido de la Iglesia, no diré creado por la Iglesia, sino creado por los laicos, o, si entendemos lo que el Concilio Vaticano II ha llamado Iglesia, creado por la Iglesia, pues efectivamente los laicos son Iglesia. Interpretando el pensamiento social de la Iglesia crearon este partido en contraposición, diré, al otro partido que nunca lo aceptó porque lo consideró como un hijo rebelde que nacía de sus filas.

Este nuevo partido que llegó al poder y gobernó durante seis años, teniendo la presidencia Frei, ¿con qué se encontró? Se encontró con un país en que había una organización económica y social liberal, capitalista, un pueblo desorganizado, una situación de dependencia muy grande respecto de otros países. ¿Qué trató de hacer? La primera cosa que hizo fue buscar o tratar de obtener, por medio de

la legislación, los medios para cambiar las estructuras; hizo lo que él llamó una revolución, pero una revolución en libertad; no una revolución violenta, sino una revolución pacífica y una revolución legal. Esto es muy difícil de hacer, porque las estructuras y la defensa de los intereses son tan grandes y tan difíciles de cambiar y mejorar que llevan mucho tiempo. Yo diría que los tres primeros años del gobierno de la democracia cristiana fueron empleados en una lucha violenta para obtener los mecanismos legales necesarios para comenzar los cambios. Realizó una reforma agraria efectivamente; realizó la organización del pueblo; creó nuevas entidades, las juntas de vecinos; creó los sindicatos agrícolas; buscó la organización sindical de los obreros que era pequeñísima y la aumentó inmensamente y la promovió; trató de mejorar la situación del proletariado en forma sustancial; construyó gran número de casas; creó industrias. Pero no encontró la colaboración de las clases altas y pudientes, sino su hostilidad, muy grande; y encontró también una hostilidad extraordinariamente grande de parte de la izquierda, de modo que prácticamente este partido fue tomado entre dos fuegos. Se unieron en contra de él la derecha económica, pudiente, y la izquierda marxista. La derecha económica, porque vio que se le tocaban sus privilegios; y la izquierda marxista, porque temió inmensamente que este partido tuviera éxito y significase la derrota definitiva del marxismo. El Partido Demócrata Cristiano tuvo un defecto muy grande, el defecto capital diría yo, que fue el de que sus soluciones fueran más bien técnicas que sociales y políticas; no supo ganarse la simpatía y la comprensión del proletariado o del pueblo, de modo que apareció un tanto paternalista, y las soluciones que impuso de arriba hacia abajo no se ganaron la comprensión del pueblo y, especialmente, no se ganaron la comprensión de los obreros.

El Partido no quiso, conscientemente, tocar la reforma de la empresa. Hizo la reforma de la agricultura, de la tenencia de la tierra, la reforma agraria, pero no se atrevió a tocar al mismo tiempo la reforma de la empresa, por temor de desorganizar de tal forma la producción que podría traerle gravísimos daños.

3. *Hace tres años*

En esta situación llegaron las elecciones pasadas de hace tres años, elecciones libres en que el pueblo iba a decidir.

La derecha creyó que podría reconquistar el poder y presentó un candidato. La democracia cristiana creyó que no podía dejar de presentar su candidato, puesto que llevaba sólo seis años de gobierno y sus reformas estaban en los comienzos. Y la izquierda, a su vez, presentó al pueblo un sustituto a las reformas de la democracia cristiana, diciendo que los demócratas cristianos eran "desarrollistas", término que emplearon mucho como despectivo, y que en cambio ellos eran los revolucionarios y que iban a hacer la verdadera revolución.

En esta lucha, prácticamente las fuerzas se dividieron en tres partes casi iguales. Pero hay un conglomerado de partidos en que están los socialistas y los comunistas, un grupo de liberales y un grupo de cristianos salidos de la democracia cristiana (que por haber considerado que las reformas hechas no eran suficientemente rápidas ni tan drásticas ni tan profundas como era necesario, se habían apartado de la democracia cristiana y formaron un grupo que lo llamaron movimiento MAPU, un Movimiento de Acción Popular; y después, todavía, éste se fraccionó y formó un grupo que se llama de Izquierda Cristiana; y por último, se ha vuelto a fraccionar en dos grupos).

Todo este conglomerado de partidos formó el grupo marxista en que predominan los comunistas y los socialistas; el Partido Comunista es marxista-leninista, es de Moscú; y en el Partido Socialista, en cambio, siendo marxista, existe una fuerte tendencia al maoísmo, es decir, hay una tendencia a la solución china del comunismo. Este conglomerado de izquierda obtuvo en las elecciones una muy leve mayoría: sacó el 36% de los votos; la derecha sacó el 34% de los votos y la democracia cristiana sacó alrededor del 29% o 30% de los votos. Entonces llegó el momento, según la Constitución chilena, en que debía elegir el Congreso —dado que no había mayoría absoluta— quién debía gobernar. La solución estaba en manos de la Democracia Cristiana, que tenía en el Parlamento un gran número de diputados y un gran número de senadores. Estos pensaron que no podían dar el voto a la derecha, pues pensaron que no dársele al que tenía la mayoría relativa iba a crear una situación violentísima en el país y que iba a crear la revolución violenta en Chile. Además, ellos estaban de acuerdo y sabían que la larga tradición en estos casos en Chile había sido siempre que el candidato que tenía la mayoría relativa era confirmado por el Congreso. Y esta jurisprudencia pesaba mucho. Por todas estas razones y pidiéndole al candi-

dato triunfante de la izquierda, Sr. Salvador Allende, que firmara una reforma, que aceptara la reforma a la Constitución y viendo que daba ciertas garantías, ellos dieron el voto en el Congreso, y fue elegido Presidente don Salvador Allende, que entró a gobernar con un conglomerado de partidos en que predominan, como he dicho, los comunistas y los socialistas (aunque tienen mayoría los socialistas sobre los comunistas). Según su programa, estos partidos realizan un gobierno de preparación hacia el marxismo, no es propiamente un gobierno marxista, sino es un gobierno que está dirigido al marxismo.

4. *Situación de subdesarrollo*

Somos conscientes de que la lucha o la situación chilena, como es hoy en la América Latina, es una situación de subdesarrollo. ¿Cuánta es la gente que podemos llamarla así, subdesarrollada, realmente en el país? Es un país que hoy día tiene un 9% de analfabetos, un país que tiene un 70% de sus habitantes en las ciudades, pero un país que tiene una falta de casas, de habitación, que se puede calcular más o menos en 400.000 a 500.000 viviendas. Vale decir, que hay dos millones de personas que no tienen una casa estable o un verdadero hogar, que viven en situación muy desmedrada y, algunos, en verdaderas chozas.

Calculo que, más o menos —y éste es un cálculo muy provisorio y no estadístico sino a ojo—, debe de haber un 30% de la población de Chile que es verdaderamente subdesarrollada; pero hay un 70% de la población que ha alcanzado límites de desarrollo bastante aceptables. Por ejemplo, para citar un caso muy fácil para mí de comprobar, mi chofer tiene su casa propia, tiene refrigerador, tiene televisión y tiene una camioneta que es de él y me sirve a mí de chofer; es muy buen hombre y vota por la democracia cristiana; es uno de tantos. Luego no hay una situación, digamos, tan deprimente en Chile como en otros países de América Latina, en que la situación es evidentemente mucho mayor y mucho más grave. Pero ese 30% es el núcleo sobre el cual estriba y se apoyan las fuerzas izquierdistas y marxistas.

Y han sucedido cosas tan curiosas como éstas: el gobierno pasado de Frei, consciente de que uno de los grandes problemas de Chile es la falta de habitación y que es una de las grandes causales de subdesarrollo, pues no sólo mi-

nimiza la persona, sino que destruye el hogar y le quita, digamos, la alegría de vivir, se dedicó a construir casas; y durante el gobierno anterior se construyeron 360.000 casas al año. Y todavía, como era tan grande el número de gente que vivía en poblaciones marginales y en condiciones subhumanas, hizo otro programa al que llamó la "operación sitio", que consistía en dar a esas gentes un sitio urbanizado, donde ellas ponían sus casas de emergencia, muchas veces suministradas incluso por la Iglesia, y después les iba dando los medios para que por autoconstrucción hicieran su casa definitiva. El gobierno anterior llegó a dar habitación a más de dos millones de personas en estos ensayos.

Este gobierno de Allende sostuvo que iba a solucionar el problema habitacional: que todo ser humano tenía derecho a un hogar y que ellos iban a solucionar este problema porque era fundamental, y que Chile y los chilenos tenían el derecho a recibir del Estado esta ayuda. Encontró, en el momento en que recibió el gobierno, un programa de construcción de habitaciones de 38.000 casas comenzadas y a su vez el gobierno inició un programa de otras 80.000 casas; vale decir que estaban construyendo al año 120.000 casas, según datos que me han dado personas muy relacionadas con la Cámara Chilena de la Construcción. Sin embargo, en estos dos años y medio, este gobierno ha entregado 10.000 casas terminadas, ¡10.000! y le quedan todavía las 110.000 que ha comenzado; y, según los cálculos que han hecho los ingenieros, al ritmo que va, para terminar estas 110.000 casas que le quedan, se requieren 100 meses de trabajo.

¿Qué explica esto? Dos cosas. Primero, que el régimen socialista, que tiene, yo diría, un gran atractivo, teóricamente hablando, porque quita la explotación, acaba con el explotador, y el pueblo, a través del Estado, es el que maneja todas las cosas, este régimen es extraordinariamente ineficiente sobre todo en los primeros períodos de su acción, en los primeros años de su acción. Y en segundo lugar hay otro motivo, no pequeño: el gobierno está basado en el descontento y yo diría en la situación de subdesarrollo de un proletariado miserable; el mantener grupos enormes de gente en estas condiciones de vida es un arma poderosísima en manos del gobierno, el cual los concientiza en el sentido de que atribuye esta situación no al gobierno, sino a las estructuras pasadas, a la oposición, a la burguesía y al capitalismo que oprimen y cercan.

Entonces, la situación que se ha creado en realidad, en este momento, es que una inmensa esperanza del grupo de los más pobres comienza a transformarse en una gran desilusión.

II. POSTURA DE LA IGLESIA CHILENA

¿Qué ha hecho en esta situación la Iglesia? ¿Cuál es la postura de nuestra Iglesia en este momento, en esta situación sociopolítica que he esbozado rápidamente? Aquí empiezo a hablar de la parte que corresponde a la acción nuestra, de los pastores o guías de un pueblo cristiano.

La Jerarquía, en ese momento político en que se dirimían las diversas opciones entre derecha, izquierda y centro (llamémosle así a la democracia cristiana), no quiso tomar parte en la elección de la solución. Como ya puede verse en el libro en que se han recogido no pocas de mis palabras,¹ la Jerarquía dejó en libertad a los cristianos, señalando sí, la doctrina por la cual ellos en conciencia debían guiarse para la elección, sabiendo que si podían colaborar con los marxistas en determinadas condiciones, había de ser como lo dicen los documentos de la Iglesia, del Magisterio Eclesiástico; pero la solución la dejó a los cristianos, a ellos; los consideró maduros.

Desde hace algún tiempo a esta parte, yo diría desde hace casi 40 o 50 años a esta parte, la Iglesia chilena no ha querido dirigir políticamente a sus hijos, sino que les ha dado a ellos las directivas para que ellos puedan regirse.

1. *Respeto al laicado*

Ya en el primer momento dijimos —recuerdo que fue ante los periodistas que nos interpellaron, siendo yo Presidente de la Conferencia Episcopal—: “No nos metan en el juego de la política contingente, no lo vamos a aceptar. Que los chilenos elijan el gobierno que ellos crean que es el mejor”. Y ellos eligieron.

Cuando, después de las elecciones, algunos de la mayoría relativa de los marxistas, que tenían la primera opción, vinieron a hablar conmigo, con el Cardenal, y a pe-

¹ Silva Henríquez, Raúl “La misión social del cristiano: conflicto de clases o solidaridad cristiana”. Ediciones Paulinas, Santiago, Chile, 1973.

dirme que yo fuera a visitar al Presidente, al probable Presidente, que era el señor Allende. Me hicieron muchas presiones. Eran los jefes del Partido Comunista los que vinieron a hablar conmigo y a decirme: "Señor, vaya Ud. a ver al Presidente, Sr. Allende, pues su palabra tiene un poder extraordinario en el país". Y yo les dije: "Miren, yo no quiero inmiscuirme en esto. No quiero ser yo la causa determinante de quién va a ser Presidente de Chile. Esto les toca a los políticos, les toca a los laicos. Y yo los respeto. Desde el día en que el Congreso diga por quién va a votar y se sepa quién va a ser el elegido, yo voy a visitarlo al día siguiente. No tendré ningún inconveniente en visitar al Sr. Allende". Y así lo hice.

2. *Aceptación leal del nuevo gobierno*

Llegó Allende a la Presidencia. Y el primer día en que se reunió el Congreso Pleno, en que el Presidente saliente entrega los distintivos del mando al nuevo Presidente y éste jura cumplir con la Constitución y las leyes, el Presidente Allende, marxista, ateo, pidió que hubiera un "Te Deum" en la Catedral de Santiago, para agradecer al Señor, a nombre de todos los cristianos que son la mayoría del país y que votaron por él, por su elección. Y el Cardenal fue: y tuvimos un "Te Deum" magnífico, en el cual yo le dije varias verdades, algunas de las cuales están en un libro que se ha recopilado sobre las diversas actuaciones del Cardenal en esta materia pública y económica en estos años.

Un jefe comunista, que era rector de una universidad técnica en que predominan los comunistas en Santiago, en la recepción que hubo en la Embajada Soviética, a la cual fui invitado y asistí, me dijo: "Sr. Cardenal: nunca había asistido yo a una ceremonia religiosa que me tocara tan hondo. Allí, efectivamente, se hizo la transmisión del mando de Chile; en la Iglesia Catedral de Santiago". Ya esto es una cosa extraña, una cosa atípica; nosotros estamos en diálogo con un gobierno que es marxista, que es ateo, pero que hasta este momento no ha sido contrario a la Iglesia. Esta es la verdad. Y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al gobierno.

3. *Colaboración sincera*

¿Qué ha dicho la Iglesia a más de esta actitud? Lo siguiente: nosotros vamos a apoyar al gobierno en toda acción de bien común. El gobierno va a encontrar nuestra colaboración leal; no vamos a ser obstáculo para reformas; nosotros las hemos preconizado antes que nadie, las aceptamos, las queremos. ¡Ojalá que el gobierno tenga éxito en esta reforma y que dé al pueblo chileno, sobre todo a los pobres de Chile, al proletariado de Chile, la liberación que tanto añora!

No hemos sido obstáculo para nada; pero sí nos reservamos el derecho de decir nuestro parecer cada vez que por las contingencias de la vida política puedan presentarse situaciones que merezcan y deban ser iluminadas por la fe, o cada vez que haya que corregir alguna de las situaciones que nos parecen poco claras, ambiguas o incluso contrarias a los grandes valores cristianos. Y así hemos podido vivir en una cooperación muy leal, y yo diría bastante fácil con las altas autoridades del gobierno.

No ha dejado de haber, eso sí, dificultades con las autoridades subalternas, donde suelen aparecer con relativa frecuencia personas que tienen una mentalidad un tanto hostil a la Iglesia. Sin embargo, todos los problemas siempre llegan a nosotros y hablamos con el Presidente, hablamos con los Ministros, y las cosas se van solucionando.

4. *Escuelas de la Iglesia*

Hay cosas tan inconcebibles como ésta: la Iglesia tiene un número grande de escuelas y colegios y nosotros sabemos que en un punto donde vamos a tener dificultades es precisamente en el campo de la educación. Nos ha parecido que esto era obvio y que esto va a venir. Con los gobiernos anteriores, incluso con el gobierno demócrata cristiano, la Iglesia hizo presente que debía recibir una ayuda sustancial para hacer que sus colegios fueran gratuitos, que no se podía pedir a los padres católicos, por el hecho de escoger un colegio católico, que contribuyeran doblemente, una con la contribución que dan al Estado y otra con la contribución que dan para mantener a sus hijos en la escuela católica; que esto es una injusticia, que es una injusticia que pesa sobre todo sobre las clases pobres que desean y que tienen una preferencia inmensa por los colegios de la Iglesia.

Nosotros pedimos a la democracia cristiana que solucionara esto; y no lo solucionó por temor, por no aparecer comprometida con la Iglesia. En este gobierno, el Presidente me ha llamado y me ha dicho que él quiere solucionar esto y que le va a dar a la Iglesia los medios para hacer que sus colegios sean gratuitos.

No sé si lo irá a hacer o no; no lo sé, pues no hay duda alguna de que él no cree y no lo hará por amor a Jesucristo ni por amor a la Iglesia; pero sí como un medio de propaganda para hacer ver la relación que existe, que puede existir, entre un país marxista y la Iglesia, él quisiera efectivamente solucionar el problema.

5. Educación socialista: problema

Después viene otro problema grave, que es: ¿cuál va a ser la educación que se va a dar en los colegios de la nación? Porque los colegios de la Iglesia están dentro del gran sistema de educación nacional. ¿Cuáles van a ser los programas? Y entonces aquí llega un problema gravísimo que es la educación socialista. ¿Cómo va a ser?

En este punto, evidentemente hay un tema de discusión que no sabemos cómo se va a solucionar. Pero es curioso que, habiendo presentado el gobierno ya este año un programa de escuela única unificada —que era una copia del programa de las escuelas de Alemania Oriental, copiado al pie de la letra lo que allí se dice, que involucra una educación que va desde el niño recién nacido hasta el anciano, y que dice que los padres no tendrán que preocuparse de los niños, porque el Estado se va a preocupar de ellos—, este sistema provocó una reacción tan violenta en el país entero que se pidió a la Iglesia que nos pronunciáramos y nosotros nos pronunciamos.

Y fui al Presidente y le dije: “Presidente, yo siento, lamento mucho decirle que nosotros consideramos que este programa, como está elaborado, hiere derechos de la persona humana que nosotros defendemos y grandes valores cristianos”. “Si es así, señor Cardenal —me dijo—, yo retiro este programa, y quiero que se haga un programa nuevo. *Yo considero esto desafortunado, y lo que quiero es que se haga un programa nuevo*”. Porque nosotros, los obispos, dijimos primero que hay que respetar el derecho de los padres de familia y que tiene que hacerse una estructuración, en este sentido, valiéndose de los organismos legales que

son los llamados a dictaminar en estos casos. Por esto él me dijo: "Yo estoy dispuesto a aceptar"; y a todo el mundo dijeron que porque la Iglesia había dicho que este programa que ellos habían propugnado no estaba de acuerdo con ella, por eso lo retiraban. Es una cosa que también da que pensar y de la cual nosotros no nos hacemos demasiadas ilusiones, porque creemos que muchas de estas cosas son táctica. Pero, en el hecho, la situación es ésta.

Poco antes de venirme para acá, vinieron a nombre del Partido Comunista a hablar conmigo unos subdirigentes y a pedirme por favor, qué podía hacer yo para evitar la guerra civil. Nosotros hemos hablado en contra de la guerra civil; si ustedes ojean alguna de esas páginas del libro atrás mencionado, podrán ver lo que hemos dicho sobre esto. Hoy día los comunistas temen inmensamente la guerra civil; la temen porque no están seguros de ganarla; si estuvieran seguros de ganarla, creo que se lanzarían a la guerra civil, pero no están seguros de ello; tienen mucho miedo de perder. Y entonces van donde el Cardenal a pedirle que influya evidente y eficazmente para evitar la guerra civil.

En realidad, desde que comenzamos con esta situación y comenzó el gobierno marxista, nosotros no hemos sufrido hasta este momento por ninguna persecución que venga de parte del Gobierno. Tanto es así que no pocos, fuera de nuestro país, se han admirado de la situación de Chile, y nos han dicho (es una humilde expresión por parte de ellos) que ellos están aprendiendo de lo que nosotros hacemos. No lo sé. En realidad, nosotros hemos querido llevar hasta el extremo una doctrina del Concilio que la consideramos iluminadora de esta situación: la Iglesia es la servidora de la sociedad civil, del mundo; no pretende beneficios; quisiera sobre todas las cosas tener el orgullo de servir y de servir en cualquier contingencia.

O como yo le decía a un periodista polaco, comunista; la Iglesia en este momento no exige nada, lo único que quisiera es que realmente el gobierno que se inicia tuviera éxito en realizar la liberación del pueblo. El único ideal que quisiera la Iglesia es éste. Y aunque ella tuviera que sufrir, si éste es el pago de una verdadera liberación de nuestro pueblo, lo daría por bien empleado. Esta es la postura nuestra, discutible como todas las posturas pastorales. Yo, como digo, no quiero dar lecciones; yo digo solamente lo que nosotros hemos hecho.

III. EN EL SENO DE LA IGLESIA

Peró, ¿qué ha sucedido en el seno mismo de la Iglesia? En el seno de la Iglesia han despertado tres corrientes.

1. *Extrema derecha*

Una de extrema derecha o de derecha, porque en esto se confunden las dos: hombres, personas cristianas, de una raigambre cristiana, que miran esta actitud de la Iglesia como una actitud oportunista. Para ellos, la Iglesia tenía que haber tomado desde el primer momento la bandera de la reacción en contra del comunismo: la condena del comunismo, la obligación a los cristianos de no votar por el comunismo, la prohibición de colaborar con ellos y la condenación en todos los campos de parte de la Iglesia ante el Gobierno. O sea, ellos pretenden que la Iglesia sea la que se enfrente también en el campo político al gobierno actual y al marxismo. Por eso, para ellos, nosotros los obispos y especialmente el Cardenal, somos hombres que hemos traicionado, en parte a lo menos, una doctrina y un ideal.

2. *Extrema izquierda*

Por el otro lado existen los de extrema izquierda, los cuales sostienen todas las teorías que ustedes han oído y que el Sr. Obispo Auxiliar de Bogotá ha señalado con tanta precisión y erudición. Allá está Assmann, está Comblin, está Gutiérrez, que van a menudo allá. Se puede decir que ahí es el nido donde se incuban todas estas cosas. Y así hay un grupo de hombres de Iglesia y, sobre todo, de sacerdotes.

Lo curioso es que estos movimientos de izquierda, como ya se observó, son clericales: las grandes problemáticas, las grandes críticas a la Iglesia, a la Iglesia institución, a la Santa Sede, a la Jerarquía, son de los clérigos. Los laicos tienen una enorme comprensión para la Iglesia.

Recuerdo un hecho muy sintomático: en una de las reuniones de la Conferencia Episcopal, los obispos que tenemos como un complejo de pecado, dijimos: "Llamemos a uno de los dirigentes obreros, de nuestros dirigentes obreros, que nos venga a decir cómo debemos ser y en qué hemos fallado". Llegó allá este hombre que hoy día es el Presidente del Movimiento Obrero Católico Mundial, un hom-

bre muy maduro, muy inteligente y que ha hecho, digamos, los cursos elementales, pero al mismo tiempo, muy cristiano. Y lo primero que él nos dijo fue: "¡Señores obispos! Para mí este día y el día en que pude asistir a una sesión del Concilio, son los días más grandes de mi vida: el que yo les venga a hablar a los Padres Obispos, el que me hayan permitido venir a hablar con ellos, el que yo les pueda expresar mi pensamiento, a mí me colma de orgullo". Y en seguida él tejió el panegírico de los obispos: nos dijo cosas que a mí me conmueven realmente, pero que estaban tan distantes, tan lejos de todas las críticas que habíamos oído, que nos llenaron evidentemente de consuelo.

3. *Pueblo católico*

Y al mismo tiempo nos abrió los ojos sobre una realidad: todas estas críticas que a veces nos llegan no nacen de nuestro pueblo; nuestro pueblo ama a la Iglesia; nuestro pueblo no es anticlesial, no es anticatólico.

Todos los europeos que nos llegan allá imbuidos de las ideas, de las cosas que pasan aquí en Europa, encuentran una realidad totalmente diferente. "El padrecito", el padre que llega a cualquier parte, al tugurio más pobre, es recibido como un amigo. Jamás se ha echado la culpa a la Iglesia, aunque tengamos pecados, de la situación actual. Todo el odio que se ha volcado en el pueblo para hacerle creer que la Iglesia es retrógrada y que es la causa de la opresión y diría que es "el opio del pueblo", no ha entrado en el alma de nuestro pueblo. Son muy pocos los hombres, los dirigentes que nosotros podamos llamar anticlesiales, ateos o que odien a la religión; son escasísimos.

Tan es así que hoy día ha pasado un hecho muy extraño, pero que en realidad viene a confirmar esto que yo les estoy diciendo. Los clérigos creíamos, y a menudo repetíamos, que la Iglesia no tenía nada que ver con el pueblo, y que estábamos muy distantes del pueblo y no teníamos influencia en el pueblo, y que el pueblo no iba a Misa. (Y efectivamente no va a Misa. Este es un pequeño paréntesis: a nosotros nos miden la catolicidad por el número de gente que va a Misa. Eso es totalmente falso para América Latina: no es ése el índice. Porque no tienen ni iglesias para ir. Y, ¿cómo van a ir? No tienen tampoco posibilidad alguna de ir, porque tienen seis o siete chiquillos y son sólo la mujer y el marido; y no pueden dejarlos solos en casa, por-

que después puede ser que no encuentren ninguno. Hay una serie de circunstancias que son totalmente diferentes a las circunstancias europeas, de modo que no se puede medir por eso la religiosidad de un pueblo.)

Pues bien, como les decía, los comunistas, que conocen perfectamente cuál es la manera de pensar del pueblo, han venido a mí a decirme, y no una sola vez, que la Iglesia y el Cardenal tienen una influencia enorme en el pueblo; que entre ellos, el 75% de su gente es católica. Y nosotros quisimos hacer una encuesta técnica y científica: y pedimos a la Universidad de Chile (no a la Universidad Católica, sino a la Universidad de Chile) que nos hiciera una encuesta para saber la irreligiosidad de los barrios populares donde hay la menor asistencia a Misa y saber cuál era el sentimiento religioso de esa gente, de los obreros que allí vivían; y nos encontramos con la sorpresa de que el 80% de la gente sostiene ser católica y practicante, que cumple con su religión. Los comunistas nos dicen lo mismo; y para muchos de nosotros ha sido una sorpresa el que éstos crean en la influencia tan enorme de la Iglesia.

4. Clero: 60% extranjero

Nosotros nos encontramos entonces con que nuestro clero —que es un clero muy heterogéneo en el que hay una cantidad de extranjeros; más de la mitad de nuestro clero es extranjero y no de un solo país, sino que es el Arca de Noé—, nuestro clero tiene ideas muy poco claras sobre qué es lo que hay que hacer y cuál es la situación de Chile en este caso. Y entonces el grupo de extrema izquierda dentro del clero, que ha sido el que ha promovido todas las reacciones, digamos, de esta así llamada Teología de la Liberación, es un grupo extranjero en más de un 60%; no es un grupo nacional. Aún más: con el grupo nacional que pertenece a ellos, nos es a nosotros los obispos, muy fácil dialogar; con el grupo extranjero nos es muy difícil dialogar, y se crea una situación para nosotros muy difícil.

¿Qué ha sostenido este grupo? Ha sostenido que Marx, para decirlo en pocas palabras, vale tanto como la Biblia o vale más que la Biblia. Un dirigente obrero me decía: "Por favor, que los curas no se hagan políticos, porque le creen después lo mismo a Marx que a la Sagrada Escritura; le creen lo mismo, porque ellos están acostumbrados a leer en los Libros Santos la palabra de Dios, y libro santo

pasa a ser el capítulo o el manifiesto comunista de Marx". Y es efectivo: tienen la deformación del libro, es una deformación eclesiástica. Son, además, sumamente pesimistas sobre la realidad; creen que el cristianismo nuestro no existe; que el pueblo no es cristiano, sino que es un pueblo pagano, y comienzan a tratarlo con una dureza y con una violencia inauditas, dureza y, yo diría, violencia sectarias. Comienzan a negarle los sacramentos, a negarle el bautismo. Por ejemplo, el sacerdote pregunta al sencillo padre de familia: "¿Por qué viene Ud. a bautizar a su hijo?" Y oye la respuesta: "¡Para que no sea moro, padrecito!" El cristiano sencillo no sabe decir de otro modo mejor lo que es el bautismo, lo que es la gracia; y lo dice con esa profunda expresión popular antigua, llegada de España, densa de teología y de sentido histórico de la fe. Y el sacerdote extranjero que no entiende nada de esa honda y singular expresión, le niega el bautismo; y el padre de familia se me queja: "¿Cómo lo vamos a bautizar, padrecito, para que no sea moro?"

5. *Fe popular*

Se han iniciado actualmente estudios sobre el lenguaje popular y cómo expresa el pueblo sus profundos sentimientos y su fe, y se ha venido a comprobar que sólo después de que uno puede vivir con ellos unos meses, viene a saber las profundas raigambres cristianas que tienen y que nos expresan en una terminología ni mucho menos dogmática. No son doctores, no, evidentemente no lo son; pero tienen un profundo acervo de cristianismo. Y lo viven. Tienen defectos evidentemente, grandes defectos, grandes ignorancias, pero ¿negarse a recibirlos en la fe? ¿hacer que estas pobres gentes vayan de Herodes a Pilatos pidiendo que les bauticen sus niños, porque se los considera que no son cristianos y que no nos dan las seguridades para educar cristianamente a sus hijos?

Todo esto crea, evidentemente, un problema pastoral extraordinariamente grave, pero que está haciendo nacer en la América Latina —y especialmente entre nosotros y en Argentina también, me consta— un movimiento del clero muy acentuado a revalorizar los valores nativos forjadores del lugar y a analizar la situación religiosa, no con las pautas europeas, sino con el estudio de la relatividad del lugar.

Entre los extremistas de izquierda y los extremistas de derecha, está la Iglesia, lo que yo llamo la Iglesia: esta enorme masa que es dirigida por los pastores, que puede recibir choques que la confundan un poco muchas veces, pero que va hacia donde la guía el Espíritu por medio de sus obispos, es la inmensa mayoría de la Iglesia, es esta Iglesia que hace menos ruido, porque como dice San Francisco de Sales, "el ruido no hace bien y el bien no hace ruido". Esta enorme masa es la que constituye la verdadera Iglesia; es la que es apreciada también por los adversarios.

6. *"Cristianos para el socialismo"*

En este momento los obispos chilenos venimos hablando con el grupo llamado de "Cristianos para el Socialismo", que se llaman de "Los 80", pero que no son 80, y entre los cuales hay más o menos veinte chilenos y sesenta que no son chilenos. Son un grupo heterogéneo que tiene por cabeza un Secretariado formado por ocho o diez, que son los que dirigen una grey que tiene una cierta simpatía por ellos.

Estos cristianos para el socialismo, hicieron un Congreso de toda América Latina. Vinieron muchas personas a este Congreso. No sólo son clérigos, sino que también hay un buen número de laicos, laicos cristianos que desean encontrar un camino de diálogo con los socialistas.

Pero no queremos que nuestra palabra de Pastores a éstos se interprete como una condenación de los cristianos que en política desean trabajar con el gobierno y aportar los valores cristianos, en un diálogo que ellos consideran indispensable para evitar que el proceso político se radicalice en contra del cristianismo. No estamos en contra de eso, no. Queremos que los cristianos se sientan unidos a nosotros. Pero sí estamos en contra de que estos grupos de sacerdotes y de religiosos y religiosas quieran hacer otra Iglesia —como lo dicen expresamente— una Iglesia nueva con una nueva liturgia, y que en el hecho crean una antijerarquía.

Nunca nos hemos negado al diálogo y nunca hemos dejado de tratarlos con sumo afecto, porque comprendemos que en el fondo de todo esto hay una raíz para nosotros respetable: muchos de estos sacerdotes, y los mejores, han sido golpeados violentamente por la situación de subdesarrollo, de injusticia, de pobreza, de miseria de nuestro pueblo; y ellos han creído ver que la solución no éramos capaces de

darla nosotros, los cristianos, y que los gobiernos cristianos como el que había y acaba de pasar, solamente hizo muchas cosas, pero no llegó a tocar la raíz del problema; y que entonces sólo la problemática, y la dialéctica, y la metodología marxista son las únicas que van a solucionar el problema; por lo cual ellos piensan muy superficialmente "hay que echarlo abajo todo para construir una sociedad nueva". Esto es, en síntesis, lo que piensan. Nosotros respetamos esta conclusión que nos parece equivocada evidentemente, pero sabemos que en el fondo de ella hay un gran amor al pobre y no queremos por ningún motivo que la Iglesia chilena, la Jerarquía chilena, aparezca como que se opone a las grandes transformaciones en beneficio de los pobres. No queremos.

7. *Lo que quiere la Iglesia*

¿Qué quiere la Iglesia chilena, en pocas palabras? Quiere, realmente, conforme lo dice el Concilio, servir al mundo; quiere ser el alma de este mundo. No acepta el dualismo por ningún motivo. Lo rehúye y está dispuesta a luchar para evitarlo. No quiere por ningún motivo que la confundan con un partido político.

Sabe que la alta política, evidentemente, es también para ella; y la Iglesia se compromete en la alta política, en el bien común. Sabe que está comprometida con el Pueblo con mayúscula, con todo el Pueblo, con el Pueblo de Dios. No acepta por ningún motivo que se diga que una solución de política contingente de cualquier partido o combinación de partidos que sea, agota el mensaje cristiano; es falso. Y por lo tanto no acepta por ningún motivo que se diga que tenemos que comprometer la Iglesia en cuanto tal con una solución política determinada. No acepta decir que nosotros, porque no nos comprometemos en la lucha entre "el proletariado" (entre comillas) y la burguesía, porque en ella no tomamos parte, al no tomar parte estamos haciendo el juego a la burguesía. No lo acepta.

Nosotros estamos con el pueblo y con los pobres; pero los pobres de Yahvé no son el proletariado de los marxistas ni mucho menos; los pobres de Yahvé son una inmensa gama. Zaqueo estaba también entre los pobres de Yahvé. Y nosotros sabemos que la Iglesia tiene que estar para servir a todos los pobres y no sólo al pequeño grupo de pobres que ellos utilizan como arma política. No acep-

ta la lucha de clases; constata la lucha de clases; constata, mejor dicho, el antagonismo de clases; ve en el antagonismo de clases una situación necesaria en toda sociedad creada por Dios, antagonismo que se debe a diversos intereses, como entre marido y mujer hay intereses diversos, pero de esa tensión que debe resolverse en el amor y en la comprensión mutua y en la colaboración, de esa tensión nace una vida. Y ésta es para nosotros la única solución. El día de mañana ha de darse también la solución entre los antagonismos sociales y entre los diversos intereses que forzosamente tienen que haber donde haya una sociedad organizada.

Nosotros no queremos por ningún motivo ser confundidos con aquellos que niegan la verdad y la trascendencia de la doctrina del Señor, y ni mucho menos con aquellos que dicen que la moral nuestra es una moral burguesa y hecha para mantener situaciones de privilegio. No lo aceptamos por ningún motivo y lo combatimos, a pesar de que algunos de los que esto dicen llevan sotana o llevaban sotana o, mejor dicho, no llevan nada. Y entonces constatamos con pena, eso sí, que muchas de estas personas que se han abanderizado o han buscado la solución marxista, a veces de buena fe, hoy día han dejado la fe. ¡Han dejado la fe!

8. *Alternativa de la democracia cristiana*

Eso es para nosotros un índice muy revelador: ¿qué ha sucedido? Y ¿qué ha sucedido en la realidad en un gobierno marxista que trata de imponer el marxismo? En esto nosotros ya no entramos a juzgar las cosas con la impresión o con el carisma de pastores, sino únicamente como hombres ciudadanos de un país en que tenemos la posibilidad de apreciar las situaciones con el conocimiento que nos dan la vida y las relaciones y las influencias y, diría, los puestos que nosotros ocupamos.

El régimen marxista que impera en el país ha llevado al país al descalabro más grande de su historia en materia económico-social. Al descalabro más grande de su historia.

Piensen ustedes que en un año, al primero de junio de este año, en un año, la inflación llegó al 240 por ciento; vale decir que es una inflación del 20 por ciento mensual. Y esto que los marxistas habían dicho que era la lacra y que era el flagelo de los pobres. Son ellos los que se lo han im-

puesto a los pobres en un grado como antes nadie lo había hecho.

¿Qué otra cosa ha sucedido? Que cuando el Estado ha empezado a ser patrón y ha tomado en sus manos las grandes minas, han comenzado —a pesar de que él dice que el proletariado no puede hacer huelga al proletariado y que el proletariado es el que gobierna—, han comenzado las huelgas de los obreros en contra del patrón Estado. Huelgas tremendas. Hace cuarenta y tantos días que hay una huelga en una mina de cobre que produce doscientas mil toneladas de cobre fino al año. Doscientas mil toneladas de cobre es una fortuna inmensa, y la huelga le cuesta al Estado más de cincuenta millones de dólares; en este momento —como dicen— en que Chile no tiene un dólar ni para hacer cantar a un ciego.

¿Y esto por qué? Porque los obreros se ven frustrados en sus derechos adquiridos en una lucha que yo no diría secular, pero de decenios. Y ¿quién les apoya en este momento? El Partido Demócrata Cristiano.

La situación para los marxistas es muy difícil, porque existe en Chile un partido popular obrero que presenta una alternativa que se creyó que no era la mejor, pero hoy día la situación actual, la falta de producción agrícola, la falta de producción en los campos, de la industria y del comercio, el desabastecimiento general (no hay carne, no hay pan, no hay leche; para comprar cualquier cosa hay colas interminables y la gente tiene que perder horas y horas, tres cuatro, cinco horas; a las cuatro de la mañana llega la gente a situarse en los negocios para tomar el primer número de la cola que les posibilite comprar lo que necesitan; hay un mercado negro desorbitado), todas estas cosas están haciendo madurar al pueblo; y la alternativa que se presenta es sin lugar a dudas la alternativa de la democracia cristiana.

9. *Visita de Fidel Castro*

¿Será posible que llegue la solución demócrata cristiana o no? No lo sé. La situación estriba en que si juegan los valores democráticos, es bien posible que sí, pero también hay una realidad que puede imponerse. Cuando Fidel Castro —y con esto termino—, fue a Chile, pidió hablar conmigo; y me hizo una visita que yo no había solicitado y él la solicitó. Yo no me negué a recibirlo por una razón de

cortesía y, además, porque me recordaba al Papa Juan que había recibido al yerno de Kruschev. A Juan XXIII le gustaba mucho hablar. Yo llegué en esos días a Roma y me contó todas las contingencias de la visita: que había tenido que consultar también a la Sagrada Congregación del Santo Oficio, para ver si podía o no recibir. Y él lo recibió; y me dijo: "Yo no podía dejar de recibir a alguien que viene a hablar con el Papa; no puedo. Si alguien quería hablar con Jesucristo, no podía menos de recibirlo". Bueno, yo hice más o menos igual, dentro de mi pequeñez, y recibí a Fidel Castro.

Y entonces le pregunté por qué había querido venir a verme, una cosa tan extraña, y él me dijo que por tres razones: Una, porque me admiraba a mí; segunda, porque estaba muy agradecido de la manera como yo (en nuestros países, creen que el Cardenal de la capital es el jefe de la Iglesia Chilena, el que manda toda la Iglesia, yo soy para ellos el Cardenal que manda en los demás; los obispos son subalternos suyos) había tratado el régimen político en Chile, y en tercer lugar —me dijo—, porque cuando yo vine a Chile, el gobierno chileno me hizo la lista de las personas a las cuales yo debía visitar y a las cuales no debía visitar, y entre las que debía visitar está usted.

Yo me di cuenta entonces del porqué, pero me di cuenta de que no era política, en absoluto, ni era propaganda. Estaba el salón lleno de fotografías y de la televisión; y sacaron todas las fotografías que quisieron. En el momento en que comenzamos a hablar, le dije: "Mire, señor Ministro, yo soy hombre de Iglesia, un hombre que cree profundamente en su fe. Y estoy convencido de una cosa: de que la Iglesia no es retrógrada, de que la Iglesia no está en contra de los cambios que tienden a hacer más humana la vida del hombre y a producir mayor justicia en América Latina. Y estoy convencido de otra cosa, señor Ministro: de que la solución para América Latina va a ser imposible si la Iglesia no la apoya". El me dijo que creía también en ello y que se alegraba de ver que la Iglesia no era como tal vez algunos lo pensaban. Enseguida le ofrecí una Biblia de regalo y me la aceptó. Y le pedí que me dejara mandar unas diez mil Biblias a Cuba, cosa que también se hizo.

A la salida de allí, un periodista le preguntó: "¿Usted fue educado en los colegios católicos?" "Sí". "¿Y usted era cristiano y ahora no cree en nada?" "No". "Pero, ¿cómo perdió la fe?" Dijo: "Nunca tuve fe". "¿Cómo no?" "No, nunca tuve fe". "Pero entonces en los colegios, ¿qué le enseñaron?"

ron?" "Mire —dijo—, en el colegio nos enseñaron a hacer unas prácticas religiosas, pero jamás me enseñaron a conocer lo que era la fe y yo nunca la tuve". Hay que tomar con beneficio de inventario las palabras de este caballero, sin lugar a dudas. Pero es una enorme crítica que puede tener su cierto viso de verdad.

10. *Perspectivas de futuro*

La Iglesia está considerada en Chile. Y nosotros creemos que es posible en Chile también una solución en este momento. Sí, si los católicos, los laicos, pues son ellos los llamados a llevar la directiva y a saber qué acciones políticas deben hacer, llegan a entenderse con los marxistas, no para hacer un programa común marxista, sino para realizar y para permitir que se realicen obras de bienestar público, de bien común, de provecho del pueblo. De otra manera, la solución no se ve clara y mucho me temo que la solución no sea pacífica. Sin saber qué es lo que va a pasar, sin embargo la Iglesia está consciente de cuál es su papel; tiene muy clara conciencia y muy claro el camino que debe recorrer. Está dispuesta a contar con cualquier realidad. Esperamos, con la gracia del Señor, si llegan a sucedernos cosas tristes, el saberlas soportar. A nadie le gusta, evidentemente, sufrir persecuciones; esperamos en Dios sabernos comportar como cristianos y como nos han enseñado nuestros padres, si tal cosa sucediera.

Pero tenemos una inmensa esperanza de que esta manera de tratar las cosas, de no meternos nosotros a dirimir la contienda política, sino de iluminarla y de hacer presentes nuestros valores, sin acrimonia, no como un adversario, sino como un amigo que dice una verdad; tenemos la inmensa esperanza de que esto llegue a influir en alguna forma en los hombres que dirigen hoy día los destinos de Chile y que no son de nuestras ideas.

Yo no sé hasta qué punto los comunistas dicen la verdad; son de esas cosas que uno pone en duda. Y, sin embargo, conversando con ellos, con los dirigentes, ellos me han manifestado que hay que olvidarse del pasado y que tenemos que elaborar juntos una nueva historia. ¿Será así? Dios lo quiera y así sea. Es difícil. Una cosa sí es cierta, y es lo que les decía yo a los grupos dirigentes de "Cristianos para el Socialismo": nosotros queremos dialogar con los comunistas, dialogar con los marxistas, dialogar con los

ateos; pero para dialogar con ellos no tenemos que renunciar a nuestros principios, porque entonces no hay ningún diálogo, sino que nos entregamos al servicio de una causa que no es la nuestra; y el aporte que el mundo espera del cristiano es precisamente el aporte cristiano. Son los valores cristianos los que debemos nosotros aportar: dar, para transformar el mundo. ¡Ojalá que seamos capaces de hacerlo en un lenguaje que sea inteligible para los hombres de hoy y que esté dirigido, gobernado, por el astro de la caridad, que es el único, a mi modo de ver, que puede llegar a producir un verdadero entendimiento entre los hombres!

Perdónenme. Tal vez he sido demasiado largo.

Junio de 1973.

RESTABLECER EL DIALOGO

En el año 1973 se temía un enfrentamiento entre chilenos. La situación era violenta. En carta al Secretario del Partido Comunista, el Cardenal reitera su llamado a la reconciliación.

Señor Senador
Don Luis Corvalán
Secretario General del P. Comunista
Presente.

Señor Senador:

Agradezco su carta del 17 de julio del presente, la que posteriormente ha aparecido en la prensa, y en la que junto con manifestarme que "el Partido Comunista da respuesta positiva al Comité Permanente del Episcopado... para evitar una guerra fratricida", me expresa que Ud. y su Partido están dispuestos a hacer todos los esfuerzos "que estén a su alcance para evitarle a Chile el drama de una guerra civil..."

Tengo fe, Sr. Senador, en la rectitud, en el buen sentido y en el patriotismo de los dirigentes políticos chilenos y estoy seguro de que no solamente manifestarán su conformidad verbal con nuestra esperanza de reconciliación nacional, sino que darán los pasos necesarios para restablecer el diálogo perdido, el "desarme de los espíritus y de las manos", y lograr, tanto desde el Gobierno como desde la oposición, el consenso necesario para que el anhelo de justicia y de paz de nuestro pueblo no sea frustrado por pequeños intereses de grupos o partidos, existentes en unos y en otros.

Bien dice Ud. que desde "el punto de vista filosófico no tenemos las mismas ideas", pero estoy seguro de que

nuestro pueblo, profundamente religioso, en quien está enraizado por convicción y tradición secular el humanismo cristiano, respetará y se alegrará junto a su Obispo, por todos aquellos partidos que desde la oposición o del Gobierno conduzcan a Chile hacia la solidaridad nacional y no al conflicto.

Lo saluda atentamente,

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
Cardenal Arzobispo de Santiago

Santiago, 20 de julio de 1973

Señor Senador
Don Luis Corvalán
Secretario General del P. Comunista
Presente

Señor Senador:
Agradezco su carta del 17 de julio del presente, la que posteriormente ha aparecido en la prensa, y en la que junto con manifestarme que "el Partido Comunista da respuesta positiva al Comité Permanente del Episcopado... para evitar una guerra fratricida", me expresa que Ud. y su Partido están dispuestos a hacer todos los esfuerzos "que estén a su alcance para evitarle a Chile el drama de una guerra civil...".

Tengo fe, Sr. Senador, en la rectitud, en el buen sentido y en el patriotismo de los dirigentes políticos chilenos y estoy seguro de que no solamente manifestarán su conformidad verbal con nuestra esperanza de reconciliación nacional sino que darán los pasos necesarios para restablecer el diálogo perdido, el "desarme de los espíritus y de las manos", y lograr, tanto desde el Gobierno como desde la oposición, el consenso necesario para que el anhelo de justicia y de paz de nuestro pueblo no sea frustrado por pequeños intereses de grupos o partidos, existentes en unos y en otros.

Bien dice Ud. que desde "el punto de vista filosófico no tenemos las mismas ideas", pero estoy seguro de que

UN MINIMO DE CONSENSO NACIONAL

Buscando el diálogo y el bien de Chile, el Cardenal tuvo una tarea muy importante en 1973. A su mesa invitó al Presidente Allende y al Senador Patricio Aylwin. El 28 de julio de 1973 le dirige esta carta al Senador Aylwin:

Señor Senador
Don Patricio Aylwin A.
Presidente de la Democracia Cristiana
Presente.

Señor Senador:

Agradezco su carta del 28 de julio del presente año, en la que junto con expresarme que nuestro llamado fue "oportunamente recogido por Uds.", y que por su parte "el Sr. Presidente de la República en análoga actitud invitó públicamente a la democracia cristiana a confrontar ideas para encontrar una solución a la grave crisis que Chile está viviendo", me manifiesta que su Partido para ello, ha sobrepasado "los legítimos sentimientos de duda y de recelo que la polarización y la inseguridad provocan en el espíritu de nuestros compatriotas".

Comprendo, Sr. Senador, que para Uds. el llegar a dialogar representa no pequeñas dificultades, y que han hecho grandes sacrificios para secundar la humilde sugerencia que los obispos hemos hecho, inspirados solamente en las exigencias del Evangelio y sin representar "ninguna posición política, ningún interés de grupo, y solamente movidos por el bienestar de Chile, tratando de impedir que se pisotee la sangre de Cristo en una guerra fratricida".

Nuestro deber como cristianos, como chilenos, y por lo tanto, como obispos, es saber ser sensibles y escuchar la voz de Dios en la multitud de hermanos e hijos nuestros

que tienen hambre y sed de justicia, y para saberlos interpretar, creemos que ambos bandos en lucha deben sacrificar legítimas divergencias políticas "renunciando cada uno a la pretensión de querer convertir la propia verdad social en solución única", en un diálogo que para ser fructífero, "requiere que se verifique en la verdad, que se diga toda la verdad, que haya sinceridad para proclamar las intenciones reales, que se desarmen los espíritus y las manos".

Los tristes acontecimientos vividos en estos días, nos están urgiendo a encontrar un camino de sensatez, de comprensión y de un mínimo de "consenso nacional para lograr la paz, realizar las transformaciones sociales", y unificar a nuestro pueblo disperso, para que luche por la "justicia y no por la violencia y la destrucción".

Estoy seguro, señor Senador, que si existe en nuestros dirigentes políticos, tanto del Gobierno como de la oposición, buena voluntad, sinceridad y real anhelo de justicia y de bienestar para nuestro pueblo, se darán los pasos concretos que se requieren, para escuchar la voz de nuestro humilde servicio evangélico, y que Dios no dejará de bendecir a quienes, sacrificando legítimos intereses, concuerden en estos altos ideales.

Lo saluda atentamente su amigo,

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
Cardenal Arzobispo de Santiago

HORA DRAMÁTICA

A los pocos días del pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973, el Pastor de Santiago se dirigió a los cristianos. Sus palabras tienen la tonalidad y la fuerza de la profecía.

Amados hijos:

En una hora dramática para Chile, los Obispos de la Iglesia Católica hemos hablado a nuestro pueblo. Lo hicimos como lo dijéramos el día de nuestra Madre, la Virgen del Carmen, "por ser fieles a Cristo y a nuestra patria, porque no representamos ninguna posición política, ningún interés de grupo. Sólo nos mueve el bienestar de Chile".

Lo hicimos también acongojados, porque nuestros insistentes llamados a la paz, a la concordia, al diálogo, que antes del 10 de septiembre habíamos hecho oír, no habían sido aceptados. Lo hicimos temerosos de "que el rencor y el odio envenenen el alma nacional y hagan muy difícil la reconstrucción", por todos anhelada, de nuestra patria. Pero al mismo tiempo queremos declarar, con nuestros hermanos de otros Credos Cristianos, que los nobles propósitos expresados por las autoridades actuales de "restablecimiento de la normalidad institucional, de paz y de unidad entre todos los chilenos; las declaraciones que aseveran el respeto a las conquistas legítimas de los trabajadores, los llamados a la cooperación patriótica y a la solidaridad, las decisiones de superar el sectarismo y la afirmación de que no se trata de aplastar tendencias o corrientes ideológicas, ni de venganzas personales, merecen nuestro pleno apoyo".

En nuestra declaración hemos solicitado que "confiando en el patriotismo y en el desinterés que han expresado los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales

circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea. Y sobre todo, con humildad y con fervor, pedimos a Dios que los ayude”.

Queridos hermanos: No tenemos otro anhelo que encarnar, en medio de vosotros, a Cristo, el Señor; no deseamos sino ser fiel eco de aquél que dijo: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Lo que queráis que los hombres os hagan hacédselos vosotros igualmente. . . haced el bien y prestad sin esperar nada en cambio, y seréis hijos del Altísimo porque El es bueno con los ingratos y los perversos. . .”

El ideal de amor, que quisiéramos vivir en plenitud y hacerlo vivir a nuestro alrededor, exige sacrificios, luchas y superaciones no fáciles de aceptar y emprender. Pero sólo ese ideal realmente aceptado y realizado puede construir un mundo mejor, más humano y más justo.

Sólo ese ideal, encarnado en nuestro Chile, lo hará recuperar su verdadero rostro, y hará renacer entre nosotros el calor del hogar, los lazos de la familia, de la fraternidad que tanto anhelamos. Deseamos ardientemente destruir el odio para evitar que el odio mate el alma de Chile.

Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren. Si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir; humildemente pide para esta su actitud, comprensión y respeto.

Que la Madre de Jesucristo y Madre de Chile nos obtenga de El la justicia y la paz. Que el Señor ilumine con su gracia a nuestros gobernantes, para que cuanto antes consigan, como lo han expresado, que la normalidad institucional se restablezca y todos los chilenos nos sintamos verdaderamente hermanos.

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
Cardenal Arzobispo de Santiago

Santiago, 16 de septiembre de 1973

35
AMAMOS
LA LIBERTAD

En el Templo de la Gratitude Nacional se realizó el Te Deum del 18 de Septiembre de 1973, a pocos días del pronunciamiento militar y a solicitud de las nuevas autoridades. Esta fue la Homilía del Cardenal:

“No negamos el alma de Chile cuando evangelizamos a los pobres y liberamos a los oprimidos.”

En nombre de todos los que creemos en Dios, y por eso respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica.

Nos hemos reunido en este Templo para orar por nuestra patria, cumpliendo así con una vieja y no interrumpida tradición, que año tras año nos ha congregado a orar por Chile, en la ocurrencia del aniversario del Primer Gobierno Independiente de la Patria.

Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos; y venimos, también, y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile.

Pedimos al Padre de las Misericordias perdone nuestras faltas y las de nuestros hermanos caídos por la patria. Confiamos en su infinita bondad, y esperamos, por la Sangre Redentora de Cristo, que la luz eterna brille para nuestros soldados y nuestros civiles que han inmolado sus vidas en la noble, difícil y dolorosa tarea de corregir nuestros yerros y de lograr que la justicia para todos los hijos de una misma patria impere soberana en nuestra tierra trayéndonos el deseado fruto de la Paz.

Nosotros, todos, somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esa Patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros.

Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria, más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada.

Esta tarea hace renacer en nosotros una inmensa esperanza, que sentimos en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano, artífices de la Paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Para poder realizar tan noble tarea, en estos momentos todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia y sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria.

Pedimos al Señor que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos y, para esto, para reconstruir a Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración.

Para iluminar nuestro quehacer, hoy quisiera, con humildad, recorrer algunos de los rasgos típicos de nuestra personalidad de chilenos, para ir en ellos descubriendo las trazas del amor de Dios a nosotros, que ha ido enriqueciendo nuestro ser nacional con hermosas características que constituyen, con razón, nuestro orgullo y que configuran todo aquello, muchas veces imponderable, pero siempre valioso y amable que expresa lo típicamente chileno.

Los verdaderos valores nuestros me parecen una emanación siempre presente del amor de Dios a Chile, y su profanación me hiere como una profanación sacrílega.

Amamos la libertad. Durante los largos años de nuestra vida como nación, hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla. ¿No es éste, acaso, el reflejo y obra de la presencia de Cristo Libertador? ¿No está en esto manifiesta la voluntad del Padre de hacernos vivir nuestra vida, de desarrollar nuestra virtualidades,

nuestros valores, nuestras riquezas, para expresar en el concierto de las naciones los rasgos viriles y altivos de un pueblo pequeño, pero noble; inteligente y confiado en labrar y conducir su propio destino?

Ser fieles a este don de Dios significa acrecentar en los chilenos y para Chile, la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres o poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoporable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos la chilenidad.

Junto a nuestro amor a la libertad existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho —también legítimo— de sentir de otra manera.

¡Qué hermosa es el alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo! Y cuando el propio Señor infunde en nuestra alma impulsos de renovación, cuando el Espíritu de Dios sopla impetuoso, exigiendo que se evangelice a los pobres y se libere a los oprimidos, no está ciertamente pidiendo negar o destruir el alma de Chile.

No somos todavía una sociedad perfecta. Subsiste en nosotros el pecado personal y colectivo. Somos como el pueblo escogido, como la humanidad misma, una tierra que Dios miró con amor, una familia que El prefirió, y a la que quiso pertenecer, porque la vio pequeña y débil, imperfecta, necesitada de El. Y se hizo Dios uno de nosotros. Y nos aceptó como somos. Y nos respetó en nuestra originalidad y en nuestros vacíos. Y caminó, y sigue caminando con nosotros, sosteniendo nuestras aspiraciones de libertad, alentando nuestras conquistas, denunciando nuestras tinieblas. Nos respeta. Cree en nosotros. Espera. Confía.

¡Admirable misterio de nuestra fe! La fe de un pueblo que lo espera todo de su Dios. La fe de un Dios que lo espera todo de su Pueblo.

Por eso en este día, en que en nuestras almas se mezclan la congoja y la esperanza, venimos aquí a implorar al

Señor de la Historia, a Cristo, nuestro Hermano y nuestro Redentor, que ilumine nuestro camino, fortalezca nuestras almas, consuele nuestros dolores, y nos dé el don bendito de la Paz que El nos prometió.

Así sea.

Santiago, 18 de septiembre de 1973.

RESTAÑAR HERIDAS

Después de recibir la visita de la Junta de Gobierno, en conferencia de prensa el 9 de octubre de 1973, el Cardenal señaló:

La Junta de Gobierno ha querido, como un acto de deferencia, venir a saludar al Cardenal, que es también el Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile. Ellos han querido agradecer así el saludo que los obispos hemos llevado a la Junta de Gobierno.

En realidad, la Iglesia siempre ha tenido cordiales relaciones con los gobiernos que ha tenido este país. Deseamos servir. La Iglesia no está llamada ni a poner gobiernos ni a sacar gobiernos ni a reconocer o no reconocer gobiernos. Nosotros aceptamos los gobiernos que este pueblo quiera darse y los servimos. Queremos realmente servir al pueblo de Chile y, por lo tanto, reconocemos el gobierno que el pueblo quiere.

Hay, pues, un cordial entendimiento en esta tarea; la tarea de reconstruir a Chile; la tarea de sanar las heridas de los últimos acontecimientos; la tarea de sacar al país de las grandes dificultades en que se encuentra. Nosotros podemos servir en muchos de estos campos, en muchos de estos aspectos. Tenemos dos o tres organizaciones para la ayuda a los refugiados, para la ayuda a los prisioneros; y hemos encontrado la colaboración que necesitamos de parte de la autoridad para ello. Esto lo hemos conversado, estamos de acuerdo y la Junta nos ha prometido que facilitará nuestra tarea del buen samaritano que quiere restañar las heridas y disminuir los dolores.

Esta ha sido en síntesis nuestra conversación. Además, estamos preocupados por la imagen de Chile en el exterior

y queremos hacer todo lo posible para tratar de mejorar esa imagen. Creo que también en esto vamos a poder trabajar en común con las autoridades, para poder realmente señalar o presentar la verdadera imagen. Eso es prácticamente todo.

—*En la conversación ¿se consideraron las declaraciones del Santo Padre del domingo último, en las cuales se refirió a la situación de Chile?*

—También se consideraron en general. Hubo acuerdo en que precisamente en esto, nosotros podemos ayudarnos mutuamente para informar al Santo Padre, como a todas las autoridades eclesiásticas del mundo, de la realidad chilena.

—*El hecho de que el Papa en sus declaraciones haya deplorado la situación de Chile ¿significa, en su opinión y a juicio de la Junta, que él está mal informado?*

—El juicio de la Junta es difícil que yo lo diga, pues tendría que preguntarles a ellos. Pero, a mi modo de ver, significa que hay informaciones que recibe el Santo Padre no por los conductos regulares, llamémoslos así, sino por mil otros conductos, y especialmente a veces por religiosos y religiosas que han tenido que salir de Chile. Todas estas informaciones llegan a las casas centrales de estos institutos religiosos y a su vez pasan a la Secretaría de Estado de Su Santidad. Entonces, por las informaciones de prensa, que en Europa son tan malas en contra de Chile, y por informaciones que pueda haber tenido de parte de algunas de estas personas, la imagen que el Santo Padre se ha formado no es la que nosotros quisiéramos que tuviera de Chile en este momento.

—*¿Es posible que salga alguna misión de la Iglesia chilena al exterior para dar a conocer la verdad de lo que está pasando?*

—No sé. Eso evidentemente tendría que ser una cosa en que nosotros no tenemos la iniciativa. Pero sí yo estoy informando a través de correspondencia a los cardenales de diversas partes del mundo que nos preguntan continuamente cuál es la situación de Chile, y yo estoy cumpliendo esta tarea.

—*Monseñor, Ud. señaló que la Iglesia tiene propuesto el servir en este período.*

—En todos los períodos.

—¿La Iglesia tiene fe en el futuro de Chile? ¿Cree que van a venir días mejores?

—Sin duda alguna. Siempre hemos tenido fe en Chile. Podemos sufrir, porque los pueblos también pasan por épocas de sufrimiento, pero son necesarias para que puedan resurgir con mayor vigor. Tenemos fe absoluta en el Señor y en Chile, por la gracia de Dios.

Ayer fui a ver a los heridos al Hospital Militar, que son poquísimos y están en muy buenas condiciones de salud. Hoy voy a ir a ver a los heridos al Hospital de Carabineros, donde hay más heridos. Tal como fui a ver a los presos del Estadio Nacional, también he ido a ver a los heridos de los diversos hospitales.

—¿Qué gestión está desarrollando la Iglesia con relación a los sacerdotes detenidos actualmente?

—Estamos haciendo gestiones para todos los detenidos. Para los extranjeros tenemos casas de refugios y una organización que pregunta por ellos. Hacemos gestiones para conseguir que se les libere si no hay ninguna culpabilidad. Eso lo estamos haciendo para todos, y para los sacerdotes nuestros también. Hay poquísimos sacerdotes detenidos. Hay tres religiosos y un seminarista. Pero hay muy pocos, gracias a Dios. Hemos podido liberar a todos.

Santiago, 9 de octubre de 1973.

¿SOMOS CRISTIANOS?

En el día más importante del Año Litúrgico, el Cardenal habla a su pueblo en la Iglesia Catedral. Allí el Cardenal abrió su corazón en la Vigilia Pascual de 1974.

“Hemos dicho siempre que la violencia no genera sino violencia y que ése no es el camino de hacer una sociedad más justa”.

En esta noche, la cristiandad entera, y nosotros con ella, nos hemos reunido a orar para anticipar la conmemoración del Misterio de la Resurrección de Jesucristo. Nuestra fe, la tradición de nuestros padres y la Iglesia Santa, nos han transmitido la jubilosa nueva de que Cristo, después de haber muerto, ha resucitado. Nosotros, como tantos de nuestros hermanos, hemos venido en esta noche a celebrar este hecho misterioso, este hecho sobre el cual está basada la fe, la religión de Cristo, el Señor. Porque Cristo ha resucitado, mis queridos hijos, por eso creemos en El. Yo quisiera, en nuestra patria hoy día, en este año de Gracia de 1974 como llamamos los cristianos los años que han seguido al hecho trascendental de la resurrección de Jesucristo, que nos pusiéramos delante de esta fe nuestra, basada en Jesucristo, creída por la Iglesia, proclamada por las generaciones de cristianos y también por nosotros, delante de este acervo de fe, de esa predicación del Evangelio, de esa nueva que Cristo ha traído, para conformar nuestra vida con aquel anuncio de salvación que el Señor nos trajo y que viene a ser corroborado, afirmado, por su resurrección gloriosa. Hoy, en nuestra patria, nosotros, que somos cristianos ¿qué debemos decir ante el mensaje del Señor y ante nuestras vidas? ¿Qué debemos hacer, confrontando estas dos realidades? ¡Cristo que nos ama, Cristo que vino a re-

dimirnos, Cristo que ha derramado en cada uno de nosotros el agua santa del bautismo, su gracia redentora, para hacernos criaturas nuevas, para crear un pueblo nuevo, el pueblo de Dios! ¿Qué debemos decir, mis queridos hijos?

Ante la realidad de nuestras vidas, ¿somos realmente nuevas criaturas? ¿Hemos recibido en nuestra alma el bautismo en tal forma que ha transformado nuestra sociedad, nuestra comunidad de hombres, que vive en esta hermosa tierra que Dios nos ha dado? ¿Es una comunidad de cristianos? Esta es la pregunta que yo me hago.

Este es el desafío, como decimos hoy, que la historia de la Salvación lanza a este pueblo, a nuestro pueblo, a nosotros. ¿Somos o no somos hijos de Jesucristo? ¿Somos o no somos cristianos?

Vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene conciencia de lo que esto significa: ser de Cristo. Vuestro Pastor reconoce su debilidad, su pequeñez y la distancia enorme en que él se encuentra del ideal que Cristo ha querido traer a la Tierra.

Sin embargo, confiando en el Señor, confiando en su bondad, en su gracia, en la existencia que El le ha prometido y también a todo su pueblo, hoy se atreve a interrogar a sí mismo y a interrogar a todos los cristianos sobre esta realidad. ¿Somos o no somos cristianos? ¿Qué significa ser cristiano?

Ante todo, significa reconocer a Dios que es el Único que tiene derecho a exigirnos a nosotros la entrega total de nuestro amor. A reconocer a nuestro Dios como Nuestro Creador, a reconocerle derecho a imponer sus leyes en nuestras vidas y a reconocerlo, también, como nuestro juez. Pero por sobre todas esas cosas, a reconocerlo como el Amor que se ha hecho Carne, que ha venido a vivir entre nosotros para redimirnos.

Este Dios que es nuestro Creador, que ha hecho todas las cosas, según lo hemos leído en los libros santos en palabras muy sencillas, adecuadas a nosotros, los hombres, este Dios que nos ha traído a la existencia y que tendría todos los derechos sobre nosotros, ha querido ser un humilde niño, se ha encarnado, ha vivido entre los hombres, ha sufrido las discusiones de los hombres, las contrariedades y las luchas humanas. Se ha hecho uno de nosotros y ha sido víctima de las pasiones humanas muriendo por nosotros, recabándonos no la obediencia ciega y temerosa del esclavo, sino el amor del hijo, que reconoce al padre, que lo ama y obedece con inmenso cariño.

Ser cristiano significa, mis queridos hijos, reconocer a nuestro Dios y saber que El pretende de nosotros nuestro amor.

¿Qué otra cosa significa ser cristiano? Significa, mis queridos hijos, que todos somos hijos del mismo Padre y nos reconocemos como hermanos. Significa que debemos respetarnos, porque no hay ninguno de nosotros que sea inferior a los otros delante del Señor. Significa que debemos respetarnos también, porque el amor sabe igualar las distancias, sabe sobreponerse a las diferencias y sabe perdonar las debilidades. Dos grandes amores se anidan en el corazón del cristiano: el amor a su Dios y el amor a su hermano. Esta es la ley.

Y ahora yo me pregunto, en esta tierra nuestra: ¿Reina esta ley? ¿Somos nosotros realmente hijos de Dios? ¿Nos sentimos hermanos de nuestro prójimo? ¿Establecemos una ley, la ley que Cristo ha proclamado y que no queremos que a nadie se le haga lo que a nosotros queremos que no se nos haga? ¿Sabemos que tenemos que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? ¿Lo cumplimos? Esta es la pregunta que hoy nos hacemos.

Realmente vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas. Tiene una gran aprensión. No está cierto de que nosotros seamos fieles hijos del Padre de los Cielos, de que amemos a Cristo el Señor que ha muerto y que ha resucitado por nosotros en la persona de nuestros hermanos. No estamos ciertos.

¿Por qué? Hemos presenciado desde la última Pascua de Resurrección hasta ahora, las vicisitudes de nuestra historia, los dolores de nuestro pueblo, las luchas de nuestros hijos. Lo hemos presenciado. Sentimos dolorosamente que nuestro pueblo, que nuestros hijos, que estos hijos de Dios y el pueblo de Dios, no sean capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse; y que, por el contrario, los odios fraticidas se despiertan entre nosotros.

Hemos presenciado la lucha y hemos visto la muerte de nuestros hermanos. Hemos visto el dolor de una situación sangrienta en nuestra patria y de una guerra entre compatriotas. Hubiéramos querido evitarla, hemos hecho todo lo posible por evitarla; al menos, así lo pensamos. Tal vez, también, nosotros hemos sido culpables y no hemos hecho todo lo que debiéramos.

Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia y que ése no es camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras auto-

ridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos.

Les hemos dicho, en todos los tonos, esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del Padre que presencia el desgarramiento de su familia, la lucha entre sus hijos, la muerte de algunos de ellos, la prisión y el dolor de muchos de ellos. Sin embargo, mis queridos hijos, tenemos una esperanza a pesar de nuestras debilidades, de nuestras flaquezas, de nuestras faltas.

Nosotros confiamos en Cristo, confiamos en el Señor y a El le pedimos, con las ansias del Padre atribulado ante el dolor de sus hijos, que haga renacer la paz en nuestra tierra; que sus hijos se comprendan; que todos nosotros, todos sin excepción, podamos trabajar por la grandeza de esta tierra que amamos y que El nos ha dado, como señal de su inextinguible amor.

Tenemos confianza y tenemos esperanza.

¿Creeríais, mis queridos hijos, que en este momento, según me dicen, vuestro Pastor, vuestro Obispo, que os habla, está amenazado de muerte y tiene que llevar una escolta para que lo defienda? ¿Creeríais que esto es posible en esta tierra nuestra? Yo me pregunto: ¿Qué mal he hecho? Me pregunto: ¿Cómo es posible que los odios de mis hermanos lleguen hasta concebir la posibilidad de esta aberración? No lo puedo creer; no lo puedo creer. Yo no puedo creer que alguien pretenda levantar su mano contra un pobre hombre, que no es nadie, pero que tiene sobre sus hombros la Cruz de Cristo y que su cabeza ha sido ungida por la gracia del Pontificado. No lo puedo creer. Yo tengo una esperanza: Amo a mi pueblo. Amo a mi gente y, realmente, si fuera necesario morir por ella, yo le pediría al Señor que me diera fuerzas para cargar con su Cruz hasta el extremo. Pero quisiera que mi pueblo viviera en paz, que los hombres de mi tierra pudieran todas las mañanas levantarse y ver ese sol que nos alumbraba, ver las montañas, los valles, los mares, pensando que aquí nadie los persigue, que no deben tener temor, que la gracia de Dios lo llena todo. Y es de todos.

Quisiera pensarlo, mis queridos hijos. Y tengo la esperanza de que así sea. Vuestro Obispo quiere que los dolores de su tierra, de sus hijos, se terminen. El no se engaña tampoco creyendo que todo sea dolor, miseria y lágrimas en esta tierra nuestra.

Sabe que hay muchos de nosotros, la inmensa mayoría, que no tiene temor, que está en paz. Pero yo tengo que de-

cirles a todos los hombres de esta tierra que hay quienes sufren, para que su corazón sea más fraterno, para que comprendan, para que ayuden a quienes sufren. Porque debiéramos, todos los que estamos bien, los que nos sentimos alegres, los que hoy debemos agradecerle al Señor por las gracias que hemos recibido, prometerle a El que vamos a emplear nuestra alegría, nuestra gracia, los bienes que nos da, para hacer más felices a nuestros hermanos y precisamente, para consolar al que sufre, para enjugar las lágrimas del que llora, para cumplir con el Evangelio.

¿Será mucho pedir? ¿No es esto, mis queridos hijos, lo que Dios quiere de nosotros? Uno solo, uno solo murió por todo el pueblo. Uno solo fue la víctima inocente que se entregó para redimir a toda la humanidad, y esa sola familia, en Jerusalén, hace dos mil años, lloró amargamente por la muerte del hijo querido, del amigo, del hermano, del Maestro. Ese solo grupo humano con su dolor, ha servido para redimir a la humanidad entera y para darnos a nosotros la gota de felicidad que tenemos.

Bendito sea el dolor de Cristo que ha venido a sanar nuestras miserias y dolores. Por eso hoy, vuestro Pastor, en vuestra compañía, viene a pedirle al Señor, confiando en la bondad de los hombres, la comprensión para todos. Que sepamos enjugar las lágrimas, consolar a los afligidos, darles libertad a los cautivos y liberar a los hombres.

Así sea.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

Santiago, 13 de abril de 1974.

BUENA NUEVA PARA LOS POBRES

Al igual que todos los años, el Cardenal, para celebrar el Día del Trabajo, se reúne con los obreros en la Iglesia Catedral. Su palabra es esperada con atención. En 1974 dijo lo siguiente:

Queridos hijos:

Estas dos sencillas palabras tienen hoy día un valor y un peso muy especiales.

“Queridos Hijos”: como Obispo que soy, debo ser padre, padre para todos. Por todos derramó Cristo su Sangre, pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme, decididamente y de todo corazón, al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el Cielo, y los que tienen hambre y sed de justicia. A ustedes, trabajadores, presencia viva de Dios, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a ustedes, trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias descansa la principal riqueza de la Iglesia; a ustedes, trabajadores, se dirigen en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: “Queridos Hijos”.

Palabras que el Obispo pronuncia en su Iglesia Catedral: la Iglesia Madre. Hoy día ella se siente plenamente Madre y plenamente Iglesia. Toda madre se alegra cuando los hijos llenan y desbordan la casa, y ¿a quién pertenece en primer lugar esta Casa? Lo sabemos: es la Casa de Dios; pero es la casa de un Dios que desde un pesebre se ha revelado a los humildes, que desde un taller se ha abrazado con

los pobres. Ya se los decía una vez: "La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació y así la queremos ver siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes" (1º de mayo 1971). Y nosotros no queremos traicionar su origen ni falsear su misión.

¡Pero del Carpintero de Nazareth los suyos se escandalizaron! Es la terrible lección del Evangelio que recién hemos leído. Se escandalizaron de El. ¿Quién era El para tener derecho a hablar, a enseñar, a sufrir? Era sólo un obrero, demasiado pobre, demasiado poco conocido. La sabiduría —así lo pensaron los suyos— no puede venir de una persona socialmente tan insignificante. A uno con más estudio, con mayor prestigio; a uno que se presentase con ostentación de riqueza y poder, a ése sí lo habrían escuchado y le habrían abierto las puertas de sus casas. A éste, no. Y Jesús tuvo que irse por la incomprensión de un grupo de hombres de su Pueblo y de su tierra, por una injusticia, y por una violencia, confesando con amargura que un profeta sólo carece de prestigio y acogida en su propia patria.

¿Cuántos trabajadores, herederos auténticos de Jesús de Nazareth, se habrán hecho en sus vidas la misma dolorida confesión? Se han sentido rechazados de su tierra, del derecho a trabajar para sustentar a los suyos, despojados del fruto de sus esfuerzos humanos y de los bienes que les pertenecen a ellos tanto como a los demás; ¿cuántos se habrán sentido marginados con hostilidad porque se les ve —como a Jesús— apenas un trabajador?

¡Apenas un trabajador! Y sin embargo, este Jesús trabajador no vacila en atribuirse la calidad de profeta, es decir, de portavoz de Dios, de signo de su presencia en el mundo.

La Iglesia escucha este Evangelio y medita y se interroga a sí misma: "¿Hasta qué punto ha sido Ella la Iglesia de los Pobres?"

La respuesta no es fácil. Habría que preguntar a la Historia. Probablemente ella nos hablaría de emocionantes sacrificios, pero también, más de una vez, de silencios y omisiones culpables. Dejemos eso atrás; es tan difícil juzgar el pasado. Hoy día sólo nos importa profundizar la conciencia y reiterar la exigencia de Jesús: "Todo lo que ustedes hagan con el hambriento y con el sediento, con el que no tiene casa ni abrigo, con el enfermo, con el encarcelado, me lo hacen a Mí". A ese Señor, la Iglesia quiere ser hoy fiel, por-

que la fe sin obras es fe muerta. Porque de El recibe el mandato de amar al Hermano. Porque ningún líder, ningún filósofo, ninguna doctrina o humanismo se ha atrevido a proclamar lo que el Señor nos ha dicho: Servir al oprimido es servir a Dios, y según eso será juzgado cada hombre. Debemos encarnar hoy al Cristo Resucitado en el corazón de nuestro pueblo y asumir sobre los hombros sus angustias y miserias, luchas y esperanzas.

En esta oportunidad, queridos hijos, en esta mañana nos encontramos con Cristo. Cristo está presente, y ofrece y consagra en la persona del sacerdote Su Cuerpo y Su Sangre, bajo las especies de pan y de vino para la redención de su pueblo.

Y es ese Cristo el que los invita a ustedes: "Vengan a Mí; los que gimen agobiados por trabajos y cargas, en Mí encontrarán alivio y descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana". Hay otras cargas que no son livianas; otros yugos que no son suaves: ustedes lo saben y lo sufren más que otros. También Jesús, también la Iglesia lo sabe y sufre, y no descansará en su lucha por mitigarlos y finalmente suprimirlos. Pero para eso, precisamente para eso, para acelerar la lucha y asegurar su triunfo, es necesario aceptar la invitación y venir a Jesús. Ningún sistema, ningún ordenamiento social, ninguna ideología o movimiento, podrá aligerar nuestra carga y liberarnos de todos los yugos si no está inspirada y cimentada en el Evangelio de Jesús. Movidos por la caridad de Cristo e iluminados por la luz del Evangelio —nos dicen los obispos de todo el mundo— abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre, o sea, su plena liberación, y comience ya desde ahora a realizarla. En efecto, está obligada a imitar a Cristo, que explicó su Misión con las siguientes palabras: "El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres... y poner en libertad a los oprimidos" (*Lucas 4, 18*. Sínodo de los Obispos 1974).

Esta fe en Jesucristo vivo junto a nosotros, y que descubrimos en su Iglesia, se transforma para nosotros en una invitación a reencontrar la alegría y la esperanza del caminante. Aquí, junto al altar, en la comunión fraterna con los otros, el alma obrera supera la tristeza, deja afuera el desaliento, repara la fuerza desgastada, vuelve a creer, vuelve a querer, vuelve a empezar, sintiendo como Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta", y que la solidaridad,

expresada en esta comunión fraternal "seguirá siendo el arma más eficaz en esta lucha de los oprimidos por conquistar su lugar en la Tierra". La fe en ustedes, la fe en Jesús y en la Iglesia serán la fuerza victoriosa que vence al mundo, que rompe las cadenas, quiebra los yugos, mata la injusticia y el odio. La esperanza alegre del caminante se transforma aquí en la certeza misteriosa del combatiente. Aquí está Cristo, el que alienta el que sostiene: "No tengan miedo, Yo he vencido al mundo".

Pero, queridos hijos, la Iglesia no solamente tiene algo que ofrecerles; tiene también algo que pedirles. La Iglesia también los necesita a ustedes y la respuesta a esta petición la encontramos al interrogar el Evangelio que hemos proclamado: él nos habla del Cristo Obrero, del Dios trabajador y pobre que, por serlo, es rechazado de su tierra y de su pueblo. Y entonces dice: "Así les ocurre a los profetas".

¿Tenemos derecho de aplicarnos a nosotros esta lección evangélica? El trabajador, en cierta manera —podemos decirlo con razón—, tiene algo de profeta. Sí, ciertamente lo es, porque el profeta es un portavoz de Dios, un hombre generalmente limitado y débil que recibe de El el encargo solemne de anunciar a los hombres un mensaje y de ser capaz de cambiar el curso de la historia de su pueblo.

Digo esto, queridos hijos, y pienso en las manos de ustedes: manos de trabajador, manos de Cristo, manos de Dios Creador. La Creación, ese supremo trabajo en que se expresan el poder y la sabiduría de Dios, no está terminada, no está acabada. Dios no quiere acabarla sin el hombre. Admirable misterio: el Dios Omnipotente se asocia con el hombre trabajador, limitado y pequeño, y sus manos son el instrumento del que Dios se vale, con infinito respeto, para poner más vida, más amor, para humanizar la historia. Nunca, por eso, será suficiente el respeto que tengamos ante la dignidad eminente del trabajo. Nunca será suficiente el respeto que mostremos a las manos de un trabajador. Son manos de Cristo, manos de Dios creador. Y es éste el primer mensaje que se espera del trabajador como profeta: el anuncio de su dignidad increíble, de la dignidad increíble del trabajo humano y, consiguientemente, de la inviolable dignidad del trabajador.

Y este mensaje, ¡cuántas veces los hombres lo hemos olvidado! ¡Cuántas veces hemos pecado al subordinar al hombre a las cosas, al valorizar el instrumento, la materia y la máquina, más que a la persona, a veces se ha tolerado que se considere al trabajador como una vulgar mercadería, cu-

yo precio está entregado a las fluctuaciones del mercado! ¡Cuántas veces se ha permitido el escándalo de que la materia inerte emerja de la máquina ennoblecida, mientras que el hombre que puso en ella su germen creador, sale de la fábrica envilecido! Hay que releer sin descanso ese mensaje de León XIII, hay que reaprender incensamente esa revelación: ¡La persona del trabajador es lo primero; su dignidad no permite ser violada!

La economía —enseñará constantemente la Iglesia— ha de estar al servicio del hombre. El principio rector, el motor esencial de la vida económica no puede ser el lucro; su ley suprema no puede ser la libre competencia de la oferta y de la demanda.

De este principio, decía Pío XI, han manado “como de una fuente envenenada, todos los errores de la economía liberal capitalista”, y por eso debemos tomar el principio rector, la ley suprema que han de ser la justicia social y la caridad social. Y por eso, el Papa Pablo VI, al recordar que es necesario el crecimiento económico para el progreso humano, nos insiste al advertirnos que hay que “recordar una vez más que la economía está al servicio del hombre y que cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticia y de luchas fratricidas...” (*Populorum Progressio* N° 25-26). Y el mismo Sumo Pontífice, ante la Organización Internacional del Trabajo, expresaba al mundo “que nunca más el trabajo esté contra el trabajador; sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre”. (OIT, 10-6-69.)

Y a estas palabras, el profeta se convierte en Juez. Sí, el pobre es nuestro juez, y su grito nos condena cuando clama a Dios reclamando derechos. “Mirad —nos dice el Apóstol Santiago—: el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor” (*Santiago*, 5, 4). Nadie por eso puede excusarse ante la miseria de su hermano, alegando que no tiene culpa, o que ni el contrato ni la ley lo obligan a hacer algo para remediarla. No importa quién tenga la culpa; pero sí importa la justicia e importa el amor. Y la justicia y el amor claman por los derechos del pobre. Los derechos del que no tiene con qué comprar lo necesario para su subsistencia, y que en una situación de extrema necesidad tiene derecho a poseer los bienes superfluos de los que todo tienen.

¿Será necesario insistir una vez más en que el amor al dinero es una trampa mortal, la raíz de todos los males y una forma de esclavitud que impide servir y adorar al único Dios verdadero? Quien haya recibido bienes del Señor debe considerarse a sí mismo no dueño, sino que administrador. Lo que tú des al pobre —lo decía San Ambrosio, y lo recordaba Pablo VI—, no es parte de tus bienes: le pertenece a él. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias.

La tierra ha sido dada para todo el mundo, y no solamente para los ricos (*Populorum Progressio*, 23), y San Basilio nos advierte con enorme dureza: "Tú quieres edificar sus graneros, pero tu granero es el vientre de los pobres".

Por eso, nuestra voz esta mañana desea llegar también a aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial, para que, urgidos por la justicia y el amor que deben a sus hermanos, desarrollen al máximo su generosidad, su imaginación, y comprendan el deber que tienen de realizar una verdadera reforma de la empresa. Los Obispos Latinoamericanos decíamos hace algunos años: "El sistema empresarial latinoamericano, y por él la economía actual, responde a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción, y sobre la finalidad misma de la economía. La empresa, en una economía verdaderamente sana, no se identifica con los dueños del capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes. Una persona o grupo de personas no puede ser propiedad de un individuo, de una sociedad o de un Estado" (*Medellín, Justicia* N° 10). Un empresario que al menor riesgo o a la primera dificultad comienza a sacrificar al trabajador, no cumple con el mandato del Señor. Tampoco es un buen empresario. La eficiencia no tiene nada que ver con el lucro fácil y sacrificar de inmediato al trabajador revela, además de insensibilidad, la crueldad de lanzar a veces a una familia entera a la miseria.

Queridos hijos:

Estamos llegando al final de esta lectura. Lectura de un mensaje de Dios que se nos revela en ustedes. Manos que revelan la dignidad del Creador, almas de pobres que proclaman la Ley Suprema de la Justicia, del Amor y de la Esperanza. La hemos leído con asombro y respeto, con dolorida tristeza, con apasionado afecto. Es que el Obispo es

Padre, y la Iglesia es Madre, y a los hijos que ella más necesita, y que más la necesitan, los quiere de modo preferente. Permítanme concluir, por eso, con un llamado a todos los que forman este Cuerpo que es la Iglesia, que se mantiene en comunión con su legítimo Pastor. Vigoricemos la Pastoral Obrera en nuestra Arquidiócesis de Santiago, que nuestros movimientos de la Acción Católica Obrera —JOC y MOAC— encarnen verdaderamente y con eficacia, en la trama de la vida obrera, y a partir de su vida, la luz del Evangelio y la Persona de Cristo, el Señor.

Y finalmente, queridos hijos, para vuestro Obispo, para vuestro Pastor, os pido una oración especial: que siempre sea fiel a su Señor. Que con humildad, que sin temor alguno sea siempre su Voz, su Pensamiento, su Corazón Amante. Que la Iglesia que conduce sea lugar de encuentro, de comunión y de libertad para todos, y que cualesquiera que sean las dificultades, tenga la fortaleza para anunciar siempre y en todo momento, la Buena Nueva a los Pobres y la Liberación a los Oprimidos.

Que María, la mujer pobre y fuerte, sencilla y sufriente, la Esposa del Carpintero, nos dé la gracia de obtener esto de su Hijo.

Así sea.

Santiago, 1º de mayo de 1974.

RECONCILIACION DE LOS CHILENOS

Al culminar en Chile la celebración del Año Santo, una inmensa multitud se reunió en Maipú. Allí, el Cardenal, en presencia de todos los Obispos de Chile, dirigió al pueblo estas palabras el día 24 de noviembre de 1974:

¡Qué hermosa jornada de reconciliación estamos viviendo aquí, en la tierra de Maipú!

Era conveniente que cada uno de nosotros dejara su casa, su villorrio, su barrio, su ciudad.

Era conveniente vencer nuestras amarguras y tristezas y, avivando la esperanza, ponernos en camino.

Era conveniente reunirse con otros caminantes y, tomando la Cruz de Cristo como bandera y brújula, avanzar por toda la geografía chilena hasta Maipú.

Era conveniente que, aquí, los hijos de la Iglesia de Chile se encontraran junto al Santuario de Nuestra Señora del Carmen, en una hora santa de conversión y de paz.

Era conveniente sellar el Año Santo chileno con esta peregrinación nacional.

Durante largos e intensos meses trabajamos por revitalizar la Iglesia, haciendo nuevo nuestro viejo amor por Cristo y procurando servir a Chile, ofreciéndole la reconciliación: esa reconciliación de hermanos que es Don del Padre de los Cielos y la única posible.

Los obispos chilenos, siguiendo un llamado del Papa, convocamos a este Año Santo. Tiempo de gracia. Tiempo de explorar juntos el querer de Dios para con nosotros, para este nuestro Chile de 1974. Tiempo de convertir nuestros corazones en la obediencia a ese querer: ¡el único en que se encuentra la paz!

Tu voluntad, Señor

“¡Tu voluntad, Señor, es mi Paz!” Esa era la gran oración, el lema de vida del Papa Juan. El gran secreto, también, de su permanente alegría y de su prodigiosa fecundidad. Escuchar al Señor y hacer lo que EL quiere, lo que EL manda, lo que EL desea. TU VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ. Allí se resume la sabiduría de la Iglesia; ésa es la gran lección de la historia de la Humanidad: ¡los hombres y las naciones sólo encuentran la paz cuando obedecen a Cristo y se convierten a su Evangelio!

Cristo quiere que nos digamos la verdad unos a otros, porque somos miembros de su Cuerpo: por eso, cuando nuestro lenguaje es mentiroso, no tenemos paz.

Cristo quiere que cada uno ame a su prójimo con la misma pasión y capacidad de sacrificio con que se ama a sí mismo. Por eso, cuando dejamos crecer en nuestro corazón la cizaña de la envidia y del odio, no tenemos paz.

Cristo quiere que lo reconozcamos y lo sirvamos a El en la persona de los pobres: por eso, cuando nos dejamos esclavizar por el egoísmo y la indiferencia, cuando no trabajamos apasionadamente por restituir al desposeído su dignidad y sus derechos de hombre, no tenemos paz.

¡SÓLO TU VOLUNTAD, SEÑOR, ES MI PAZ! Ese es el grito, la confesión que resume la experiencia de la Iglesia, la gran lección de la historia. Es la clave, también, de nuestro destino personal y de la salvación de nuestra patria y del mundo. SOLO TU VOLUNTAD, SEÑOR: expresada en Tu Evangelio, interpretada, promulgada y urgida por Tu Iglesia. Este Año Santo, al que Cristo nos convoca por medio de su Iglesia, quiere ser tiempo de gracia, invitación a mirarnos en el espejo de su Evangelio, y reencontrar, en la voluntad de Dios, nuestra verdadera imagen, nuestro único camino, nuestra esperanza, nuestra paz.

Sinceridad

Una condición exige Dios, queridos hijos, para que este tiempo de gracia cambie nuestro corazón: sinceridad. Sinceridad para confesar que en nuestra historia personal, y en la historia de nuestro Chile, ha habido injusticia, mentira, odio, culpable indiferencia. Seamos sinceros, humildes, y digamos al Señor: ¡HEMOS PECADO CONTRA TI! Pecar contra nuestro hermano, el hombre, es pecar contra Cristo,

que murió y resucitó por todos los hombres. ¡Seamos sinceros, humildes!: ¡PEQUÉ, SEÑOR, CONTRA TI. NO OBEDECÍ A TU EVANGELIO!

Porque reconocer nuestro pecado es ya empezar a convertirnos.

El hijo pródigo huyó de la casa de su padre, dilapidó la herencia y tuvo que alimentarse con comida de animales. Entonces sintió que llegaba para él el tiempo de gracia, cuando en la sinceridad del corazón reconoció su falta. El hijo pródigo no inventó un subterfugio para justificarse. Simplemente confesó: "Padre, yo pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo".

El espejo del Evangelio

Mirémonos, hoy, en el espejo del Evangelio. ¿No somos, acaso, de alguna manera, en algún grado, ese hijo pródigo? ¿No hemos abandonado la casa del Padre, y olvidado sus mandamientos y despreciado su ley, la gran ley, la única ley, la del amor fraterno, la del servicio mutuo, la de llevar unos las cargas de los otros por amor a Cristo? ¿No hemos buscado ser felices lejos, en el cumplimiento de nuestra voluntad, en la satisfacción de nuestros egoísmos? Nos alejamos de Dios, creyendo vanamente ser con ellos más felices y más libres. Pero ese pecado nuestro no nos ha hecho, no nos hace felices ni libres. Sucedió, en verdad, lo que rezamos en la Oración del Año Santo: "Padre, lejos de Ti sólo hemos encontrado cansancio, angustia y división".

Ahora es tiempo de gracia. Es la hora de volver dentro de nosotros mismos, como el hijo pródigo, y retornar a la casa. Es la Casa del Padre. El que vigila el horizonte para descubrir indicios de que su hijo regresa. El que sale al encuentro del ausente, del ingrato, del que lo ofendió privándolo de su presencia y creyendo ser feliz lejos de él. Sale a su encuentro, y apenas oídas sus palabras de confesión: "Padre, yo pequé contra el cielo y contra ti", lo acalla, lo abraza, lo viste con el traje mejor y prepara una fiesta para celebrar la vuelta del que tanto añoraba.

Así es el Dios de Jesucristo. El nos enseñó a decirle: "¡Padre!" Por eso nos miramos, hoy, en el espejo del Evangelio y, sintiéndonos ese hijo pródigo, confesamos: "¡Hemos pecado, Señor! ¡Hemos pecado contra la justicia y contra el amor! ¡Hemos pecado contra la verdad y contra la paz en nuestro Chile!"

La Iglesia nos acoge

Y el Padre nos recibe en su casa. Nuestra casa, porque somos, seguimos siendo sus hijos. Y esta vez en la casa del Padre está también la Madre. Por Ella la casa se convierte en hogar; el grupo humano, en familia. Por Ella, los hijos aprenden a conocer al Padre y a reconocerse, entre sí, como hermanos. ¡Qué hermoso es culminar este Año Santo de reconciliación, precisamente en la Casa de la Virgen María, la Madre del Pueblo de Chile! ¿Dónde mejor que aquí, podrían reencontrarse los hijos dispersos? ¿Quién, mejor que Ella, podría hacer de la Iglesia y de Chile, el hogar del que no se quiere salir nunca más? ¡Madre de la Iglesia, Madre de Chile, acoge a este pueblo tuyo que anhela empezar otra vez! ¡Toma posesión de esta casa tuya, para que todos los chilenos la sientan suya! ¡Quédate para siempre en este lugar de gracia, porque Tú eres la estrella y el alma de esta tierra bendita!

Nuestro Santo Padre, el Papa Paulo VI, nos ha hecho llegar, esta tarde, dos presentes para la imagen histórica de Nuestra Señora del Carmen de Maipú: un manto y una corona.

La Iglesia de Chile se los agradece de corazón, porque son un lenguaje de paternal cercanía. Para siempre el Santuario de Maipú guardará estas insignias de María, como un recuerdo vivo del Padre común de la Iglesia universal. Y, entonces, los que peregrinan hasta acá sentirán que no sólo pertenecen a un pueblo definido por la sangre y las fronteras, sino que también son hijos de una familia que se extiende por todos los continentes: la Iglesia Católica. Iglesia universal que entre nosotros está también representada por obispos de Argentina y de Perú, que nos acompañan en esta peregrinación.

Vienen de dos naciones con las cuales nos unen ligamentos múltiples y profundos, de tradición libertaria, de patrimonio cultural, de mancomunados destinos. Los saludamos con afecto verdadero de hermanos, y les damos las gracias por su presencia en este lugar histórico: escenario, ayer, de una gesta emancipadora; símbolo y motor, hoy día, de nuestra lucha por liberar el corazón del hombre.

¡Liberar el corazón del hombre! ¿Qué es lo que oprime, qué es lo que esclaviza al hombre? Ya lo dijo el Señor Jesús: "El pecado". ¿Pero cuál es el gran pecado de los hombres sino el desamor? No hay nada, queridos hijos, nada que contradiga tanto el querer de Dios; nada que aflija tanto su corazón, como el ver a los seres humanos unos contra otros. Al Padre le duele ver a su Familia desgarrada. El no quiere la envidia, la codicia, el odio. Hubo un hombre que tuvo envidia de su hermano, codició sustituirlo y terminó por odiarlo: entonces lo mató. Se llamaba Caín, y por su crimen Dios lo maldijo a él, su trabajo y su tierra. Dios no puede bendecir el trabajo y la tierra del que odia a su hermano. El que odia a su hermano, vive en las tinieblas —dice la Escritura—, y no sabe adónde va: las tinieblas lo han cegado. El que no ama a su hermano —dice la Escritura— permanece en la muerte. El que odia a su hermano —dice la Escritura— es un homicida. El que no obra la justicia —dice la Escritura— no es de Dios. Este es el gran pecado que nos aleja del Padre y nos condena a la esclavitud. Mis queridos hijos: "¡Aprendamos de nuevo a amarnos, sin desconfianzas, sin envidias! ¡Reencontremos el camino del amor fraterno, que nos hace pasar de la muerte a la vida! ¡Seamos una familia que alegra el corazón del padre, en que cada uno tiene funciones distintas, pero igual dignidad! ¡Construyamos juntos una casa donde haya lugar para todos!"

Para eso estamos aquí, en esta Casa de la Virgen María, amplificada imagen de la Madre, cuyo manto quisiera albergar a todos sus hijos, sin distinción. Y le agradecemos al Papa por habernos regalado el Manto de la Virgen. Nos permite, así, repetir esas palabras que resonaron aquí, en Maipú, tras horas amargas de división y de muerte entre chilenos. Las profirió un prelado ilustre, don Ramón Angel Jara, el 5 de abril de 1892, en una apremiante oración dirigida a Nuestra Señora del Carmen, y que resume muy bien la súplica de nuestra esperanza: "¡María, abre tu blanco manto y convida a la familia chilena a darse un abrazo de paz y de fraternal unión sobre tu regazo maternal!"

Hoy día, el Papa nos regala el Manto de la Virgen. El Papa, el Santo Padre, el Vicario de Cristo, imagen en la Tierra del Padre de los Cielos. Debe ser, entonces, voluntad de Dios. Este Manto se nos ofrece como emblema de paz y

reconciliación. ¡Bajo este Manto caben, tienen que caber, todos los chilenos!

¡Emblema de paz y reconciliación! Este Manto, este Templo, la Iglesia misma, la Iglesia toda, tienen por misión ser el signo y la fuente de reconciliación entre todos los hombres.

Es una tarea ardua y difícil reconciliar a los hombres. Una tarea siempre incompleta. Sólo cuando el Señor retorne al final de los tiempos y surjan el cielo nuevo y la tierra nueva habrá reconciliación total. Entretanto, luchamos por ella; la procuramos apasionadamente, porque la reconciliación final se prepara ahora, se construye día a día y será fruto de lo que sembremos aquí.

Condiciones para la reconciliación

Por eso deseamos y pedimos para Chile que cada uno en su lugar, de acuerdo a su función en el cuerpo social, cumpla con las condiciones de la reconciliación. Son las mismas condiciones de la paz. Paz y reconciliación se dan solamente como fruto de la justicia. No hay paz ni reconciliación sino allí donde los derechos de los hombres — todos los derechos y de todos los hombres— son celosamente respetados.

El Santo Padre, Pablo VI y los obispos reunidos con él en el Sínodo Episcopal, recordaban hace un mes los derechos humanos que aparecen más amenazados en el mundo de hoy: el derecho a la vida, gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura, por hechos de violencia contra víctimas inocentes, por el flagelo de la guerra. El derecho a comer, directamente vinculado con el derecho a la vida, y que le está siendo negado a millones de hombres amenazados por el hambre; los derechos sociales y económicos, bloqueados por desigualdades masivas en el poder y la riqueza; los derechos políticos y culturales, como el de participar responsablemente en la formación del propio destino, el libre acceso a la información, la seguridad ante el arresto, la tortura y la prisión por razones políticas o ideológicas; la protección jurídica de los derechos personales, sociales, culturales y políticos. “A las naciones y grupos en conflicto les pedimos —decía entonces el Papa y con él los Obispos del Sínodo— que procuren la reconciliación, suspendiendo la persecución de otros y concediendo la amnistía, signada

por la benevolencia y la equidad, a los prisioneros políticos y a los exiliados”.

“Ninguna nación está hoy sin culpa cuando se trata de derechos humanos”, añadía el Santo Padre. Y también la Iglesia debe someterse a continuo examen y purificación de su propia vida. Ella está consciente de sus limitaciones y fallas en materia de justicia, y eso la hace más comprensiva frente a las limitaciones y fallas de otras instituciones o individuos que merecen censura.

Justicia

Pero la Iglesia no puede cesar de urgir la justicia y preparar así la reconciliación. Ella es la depositaria de la única Palabra que puede salvarnos. Ella es la intérprete del único Evangelio que proclama y cautela la dignidad del hombre —de todo hombre— como hijo de Dios. Ella es la voceadora incansable del triunfo del amor sobre el odio y de la vida sobre la muerte. Ella es la abogada insobornable de todo aquél que es destituido de sus derechos; la conciencia incallable que denuncia toda justicia violada. Ella es la maestra que sabe de humanidad, con su sabiduría que le viene de Cristo. Ella es, sobre todo, la Madre que sólo tiene preferencia y predilección por el más indefenso, ni conoce otra pasión que la unidad de los dispersos. “¡El hombre —ha dicho dramáticamente el Papa— tiene derecho a la esperanza. Y la Iglesia debe ser hoy, signo y fuente de esperanza!”

Precisamente por eso, queridos hijos, ha querido Su Santidad Paulo VI regalarnos también hoy una corona. Corona de la Virgen que nos llega, este 24 de noviembre, como un signo de esperanza. Hoy celebra la Iglesia a Cristo como su Rey, El es el Señor del Universo, el que conduce la Historia hasta el día en que pondrá todo a los pies de su Padre. El es el Príncipe de la Vida, el Resucitado victorioso sobre todas las potestades de la muerte.

La figura de María

Y a su lado, María. La humilde servidora de Nazaret, que por hacerse tan pobre y sencilla, mereció ser escogida Reina. Reina por ser Madre del Rey. Reina, también, por derecho de conquista, porque se asoció íntimamente al dolor

y a la muerte de Cristo en la Cruz, precio de rescate de la familia humana. Desde entonces, y particularmente, desde su Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos, ella ejerce su poder de Reina: poder de gracia y misericordia casi sin medida. Junto a Cristo y en dependencia de él, María Reina conduce también la historia humana, acompaña a los hombres y pueblos en su peregrinar, es su faro de esperanza, su amiga, su confidente, su Madre, el anticipo ideal de lo que la Iglesia espera ser un día. Hombres y pueblos lo saben; lo han experimentado en su carne y por eso la proclaman y coronan Reina. Reina siempre victoriosa, vencedora en todas las batallas por el Reino de Dios.

Recibimos y entregamos hoy esta corona, símbolo de amor y gratitud por el pasado, prenda de lealtad y signo de invicta esperanza para los nuevos caminos. Nos encontramos, queridos hijos, en un momento crucial de nuestro destino como nación. También de nuestro destino como Universo. Se aproxima ya el año 2000 y no está todavía claro si los hombres sabremos administrar la Tierra que el Señor nos encomendó para todos o si seremos la generación que destruirá la Humanidad y el planeta.

Por nuestra parte, ya hemos optado nuestro camino de Cristo. Las cruces que se levantan en todos los rincones de Maipú en esta tarde, y la que se yergue en medio de esta plaza, son la expresión de nuestro compromiso de este Año Santo 1974. El próximo jubileo será el año 2000. Nosotros, ante la Cruz de Cristo, nos obligamos, por amor a Chile y al mundo, a sellar el fin de este milenio con el Evangelio del Señor Resucitado.

Nuestro único faro: la Cruz

La Humanidad ha corrido en este siglo tras de tantos falsos mesianismos. Se ha ilusionado con tantos falsos profetas e ídolos que prometían el mundo mejor y definitivo aquí en la Tierra. No nos equivoquemos: somos peregrinos, vamos caminando hacia el Santuario Eterno, la Casa del Padre en los cielos. No nos equivoquemos: el único faro en la noche es la Cruz del Señor. No nos equivoquemos: para alcanzar la Tierra Prometida hay que caminar en la esperanza, hay que luchar en la fe, hay que amar al amigo y al enemigo. No nos equivoquemos: sólo el Espíritu Santo es fuego suficiente, fuego de amor, para hacer de Chile un hogar familiar, acogedor y digno para todos. No nos equivo-

quemos: sólo María es la Estrella que ilumina el horizonte de la patria, preludiando la plena manifestación de Cristo, Sol de Justicia.

Mis queridos hijos: en esta hora decisiva de la historia no podemos ser neutrales ni indecisos. Cristo reclama de nosotros una fe luminosa, convencida, audaz, de palabra y de obra, personal y social, en privado y en público. No temamos, María está con nosotros. ¡La Llena de Gracia está con nosotros! ¡La Reina del Cielo está con nosotros! ¡La causa de nuestra alegría está con nosotros! ¡Te saludamos, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra! ¡Vencedora en todas las batallas por el Reino de Dios!

¡Toma posesión de esta casa tuya y quédate para siempre en este lugar de gracia, porque tú eres la Estrella y el alma de esta Tierra Bendita!

Maipú, 24 de noviembre de 1974.

40
EDIFICAR
EN EL AMOR

Un país construido sobre el amor. Ese es el llamado que para el 18 de septiembre de 1975 hizo el Cardenal en el Te Deum de la Catedral de Santiago.

En una hora difícil para el mundo entero; en una hora que marca el fin de una época y el comienzo de otra; en una hora en que la Humanidad toda parece gemir en trance de doloroso alumbramiento, nos encontramos reunidos en este Templo, mudo testigo de nuestra Historia, para elevar nuestra oración a Dios por Chile y su pueblo, en el Día de la Patria.

Hemos venido aquí movidos por la esperanza. Es la esperanza cristiana, esperanza del hijo de Dios que confía en la omnipotencia, bondadosa y fiel, del Señor de la Historia y Padre de todos los chilenos. Hemos venido a implorar de El todo lo que El puede y quiere darnos, si se lo pedimos con invicta fe: su luz, su energía, su gracia. Hemos venido a pedirle que, como Buen Pastor, nos guíe en nuestro camino de búsqueda. Estamos buscando su Reino, su Voluntad. Queremos que Chile sea pueblo de Dios, tierra de justicia, de paz, de alegría de amar.

Hoy, como al principio, Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia. Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de nación libre y soberana, la Iglesia ha sido el alma de este pueblo, signo y motor de su indestructible cohesión, educadora de su fe, maestra y guardiana de su patrimonio moral, manantial de su esperanza. Nuestra tradición nacional, humanista y cristiana ha de ser el cimiento de nuestro presente y futuro, como lo expresa la Declaración de Princi-

pios de nuestros actuales gobernantes y acaba de reafirmarlo el señor Presidente de la República.

Edificar la patria...

Inmensa tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquellos —perennes, incommovibles— de la imagen del hombre y de la sociedad que Dios reveló en Jesucristo. Cimientos que han de quedar eficazmente expresados y garantidos en un cuerpo orgánico de normatividad jurídica: en una nueva Constitución que ha de ser la tutora de los derechos y la propulsora de las energías de todos los habitantes de esta Tierra. De ella dependerá, en palabras del Papa Pío XII, “la vida o la muerte, el contento o la exacerbación, el progreso o la decadencia”; en definitiva, la paz y grandeza de nuestra nación. Noble, titánica y suprema responsabilidad. Sabemos que nuestros gobernantes la han asumido con plena conciencia. Sabemos, también, de su disposición a dar lo mejor de sí para coronar felizmente una empresa tan difícil como preñada de consecuencias. Una empresa —decía Su Santidad Pío XII, en una ocasión semejante— a la que deben cooperar todos los miembros de la sociedad: por una parte, los legisladores, sea el que sea el nombre con que se los designe, a quienes toca deliberar y deducir las conclusiones; y, por otra parte, el pueblo, que tiene derecho a hacer valer su voluntad manifestando su opinión. (*cfr. Radiomensaje Navidad 1946, 3.*)

¿Qué podrá aportar la Iglesia a Chile, en esta hora de decisiones y cambios tan trascendentales? Si cristianos que se han comprometido ante su conciencia y la Historia a infundir en las nuevas leyes y estructuras de su patria el alma de su fe, nos preguntan: ¿Cómo han de ser esas leyes y esas estructuras para poder llamarse verdaderamente cristianas? ¿Qué deberíamos nosotros responder?

Deberíamos, más bien, dejar hablar al Maestro. La Iglesia ha sido enviada por Cristo hasta los confines del mundo para enseñar todo y sólo lo que El enseñó. Y hoy, aquí, en este confín de la Tierra; hoy, aquí en nuestro Chile, la Iglesia viene a ofrecerle a su pueblo la única Palabra que puede salvarlo. A recordarle el mandamiento que contiene todos los mandamientos, resume toda la Ley y distingue como auténtico al discípulo de Cristo: “¡Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y al prójimo como a ti mismo!”

En una ocasión tan solemne como ésta —pensará legítimamente alguno— ¿no podría la Iglesia extraer de su bagaje un pensamiento más original? “Ama a tu Dios; ama a tu prójimo”: ¿no es eso lo que viene repitiendo, monótonamente, desde hace veinte siglos?

Pero la misión de la Iglesia no consiste tanto en ser original, como en ser fiel. Su mejor elogio es el reproche de no enseñar ni vivir otra cosa que este imperioso mandato, esta emocionada súplica de Cristo: “Amense, tal como yo los amé”.

En el amor

Es cierto, un reiterado abuso del lenguaje ha ido desvirtuando esta palabra hasta convertirla en algo que ya no es virtud. Amor, para muchos, es utopía, ingenuidad, inferioridad. El mundo —se dice— lo construyen los fuertes, los realistas; y el amor, porque idealiza, debilita. El amor —se concluye— puede ser cultivado por una élite religiosa y extramundana, pero el mundo y la historia real van por otros caminos, donde no sirve el amor, sino la fuerza.

¿Qué extraño sino pesa sobre nuestra raza humana como para que siga creyendo en la fecundidad de lo que por esencia es estéril? Todo, finalmente, se desploma y cae: reinos e imperios imponentes, consolidados sobre la fuerza y la riqueza; todo —dirá el Apóstol Pablo—, todo se acaba: las profecías, las lenguas, la ciencia. Sólo el amor no se acaba nunca. En definitiva, la Humanidad reserva su gratitud para aquellos que creyeron en el amor y tuvieron la lucidez y el coraje de construir sobre él.

¡Pero quiere decir, entonces, que el amor no es utopía! Nuestro Dios es un Dios verdadero; El no manda imposibles; El quiere que nos amemos así como El nos amó: ¡luego, debe ser posible!

¡Quiere decir, entonces, que el amor no es un sentimiento inofensivo, un verbalismo ineficaz! No se puede amar sin transformar el mundo. Las solas palabras desacreditan el amor; el amor —como el árbol— se conoce por sus frutos, ¡y sus primeros frutos son justicia y misericordia vividas!

“Ama a tu prójimo como a ti mismo. ¡Amense como Yo los amé!” ¿Cómo es el amor que nos debemos, en Cristo, unos a otros?

El amor es respetuoso

Una primera respuesta, extraída del pensamiento y la vida del Maestro: el amor es profundamente respetuoso.

Sólo puede darse amor entre personas: y la persona —cada persona— representa la mayor nobleza y dignidad del Universo. Ser persona significa ser un fin en sí mismo y nunca un medio para otro. Toda persona es un Templo, de naturaleza inviolable. Nadie puede arrogarse el derecho de profanarlo, utilizándolo o menospreciándolo como una cosa.

Nunca se ha proclamado de modo más elocuente y dramático el valor eminente de la persona, que en el madero de la Cruz. Allí Dios dejó morir a su único Hijo, como precio de rescate del género humano. Ya no es posible olvidarlo: cada hombre vale la sangre de un Dios. Como decíamos cuatro años atrás, recordando la alta misión de nuestras Universidades Católicas: “sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad. . .! Con su muerte en el Calvario, clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la Historia jamás presenciara”.

Este respeto sagrado a la dignidad humana incumbe de modo especial a la Iglesia y a la autoridad civil. La Iglesia —ha dicho el Santo Padre con el Sínodo de Obispos del año recién pasado— cree firmemente que la promoción de los derechos inviolables del hombre es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio. Y a la obligación de todo poder civil —nos recuerda el Concilio— pertenece esencialmente la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre (*Libertad Religiosa*, 6).

Los cristianos somos constructores de paz. Y quien desea que la estrella de la paz aparezca y se detenga sobre la sociedad —ha dicho Pío XII, en un memorable radiomensaje de Navidad— ha de atenderse a cinco puntos o exigencias fundamentales para un verdadero orden social: el primero, contribuir a que se vuelva a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio. El segundo, rechazar toda forma de materialismo, que no ve en el pueblo más que a un rebaño de individuos divididos y sin interna consistencia, considerados como objeto de dominio y sumisión. El tercero, dar al trabajo y al trabajador toda

la dignidad y prerrogativas dispuestas por Dios desde el principio, ofreciéndoles una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna. El cuarto, cooperar a una profunda reintegración del ordenamiento jurídico, que extienda su mano protectora y vindicativa también sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano arbitrario. Y el quinto, contribuir a una concepción y práctica del Estado, imbuida del espíritu cristiano del poder como servicio, en el pleno respeto a la persona humana y a una ética individual y social arraigadas íntimamente en Dios (*C/r. Mensaje Navidad 1942*).

He ahí la primera condición del amor que nos debemos en Cristo, unos a otros. Una nación como la nuestra, que profesa la fe cristiana como una estrella orientadora, tiene que examinarse, en cada una de sus grandes efemérides, sobre su fidelidad a esta actitud fundamental del respeto, cimiento de su convivencia y barómetro de su humanismo.

El amor es universal

La segunda es semejante a la primera y deriva de ella: el amor cristiano es esencialmente ecuménico.

"Ecuménico", en efecto, quiere decir "universal": abierto a todos. Tal vez la mayor singularidad del mensaje evangélico sea la superación de todas las barreras erigidas por el egoísmo, el odio y la desconfianza de los hombres. Cristo ha muerto y resucitado por todos. Y nos manda ser perfectos en el amor, como perfecto es el amor del Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Nadie, tampoco el que yerra; nadie, ni siquiera el que se dice nuestro enemigo, queda excluido de nuestro amor y, consiguientemente, de nuestro respeto.

La Sagrada Escritura, y la constante tradición de la Iglesia, admiten sólo una forma de privilegio: el respeto preferente por el pobre. El pobre, epifanía de Cristo, presencia viviente del Maestro, ha sido escogido por Dios como rico en la fe y heredero del Reino prometido a quienes lo aman. Para él —cualquiera sea la forma y la causa de su pobreza— vale la predilección que en toda familia se consagra espontáneamente al más débil.

Y si la Iglesia es la Familia de los que creen y se aman en Dios: y si la patria es la Familia de los que caminan juntos, hermanados en un mismo patrimonio de sangre y

cultura, de tarea y destino, éste, nuestro Chile que por gracia de Dios se confiesa pueblo cristiano, debe hoy día reafirmar solemnemente su convicción fundamental: para nosotros todos los hombres tienen el mismo valor. Todos tienen igual derecho a compartir nuestros dones. Todos tienen el mismo deber de llevar —cada uno según sus fuerzas— nuestra carga común. Y si ha de haber privilegiados, ellos no pueden ser otros que los que nada tienen: aquellos que Dios —no importa por culpa de quién— dejó encomendados a nuestro sentido de justicia y a nuestra sinceridad de amor.

El señor Presidente de la República ha dicho que él debe ser el defensor de los más débiles, de los que no pueden hacer oír su voz. Le agradecemos su público testimonio, del más alto valor moral y del más genuino sello cristiano. Y le ofrecemos, públicamente también, en esta lucha contra la miseria y por la justicia, la cooperación leal de quienes reconocemos, en todo rostro ensombrecido por el dolor y la humillación, los rasgos de Cristo, nuestro Juez.

El amor es consecuente

Digamos, finalmente, que el amor cristiano es en extremo consecuente. ¡Qué enérgico y explícito es el Señor para condenar el verbalismo vacío de realizaciones! La sola mención, por reiterada y clamorosa que sea, del nombre del Señor, es enteramente incapaz de abrir las puertas del Cielo, cuando no va rubricada por ese hacer, en la práctica cotidiana, la voluntad del mismo Señor cuyo nombre se invoca. No es, concretamente, el mucho hablar de los pobres lo que nos justifica y salva a los ojos de Dios; sino el estar a su lado, con respetuoso amor, dándoles con qué derrotar su pobreza.

Ser consecuentes: decir y hacer. El amor —dice San Pablo— se goza en la verdad. Y la verdad es la coherencia perfecta entre pensar, hablar y actuar. El discípulo de Cristo procura imitar a su Maestro. Todo lo que El dijo lo cumplió: dijo amar a los suyos, y los amó hasta el extremo, dando la vida por ellos. Así, en eso se conoce el amor: cuando uno no ama sólo de palabra, sino con hechos, dando lo suyo, dándose uno mismo.

Por eso es que el amor, si ha de ser consecuente, es también, en gran medida, impaciente. Sí: el mismo San Pablo que nos habla de un amor que todo lo espera y lo so-

porta, sabe decirnos que el amor apremia, que hay una urgencia de amar. El amor es servicio, servicio a la vida; y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia. Un ser humano no puede ser sacrificado a una mañana o a un tal vez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso, de amor y justicia, es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas; sí, ¡pero démonos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente.

La impaciencia del amor cristiano no tolera, por eso, que nuestras energías y talentos se inviertan en otra cosa que en construir. No tenemos tiempo. No tenemos, tampoco, el derecho de seguir mirando hacia atrás sólo para reavivar rencores y resucitar agravios. ¡Para aprender lecciones, sí! ¡Pero la gran lección que nos deja el pasado es, precisamente, la de la absoluta inutilidad del odio! ¿Cómo nos juzgará la Historia si, teniendo por delante providencial tarea de satisfacer el hambre y la sed de justicia de un pueblo, lo condenáramos a la frustración por ocuparnos en estériles querellas de supremacía?

El Maestro ya nos ha respondido. Le hemos preguntado cómo debe construirse un nuevo orden social. Y El nos ha dicho: con el amor. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes, oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor que les permitirá, con la colaboración de su pueblo, hacer de Chile un Santuario del hombre y una Familia de hermanos.

Así sea.

41
HIJO
DE UN CARPINTERO

En 1976, ante una Catedral repleta de trabajadores, el Cardenal volvió a hablar a los obreros que recordaban sus años de lucha por la justicia.

Celebramos una vez más la fiesta de San José, el humilde artesano en que Dios supo confiar hasta entregarle lo más querido: su propio Hijo. El carpintero de Nazareth, escogido por Dios para sostener la Sagrada Familia con el trabajo de sus manos y con la obediencia de su fe.

Muchos se escandalizaron de que un profeta fuera solamente eso: hijo de un carpintero. La sabiduría del mundo siempre tiende a pensar que Dios deposita su confianza y llama a participar en su obra de creación y gobierno del Universo, solamente a los de noble linaje, muchas letras o imponente fortuna. Pero es un hecho histórico que la responsabilidad de fundar, mantener y proteger la Familia de la que saldría el Salvador del mundo, fue confiada por Dios a un carpintero de Nazareth. Y la fiesta de hoy testimonia que Dios no se equivocó ni quedó defraudado al encomendar, a un artesano, tamaña responsabilidad.

Esta fiesta testimonia, también, que la Iglesia no se olvida de su cuna. El hijo del carpintero participó largos años del trabajo y fatiga de quien era su padre a los ojos de los hombres. Más tarde, cuando ya era el Maestro, manifestaría por eso una espontánea predilección hacia quienes mojan con su sudor —y a veces con sus lágrimas— el escaso pan de cada día.

El doloroso camino

Ni el trabajo ni el trabajador le son extraños a la Iglesia. Están en el centro mismo de su corazón. Ella sabe el lento y doloroso camino que millones de trabajadores han venido recorriendo en busca de su dignidad. Y en ese itinerario, sembrado de tantos obstáculos, enrojecido a veces por víctimas cruelmente inmoladas —como lo recordamos cada Primero de Mayo— en ese itinerario de progresiva liberación ha estado presente la Iglesia, señalizando, iluminando el camino, alimentando la esperanza, urgiendo amor y justicia.

Lo ha hecho siempre. Y tendrá que hacerlo siempre. Es parte de su tradición y parte de su misión, irrenunciables las dos. Hace 85 años esa tradición, que arranca de la Iglesia apostólica, tomó cuerpo doctrinal en la Encíclica *Rerum Novarum*, del Papa León XIII. Fue un grito, una apasionada defensa del más precioso patrimonio de la Iglesia: la dignidad inviolable del hombre, redimido por la Sangre de Cristo. La dignidad, también y sobre todo, de la persona y derechos del trabajador, siempre más expuesta a ser profanada.

Desde esa fecha se han venido multiplicando, sin pausa ni concesión alguna a una falsa prudencia, sin complicidad con ningún poder de este mundo, las enseñanzas normativas de los Papas y del Episcopado Católico en materia social. Ellas han denunciado la voracidad insaciable del liberalismo económico y la servidumbre deshumanizante del comunismo ateo, coincidentes ambos en reducir al trabajador a un simple valor de medio o instrumento, puesto al servicio de fines económicos o políticos distintos de su misma persona.

Han denunciado, como escandalosa, la coexistencia del lujo y la miseria, del poder sin límites de anónimas minorías y la marginación de grandes mayorías; los abusos del poder político y económico, los atropellos —múltiples y sutiles— al derecho a la vida, a comer, a creer, a saber, a decir.

Es imposible callar

No ha sido en vano. Podemos hoy constatarlo. Lentamente la conciencia de la Humanidad se ha ido impregnando de este aliento que brota desde el Evangelio, anunciado por

boca de la Iglesia. Pero hay que exhortar, y urgir, y predicar con ocasión o sin ella, porque el corazón del hombre no se abre espontáneamente al amor. La Iglesia ha recibido muchas veces el rechazo, la incomprensión y el escándalo de quienes pretendían beneficiarse con las situaciones denunciadas. ¡Cuántas veces se ha querido hacerla callar o reducir el alcance de su voz a los límites del templo o descalificarla como intrusa en materias que escaparían a su competencia!

¡Cuántas veces se la ha acusado de estar sirviendo o de haber sucumbido al marxismo, sólo por salir en defensa del derecho de los desvalidos, por hacer suya la preferencia de Cristo por los pobres, por creer y proclamar que todos los hombres tienen el mismo derecho a vivir humanamente! ¡Qué inexplicable ceguera es la que no permite ver que así, tachando de marxista a todo aquel que lucha por el pobre, se arroja en brazos del marxismo a la gran masa de los desposeídos y desesperados!

Pero es inútil: la Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma. Sería, también, dejar al hombre, a la Humanidad, sin su conciencia. Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal.

En el hoy de Chile

Pero cuando la Iglesia aplica las exigencias del Evangelio o de la ley natural a la vida concreta, personal y social, nacional e internacional; cuando denuncia e invita a combatir situaciones muy concretas de injusticia; cuando anuncia y da testimonio de la liberación a millones de hombres condenados a quedar al margen de la vida, y ayuda a que esa liberación nazca y sea verdadera, total, ella no invade un terreno extraño: está cumpliendo con su tarea primordial: evangelizar. "No se puede aceptar —nos decía recientemente el Santo Padre— que la evangelización olvide las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad" (*Discurso de apertura a la 3ª Asamblea General del Sínodo de Obispos, 27-XI-74. Citado en Evangelii Nuntiandi, n. 31.*)

Estas consideraciones generales reclaman una adecuada encarnación en el hoy de nuestro Chile.

Vivimos una etapa muy decisiva de nuestra historia. Muchas de nuestras formas de vida institucional aparecen cuestionadas o en proceso de transformación. En la medida en que dichas transformaciones se prueben indispensables para nuestro desarrollo y favorezcan nuestra unidad, ningún chileno querría o podría marginarse de ese proceso.

Tenemos, sin embargo, el derecho de preguntarnos si todos los medios propuestos nos conducen realmente hacia ese fin, y en qué medida ellos respetan valores y derechos que no admiten ser sacrificados.

Los Obispos de Chile, en nuestro Documento *Evangelio y Paz*, recordamos algunos de esos derechos y expresamos nuestra preocupación por su plena vigencia. "El hombre tiene derecho a comer —decíamos—. Dios hizo las cosas de este mundo —y en primer lugar los alimentos—, para todos los hombres. Comer es un derecho, como respirar o dormir. Sabemos las complejidades de los problemas económicos. Sabemos los esfuerzos que se hacen para salir adelante. Pero no podemos dejar de insistir en la extrema gravedad que significa, a la luz del Evangelio, el que por despido, por cesantía, o por el aumento del costo de la vida, por causas internacionales o por las causas que sean, haya hogares en que ya no se cocina, haya niños pidiendo pan, haya alumnos que no pueden estudiar porque no comen lo suficiente para concentrar su atención". (II parte, N° 6.)

Las cifras actuales de desocupación, aunque alarmantes, no permiten vislumbrar siquiera el drama angustioso que diariamente viven miles de hogares chilenos. Aun para los que tienen la suerte de contar con un empleo, es humillante resignarse con salarios que no alcanzan a cubrir sus necesidades más elementales.

"El amor —hemos dicho alguna vez, en este mismo Templo-Catedral—, el amor *apremia*: hay una *urgencia* de amar... El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso es que el amor *apremia*: un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o un tal vez. Tampoco —y mucho menos— una generación. Nuestro compromiso de amor y justicia es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas, sí; pero ¡démonos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar,

en amarga impotencia su oportunidad única de vivir humanamente". (*Homilia del 18 de septiembre de 1975.*)

Derecho a participar

Profesamos un profundo respeto a la Economía, como ciencia, y a quienes la cultivan con honesto ánimo de contribuir a la reconstrucción nacional; pero debemos recordar que "la Economía está sometida al hombre y a su servicio. Y la única manera de evitar las terribles miserias sociales... es oír la voz de quienes las sufren. Hay muchas maneras de resolver los problemas económicos. Pero ninguna es buena si no toma en cuenta, si no invita a participar a todos los que habrán de poner el esfuerzo y sufrir las consecuencias" (*Evangelio y Paz, III parte, B. 4*).

Acabamos de mencionar un segundo valor, un segundo derecho arraigado en la naturaleza misma del hombre y que en la época actual ya no puede ser desconocido: el derecho a participar. "Una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones —ha dicho Pablo VI— es una exigencia actual del hombre. Un orden económico que produjera mucha riqueza y la distribuyera ecuanímente sería todavía injusto, si pusiera en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitara su sentido de responsabilidad, o le impidiera la libre expresión de su iniciativa propia, enseña Juan XXIII (*Mater et Magistra, 82-83*). Uno de los signos del tiempo actual —dirá el mismo Papa— es el reclamo de los trabajadores de todo el mundo, de que no se les considere nunca simples objetos carentes de razón y libertad, sometidos al uso arbitrario de los demás, sino como hombres en todos los sectores de la sociedad: en el orden económico y social, en el político y cultural" (*Pacem in Terris, 40*). Igualdad y participación —precisará Pablo VI— son, las dos, formas de la dignidad del hombre y de su libertad. Y para el porvenir de una sociedad importan no sólo la cantidad y variedad de los bienes producidos y consumidos, sino también la forma y la verdad de las relaciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad. (*Octogesima Adveniens, 22.*)

Se trata, como se ve, de que los hombres —y particularmente los trabajadores— puedan asumir su rol de sujetos y no de objetos de la Historia. Que puedan elegir y decidir su destino, en lugar de recibirlo, pasiva y silenciosamente, de otros; aportar su experiencia y ejercer su res-

ponsabilidad, como lo exige su naturaleza de personas libres y el desarrollo económico, social y político de la época contemporánea (*Mater et Magistra*, 92 y 93).

Todo esto vale particularmente cuando se pretende fundar un orden socioeconómico, político y cultural nuevo, de inspiración nacionalista y cristiana. Su elaboración y orientación requiere el aporte de todos los ciudadanos y, en forma especial, de quienes "cargan con la mayor cuota de los sufrimientos" (*Evangelio y Paz*, III, B, 4). Es su deber. Y, consecuentemente, tiene el derecho de que se les proporcionen o reconozcan los medios para cumplirlo. Es, también, condición indispensable para toda auténtica reconciliación: "La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos tengan una influencia real en la determinación de sus propios destinos. Tienen derecho a participar en el proceso político, con libertad y responsabilidad" (*Mensaje del Santo Padre y de los Obispos del Sínodo, Octubre 1974*).

Derecho a asociarse

Este derecho y deber están íntimamente relacionados con otro, que ha sido siempre un pilar fundamental en la doctrina de la Iglesia: el derecho de los trabajadores a asociarse y hacer escuchar libremente su voz.

El Concilio Vaticano II ha reafirmado expresamente este derecho, urgido antes y después en innumerables textos pontificios. "Entre los derechos fundamentales de la persona —dice— debe contarse el derecho de los trabajadores a fundar libremente asociaciones que los representen auténticamente; así como también el derecho de participar libremente en las actividades de las asociaciones, sin riesgo de represalias. . . En caso de conflictos económico-sociales hay que esforzarse por encontrarles soluciones pacíficas. Aunque se ha de recurrir siempre primero a un sincero diálogo entre las partes, sin embargo, en la situación presente, la huelga puede seguir siendo un medio necesario, aunque extremo, para la defensa de los derechos y el logro de las aspiraciones justas de los trabajadores" (*Gaudium et Spes*, n. 68).

Sólo la absoluta necesidad de cautelar valores más elevados en aras del bien común podría justificar —y ello por vía de excepción y durante corto tiempo— la suspensión del ejercicio de estos derechos.

Las asociaciones sindicales chilenas, con su defensa permanente de la dignidad y derechos del trabajador, han contribuido en forma decisiva a elaborar una legislación social en muchos aspectos pionera y ejemplar. Es cierto que, en más de una ocasión, la naturaleza de los sindicatos se vio oscurecida por divisiones mezquinas, oportunismos y abusos. Muchas veces, la demagogia de grupos políticos desvirtuó su misión fundamental de velar por los auténticos intereses del trabajador. Pero la comisión —prácticamente inevitable— de tales errores no puede utilizarse como argumento para negar ese derecho o retardar indefinidamente su plena reivindicación. Los trabajadores chilenos que dependen de un salario tienen por lo menos tanta madurez, sentido de responsabilidad, realismo y patriotismo como aquellos otros, los empresarios, que, disponiendo de capital, créditos y diversas franquicias, encuentran además amplia tribuna en los medios de comunicación, son consultados y expresan libremente sus críticas a las medidas y procesos que los afectan.

Una aspiración íntimamente compartida por los chilenos es la unidad nacional, superados los antagonismos y conflictos de clase. La Iglesia reconoce en ella un ideal que le es muy familiar y querido: ella misma se define como signo e instrumento de unidad (*Constitución Lumen Gentium, Concilio Vaticano II*). Por eso no se cansa de llamar a la reconciliación y al destierro de la violencia en todas sus formas. Por eso se empeña en “dar a los cristianos liberadores una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que deben atender y poner como base de su acción y compromiso” (Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi*, 38). Hoy, en esta fiesta de solidaridad del mundo del trabajo, queremos repetir y urgir este llamado. Nuestro pueblo ha demostrado que guarda intacto su patrimonio moral. Son admirables los gestos de amor —de ese amor, de esa caridad de Cristo que invita a llevar unos las cargas de los otros—, son innumerables las iniciativas de solidaridad que se han venido manifestando en nuestra patria; hacia los pobres, los cesantes, los niños mal nutridos, los ancianos. Amor solidario, generoso, silencioso, que brota de todos los sectores de nuestro pueblo y se hace conmovedor, edificante, elocuente predicación de Cristo sin palabras, en el ejemplo diario de tantas poblaciones y barrios modestos, los más golpeados por la estrechez, los más ricos en tesoros de generosidad.

Vigencia del diálogo

Este mundo del trabajo quiere la unidad, vive la reconciliación y está llamado a jugar en ella un papel intransferible. No sólo contiene a la mayoría de nuestro pueblo; encarna, también, valores que le son propios y de los cuales toda la comunidad nacional tiene el derecho de beneficiarse. Chile debe volver a ser país de hermanos, y el único camino para la fraternidad es el diálogo. El mundo del trabajo tiene el derecho y deber de estar presente, como interlocutor, en este diálogo que permita madurar un gran consenso nacional. Sus organizaciones y asociaciones propias —único medio de hacer oír auténticamente la voz de los trabajadores— merecen confianza. Su aporte debe ser estimulado; sus eventuales críticas, acogidas con espíritu abierto; su derecho a disentir, respetado teórica y prácticamente; su patrimonio, medido en su sinceridad y en su voluntad de aceptar sacrificios después de haber sido escuchados. Nada tiene Chile que temer, y sí mucho que esperar, de esta confianza puesta en el mundo del trabajo. El Hijo del Carpintero se siente responsable de mantener esta familia santa que es nuestra patria, mediante el trabajo de sus manos y el dinamismo de su fe.

Nos parece oportuno, por eso, en una celebración como la actual, reactualizar y urgir el mensaje del Papa y de los Obispos del Sínodo, dirigido a todos los pueblos en 1974, en el espíritu de reconciliación del Año Santo: “La reconciliación tiene su raíz en la justicia. Desigualdades masivas de poder y riquezas en el mundo, y a menudo dentro de las naciones, son un grave obstáculo para la reconciliación. . . La reconciliación en la sociedad y los derechos de la persona exigen que los individuos tengan una influencia real en la determinación de sus propios destinos. Tienen derecho a participar en el proceso político, con libertad y responsabilidad. Tienen derecho al libre acceso a la información, a la libertad de palabra y de prensa e igualmente a la libertad de disentir. . . Deben tener, todos, la garantía de la protección jurídica de sus derechos personales, sociales, culturales y políticos”.

Queridos hijos:

Estas palabras nuestras no reconocen otra fuente que la constante doctrina de la Iglesia, ni otra inspiración que el amor de Cristo que nos urge. La Iglesia habla porque es propio de la conciencia el hablar. La Iglesia tiene el pensa-

miento de Cristo. La Iglesia tiene los sentimientos de Cristo. La Iglesia habla lo que Cristo le ha enseñado. La Iglesia enseña asistida por el Espíritu de Cristo. Así quisiera ser escuchada: como voz del Señor que no busca ser servido, sino servir. Portadora de una Palabra que, como Cristo, no destruye ni aplasta nada que sea auténticamente humano, no ambiciona reinos terrenos, no tiene otra pasión que la unidad, otro interés que la verdad, otra meta ni otro método que la caridad.

El apremio del amor

La Iglesia habla apremiada por el amor, porque quiere llegar a todos los chilenos, identificarse con su pueblo, cargar con los sufrimientos y angustias de los trabajadores, hacer suya su esperanza y solidaridad. La Iglesia habla no sólo para desarmar la violencia y el odio, sino que, al mismo tiempo, para construir la justicia y el amor.

Con ese espíritu de angustiado amor por nuestro pueblo, levantamos, hace años, nuestra voz. Suplicamos entonces que no se ahondaran más las trágicas divisiones entre los chilenos; que se alejara el espectro de una guerra fratricida.

Hoy, nuevamente, suplicamos. A todos los hombres de nuestra patria. A cuantos aman a Chile y quieren sinceramente construir su mejor destino. Les pedimos construirlo sobre el fundamento que es Cristo; sobre la concepción cristiana del hombre y de la sociedad, expresada en la Escritura y en la Tradición, que la Iglesia custodia e interpreta; formulada en la enseñanza social de las Encíclicas, en la Palabra del Concilio Vaticano II, en las exhortaciones del Santo Padre y en las orientaciones de los obispos. Allí, en la Iglesia, está Cristo; y Cristo es el camino, la verdad y la vida. También para construir la patria.

Permanezcamos fieles a la Iglesia. Ella es el mejor garante de nuestra unidad. Permanezcamos fieles a la fe que ella nos comunica, por su anuncio del Evangelio y por sus sacramentos. Permanezcan ustedes, queridos trabajadores, fieles a ese mundo en que han nacido y que la Providencia de Dios les ha confiado en misión: el mundo del esfuerzo y de la incertidumbre, el mundo de los pobres y esperanzados, de los hambrientos y sedientos de justicia; el mundo del pan escaso que se multiplica al compartirse, el mundo

de las cargas que se llevan juntos, el mundo en que se vive de la fe, el mundo del Hijo del Carpintero.

Nuestra súplica y nuestro afecto llegan también hoy hasta quienes están en condiciones de ofrecer trabajo a otros y cuentan con bienes suficientes para vivir sin angustiosos apremios. Particularmente a quienes poseen o administran empresas quisiéramos recordarles, como lo ha hecho recientemente el Santo Padre, que aunque vivan en la actualidad una coyuntura difícil, deben ejercitar su función "con espíritu de confianza religiosa en la Providencia, y de servicio a hombres libres y responsables". El instinto de apropiación —agregaba el Papa—, como todos los instintos, debe ser disciplinado, humanizado, integrado en finalidades superiores del desarrollo personal y social.

"Debemos someter y coordinar el crecimiento económico a las exigencias del progreso auténtico del hombre y de la solidaridad social. . . Necesitamos innovaciones arriesgadas y creadoras" (*Discurso al Centro Cristiano Francés de Empresarios*, 31-III-1976). Un auténtico empresario sabe acoger este desafío y extremar su celo para asegurar lo mejor posible el empleo fijo, condiciones de trabajo más humanas y un salario que permita realmente satisfacer las necesidades vitales.

Y a todos, cualquiera sea su condición social y económica, les pedimos tener presente esta profunda afirmación de Pablo VI: "El verdadero amor siempre sabe descubrir a otro más pobre que uno".

Y ahora, queridos hijos, continuemos nuestra celebración orando: orando con la Iglesia y por la Iglesia: para que ella —como lo han propuesto los Obispos de Chile para 1976— "animada por el Espíritu Santo, en torno a Jesucristo y a sus Pastores, independiente de todo poder terreno, respetuosa de la dignidad de cada hombre, solidaria especialmente con los pobres que sufren, afirme la verdad, sirva a la justicia y alimente la esperanza, viviendo el Evangelio y anunciándolo a todos los hombres". Así sea.

1º de Mayo de 1976.

PACTO ANDINO Y SOLIDARIDAD

En la ciudad de Lima se realizó un Seminario para tratar sobre "La Iglesia y el proceso de Integración Andina". En esa oportunidad, el Cardenal pronunció el siguiente discurso: —

Se me ha pedido que en esta reunión aborde el tema de la Iglesia y la solidaridad internacional.

He aceptado hacerlo porque me parece de extraordinario interés y de creciente importancia y actualidad.

La preocupación de la Iglesia

La preocupación de la Iglesia por la materia es antigua y se encuentra ya presente en el proceso mismo de la constitución de las naciones europeas que reconoce sus inicios con la paz de Westfalia en 1648.

De este modo, en los albores de la época moderna, el dominico español Francisco de Vitoria echa las bases del Derecho Internacional Público.

Rechazando los falsos internacionalismos medievales —el mito teocrático del dominio temporal del Papa y la monarquía universal del emperador—, Vitoria afirmó el derecho de cada república a gobernarse a sí misma, fundando el poder en la voluntad de la multitud popular.

Pero, a la vez, fue él también quien primero fundamentó el verdadero internacionalismo, al sostener que los Estados se hallan obligados a respetar los derechos más altos de la "república internacional", dotada de efectiva autoridad sobre todos los pueblos.

De este modo, y por vez primera, se postulaba que la

soberanía de los Estados no podía ser absoluta, pues debía subordinarse al bien universal.

Eran éstos los primeros atisbos que, luego, se dormirían en los textos, mientras las posturas individualistas iban afectando más y más no sólo las relaciones entre las personas sino también las relaciones entre las naciones.

La primera guerra mundial y sus estragos consiguientes, como el fracaso de la primera organización internacional que por entonces se intentara, despertaron la conciencia de las inteligencias más avisadas.

Por otra parte, el temor a una nueva guerra no podía dejar de inquietar a quienes, en nombre del Evangelio, buscaban no sólo la paz de los espíritus, sino también la de las naciones.

Las nuevas corrientes, constituidas por el nazismo y el fascismo, eran verdaderos fantasmas que iban tomando cuerpo y amenazaban la paz internacional.

Pío XII, hombre de espíritu alerta, que hereda toda la angustia por la paz que había llevado al sepulcro a su antecesor, señalaba, al asumir su Pontificado:

"La ideología que atribuye al Estado una autoridad ilimitada, no sólo es un error pernicioso a la vida interna de las naciones, a su prosperidad y al creciente y ordenado incremento de su bienestar, sino que además causa daños a las relaciones entre los pueblos, ya que rompe la unidad de la sociedad supranacional, quita su fundamento y razón al derecho internacional, conduce a la violación del derecho de los demás, y hace difícil el buen entendimiento y la convivencia pacífica. . . De hecho, aunque el género humano. . . está dividido en grupos sociales, naciones o Estados, independientes los unos de los otros. . . está, sin embargo, ligado con mutuos vínculos morales y jurídicos en una gran comunidad, ordenada al bien de todos los pueblos, y regulada por especiales leyes que protegen su unidad y promueven su prosperidad".

Consecuente con esta doctrina, Pío XII dio su apoyo entusiasta a la formación de la Organización de las Naciones Unidas, desde que se iniciaron los primeros contactos en Dumbarton Oaks, y luego estimuló, por todos los medios a su alcance, la participación de los católicos, particularmente en las instituciones especializadas.

Cuando se acercaban ya los días del Concilio, Juan XXIII, al anunciar su Encíclica *Mater et Magistra*, y dirigiéndose a todos los trabajadores del mundo, proclamaba "el principio de la solidaridad entre todos los seres huma-

nos" y recordaba "el deber que tanto las comunidades como cada uno de los individuos tienen, cuando disponen abundantemente de medios de subsistencia, de ir en auxilio hacia cuantos se encuentran en condiciones de malestar".

Y continuaba diciendo: "El auxilio de emergencia no suprime de raíz las causas de este malestar. Por tanto, se impone la obra de colaboración en el plano mundial, obra que sea desinteresada, multiforme, encaminada a poner a disposición de los países económicamente infradesarrollados grandes capitales e inteligentes competencias técnicas, aptas para favorecer paralelamente el desarrollo económico y el progreso social, cuidando, con una sana y benéfica previsión, de interesar a los primeros y principales 'protagonistas' mismos del trabajo humano, en la realización de su propia elevación individual, familiar y social".

Luego, en la misma Encíclica, afirmaba: "Los progresos de las ciencias y de las técnicas en todos los sectores de la convivencia multiplican e intensifican las relaciones entre las comunidades políticas; y hacen que su interdependencia sea cada vez más profunda y vital".

"Por consiguiente, puede decirse que los problemas humanos de alguna importancia, cualquiera sea su contenido, científico, técnico, económico, social, político o cultural, presentan hoy dimensiones supranacionales y muchas veces mundiales".

"Luego, las Comunidades políticas, separadamente y con sus solas fuerzas, ya no tienen posibilidad de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio; aunque se trata de comunidades que sobresalen por el elevado grado y difusión de su cultura, por el número y actividad de los ciudadanos, por la eficiencia de sus sistemas económicos y por la extensión y riqueza de sus territorios. Las Comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propio desarrollo contribuyendo al desarrollo de las demás. Por lo cual se impone la mutua inteligencia y la colaboración entre ellas".

No era ya el peligro de una guerra y las fatales consecuencias de ideologías totalitarias las que impulsaban el pensamiento de Juan XXIII. Junto con afirmar la doctrina al proclamar el principio de la solidaridad, recorría un camino de constataciones pragmáticas y señalaba, así, los caminos inescapables del desarrollo de la humanidad.

La interdependencia de los pueblos era un nuevo concepto que se abría espacio en la preocupación internacional.

Tal inquietud desbordaba con creces los aspectos puramente económicos, para abarcar todos los problemas humanos de alguna importancia.

Más adelante, en la carta dirigida por el Cardenal Secretario de Estado a la xxxiv Semana Social de Italia, se recordaban "los postulados de Justicia que se fundan en el destino universal de los bienes de la creación, que exige atención a la función social de toda riqueza material y espiritual para el bien común, incluso en las relaciones entre naciones diversamente dotadas" y la interdependencia, que penetra en la vida de cada pueblo "y los hace cada vez más responsables a los unos del destino de los otros".

Esta cooperación entre los pueblos —señalaba el Cardenal Secretario de Estado— "es un hecho de naturaleza exquisitamente espiritual, más que un hecho económico y de organización; y para realizarla es necesario vencer no pocos obstáculos psicológicos y morales y crear una atmósfera serena y cordial en las mutuas relaciones inspiradas en un elevado sentido de la justicia social. Y es que las nuevas naciones buscan la colaboración en el terreno de la economía y de la técnica; pero más aún buscan un sentido más vivo de las exigencias de la justicia, comprensión, lealtad, respeto y, especialmente, amor fraternal, para no indicar sino los principales factores que intervienen en la creación de esta atmósfera".

Con esta comunicación, y en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado abría camino, por una parte, a la noción de bien común internacional, y, por otra, al papel que la Iglesia estaba llamada a cumplir en la creación de una atmósfera apropiada para alcanzar una mejor y más plena cooperación entre los pueblos.

Más recientemente, y en los albores mismos del Concilio, Juan XXIII, en su Encíclica *Pacem in Terris*, cuya resonancia internacional desbordó los medios católicos, insistía en la insuficiencia de los Estados Nacionales para fomentar el bien común de todos los pueblos y planteaba incluso la necesidad de "una autoridad pública cuyo poder, forma e instrumentos sean suficientemente amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la Tierra".

El Papa Juan, ya al término de tan importante documento e insistiendo en el deber particular de los cristianos, se dirigía a todos los hombres de alma generosa a quienes "incumbe la inmensa tarea de restablecer las relaciones de convivencia basándolas en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad: las relaciones de convivencia de los

individuos entre sí, o de los ciudadanos con sus respectivos Estados; o de los varios Estados, unos con otros; o de los individuos, familias, entidades intermedias y Estados respecto a la Comunidad mundial. Tarea ciertamente nobilísima, porque de ella se derivaría la verdadera paz conforme al orden establecido por Dios”.

No olvidaba tampoco el Pontífice destacar la importancia de la Organización de las Naciones Unidas que se propuso como fin y desde su fundación, en junio de 1945, “mantener y consolidar la paz de las naciones fomentando entre ellas relaciones amistosas basadas en los principios de igualdad, mutuo respeto y múltiple cooperación en todos los sectores de la actividad humana”.

Se abría, así, paso al Concilio Ecuménico Vaticano II y se consolidaba la doctrina de la Iglesia sobre el bien común internacional. Al mismo tiempo, la Iglesia tomaba también viva conciencia de su propia responsabilidad en relación con dicho bien común desde el momento que advertía su propia condición sacramental.

En esta forma, toda la constitución conciliar “Luz de las gentes”, en la declaración misma sobre los propósitos del documento, se decía: “Y puesto que la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, siguiendo la labor de los anteriores Concilios, se propone ilustrar con mayor claridad, a sus fieles y a todo el mundo, sobre su naturaleza y su misión universal. Las condiciones de estos tiempos —continuaban afirmando los Padres conciliares—, añaden a este deber de la Iglesia una mayor urgencia: necesario es que todos los hombres, unidos hoy más íntimamente por toda clase de relaciones sociales, técnicas y culturales puedan también conseguir su plena unidad en Cristo”.

La Iglesia tomaba, a la vez, conciencia de que su misión no era posible cumplirla poniéndose frente al mundo y que si “por la naturaleza de su misión y de su competencia, no se confunde en modo alguno con la sociedad civil, ni está ligada a ningún sistema político determinado es, a la vez, señal y salvaguarda de la persona humana”.

Por lo mismo, la Iglesia ha de estar “totalmente presente dentro de la misma comunidad de los pueblos para impulsar la mutua cooperación entre los hombres... inspirada en el único deseo de servir a todos”.

Por ello, también, el llamado actual dirigido a los cristianos es a “la colaboración que como individuos y como

sociedades" puedan aportar desde lo interior de las Instituciones, fundadas ya o por fundar, consagradas a fomentar la cooperación entre las naciones.

La Iglesia no se plantea ya frente al mundo, sino, en función de su propia sacramentalidad, descubre su papel en el mundo y el servicio más específico que puede prestarle.

Responsabilidad de la Iglesia

Se trata, entonces, y en primer término, de la responsabilidad que la Iglesia tiene frente a sí misma: la de ser capaz —en virtud de la acogida a la obra del Espíritu— de construir permanentemente su propia unidad.

Ya no son concebibles —dentro de la teología vaticana— los Pastores encerrados en los límites diocesanos.

El Colegio Apostólico ha dado lugar a una conciencia solidaria y a una responsabilidad compartida solidariamente por todos los obispos del mundo.

El Concilio se ha detenido en múltiples ocasiones en la condición de colegialidad de la Iglesia, señalando así una de las notas características del Pueblo peregrino de Dios.

Es en esta experiencia que la Iglesia tiene de sí misma donde se funda su servicio en el mundo.

Por ello, en la medida misma que esa experiencia pueda hacerse más universal, será posible que cumpla más fielmente su misión en medio de los hombres, de las sociedades humanas y de la comunidad internacional.

La condición significativa a que la Iglesia se encuentra llamada, le plantea, entonces, dos requerimientos inescapables.

El primero no puede ser otro que todo su esfuerzo interior por configurar el Sacramento universal que es el servicio específico que puede prestar en el mundo de los hombres.

El segundo, y en la percepción de que la comunidad que ella forma se halla integrada por seres humanos como los demás seres humanos, la conciencia cada vez más lúcida de que "el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón".

De allí, entonces, toda la tarea de la solidaridad al interior de la Iglesia que involucra siempre el respeto de unos cristianos por otros y la misión de discernimiento asignada a la Jerarquía, la que, en lugar de apagar la mecha humeante, está llamada a estimular las iniciativas y a orientarlas en procura de este servicio en el mundo.

En esta forma, es posible afirmar que el principio de subsidiaridad, tan subrayado por quienes pretenden afirmar sus postulados en el pensamiento social de la Iglesia, es, en este sentido, un principio que se encuentra subordinado al de la solidaridad: es el mismo Espíritu el que actúa entre los fieles y en la Jerarquía, el que suscita mil iniciativas en medio del pueblo cristiano, muchísimas de ellas muy valiosas y necesarias, pero es, en último término, en procura del bien común universal de esta institución fundada por Cristo y en nombre de la solidaridad —expresión de su verdadera unidad—, que se encuentra confiada a la Jerarquía la palabra del discernimiento final.

Es este mismo sentido solidario el que impide una aplicación individualista del principio de subsidiaridad, porque en “la solicitud por todas las Iglesias” y por todos los hombres y, en particular, por los más débiles y desposeídos, evita el riesgo de que los que, por cualquier concepto, pudieran tener algún mayor poder llegaran a imponer sus criterios o iniciativas a los más débiles.

Es necesario recordar, además, que si el sacramento se configura para el don, la Iglesia, en cuanto tal, llega a ser plenamente fiel a sí misma cuando alcanza la mayor solidaridad con todos los hombres, pues, para ella, “nada humano puede serle ajeno”.

Es aquí donde se funda la *Qénosis* propia de la Iglesia en su relación con el mundo, a la siga de su maestro, quien “siendo de condición divina, no retuvo para sí el rango que le igulaba a Dios” (*Filip. II, 6*). Por el contrario, “se despojó a sí mismo y, tomando la condición de esclavo se hizo semejante a los hombres en todo, menos en el pecado” (*cf. Filip. II*).

Esta es también la gran pobreza a que está llamada la Iglesia, pobreza cristiana fundante siempre de la más auténtica solidaridad, pues todos los bienes que ella posee le han sido confiados, de alguna manera, para su donación y el servicio que está llamada a cumplir en medio de la historia de los hombres.

De allí se impone una permanente conversión de toda la Iglesia a las exigencias de su misión específica y una re-

visión, también permanente, del sentido que tienen todos los bienes que posee, que han sido puestos en sus manos "para común utilidad" (I Cor.)

Este cuestionamiento de la Iglesia debe alcanzar, en primer lugar, a su tarea evangelizadora, lo que hacía recientemente S.S. Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, pero debe ir más allá, hasta la revisión de todo su acervo cultural, de sus ricas tradiciones que son como un bien de familia, de su patrimonio económico; en una palabra, de todos sus bienes que deben ser puestos al servicio de todos los hombres y, en particular, de los desposeídos y marginados.

Esta *Qénosis*, a la que la Iglesia se encuentra llamada, es la forma necesaria que debe tomar el cumplimiento de su misión de servicio.

Cristo ha venido para todo el hombre y para todos los hombres. De allí la tarea de la Iglesia de formar conciencia, predicar e insistir, con ocasión o sin ella, llamando a los hombres a superar los límites estrechos de la tribu, el provincialismo o los nacionalismos exagerados, en procura de la unidad de toda la familia humana.

Nuestros desafíos

Este llamado, hecho en el contexto latinoamericano, es ciertamente, también, una urgencia de examinar el pasado, porque, de alguna manera, toda la historia de nuestro continente se encuentra jalonada por guerras fratricidas entre pueblos cristianos.

Si una historia semejante es lamentable en cualquier rincón del mundo, en el nuestro resulta, además, escandalosa.

¿Qué hemos hecho los cristianos en América Latina para evitar tan tristes situaciones? ¿Hasta dónde los mismos miembros de la Jerarquía latinoamericana hemos procedido con conciencia de nuestra tarea sacramental en relación con el continente? ¿Cuántas veces hemos bendecido las armas que iban a llevar luego la muerte hasta el corazón de países hermanos?

Nuestra situación es única en el mundo. Todos nuestros países pueden reconocer orígenes comunes. En todos ellos la fe compartida ha sido una experiencia única entre todos los pueblos de la Tierra.

No lograr, entonces, romper los límites mezquinos de estrechos nacionalismos para obtener cada día una solidaridad más concreta y real, sería un fracaso no sólo para nuestras naciones sino para el mundo entero.

Pero para que esta solidaridad pueda ser posible, debe seguir necesariamente la ley de la encarnación: no sólo vivir en medio del mundo de los hombres, sino también conocer ese mundo y *amarlo*, estimándolo, en ese sentido, como propio.

Ello implica el conocimiento del mundo y de las dificultades peculiares que vive el hombre contemporáneo y, en particular, en nuestro caso, la conciencia viva acerca de los problemas que enfrentan los habitantes de América Latina.

En nuestro continente nos encontramos, como recién lo hacíamos notar, con un rasgo que, comprendido oportunamente por toda la Iglesia del continente, involucra una responsabilidad que no tiene equivalencias en ninguno de los otros. Se trata de la realidad de la presencia de la Iglesia en esta parte del mundo en que, a pesar de todas sus debilidades, implica un llamado que el mundo de los hombres latinoamericanos le dirige, como un verdadero grito de angustia, en la urgencia de encontrar en ella, Madre y Maestra, una respuesta de esperanza a sus acuciantes angustias y dolores.

De allí, la importancia de las Conferencias Episcopales Nacionales y del CELAM, primer organismo a nivel episcopal internacional que llegara a constituirse en 1956, en virtud de la mirada visionaria de quienes nos precedieron en esa solicitud colegial por todas las Iglesias.

De allí, también, la validez de la palabra pronunciada en Medellín y refrendada por la Santa Sede: esfuerzo común por hacer presentes las nuevas inquietudes conciliares en el contexto latinoamericano.

La Iglesia, que en la palabra de Paulo VI, se declaraba a sí misma "experta en humanidad" (Dis. a la ONU) seguramente por ello mismo hacía suya la voz de los pueblos pobres y concluía en que para construir la paz, para iniciar la nueva historia, la historia pacífica y verdaderamente humana, se hace cada vez más necesario luchar contra el armamentismo para poder así concentrar los esfuerzos en el desarrollo de los pueblos, desarrollo integral que, edificado sobre la justicia, será causa de verdadera paz, fomentará la fraternidad entre los hombres y los pueblos, y hará posible la unidad y la concordia de todo el género humano.

No podemos recordar aquí toda la validez que tienen para nuestro propósito los planteamientos hechos en *Populorum Progressio*, *Octogesima Adveniens* y, aun antes, en *Eclesiam Suam*. Lo que sí deseamos recordar es que la Iglesia, en la medida misma en que va tomando conciencia de su catolicidad y de su condición de señal e instrumento, va siendo más fiel a su misión propia.

Por tales razones, interesan a la Iglesia todos los organismos internacionales en la medida en que tienen por finalidad promover la paz y la solidaridad entre los hombres y los pueblos en las más variadas formas. Por eso, en nuestro continente, nos importan la Organización de Estados Americanos, la Comisión Económica para América Latina, la obra de UNESCO y tantas otras, donde urge la presencia de cristianos que vayan a ellas a prestar el servicio de su fe, el aporte de su esperanza y la urgencia del amor y de la justicia internacional.

Pero hay más. Una simple constatación sociológica advertiría al menos avisado la realidad de un mundo disperso que, en medio de mil dificultades, busca afanosamente su unidad.

Pareciera que las múltiples lecciones de tantas guerras y violencias, de tanto sufrimiento, hambre y desesperación, estuviesen impulsando a todos los hombres de buena voluntad a buscar esa unidad que es el fruto de la paz y la concordia de todas las naciones en la justicia. Por eso, y desde la misma aspiración humana, se comprende hoy que la justicia es un fenómeno que sólo logrará alcanzarse en el reconocimiento de sus dimensiones universales.

Es a esa aspiración de los hombres a la que la Iglesia debe estar atenta para poder prestarle el servicio de su propia *Qénosis*.

Porque hoy más que nunca, y precisamente cuando surge esta urgencia de paz y de justicia, hay poderes y fuertes influencias que se desplazan por el mundo entorpeciendo la acción de los hombres de buena voluntad y haciendo difícil la realización de esa justicia internacional.

No se trata sólo de algunos poderes políticos interesados por ganar nuevos adeptos a su causa o por imponer sus propias ideologías, sino también de las llamadas empresas multinacionales que, con frecuencia, manejan sumas bastante mayores que los escuálidos presupuestos de los países que, en terrible ironía, han sido llamados "en vías de subdesarrollo".

Por eso, todo el aliento que la Iglesia pueda ofrecer para que los más pobres lleguen a organizarse, sea en el orden nacional o en el internacional, será una manera más de cumplir su misión en el mundo y una nueva forma de configurarse como sacramento e instrumento para el servicio de los hombres y los pueblos preferidos por la misericordia de Dios.

Porque es necesario que los pobres tengan voz y que ésta sea la suya propia. Porque es importante que en los organismos internacionales todas las voces puedan expresarse en igualdad de condiciones. No puede, por lo mismo, ser mayor y tener más peso la palabra que se apoya en fuertes potenciales económicos, sino, por el contrario, la voz más potente debe ser la de aquellos que proclaman la justicia porque conocen y defienden la dignidad de todo hombre y de todos los hombres.

No podría, en esta forma, justificarse un derecho a veto explícito o implícito que se fundara en el poder del dinero o en la fuerza de las armas.

No podrían, tampoco, justificarse los mismos organismos internacionales, que han nacido de ese clamor de los pueblos por la paz, si no buscaran, con todas sus fuerzas y poniendo en ello todos sus afanes, esa justicia que es precisamente un nuevo nombre de la paz.

Llamado a los cristianos

Por eso se impone también un llamado especial dirigido a todos los cristianos para que, en la medida de sus competencias y posibilidades, presten su aporte a todas estas organizaciones y, de igual manera, a los cristianos y a los hombres de buena voluntad que en ella participan para que procuren, por todos los medios legítimos que estén a su alcance, que la voz de los pobres resuene en las reuniones y asambleas internacionales y que ella misma sea la que permanentemente rescate a todas esas organizaciones para sus finalidades iniciales, salvándolas del peligro de transformarse en un poder más que vuelve a encontrar su propia estabilidad en el dinero o en las armas, olvidando así sus objetivos de justicia y solidaridad internacionales.

En virtud de lo recién señalado, no podemos, los obispos del continente, permanecer ajenos a las inmensas dificultades que deben enfrentar nuestros pueblos.

Porque, además de la desnutrición, el analfabetismo, la cesantía, que ya son un clamor que denuncia la injusticia, es posible constatar la crisis de los Estados nacionales y la incorporación de la nueva ideología de la seguridad nacional, que tiende a desplazar nuestros propósitos de paz en la justicia para dar paso a la política y la estrategia de la guerra total.

Es en este contexto donde, para seguir la acotación de Pío XII, el pueblo es asimilado a la masa y, por lo mismo, definitivamente silenciado en sus legítimas aspiraciones a la participación.

La afirmación de que toda persona humana es responsable frente al mundo de los hombres y la historia, y el concepto de la autonomía solidaria, vuelven a exigir el derecho y el deber de la participación.

Porque nada se obtendría si unos pocos, inspirados en las nuevas ideologías o instrumentalizados por quienes detentan el poder económico, quisieran imponer modelos sociales que, en último término, sólo pretenden defender instituciones caducas y negar, a la vez, que el transcurso histórico pueda ser un lugar de encuentro de nuevas perspectivas y de nuevas conciencias.

Nuestra crisis actual no es una crisis coyuntural. Estamos frente a una crisis de estructuras. Por lo mismo, el desafío del presente es más profundo y exigente para toda la Iglesia y para cada cristiano en particular. Por eso, también, la actitud de los pueblos y gobiernos latinoamericanos puede ser paradigmática para los demás pueblos de la Tierra.

La raigambre común y la historia compartida de nuestros países constituyen en nuestros días un capital disponible imposible de encontrar en el resto del mundo.

La responsabilidad es, entonces, mayor; y el servicio que la Iglesia puede prestar, más preciso.

Pero para enfrentar esta tarea —que es urgente no sólo para nosotros, sino para todos los pueblos de la Tierra— es necesario que nuestras actitudes no estén determinadas en forma negativa y por oposiciones definitivamente excluyentes sino más bien por la tarea que nos espera, por la construcción que aguarda, por las necesidades de nuestros pueblos.

Es en esta búsqueda de una mayor solidaridad, donde aparece como valioso el que los organismos internacionales hayan definido recientemente el desarrollo como “bienestar”, como un desarrollo integrado que llega a las gran-

des masas desposeídas. El crecimiento económico, el aumento del Producto Nacional Bruto, no debe ser la medida del bienestar, sino sólo un instrumento para resolver los problemas de desigualdad social. Así, pues, el crecimiento no es un mero problema económico, sino que se inscribe al interior de un problema ético, de justicia social redistributiva. Sería posible avanzar todavía más y formular el sentido del desarrollo en términos de "calidad de vida". Este término incluye no sólo la participación en la cultura, en todos los frutos del desarrollo del espíritu humano, sino también una participación activa de los ciudadanos en los procesos de decisión que los afectan: económicos, sociales, políticos y culturales.

Los cristianos estamos conscientes de que el desarrollo *integrado* es difícil de lograr y sabemos que los organismos internacionales han constatado en los últimos años que una mejor distribución de los ingresos puede tener como consecuencia un ritmo menos rápido de crecimiento. Si esto es así, será conveniente limitarse a un crecimiento más lento con tal de lograr una repartición más equitativa de los bienes. Dentro de las políticas de distribución de ingresos, nos parece justo privilegiar —como lo han hecho la CEPAL— a aquellas que promueven el acceso de los sectores populares a ciertos bienes y servicios esenciales, como vivienda, salud y educación, ya que se ha constatado que la distribución de ingresos por esta vía es más estable que la simple distribución monetaria.

La integración latinoamericana debería contribuir, en primer lugar, a crear un clima de cooperación tal que se puedan disminuir sustancialmente los gastos de armamentos. Si ya es un escándalo que los países desarrollados gasten millones de dólares en prepararse para la guerra y dediquen sumas cada vez más bajas a la cooperación y al desarrollo, es un escándalo todavía mayor que nuestros países —donde hay tanta miseria— consagren una parte tan importante de su presupuesto a gastos militares.

En cuanto al mercado común regional, parece poco justificable la actitud de quienes rechazan la integración latinoamericana porque consideran que ella sólo servirá para consolidar la instalación del neocapitalismo en la región. De hecho, la alternativa —que supone mantener las actuales divisiones nacionales y propiciar el aislacionismo— podría llevar al mantenimiento y aun a la acentuación de la miseria y la injusticia que reinan en la región. No es justo sacrificar una generación en vista de un posible mayor bie-

nestar futuro de una generación venidera. Pero también sería inaceptable, desde el punto de vista de la ética cristiana, abrir las puertas de los Estados nacionales latinoamericanos para que los grandes ganadores sean los países desarrollados o las firmas transnacionales. Por eso, para que la orientación del mercado común regional responda lo más posible a las necesidades de las grandes causas, se requeriría una efectiva participación del pueblo en sus organismos.

Para que la integración de América Latina sea posible, es necesario superar el nacionalismo estrecho que constituye con frecuencia una tentación de nuestros países. En el reciente documento *Evangelio y Paz*, los Obispos de Chile hemos señalado las principales características de este tipo de nacionalismo.

"Algunos han entendido el nacionalismo como una *exaltación* de la patria, que la convierte en un ídolo, al que se ha de sacrificar a los mismos hombres que la componen siendo que, por el contrario, el fin de la patria es el bien de quienes la constituyen, de todos ellos.

"Una primera deformación del nacionalismo consiste en estrechar su ámbito. Reducir el patriotismo a la manera de pensar y de sentir de un sector solamente de los habitantes de un país. Así, algunos hacen coincidir el patriotismo con la adhesión irrestricta a un determinado régimen de gobierno. Otros consideran patriotas tan sólo a los que admiran y quieren perpetuar una determinada época histórica. Hay quienes atribuyen como un monopolio el patriotismo a un solo sector ciudadano, representativo e influyente, sin duda, pero que no puede pretender agotar la realidad del país.

"Hay quienes, por fin, con espíritu simplista, llegan a creer que el patriotismo consiste principalmente en venerar los símbolos de la patria: la bandera, el himno nacional, las grandes efemérides. Nos alegramos de que tales emblemas reciban el honor que les corresponde, porque contribuyen poderosamente a avivar el espíritu patrio. Pero más allá de los signos y de los sentimientos, debe éste expresarse en las acciones, en las obras, en el diario quehacer del trabajo, de la justicia, de la solidaridad."

Sólo superando el nacionalismo estrecho, sólo abriéndose a los problemas e inquietudes del mundo y de nuestra región, podrán nuestros países avanzar hacia una auténtica integración latinoamericana.

Lima, 2 de mayo de 1976.

43
LOS CAMINOS
DE LA PAZ

Homilía pronunciada por Su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez, en la Iglesia Catedral de Santiago, durante la Acción de Gracia Ecueménica del 18 de septiembre de 1976.

Como lo quiere su mejor tradición, Chile comienza su festivo patrio con una plegaria.

Hoy es el día en que Chile ruega y agradece a Dios por Chile. Nuestros Padres de la Patria nos enseñaron a rogar y agradecer. Ellos sabían que la patria, su libertad, su unidad, su grandeza son, al mismo tiempo, empeño humano y don de Dios. En el umbral de sus grandes decisiones, al comenzar cada batalla de guerra o de paz, oraban. Oraban como Cristo nos enseñó: pidiéndole al Padre que se haga su voluntad. Y cuando la voluntad del Padre era concederles gracia, victoria, libertad, entonces también oraban. Ellos eran los mejores testigos de que con sus solas fuerzas humanas no habrían podido vencer y construir.

Por eso Chile cultiva esta tradición: comenzar su día orando y agradeciendo a Dios por Chile.

Y no lo hace sólo por respeto. Mucho menos por rutina. Cada generación de chilenos ha ido haciendo la misma experiencia de su necesidad de Dios. Al principio era la urgencia de hacer tanto con tan pocos recursos y tan grandes obstáculos. Hoy también. Al principio eran la fe, la esperanza y el amor. Hoy también. Antes y ahora la patria no se construye sin la oración. Hoy, como al principio, Chile necesita a su Dios.

Este nuevo aniversario patrio nos encuentra consagrados a una gran tarea: la de crear o reconstruir los caminos de la paz.

Los chilenos queremos vivir en paz, con nosotros mismos y con nuestros hermanos del resto del mundo. Cualquiera otro objetivo quedaría por debajo de nuestra vocación.

Pero también esa paz es, como la patria, obra humana y don divino. Una obra tan ardua, tan difícil de realizar, y un don tan querido a los ojos del Señor, que El declaró dichosos a los que trabajaban por la paz, y les prometió ser llamados hijos de Dios.

Por eso la Iglesia ora tan intensamente por la paz. Por esto todo su potencial de amor se moviliza al servicio de la paz. Se podría decir que la paz resume la misión de la Iglesia. La paz no depende sólo de la Iglesia, pero la Iglesia sabe que existe, que es posible, y conoce el camino que lleva hacia ella. Una de sus oraciones lo expresa admirablemente:

“SEÑOR, QUE LLAMASTE HIJOS TUYOS A LOS QUE TRABAJAN POR ESTABLECER LA PAZ: CONCÉDENOS TU LUZ Y TU GRACIA, PARA QUE PODAMOS CONSTRUIR PERPETUAMENTE LA PAZ, BASADA EN LA JUSTICIA, EN EL AMOR Y EN LA LIBERTAD. POR JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR”. (*Misal Romano*, oración de la Misa Votiva *Por la Paz y la Justicia*.)

Millares de sacerdotes rezan esta oración. Millones de fieles la ratifican con su Amén. Es la voz de la Iglesia, de una Iglesia que habla de paz, de sus caminos, sus condiciones, sus obstáculos. Ni en su tono ni en su ánimo hay un dejo de censura. La Iglesia no se arroga competencia ni autoridad que no le hayan sido dadas por Cristo. Si habla de paz, es porque su Evangelio es de paz y porque Ella misma es experta en humanidad. Cuando habla de paz, no se apoya sino en la fuerza de la verdad misma que propone. No juzga ni califica: invita. Es la voz de la Madre que ama a sus hijos. No le importan sus propios quebrantos, no teme ser incomprendida, no cautela su propia seguridad, con tal de que sus hijos conozcan la paz.

Hoy, en el Día de la Patria, además de reflexionar y hablar, quisiéramos sobre todo orar. Ir repitiendo esta oración de Iglesia que constituye el más preciso y sólido programa de paz.

Obrar la justicia

1. “Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos obrar la justicia”.

Obrar la justicia. Tener el ánimo, cultivar el hábito, la costumbre de darle a cada uno lo que es suyo.

Y en primer lugar a Dios. Sí: es de justicia que, como lo hacemos hoy, reconozcamos públicamente que en El somos, nos movemos y existimos; que de El procede todo don perfecto, y que a El le debemos el homenaje de una fe obediente a su Palabra.

Esta es su Palabra; éste es su Mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo". No podemos ser justos sin el hábito de cumplir fielmente este Mandamiento de Amor.

Nuestro celo por los derechos de Dios reclama, de esta manera, un análogo celo por los derechos del hombre. Dios quiere que sus hijos sean respetados y amados. En el agravio hecho a un hombre, Dios se considera El mismo agraviado. Y el hombre violentado por la injusticia siente germinar en él el resentimiento y la contraviolencia. En la injusticia, la paz ha encontrado su primer gran obstáculo.

"Señor, luz de los que viven en tinieblas: guía nuestros pasos por el camino de la paz. Concédenos que, libres de temor, te sirvamos con santidad y justicia en tu presencia, todos nuestros días".

"Enséñanos a hacer con los demás lo que queremos que ellos hagan con nosotros: respetar, comprender, perdonar; cumplir nuestra palabra; tener misericordia; hacernos solidarios del dolor y necesidad de los otros; velar por su buen nombre, defender su honra, sus bienes, su libertad; acoger sus aportes, estimular su responsabilidad, confiar en ellos".

¿Cómo podríamos exigir lo que no estamos dispuestos a dar?

"Cada uno, sin excepción de nadie —nos inculca el Concilio— debe considerar al prójimo como otro yo". (*Gaudium et Spes*, 27.) Y todo hombre es mi prójimo, cualquiera sea su ideología, su conducta o la simpatía que nos inspira. La justicia evangélica no discrimina, no excluye a nadie. Sólo tiene una predilección, un servicio preferente, un respeto privilegiado por los pobres, sin preguntar la causa o la culpa de su pobreza". (Cfr. Paulo VI *Octogesima Adveniens*, 23; Obispos de Chile, *Evangelio, Política y Socialismos*, 14.)

Si a todos los ciudadanos nos toca obrar la justicia para construir la paz, ello compete de modo especial al gobernante. "La ejecución de la justicia, en cuanto orientada al bien común —escribe Santo Tomás— es el oficio propio del príncipe". (*Summa Theologiae*, 2-2 q. 50, art. 1, ad 1.)

Justicia y bien común: noble y pesada tarea que incumbe al gobernante. Lo comprendemos bien quienes, en la Iglesia, desempeñamos el servicio episcopal. Mirar siempre y sólo al bien común, mancomunar tantas aspiraciones divergentes, conciliar tantos intereses contrapuestos, hacer fructificar para bien tantas tensiones, afrontar tantas incomprendiones, privilegiar sólo al más débil. Ser autoridad importa consagrarse al servicio de la justicia y del bien común. La vida del que gobierna está marcada por una sola pasión: los derechos de la persona y de la sociedad. Cada ley, cada decreto, cada decisión suya, responderá a un solo interrogante: "¿Cómo servir mejor a mi pueblo?"

Porque el bien común de su pueblo es la razón de ser del gobernante, como enseña la Iglesia por boca del Papa Juan XXIII (*Pacem in Terris*, 54). "Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana, y hacerle llevadero el cumplimiento de sus deberes, debe ser —afirma la Iglesia— oficio esencial de todo poder público". (*Pacem in Terris*, 60; Pío XII, *Mensaje de Pentecostés*, 1º-6-1941.)

Allí radica la dignidad del que manda y del que obedece. El ciudadano que se somete a las autoridades públicas rinde, "en realidad, un acto de culto a Dios". Lejos de humillarse, "se eleva y ennoblece, ya que servir a Dios es reinar".

"La autoridad, sin embargo —recuerda el Papa Juan—, no puede considerarse exenta de sometimiento a otra superior. Más aún, la autoridad consiste en la facultad de mandar según la recta razón. Su fuerza obligatoria procede del orden moral, que tiene a Dios como primer principio y último fin. La dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación en la autoridad de Dios" (*Pacem in Terris*, 47; Pío XII, *Radiomensaje Navideño* 1944). Sus leyes tienen, por eso, valor de obligar en conciencia cuando, procediendo de la ley eterna, emanan de la recta razón, respetan el orden moral y sirven al bien común. Si una ley se apartase de la recta razón sería injusta, y entonces —como enseña Santo Tomás—, más que ley, sería violencia (1-2 q. 93, art. 3 ad 2; ver *Pacem in Terris* 46, 50, 51).

Todo gobernante permanece así en constante referencia a Dios y a su pueblo. "No hay autoridad que no venga de Dios (*Romanos* 13, 1-6). Y no se da autoridad sino para el bien y salud del pueblo, que es la suprema ley (*Rerum Novarum*, 26). Sin olvidar que en la protección de los derechos individuales, el poder civil "habrá de mirar princi-

palmente por los débiles y los pobres" (*Rerum Novarum*, 27).

Tal es la nobleza de la tarea, del arte de gobernar, según lo ha enseñado constantemente la Iglesia. Se inspira en el ejemplo del Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por la salvación de todos.

Por eso oramos por nuestros gobernantes: hoy y siempre. Es un deber de nuestra fe. Imploramos para ellos la gracia de lo alto, los dones de sabiduría y prudencia, de consejo y fortaleza. Y permanecemos dispuestos a ofrecerles nuestra colaboración, leal, generosa y sincera para obrar la justicia.

Creer en el amor

2. Pero no basta la justicia para construir la paz. "Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos creer en el amor".

Siempre nos amenaza la tentación de creer, más bien, en el odio. El sabe mostrarse seductor. Promete extirpar, rápida y radicalmente, todos los obstáculos al triunfo de la verdad —nuestra verdad—. Comparece como vengador celoso de una justicia violada —nuestra justicia—. Y declara lícitos todos los medios, con tal de que sirvan a ese fin. El odio se hace así inseparable de la violencia, y ésta le presta su forma atractiva y seductora, como si fuera el único o el mejor camino.

"La violencia —decíamos con angustia hace cuatro años— no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra". (*Alocución del 2-9-1972.*)

"El odio —hemos dicho en este mismo lugar, en 1971— envenena y puede matar el alma de una sociedad. Tenemos que matar el odio, antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile... Hermanos: todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio. En nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile". (*Homilía en los funerales de don Edmundo Pérez Zujovic, 9-6-1971.*)

Palabras, urgencias formuladas en circunstancias políticas tan diversas. Las repetimos hoy, con la misma perseverante doctrina.

El magisterio de la Iglesia nos previene, con sabiduría y bondad, que después de los grandes conflictos sociales suelen plantearse alternativas contrapuestas: de un lado, voces que llaman a la prudencia y a la moderación; de otro lado, voces de mal disimulada violencia o de abierto anuncio de venganza, como si no hubiera otra disyuntiva que plena victoria o destrucción completa. Tajante dilema que ahoga toda otra reflexión y obliga a una lucha extenuadora y desangrante, cuyas consecuencias económicas, sociales y espirituales amenazan convertirse en el castigo del tiempo futuro. Así hablaba la Iglesia, por boca de Pío XII al término de una conflagración mundial. (*Discurso a representantes del Congreso de los EE. UU.*, 27-8-1945.) “Por esto —señalaba el Papa—, es de suma importancia sustituir aquel temor por la fundada esperanza de honrosas soluciones; soluciones no pasajeras ni expuestas a los gérmenes venenosos de nuevas turbaciones y nuevos peligros para la paz, sino verdaderas y durables”.

Su Santidad Pablo VI nos recuerda cuál es esa solución, cuando una y otra vez nos llama a construir, como fruto del Año Santo, la “civilización del amor”. El amor puede edificar una civilización.

Diremos más: sólo el amor puede edificar una civilización digna de ese nombre. ¿Cómo respetar al hombre, si no se lo ama? ¿Cómo ir en defensa del oprimido, si no se ama a los que Dios ama con predilección? ¿Cómo construir un ordenamiento jurídico eficaz sin amar al hombre por quien y para quien son todas las leyes? ¿Cómo edificar la fraternidad —base insustituible del patriotismo— sin amar como Dios Padre nos ama: a buenos y malos, amigos y enemigos; sin compartir lo nuestro como El lo comparte; sin perdonarnos como El nos perdona? Organizando la Tierra sin Dios se termina siempre organizándola contra el hombre. Y Dios es amor.

Necesitamos creer en el amor. “El amor —decíamos aquí, hace justamente un año— no es utopía, no es ingenuidad, no es inferioridad”. El consigue lo que la fuerza no es capaz de conseguir. No está reñido con la vigilancia ni con un justo rigor; al contrario: éstos son la condición para que subsista.

“Señor: concédenos creer que el amor es más fuerte que el odio. Que el amor une como no puede hacerlo el te-

mor. Que el amor crea, mientras el odio destruye y el temor paraliza. Ahoga, Señor, en nuestros labios la palabra que ofende y distancia. Abre nuestras manos para compartir pan y trabajo, los bienes de una tierra que Tú nos diste a todos. Haz que dejemos de juzgarnos unos a otros sin misericordia y sin olvido. Haz que creamos los unos en los otros. Haz que nos amemos: porque sólo el que ama puede obrar la justicia.”

Educar a la libertad

3. Algo falta todavía, sin embargo, para el pleno advenimiento de la paz. “Señor, para que podamos construir perpetuamente la paz, ¡edúcanos a la libertad!”

La paz —según San Agustín— es la tranquilidad en el orden. Y no puede haber orden ni tranquilidad sin libertad.

Los miembros de un cuerpo social gozan de tranquilidad cuando saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad.

Ese es precisamente el sentido y objetivo del orden: asegurar las condiciones que hacen expedito el ejercicio de la libertad. Un orden que se obtuviera a costa de la libertad sería un contrasentido. Y el pueblo objeto de ese orden ya no sería pueblo, sino masa.

Cicerón concebía al pueblo como la multitud asociada por un consenso de derecho y para utilidad común (*De República*, 1 I, c. 25). A la definición de pueblo pertenecen la libertad de asentir y disentir en lo tocante a los asuntos comunes, y la norma jurídica que regula y protege esa libertad.

“El pueblo —enseña la Iglesia— vive y se mueve por su vida propia; la masa es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde afuera. El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de ellos es una persona, consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. La masa es fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones. De la exuberancia de vida propia de un verdadero pueblo se difunde la vida, abundante, rica, por el Estado y todos sus organismos; infundiéndoles, con un vigor renovado sin cesar, la conciencia de su propia responsabilidad, el sentido verdadero del bien común. (Pío XII, *Radiomensaje Navideño* 1944.)

La amenaza de masificación, latente en todo el mundo contemporáneo, nos plantea un imperativo: educarnos a la libertad. Habitarnos a actuar por propia iniciativa, previa deliberación y asumiendo las responsabilidades de nuestras decisiones. Estimularnos unos a otros a participar y a decidir, mediante un consenso jurídicamente regulado, los asuntos que conciernen al bien común. “Cuando se pide ‘más democracia y mejor democracia’ —señala el Papa Pío XII—, esta exigencia no puede tener otro significado que el de colocar al ciudadano en condición cada vez mejor de tener su propia opinión personal y de expresarla y hacerla valer de una manera conforme al bien común... Hay dos derechos del ciudadano que en esta democracia encuentran su expresión natural: manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios que le son impuestos; no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado”. (Pío XII, *Radiomensaje Navideño* citado.)

Nuestra patria reconoce, en estos postulados, una tradición de la que legítimamente se siente orgullosa.

“En el alma de Chile —decíamos hace dos años, en esta misma Iglesia, se da, como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo; superior, incluso, al de la vida misma”.

Libertad que nunca los chilenos identificamos con anarquía ni arbitrariedad. Libertad regulada y protegida por un ordenamiento jurídico objetivo y una autoridad impersonal, sometida ella misma a la ley y al permanente juicio de su pueblo.

Fue ésa la gran intuición y el gran legado de nuestros Padres de la Patria. “A pesar de haberseme entregado el Gobierno Supremo sin exigir de mi parte otra cosa que obrar según me dictase la prudencia —escribía don Bernardo O’Higgins, al fundamentar el nombramiento de una Comisión Constituyente— no quiero exponer por más tiempo el desempeño de tan arduos negocios al alcance de mi juicio... Ahora que, por el valor y virtud de nuestros soldados hemos conseguido vencer y destruir a los tiranos, sólo me ocupo en preparar aquellas medidas que aseguren la libertad de los chilenos, sin introducir la licencia en que escollaron otros Estados nacientes”. (*Decreto* del 18-5-1818; *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, tomo 9, pp. 33-34.)

Dicho proyecto constitucional le parecía ser “el negocio que más interesa a la nación; y para ello es necesario saber distintamente la voluntad de cada uno de los habitan-

tes". (*Decreto del 10-8-1818; Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, Tomo 2, pp. 7-9.)

"Debe cuidarse —expresaba don Bernardo, al inaugurar las Sesiones de la Convención Preparatoria— que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacilan la autoridad, la seguridad y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y anulan". (*Ses. de los C. Legislativos*, T. 6, p. 28.)

En ese admirable espíritu de realismo y respeto a los derechos intangibles de la persona, se forjó nuestra nacionalidad. Muchos de nuestros estadistas, constructores de la patria, merecen el elogio que en su tiempo hiciera de O'Higgins don Mariano Egaña, al jurarse la Constitución: "V. Excelencia sosteniendo los derechos de la Nación en los campos de batalla triunfaba, es verdad, y llevaba tras sí nuestra admiración y gratitud; mas, éste era un triunfo de que podían usurpar, parte la fortuna, y parte la ilusión de la gloria. Pero —continuaba don Mariano Egaña— hacerse esclavo de la ley, estando en la plenitud de la autoridad; quedar vencedor en esta lucha de generosidad, donde el pueblo, confiado en las virtudes del que destina para gobernarlo, pone en sus manos un mando sin límites, y el Jefe sólo quiere obedecer a la voluntad pública y hacer crecer la autoridad de su cuerpo por la de su mérito: ¡éste es el triunfo todo de V. Excelencia!" (*Discurso en la Jura de la Constitución* 23-10-1818; *Gaceta Ministerial*, 24-10-1818.)

No es necesario, por eso, inventar un camino: nuestra más pura tradición democrática y republicana es el camino. A nosotros nos toca reconquistarla y readecuarla a situaciones siempre cambiantes. Educádonos al ejercicio de nuestra libertad, asentamos el cimiento profundo de la solidaridad y seguridad nacionales.

Tal vez ahora comprendamos mejor el sentido de los textos bíblicos leídos en esta celebración. El Maestro ha prometido felicidad, alegría perfecta a los que trabajan por la paz. El Apóstol nos exhorta a vencer el mal con el bien.

Ya antes que ellos, el más insigne orador de la antigua Roma —Cicerón— supo comprender que la tarea de la paz es digna y propia de un hijo de Dios. "Vencerse a sí mismo —decía—, refrenar la ira, perdonar al vencido, levantar al adversario caído: el que estas cosas haga, no lo comparo ya a los grandes hombres: lo considero muy semejante a Dios". (*Pro Marcello*, 3.)

Es la tarea predilecta de la Iglesia: la paz. Y es que la paz y la vida caminan juntas. La vida es el otro nombre de

la paz, como la guerra es el otro nombre de la muerte. (Mensaje de PAULO VI para la Jornada Mundial de la Paz, 1977.)

Por eso la Iglesia ama tanto la paz: porque ama la vida. Porque es presencia de Cristo que vino para que los hombres tengan vida, y abundante vida.

Por eso la Iglesia defiende la vida. Por eso la Iglesia condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre: son enemigos de la vida; y la vida tiene los mismos enemigos que la paz.

Por eso la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia habla y clama, siempre, en todas partes, llamando a la justicia, al amor, a la libertad. Son los caminos de la paz.

La Iglesia hace obra de paz, porque es la Casa de los hijos de Dios. Si hay defecto en algunos de sus miembros —lo que es inherente a su condición humana— ello no anula la vigencia y belleza de esta misión verdaderamente divina.

Decidámonos, todos, de nuevo por esta misión: éste es un momento y un lugar privilegiado para abrirnos al Espíritu del Señor, Espíritu de paz.

Hoy es un momento y un lugar privilegiado para orar. Concluyamos repitiendo esa oración de la Iglesia que no hemos hecho más que glosar:

“Señor, que llamaste hijos tuyos a los que trabajan por establecer la paz: concédenos tu luz y tu gracia, para que podamos construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad. Por Jesucristo, nuestro Señor”.

EL HUMANISMO CRISTIANO EN LA IGLESIA DE IBEROAMERICA

En la reunión de obispos latinoamericanos, en Ciudad de Panamá, 3-6 de junio de 1976, con motivo del sesquicentenario del Congreso Anfictiónico convocado por Bolívar, el Cardenal Silva dirigió la palabra a la Asamblea:

I. Legado

RAZON Y CONTENIDO DE NUESTRO HUMANISMO CRISTIANO

Cuando el Papa Pablo VI clausuró el Concilio con su allocución del 7 de diciembre de 1965, lo describió como un encuentro de la religión del Dios que se ha hecho hombre, con la religión del hombre que se hace Dios.

Nuestro Sínodo —decía el Pontífice— se ha absorbido en el descubrimiento de las necesidades humanas. Y no ha habido choque, ni lucha, ni condenación: sólo una simpatía inmensa. “Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito, y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros —y más que todos— somos promotores del hombre”.

Pero esta preocupación de la Iglesia por el hombre, impregnada de afecto y admiración; esta orientación de toda la riqueza doctrinal en la dirección única de servicio a la humanidad ¿no significa una desviación de la Iglesia, hacia el antropocentrismo moderno? —se pregunta el Papa—. ¿Se justificaría entonces la sospecha de una concesión a la moda que pasa y al pensamiento ajeno, en desmedro de la fidelidad a la tradición y con daño para el sentido religioso del Concilio?

A esta interrogante responde Pablo VI con un argumento basado en la Encarnación. La religión católica y la vida humana —afirma— conforman una alianza: la reli-

gión católica es para la humanidad; en cierto sentido ella es la vida de la humanidad. Hasta tal punto, que para conocer al hombre, verdadero, integral, es preciso conocer a Dios.

Pero cuando se recuerda —continúa el Santo Padre— que en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo; y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre, entonces nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto, que podemos afirmar también: para conocer a Dios es preciso conocer al hombre.

La afirmación de un humanismo cristiano no tiene nada que ver, por consiguiente, con un tolerante relativismo ni oportunismo. No es, tampoco, un refinamiento filosófico, un goce estético, o un reflejo defensivo ante la acusación de alienación. Es fidelidad a la Iglesia. Es fidelidad de la Iglesia a su Señor.

¿Ha sido la Iglesia fiel a este humanismo cristiano?

A priori, deberíamos decir que sí: por la promesa de ser divinamente asistida y no defecionar en lo que le es esencial.

A posteriori, podríamos intentar una respuesta parcial, repasando la historia de nuestra Iglesia Iberoamericana.

Es bueno repasarla. Con respeto, con fe. Como una oración vital. Nutre nuestra sed de saber. Pero también señala el camino. Una verdadera tradición fundamenta bien una esperanza.

¿Cómo se ha dado el humanismo cristiano en nuestra Iglesia de Iberoamérica?

Comencemos por fijar los que nos parecen contenidos fundamentales de dicho humanismo:

1) la inviolabilidad de toda persona humana, en cuanto creada por Dios y redimida por Cristo;

2) el respeto privilegiado por los más destituidos de auxilio humano;

3) la armonización jerárquica entre tener, saber y creer, y

4) el primado de la comunión por sobre los exclusivismos, individuales y colectivos.

1) *La inviolabilidad de toda persona humana, en cuanto creada por Dios y redimida por Cristo.*

Sería ingenuo pretender que el descubrimiento, colonización y conquista de Iberoamérica no obedecieran también, y en grado importante, a razones políticas y económicas, de prestigio y expansión. Pero sería igualmente antihistórico desconocer y menospreciar el hecho de que la gesta colonizadora nace, en España, bajo el signo de la evangelización. El título que pretende cohonestarla es, por de pronto, una Bula papal. Se podrá cuestionar —como efectivamente ocurrió— su valor jurídico para justificar una conquista; pero nadie objetará que importa —por lo menos— un envío misionero.

Los hechos lo corroboraron. En toda expedición militar está presente el sacerdote.

Y ello implica desde la partida una toma de posición: no se va sólo ni fundamentalmente a lucrar: oro, poder, gloria, imperio. Se va —digamos, por lo menos, “también”— a evangelizar. Y no se evangeliza sino a personas humanas y para que lo sean más plenamente. Se palpa ya una intuición y una opción determinantes. El indio, el “salvaje”, es sujeto capaz de derechos y deberes, los mismos del europeo. Y el europeo sirve como instrumento providencial, enviado y bendecido por Dios a través de la Iglesia, para concurrir al pleno desarrollo de esa persona humana que es el aborígen.

Que esto no es tan obvio ni común, resalta de una comparación con procesos colonizadores paralelos. Se sabe que en otras latitudes el aborígen fue práctica y teóricamente considerado como objeto, y no se hizo intento alguno por incorporarlo a la sociedad humana ni, mucho menos, religiosa.

Fue pertinaz la lucha de la Iglesia por salvaguardar la dignidad del indio. Eminentes teólogos y juristas comenzaron por cuestionar sin ambages la legitimidad de los títulos aducidos para las guerras de conquista. Domingo de Soto descalifica como “ficción, y dicho sin fundamento”, el aserto de que el Papa habría entregado, como señor del orbe, estos dominios al Emperador. Siendo así, “¿con qué derecho retenemos el Imperio ultramarino que ahora se descubre? En verdad, ¡yo no lo sé!” Fray Bartolomé de las Casas fustiga “las que los tiranos inventaron, prosiguieron y llaman ‘conquistas’, como inicuas, tiránicas, y por toda ley natural divina y humana, condenadas, detestadas y mal-

ditas". Autorizar o permitir el despojo y muerte de los naturales serían, para él, "gravísimos pecados mortales, dignos de terribles y eternos suplicios". Y Francisco de Vitoria no trepida en afirmar: "Yo no entiendo la justicia de aquella guerra. . . En verdad, si los indios no son hombres, sino monos, no son capaces de injurias. Pero si son hombres y prójimos. . . no veo cómo excusar a estos conquistadores de última impiedad y tiranía".

Este fenómeno no debe ser demasiado frecuente: eclesiásticos amantes de su patria cumplen su deber de amarla fielmente, recordándoles a sus gobernantes y compatriotas que el "enemigo" también tiene derechos, que es persona humana igual que ellos, y que su eventual inferioridad —militar, intelectual o moral— no autoriza a tratarlos como cosas ni convalida cualquier acción, bélica o política, en su contra.

La Iglesia Iberoamericana no necesitó esperar la Revolución Francesa para proclamar que todos los hombres son iguales, libres y hermanos. Lo sabía por su fe, anclada en el Evangelio de Cristo Liberador. Y fue lo bastante coherente con su fe para ponerla en práctica, en una situación que ni entonces ni ahora se prestaría a ello. Nunca será fácil a un contendiente respetar a su adversario como persona, sobre todo si recela y recibe de él continuas agresiones. Y ello es doblemente difícil cuando ese adversario aparece en una etapa rudimentaria de civilización y cultura. Quien está habituado a sentirse centro monopolizador del refinamiento y del poder, cae con frecuencia en la tentación de encasillar al otro, práctica y teóricamente, en una categoría infrahumana.

2) *El respeto privilegiado por los más destituidos de auxilio humano.*

La tarea de la Iglesia no se termina con esta clara afirmación del carácter de persona del aborigen americano. Sujeto de derechos y deberes, esencialmente igual al conquistador europeo, el indio está de hecho impedido para ejercer tales derechos y deberes. Su igualdad permanece todavía en el plano de las abstracciones. En la práctica, el conquistador hace pesar la fuerza prevalente de sus armas, de su don de organización y de mando, de su sed de lucro y poder. Ante él, y pese a eventuales levantamientos y aun victorias guerreras, el indio se convierte paulatinamente en

desvalido. Durante la guerra queda expuesto a la ferocidad irrestricta de su vencedor, sobre todo cuando se trata de represalia. En tiempo de paz, la superioridad múltiple del conquistador tiende a reducirlo virtualmente a la condición de esclavo.

Para él valdrá el respeto privilegiado de la Iglesia.

Decimos, expresamente, respeto "privilegiado". No se trata de exclusivismo, de segmentar un grupo humano en dos categorías irreductibles: los que merecen y los que no merecen la atención de la Iglesia. La Iglesia no puede, de su parte, excluir a nadie que no quiera, él mismo, ser excluido. Se trata de privilegiar, de consagrar una dedicación preferente a quien, porque sufre y necesita más, se ubica derechamente en la categoría de los pobres de Dios y reclama con ello la predilección que el mismo Cristo evidenció por los pobres.

El misionero iberoamericano acompañó fielmente al conquistador. Compartió todas sus luchas, sus quebrantos, sus —a ratos— indecibles padecimientos y sacrificios. Entendió siempre que tenía para con él una responsabilidad inderogable: velar para que ganara parte del mundo, sin perder, en cambio, su alma.

Pero no hay duda de que su cuidado preferente, su —casi diríamos— angustia vital se volcó sin titubeo en favor del más débil. Precisamente por eso: porque era el más débil. Reeditando, en el fondo, la parábola del buen samaritano. El indio —el hombre de otra raza, de otra fe, el enemigo empecinado y luego secular— yacía en el camino, expoliado, necesitado de misericordia. Era su prójimo. Y la intuición maternal del corazón de la Iglesia no se equivocó: allí tenía que concentrar su amor.

Un testimonio y cita textual pueden darnos la pauta de la sinceridad y vehemencia con que la Iglesia de entonces encaró tal deber. El Padre Las Casas nos ha conservado el célebre sermón de Adviento predicado por Fray Antón de Montesino, el 14 de diciembre de 1511, en Santo Domingo. Vale la pena consignar que el texto estaba escrito y previamente firmado por sus hermanos en religión.

Comentando la cita bíblica "Voz del que clama en el desierto", afirmaba el predicador:

"Yo soy voz de Cristo en el desierto de esta Isla, y conviene por tanto que la oigáis con todos vuestros sentidos y corazón: será la voz más nueva, más áspera, más dura, más espantable y peligrosa que jamás pensasteis oír... Estáis todos en pecado mortal y en él vivís y morís, por

la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid: ¿con qué derechos y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades que, de los excesivos trabajos que les dais, incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidados tenéis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y Creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? Estos, ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís...? Tened por cierto que en el estado que estáis, no os podéis salvar más que los moros o turcos, que carecen y no quieren la fe de Jesucristo". Finalmente anota el Padre Las Casas que tan vibrante sermón "a todos los dejó atónitos, a muchos como fuera de sentido, a otros más empedernidos, algunos algo compungidos, pero a ninguno —por lo que después yo entendí— convertido".

No fue ésta una denuncia profética aislada ni un gesto puramente testimonial: detrás de él había un espíritu colegiado, una acción de Iglesia. Desde la Península Ibérica, un pensador sereno y hondo, el padre del Derecho Internacional: Vitoria. Y en el continente, además de Las Casas y Montesino, Fr. Juan de Zumárraga, D. Vasco de Quiroga, Sto. Toribio de Mongrovejo, el Padre José de Acosta, Fr. Toribio de Benavente —Motolinia—; D. Antonio de San Miguel, D. Diego de Medellín, Fr. Diego de Huamanzoro, el P. Luis de Valdivia, Fr. Diego de Rosales, obispos, clérigos, religiosos, con la colaboración de múltiples seglares, acometen la pesada labor de hacer valer los derechos de quien, sin su concurso, quedaría indefenso. Desde el plano de la teología, pasando por el púlpito, los Concilios y el testimonio personal, hasta las incansables gestiones ante gobernadores, virreyes y Corte Imperial, todo el peso de la Iglesia se vuelca al servicio del más desvalido: oponiéndose al régimen de encomienda y particularmente al servicio personal de los indios; suavizándolo, cuando su abolición pareció imposible; exigiendo el estricto cumplimiento y control de su reglamentación; urgiendo una y otra vez las conciencias de los gobernantes, jefes militares y en-

comenderos, sin escatimar el recurso extremo de negar la absolución o fulminar con la excomunión cuando el desprecio de la dignidad del indio llega a ser pertinaz.

La incesante gestión de obispos y órdenes religiosas que denuncian a la Corona las tropelías cometidas consiguen un resultado sorprendente: en 1550 Carlos V ordena poner fin a la conquista de América. Probablemente un caso único en la historia: el más poderoso Emperador detiene una guerra por razones de carácter moral, porque teme la condenación de su alma y la de sus soldados. Paralela y seguidamente sobrevendrá una multiplicidad de Documentos de la Santa Sede, prohibiendo despojar a los indios de su libertad y sus bienes y ordenando reconocerles su efectiva condición de ciudadanos, con los mismos derechos y privilegios de los demás.

La acción de la Iglesia en este campo no elude el compromiso más personal y directo. Además de arrastrar la ira y la enconada oposición de quienes veían afectados sus intereses, los misioneros crean organizaciones propias, que puedan servir de modelo social y probar la factibilidad de su concepción cristiana del hombre. Comunidades religiosas contratan indígenas en condiciones propias de hombres libres. Los jesuitas se empeñan en conducir a los indios del Paraguay hacia un tipo de sociedad que supere las contradicciones del individualismo. Y no pocos ofrecen sus vidas —máximo grado del compromiso y del amor— muchas veces a manos de los mismos indios que ellos enseñaban a respetar y amar.

Hay que anotar, por último, que esta consagración de la Iglesia en favor preferente del desvalido sabe actuar, a la vez, sobre las consecuencias y sobre las causas de su desvalimiento.

La acción asistencial —siempre reconocida a la Iglesia como obra peculiarmente suya— está presente y gravitante en Iberoamérica desde los albores de la Conquista: en los hospitales (sólo en México 112, entre los siglos XVI y XVIII); en la atención misericordiosa de ancianos, huérfanos, inválidos; en los asilos, en las hermandades para sepultación de indigentes, en la atención de los encarcelados, en los hospicios para mendigos, en los “recogimientos” de mujeres arrepentidas (33 de ellos en México, en el período referido); en la asistencia a los esclavos negros —que floreció admirablemente en Cartagena de Indias con un Santo: Pedro Claver—; y en el ejercicio (tradicional) del asilo ecle-

siástico, para temperar —dado el caso— el rigor de la justicia.

Así la Iglesia, mientras luchaba denodadamente por reivindicar los derechos y deberes del aborigen y obtener el reconocimiento de su "status" jurídico y real de persona, se esforzaba también por combatir las consecuencias de su marginación, privilegiándolo con su servicio de misericordia.

3) *La armonización jerárquica entre tener, saber y creer*

No rara vez el servicio de la caridad, y aun el de la justicia, vienen entremezclados con un dejo de proteccionismo o paternalismo. Los beneficiarios de este servicio son objeto pasivo, pero no participan activamente en la gestión de su propio desarrollo. Este fenómeno desmerece su calidad de personas y arriesga, también, prolongar su estado de servidumbre.

No fue ése el sentido del desarrollo iberoamericano propulsado por la Iglesia. La acción evangelizadora y pastoral fue, al mismo tiempo y desde los inicios, una acción civilizadora y cultural. No se trataba sólo de defender al indio contra abusos inhumanos y, una vez puesto a salvo, bautizarlo. Había que incorporarlo a la gran empresa de generar un continente nuevo, con su cultura propia, sus valores autóctonos, y una fe adulta. El hombre americano debía tener acceso amplio e indiscriminado a las fuentes del saber. Y desarrollar, también, todas las virtualidades de su condición de hijo de Dios y miembro de la Iglesia.

Valorada en su conjunto, la presencia y acción de la Iglesia en nuestro continente no fue ni temporalista ni angelista. No se preocupó ni solamente de las liberaciones humanas ni exclusivamente de los derechos divinos. Cuando nos adentramos en el estudio de nuestros predecesores, creeríamos estar oyendo a Pablo VI en *Evangelii Nuntian-di*. Nuestra América conoció, en general, una evangelización así: orientada a todo hombre y a todos los hombres. Celosa, sí, del anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos; pero muy consciente, también, de que es todo el ser del hombre y, más que eso, su cultura misma los que han de ser asumidos por el Evangelio.

Bajo esta luz debe ponderarse el extraordinario esfuerzo desplegado por la Iglesia Iberoamericana en el campo de la instrucción y promoción. La cultura llega a nuestras tierras por los misioneros. Ellos desafían todas las barre-

ras: lenguas, clima, desconfianza, odio, bosques, fieras —y también antropofagia— y se acercan al indígena. No sólo para anunciarles a Cristo y llamarlos a la paz. Aprenden sus idiomas, componen sus primeras gramáticas, aguzan su pedagogía para llegar al alma de los indígenas y abrirlas a un mundo nuevo que ni siquiera sospechaban.

Tienen especial cuidado en recoger lo mucho de noble y valioso que allí encuentran; en asumir sus tradiciones y leyendas, en escribir su historia, en bautizar sus ritos y costumbres honestas. Es significativo que los obispos ordenan, desde temprano, a su clero el aprendizaje de las lenguas vernáculas para evangelizar en ellas. Pronto quedará prohibido confiar una parroquia al cura que las ignore.

Será un franciscano, Pedro de Gante, quien instale en México la primera escuela de artesanos del continente, para aprendizaje desde los oficios manuales hasta las artes de la pintura y música.

Será un Obispo, Juan de Zumárraga, quien traiga a América la primera imprenta y funde el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. De allí egresarán latinistas y maestros de raza india.

También será un Obispo el padre de la educación en Guatemala, Francisco Mallorquín, y Obispo D. Juan del Valle, que enseñará a los naturales de Popayán a contar en números árabes y fundará el Colegio de Cali, donde los indios llegarán a representar comedias en latín clásico (cfr. J. Eyzaguirre, *Fisonomía Histórica de Chile*, Págs. 42-43. Edit. Universitaria).

Serán obispos los fundadores de las primeras escuelas catedrales, en sus pobres e incipientes Obispados. Serán sacerdotes o frailes los primeros maestros de letras, castellanas y latinas.

Serán las órdenes religiosas quienes erigirán los primeros colegios para los naturales de América, tanto españoles como indios. Y en los Seminarios Conciliares como en los Centros Escolásticos Religiosos se procurará que los principios cristianos informen la cultura indiana según el modelo evangélico.

También será preponderante la participación de la Iglesia en la fundación y gestión de las Universidades. Estas surgirán en gran medida por la acción de las órdenes religiosas o de obispos ilustrados, que ven en la Universidad un factor fundamental en la vida cultural y cristiana de las Indias. La mayor parte de sus rectores y célebres profesores serán, también, sacerdotes o frailes, españoles o ameri-

canos. De entre estos últimos, algunos alcanzarán la talla de un P. Lacunza y una Sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa mexicana.

Fueron más de 20 las Universidades que se implantaron en América. 28.000 bachilleres se graduaron en México entre los siglos XVI-XVII; 1.400 doctores en todo el período colonial. México, Lima, Santa Fe de Granada, Santiago de Guatemala, Santiago de Chile, Maniles, Córdoba, Potosí, Cuzco, Quito, Yucatán, Charcas, Caracas, Cuba, Bogotá, Panamá y Popayán fueron los principales centros universitarios en América.

Tener, saber y creer aparecen así integrados en armónica jerarquía. La evangelización conservará siempre el primer rango y logrará en sólo un siglo y cuatro lustros lo que en la cristiandad europea demandó varios siglos. Pero siempre estará conexas y subordinada en ella la enseñanza de artes y oficios, la capacitación para dominar la naturaleza, trabajar el suelo, desarrollar industrias; la instrucción elemental, media y superior; la creación artística pictórica, literaria y musical.

Es la gran concepción humanista del cristianismo. El alma de nuestro continente, surgida de un desposorio entre el indígena y el hispano, se revela así, desde la partida, como naturalmente extraña a una concepción mercantil o utilitaria de la vida, capaz de sacrificar fríamente víctimas humanas al hombre de poder del *homo economicus*. Se busca, por el contrario, cultivar el hombre integral, saciar su hambre de pan y de saber, y educarlo gradualmente hacia una sabiduría que alcanza su culminación en el acto y vida de fe.

4) *El primado de la comunión por sobre los exclusivismos, individuales y colectivos.*

La fe cristiana así concebida actualiza y potencia, a la vez, la dimensión comunitaria del hombre. Lejos de exacerbar su individualidad hasta desnaturalizarla, sabe educar su libertad hacia la solidaridad, y poner su autonomía al servicio de una comunión.

Al auténtico humanismo le resulta extraño, por igual el liberalismo que exalta el primado sin freno del individuo, y el colectivismo que aplasta la originalidad de cada destino personal.

Un rasgo distintivo de genuina fe es, por eso, el sentido de colegialidad: la capacidad y voluntad de mirar la vida

con perspectiva de Iglesia, de convocación, de llamado y misión conjuntos. En el plano temporal esta ciudad se expresa correspondientemente en una superación de los exclusivismos, tanto individuales como colectivos, comunales, nacionales o continentales. Lejos de mirarse como rivales, o potenciales enemigos; lejos, también, de aislarse cada cual en sus respectivas fronteras, negando toda solidaridad de hecho y de derecho, las personas, las comunidades regionales y nacionales, y en primer lugar las Iglesias particulares, animadas del auténtico pensamiento de Cristo, buscan realizar su calidad de miembro unas de otras, ligadas en interdependencia de vida y destino.

La disciplina de la Iglesia ha acuñado un término que expresa gráficamente este contenido: *Sínodo*. Ya su etimología evoca un caminar juntos. Expresa una conciencia: los peregrinos que somos no podemos caminar en direcciones divergentes ni mucho menos contrapuestas. Ni siquiera nos es lícito seguir vías paralelas. Se trata de caminar juntos, compartiendo —en apretada solidaridad— los talentos y las cargas.

Nuestra Iglesia Iberoamericana nos ofrece, desde temprano, una muestra singular de actitud colegial. Ya en 1549 el Arzobispo de Lima proponía una Junta de sus sufragáneos, para buscar soluciones comunes a urgentes problemas también comunes: la necesidad de acomodar a la realidad india la mentalidad europea subyacente en gran número de disposiciones eclesiásticas; la regulación de la vida cristiana, especialmente sacramental, para los indígenas; y de modo particular, la defensa de los aborígenes ante los abusos de los encomenderos.

Sólo en 1565 se conoció en Lima el texto del Concilio Tridentino, entre cuyas disposiciones se encontraba la celebración de juntas diocesanas anuales. Las circunstancias propias de América autorizaron la extensión del plazo a cada dos años. En todo caso, antes y después del texto tridentino, los Sínodos y Juntas Diocesanas fueron innumerables; y frecuentes, también los Sínodos y Concilios Provinciales.

Entre 1551, fecha del I Concilio Limeño, y 1774, fecha del II Concilio Provincial de Santa Fe, se celebraron en nuestra América 15 Concilios Provinciales: 6 en Lima, 4 en México, 1 en Santo Domingo, 2 en La Plata y 2 en Santa Fe. Todo esto superando enormes distancias, impedimentos geográficos, penurias económicas y las comprensibles fatigas de prelados, muchas veces ancianos, que ya bastante hacían en cumplir rigurosamente la visita pastoral de sus

propias y extensas diócesis. Basta recordar que al I Concilio Provincial de Lima fueron convocados los obispos de Nicaragua, Panamá, Cuzco, Quito y Popayán, además de representantes de las órdenes dominicana, franciscana y mercedaria. Ya en el Concilio II limeño se añadieron, en 1576, las jurisdicciones eclesiásticas de La Plata (Charcas), Santiago de Chile, La Imperial y Asunción del Paraguay.

La Iglesia Iberoamericana ofrecía de esta manera un preclaro testimonio de colegialidad episcopal, en una época en que la cristiandad no enfatizaba unánimemente tal espíritu. Encarnador insigne de esta actitud será un Obispo Santo: Toribio de Mogrovejo, quien comprendió lúcidamente la necesidad de encarar la tarea de evangelización y civilización americanas con mente eclesial, por la esencial similitud de los problemas y por la intuición de un común origen y destino. A él corresponde la convocación del III, IV y V Concilio Provincial limeño, además de 10 Sínodos diocesanos en 24 años de gobierno arzobispal.

II. Destino

LEGADOS SEÑALAN DESTINOS

Estas consideraciones históricas no quieren ser entendidas en espíritu triunfal. No se trata de sustituir una falseada leyenda negra con una imaginaria leyenda rosa. Los hombres de Iglesia que nos precedieron eran como nosotros; y nosotros y ellos somos como los primeros discípulos del Señor. Su obra no careció de imperfecciones. Sus motivos, sus métodos y sus realizaciones no fueron siempre irreprochables. Sería inútil, también, pretender fundar aquí una euforia o mesianismo americanista. Limitémonos a permanecer en el terreno sobrio y realista de la fe.

Una mirada de fe nos permite descubrir la mano de la Providencia en nuestro Continente. Nuestra historia no es azar. Tradición no es nostalgia. Nuestro legado impera un destino. Y a ese destino nuestro parece estar singularmente vinculada la causa del humanismo cristiano.

Muchos años han transcurrido desde que la Iglesia se implantó en Iberoamérica. Muchas cosas, también. Nuestros pueblos rompieron el vínculo de subordinación a la metrópoli hispana. Surgieron nuevas nacionalidades, nuevas formas de gobierno, nuevas expresiones raciales, nuevas realidades y conflictos sociales, nuevos estilos culturales.

Pero el depósito, el legado, permanece. Bajo esas formas evolucionadas o modificadas, la misión persiste, idéntica.

1) También ahora nuestros pueblos necesitan que su Iglesia les anuncie el Evangelio de Cristo, en cuya Cruz quedó sellada, con la sangre de un Dios, la más formidable declaración sobre la dignidad humana que la Historia haya conocido.

Esa dignidad sigue siendo amenazada, desconocida, violada, como antes. Miles y millones de hermanos nuestros soportan condiciones de vida que equivalen a considerarlos, por lo menos de hecho, hombres de inferior categoría. Esclavitudes y servidumbres asumen formas nuevas, quizás no tan llamativas pero igualmente oprobiosas. Se diría que cunde —otra vez— la tentación de pensar que algunos hombres —y son los más— no tienen alma ni, por consiguiente, derechos de hombre.

Aquí nuestra Iglesia se siente tocada en lo más propio y querido suyo. Nadie sabe mejor que ella cuánto vale un hombre a los ojos de Dios, y qué caro se ha pagado el precio de rescate de su dignidad perdida. Ella, que vive de y para la Eucaristía, celebra diariamente el misterio de un Dios que entregó su Hijo al mundo y a la muerte, y lo resucitó, para congregar en la unidad a los hermanos dispersos y superar las barreras de odio.

Ni siquiera se limita a afirmar, culminando la mejor tradición humanista: "Todo hombre es persona". Su humanismo específicamente cristiano la hace ir inconmensurablemente más allá, y gritar: "¡Todo hombre es mi hermano!"

2) También ahora nuestros pueblos necesitan que su Iglesia tome, con espontáneo amor, la defensa preferente del más débil. No hace con ello sino ratificar su más pura tradición.

Nuestros antecesores no se preocupan demasiado de la aprobación de los poderosos. Con notable sentido de lo que significa ser conciencia, alma de un pueblo, ejercieron con libertad soberana su derecho y deber de denunciar los yugos con que se oprimía a los indefensos, y de procurar su liberación.

Cuando nosotros proclamamos, hoy aquí, ese Evangelio de liberación, no estamos hablando un lenguaje desconocido ni improvisado. No estamos buscando una reparación de falta u omisiones pretéritas. No estamos entrando en

competencia con evangelios rivales, promisoros de una liberación más eficaz que la nuestra. Las miserias que pesan sobre el hombre americano son nuestras miserias, y nosotros llevamos su carga, como lo manda la Ley de Cristo; y queremos y debemos ser para él, como tan bellamente nos decía el Papa Pablo, "signo y fuente de esperanza".

¿Quiénes se cuentan entre ese hombre americano cuya carga asumimos?

Descendientes directos de los indígenas de antaño. Marginados, todavía y vastamente, de los beneficios de la civilización y de la plena aceptación de los demás.

Trabajadores del agro, muchas veces carentes de organización y de expresión, tantas veces ligados de por vida y por generaciones a un trozo de tierra que nunca les pertenecerá.

Pequeños mineros, artesanos, pescadores, sin acceso a los beneficios de la industrialización e inermes ante las concentraciones monopólicas de poder. Millones de obreros, todavía constreñidos a vender y envilecer su trabajo según las exigencias de un mercado supuestamente regido por leyes "naturales" e intocables.

Grandes mayorías, generaciones enteras postergadas y sacrificadas al juego de alianzas políticas de alto nivel o al apetito de lucro de imperios financieros.

Sistemas de producción que, aun generando elevados ingresos, y distribuyéndolos con cierta ecuanimidad, impiden la participación personal, la aplicación de la propia inteligencia y libertad en la gestión de la empresa.

Vastos sectores de opinión impedidos de expresarse, de hacer oír su voz. Tantos indefensos ante los abusos del poder económico y político. Tantos niños subalimentados, incubando ya los gérmenes de su raquitismo intelectual. Tantos espíritus subalimentados por el analfabetismo.

Ha pasado mucho tiempo, y muchas cosas; pero lo esencial permanece. Nuestra Iglesia Iberoamericana ha recibido un legado y con él un destino. Su Evangelio de misericordia y liberación debe ser anunciado, con predilección, a los pobres. Ella tiene que seguir siendo la que siempre fue: la abogada innata de los que sufren más y sólo encuentran, en Dios y en su Iglesia, motivos para aún esperar y vivir.

3) También ahora nuestros pueblos necesitan saber y creer, más aún que tener.

Su gradual incorporación al proceso de desarrollo no podría ceñirse a modelos extraños a su esencia. Pablo VI prevenía en *Populorum Progressio* contra la tentación de los países pobres de sacrificar sus valores superiores —artísticos, intelectuales y religiosos— al modelo de desarrollo que les es propuesto por los países ricos, orientado básicamente a la prosperidad material. “La avaricia de las naciones —recordaba el Santo Padre— puede apoderarse también de los más desprovistos, y suscitar en ellos un materialismo sofocante. Tener más no es el fin último: ni para las personas ni para los pueblos... La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser... También para los países es la avaricia la forma más evidente de un subdesarrollo moral”. (*Pop. Progr.*, N.º 41; 18; 19.)

Igualmente ajeno al alma iberoamericana sería el modelo colectivista y ateo. “Un humanismo impenetrable por los valores del espíritu y por Dios, que es su fuente, podría aparentemente triunfar... , pero al organizar el hombre la Tierra sin Dios, al fin y al cabo no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano”. (ibid 42.)

Humanismo cristiano, en suma. Ese que nuestros pueblos conocieron desde su cuna, por boca de su Iglesia. Donde se urge al hombre a trabajar y producir, y se capacita para hacerlo cada vez mejor, pero sin perder nunca de vista que todo programa de producción, como toda la economía misma, no tiene otra razón de ser que el servicio de la persona. Donde el consumo y el lucro dejan de ser fines absolutos y motores prácticamente únicos de la actividad económica. Donde el progreso social merece tanta atención y cultivo como el crecimiento económico. Donde el trabajador se hace gradualmente señor de sus actos y autor, él mismo, de su propio desarrollo. Donde los valores del rendimiento y producción se someten al servicio de valores más altos: la adquisición de la cultura, la orientación al espíritu de pobreza, la cooperación al bien común, la voluntad de paz, la amistad, la oración, la contemplación (ibid., N.os 34 y 21). ¿No es eso lo que el Santo Padre ha venido persistentemente inculcando como fruto de este Año Santo: la “civilización del amor”? ¿Y no está nuestro continente en posición privilegiada —por su legado y destino— para ofrecer al mundo un modelo testimonial de esta civilización del amor?

4) También ahora nuestros pueblos necesitan que prime la comunión sobre los exclusivismos individuales y especialmente colectivos.

También y particularmente ahora. Un mínimo de destreza en la interpretación de signos de los tiempos nos pone en la evidencia de que éste es uno de ellos: integración, solidaridad, comunión.

Y una milenaria experiencia, recientemente formulada por el Concilio, revela que en esa comunión es factor determinante, casi diría indispensable, la Iglesia.

Sacramento de la unidad —la definió el Concilio—. De la unidad de los hombres con Dios y de la unidad de los hombres entre sí. Sacramento de salvación, también: de una salvación que sólo se da en comunión.

Todo el dinamismo de la Iglesia, toda la fuerza de su acción evangelizadora, de su vida sacramental, convergen hacia la unidad. La Iglesia tiene en la Eucaristía su fuente y su cumbre; y la Eucaristía simboliza y causa la unidad, construye el Cuerpo indiviso de Cristo.

La aportación que bajo esta luz puede hacer la Iglesia a la causa de la integración continental es preciosa. No se trata, por cierto, de confundir ni mezclar indebidamente el plano religioso, eclesial, con el plano temporal. Pero es un hecho que nadie está mejor capacitado que la Iglesia para prestar —también en el plano de la vida nacional e internacional— el servicio de la unidad. Precisamente su independencia política y de todo poder terreno —tan celosamente reivindicada— es el precio que ella paga, gustosa, para quedar en condición de prestar ese servicio.

Nuestra presencia hoy, en este lugar, es un jalón importante en nuestro itinerario de comunión.

Estamos recordando una intuición, una esperanza genial que no llegó a plasmarse suficientemente. Bolívar, como tantos de nuestros próceres, soñaba con una América unida, grande, capaz de hacerse oír y respetar. No era sólo un sueño, sólo una proyección de anhelos o ambiciones personales. Bolívar supo captar —con lúcida percepción—, la íntima conexión entre legado y destino. Comprendió que bajo este conglomerado de repúblicas, geográficamente delimitadas, latía —palpitante— un mismo corazón y una sola alma.

Esa intuición permanece válida, esa esperanza no tiene por qué ser defraudada. Mientras más conocemos nuestra América, su pasado y su presente, tanto más crece en

nosotros la convicción de que Dios, Señor de la Historia, quiere disponer de ella como instrumento providencial para que los nuevos tiempos lleven el sello de Cristo.

Sabemos, también, que no tardará el día en que la mayor parte de los católicos del mundo se encuentre en América Latina.

Por eso es que, sin arrogancias mesiánicas ni fáciles euforias, queremos aplicarnos a ofrecer este servicio de comunión. A servir de sacramento: signos y causas de una progresiva integración de nuestros pueblos, en todos sus niveles. Queremos exhortar, oportuna e inoportunamente, a superar eventuales pequeñeces y mezquindades, a inhibir egoísmos y recelos exacerbados. Queremos despertar y encauzar el interés; más que eso: la simpatía; más que eso: el empeño de nuestros hombres americanos por esta vocación creadora de Historia.

Creadora de Historia, sí. Nuestra América no tiene que ser objeto ni víctima ni espectadora pasiva de una Historia forjada por otros.

No sería propio de su importancia: numérica, económica, estratégica, cultural.

No sería digno de su legado histórico.

Sería traicionar su destino.

El resto de la Humanidad tiene derecho de beneficiarse de este hálito de vida nueva que siempre ha sido y será el humanismo cristiano.

Pronto celebraremos, juntos, Pentecostés. Que esa fiesta signifique y cause también una poderosa irrupción de esa vida nueva que es el Espíritu Santo : Alma de una Iglesia que aspira a ser alma del mundo.

Panamá, 3-6 de junio 1976.

45
AMO A
LA IGLESIA

El 22 de junio de 1976 se cumplieron 10 años de la muerte del recordado Obispo de Talca. En la catedral de esa ciudad, el Cardenal pronunció la siguiente Homilía, evocando la memoria y el mensaje de Don Manuel Larrain:

La Iglesia Católica de Chile, fraternalmente acompañada de ilustres representantes de Latinoamérica y Europa, recuerda hoy —cumplidos 10 años de su muerte— a don Manuel Larrain Errázuriz, Obispo de Talca.

Pocas veces esa palabra, “recordar”, se ha aproximado tanto a su sentido primero: guardar en el corazón. Es así como recuerda la Iglesia: como María. Es así como celebra la Eucaristía: guardando en el corazón el Cuerpo y la Sangre, realmente presentes, del Cristo allí recordado.

Las recordaciones de la Iglesia no son meros arranques de nostalgia. La Iglesia recuerda para poner en presente el amor. Ella sabe que el amor de Cristo es más fuerte que la muerte, y que los que han vivido y muerto por Cristo siguen acompañando a la Iglesia, en comunión de gracia y de destino, iluminándola y urgiéndola con la vigencia de sus propios carismas.

¿Cuál es el carisma con que nos acompaña don Manuel?

¿Qué compromiso importa para la Iglesia Chilena recordar hoy a Don Manuel, y así guardarlo y llevarlo en su corazón?

Enseña San Pablo que el más excelente de todos los carismas es el amor. Y el mismo Pablo testifica que el gran amor de Cristo es su Iglesia.

Hoy podemos decir que ése fue y continúa siendo el carisma de D. Manuel: amó a la Iglesia y se entregó por ella. “Quiero —expresa él mismo, en su Testamento Pasto-

ral— que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella”.

“Amó a la Iglesia”: es lo más bello que se puede decir de un hombre. Es el carisma más excelente. Un carisma que no pierde nunca vigencia.

Don Manuel amó a la Iglesia apasionadamente. Y concretamente.

La amó en el Papa, a cuya persona y autoridad profesó la más fiel adhesión. La amó en sus obispos, en su fraterna colegialidad, en la figura de Padre y Maestro, de Pastor y Pontífice que él encarnó ejemplarmente. La amó en sus sacerdotes y seminaristas, que lo sintieron siempre cercano y suyo. La amó en sus religiosos y religiosas, comprendiendo y estimulando su sed de Absoluto y su testimonio profético del Reino de los Cielos. La amó en sus laicos, creyendo en ellos y llamándolos a participar, en comunión jerárquica con sus obispos, de la misión evangelizadora de la Iglesia. La amó, especialmente, en sus pobres, cuyo desvalimiento excitó, en su corazón de Pastor, un inagotable caudal de justicia y misericordia. La amó en su pasado, bebiendo cada día de su auténtica tradición. La amó en su presente, con esas miserias de hoy y de siempre, que duelen a quienes la aman, pero les corroboran también su origen divino. La amó en su futuro, contribuyendo poderosamente a anticipar su nuevo rostro y ofreciendo su vida para que fuera el rostro sin mancha ni arruga de la Esposa de Cristo. La amó trabajando, orando y sufriendo. La amó pensando y enseñando. La amó en su Diócesis y en su patria, en Latinoamérica y Europa, en la universal comunidad de los creyentes. La amó, como Pablo, solícito por todas las Iglesias, con un corazón de las dimensiones del mundo. La amó, también y sobre todo, cuando la fidelidad a ella le pidió quedarse en la Cruz.

Eso importa recordar hoy a Don Manuel. ¿Cómo podríamos llevarlo en nuestro corazón, sin hacer nuestro su único, su apasionado, su exclusivo amor por la Iglesia?

El universalismo de Don Manuel no le impidió, sin embargo, privilegiar algunos aspectos de la vida y misión de la Iglesia. El mismo se encargó de enumerarlos: “Estos han sido —nos dice en su Testamento Pastoral— mis tres grandes ideales: la Liturgia, la Acción Católica y el Problema Social. Les dejo como legado continuar esta tarea”.

Desentreneñemos brevemente lo que se nos pide en cada una de estas tres tareas.

Ser Maestros de Oración

El Obispo comúnmente conocido y célebre por su inquietud social; el propulsor infatigable de nuevas estructuras, más aptas para encarnar la justicia; el defensor ineludible de los más débiles y oprimidos, fue un maestro de oración.

Fuimos testigos de su amor y celo por la Sagrada Liturgia. Del gozo con que celebraba los divinos misterios. De la solidez y continuidad de su vida de oración personal. Lo vimos siempre en la vanguardia de auténticas reformas litúrgicas, ansioso de abrir, a los sacerdotes y fieles, el tesoro de la Palabra de Dios y posibilitarles una participación consciente y fructuosa en la celebración de los sacramentos. Lo conocimos firme, hasta la intransigencia, en la reprobación de los abusos, experimentos no autorizados e improvisaciones que, bajo pretexto de innovación, no hacían ni hacen otra cosa que desprestigiar las reformas y defraudar el derecho del Pueblo de Dios a orar genuinamente con la Iglesia.

Sabía Don Manuel —era su experiencia personal— que la oración más bella, la más escuchada, la que mejor satisface el anhelo de paz, la más apta para formar comunidad, es la oración de la Iglesia, y sabía también que la oración así cultivada, lejos de alienar o marginar al cristiano de su responsabilidad para con el mundo, forma su conciencia —personal y comunitaria— y lo urge a traducir en ese mundo los misterios de fe, caridad y esperanza que ha celebrado en la Liturgia. Por eso se atrevió a escribir: “El mundo no será salvado ni por los sociólogos ni por los sabios ni por los políticos, sino por la capacidad de oración que sepamos despertar en torno nuestro. Lo que la Iglesia ante todo nos pide es que seamos hombres de oración. ¡Se precisa la acción; pero más aún se necesita la oración!”

Si no conociésemos el texto del Concilio, nos bastaría haber conocido a Don Manuel para entender por qué la Liturgia —y en particular la Eucaristía— es la fuente y la cumbre de toda la actividad de la Iglesia.

En una época que reclama con tanta urgencia el dinamismo —casi más que eso—, el titanismo social; en que el apóstol cae con frecuencia en la tentación de abandonar lo que le parece, por espiritual, superfluo o postergable, en

aras de una eficacia inmediata y comprobable, se levanta la figura de este luchador social, que extrae toda su fuerza del manantial de la oración de la Iglesia, y hace confluir en él todo su ser y actuar. Allí, en esa afirmación rotunda del primado de la oración; en ese amor que se goza orando con la Iglesia; en ese responsable celo por generar ambientes densos y cálidos de oración, se revela inequívocamente el dedo de Dios.

Quienes nos sentimos depositarios del legado de Don Manuel, hemos contraído con eso el compromiso de poner a nuestra Iglesia en estado de oración. Como dice en su Testamento Pastoral: "Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia".

Inspirar un humanismo nuevo

La Iglesia nunca fue ni podrá ser una secta, replegada sobre sí misma y desentendida de la marcha por el mundo. Desde la mañana de Pentecostés, ella vive impulsada por el Espíritu, en estado de misión. Su destino es todos los hombres; pero también, todo el hombre. Los primeros cristianos entendieron su presencia en el mundo en términos semejantes a lo que es el alma para el cuerpo: ella está, toda entera, en cada parte del organismo, dándole la vida.

Una misión de ese alcance y naturaleza exige el concurso de todo bautizado. No sólo por un problema numérico, de cantidad, sino por una cuestión de identidad. El Evangelio pide encarnarse en la cultura misma del hombre, allí donde se forjan sus juicios, su mentalidad, sus decisiones; allí donde se investiga la verdad, donde se hace la ciencia, donde se expresa la belleza, donde se construye la ciudad humana. Allí el laico juega un papel insustituible. Esa misión —evangelizar la cultura y las culturas del hombre— le pertenece en primer lugar y directamente a él, por derecho propio. La realizará, por cierto, en comunión jerárquica con sus Pastores, dejándose iluminar por el Magisterio como depositario de la Revelación Cristiana e intérprete de la ley natural. En permanente diálogo, se mantendrá al tanto de las directivas y prioridades de la Iglesia, y formará según ellas su conciencia, para luego obrar con legítima autonomía en su campo propio.

Como Asesor Nacional de la Acción Católica y miembro del Consejo para los Laicos en la preparación del Concilio, tuvo Don Manuel lucidez señera sobre la importancia del

apostolado seglar. Luchó para que no se produjese un trueque o invasión de competencias entre sacerdote y laico. "Hay que dar al laico —escribía— su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la ciudad terrestre, según el orden querido por Dios. A él le corresponde una labor irreemplazable, que nosotros los sacerdotes no podemos ni debemos sustituir. Si existe un peligro que es necesario evitar —el laicado divorciado del sacerdocio— existe también este otro: el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Hay un laicado adulto que no quiere ser tratado como un menor de edad en funciones que le son propias".

En parecidos principios se arraiga la incansable lucha que Don Manuel libró en favor del carácter aconfesional de los partidos políticos integrados por cristianos. Continuando y reforzando una tradición marcada por preclaros obispos, entre los que sobresale don Crescente Errázuriz, sostuvo que "ninguna civilización, ninguna clase, ninguna nación, ningún partido podría apropiarse de la Iglesia. Prolongación de Cristo en el tiempo, tiene como El sus brazos bien abiertos para acoger, sin distinción de clases ni partidos, a toda la Humanidad". Decía esto en su homenaje de recuerdo del décimo aniversario de la muerte de Monseñor Juan Subercaseaux. No imaginaba que algún día sus mismas palabras podrían volver a citarse, esta vez en su elogio, también a los diez años de su muerte.

¡Libertad, independencia de la Iglesia! no para eludir un compromiso ni enquistarse en una falsa neutralidad, como si a ella le fuese indiferente el devenir social y se interesara sólo en lo Eterno. No. Libertad, independencia de la Iglesia en cuanto tal, para estar en condiciones de prestar su servicio: ser sacramento de unidad. Para poder inspirar, animar y congregar en su seno, por igual, a todos sus hijos, insertos en diversas comunidades, clases o partidos, cada cual según su conciencia, pero obligados todos para con el Evangelio como norma suprema de su actuar. Libertad e independencia de la Iglesia respecto de cualquier régimen o sistema, para seguir siendo conciencia crítica, libre y liberadora. Para respetar mejor, también, la propia iniciativa y madurez del laicado, dejando a la conciencia de cada uno —normada, sí, por la Iglesia— el tomar sus propias opciones.

De estos laicos, así formados y enviados, por la Iglesia, a su tarea específica de construir la ciudad terrena, se espera la parte fundamental de un humanismo nuevo, cuyas

líneas maestras se contienen en la Constitución *Gaudium et Spes*, en el discurso de Pablo VI al clausurar el Concilio, en la Encíclica *Populorum Progressio* y en la Exhortación *Evangelii Nuntiandi*. El legado de Don Manuel nos impone la tarea de formarlos, capacitarlos y enviarlos a promover ese humanismo nuevo, que no es otro que el humanismo cristiano. Sin él —nos advierte Pablo VI—, los hombres terminan siempre organizando la Tierra contra el hombre. Sin él —concluye, citando a Don Manuel— los hombres no conocerán la ansiada paz, porque el desarrollo —concebido integralmente como servicio a todo el hombre y a todos los hombres— es “el nuevo nombre de la paz”.

Laicos que los hombres puedan reconocer como suyos, identificados con sus luchas y aspiraciones, capaces de tender puentes de unidad y de servicio desinteresado. Laicos que a la vez también la Iglesia pueda reconocer como suyos, por sus frutos —justicia, verdad, mansedumbre, paz, rechazo a la violencia, todo el espíritu y acto de las bienaventuranzas—; por su vida sacramental, y por su fidelidad a Cristo, presente auténticamente en sus Pastores. La Iglesia no puede limitarse a denunciar situaciones de injusticia y violencia: tiene que formar y enviar hombres capaces de construir la verdad en la caridad.

Recordar hoy a Don Manuel es revalidar ese compromiso.

Privilegiar a los pobres

Aquí la Iglesia se siente tocada a fondo. Ella sabe que el pobre —epifanía de Cristo— es nuestro juez. Se sabe depositaria de un Evangelio de misericordia. Pero se sabe también urgida por un amor que impera justicia. La Iglesia vive de una Alianza con un Dios que ha tomado a los pobres bajo su especial protección, y que se siente personalmente ofendida cuando ellos no reciben lo que les pertenece.

Don Manuel hablaba mucho del “gran escándalo del siglo xx”; del gran sufrimiento de la Iglesia: que la clase obrera se alejase de ella: ¡de la Iglesia del Hijo del Carpintero!

Por eso aplicó todo su talento, su dinamismo, su influencia a la difusión y práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. El campo era vastísimo. Había que empezar por reafirmar el derecho y deber de la Iglesia de pronunciarse con autoridad en estas materias. ¡Es tan fácil pretender inhibir-

la, desautorizarla, acusándola de invadir un terreno para el que carecía de competencia o de estar cediendo a la tentación de hacer política y demagogia!

Había que recordar, o promulgar, las normas del magisterio de la Iglesia, acogidas tantas veces con incredulidad, con escepticismo o incluso sarcasmo, como si describieran situaciones ya pertenecientes al pasado o urgieran soluciones imposibles. Había que señalar que la justicia y la opresión existen, pero también mostrar concretamente dónde están, cuáles son sus causas y cuáles los remedios. Había que formar sacerdotes y laicos idóneos, para divulgar esa Doctrina Social y traducirla en nuevas estructuras, nuevas normas de derecho, nueva mentalidad. Había que asumir, concretamente también, la defensa de los trabajadores en casos conflictivos, donde sus derechos no estaban eficazmente garantidos. Había que arriesgar experiencias, como creación de cooperativas, sindicalismo cristiano y la entrega de las propias tierras en la primera iniciativa de Reforma Agraria.

Nada de eso puede hacerse sin sufrir la contradicción. Don Manuel bebió su cáliz amargo, fue acusado de hacer política y demagogia, de traicionar su ministerio pastoral. "Ante la majestad de la muerte —expresa en su Testamento— afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia: trabajar para que la clase obrera retorne al seno de su Madre que la aguarda. La Iglesia tiene su Doctrina Social. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición".

El gran enamorado de la Liturgia, el maestro de oración, no podía aceptar un abismo entre el culto y la vida política, económica y social: "las doctrinas sociales de la Iglesia son obligatorias y necesarias —escribía—. Hacer distingos entre lo religioso y lo social, para aceptar lo primero y rechazar lo segundo, es ponerse fuera del pensamiento católico". La comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo debía mostrar su autenticidad en un comulgar, también, con el dolor y la esperanza de los miembros privilegiados del Cuerpo del Señor. "Debemos luchar —decía— por una economía humana al servicio del hombre y no del lucro. Las necesidades vitales de la población deben primar sobre todo. La miseria y el lujo no pueden tener cabida en una sociedad cristiana".

Privilegiar a los pobres. No callar nunca cuando el pecado de su opresión clama al cielo. No temer la incom-

prensión ni el escándalo —más de una vez farisaico— de aparecer, como Cristo, prefiriendo al enfermo y al débil. Arriesgar, incluso, que esta decidida acción en favor del oprimido sea mañosamente aprovechada por otros. Nada de eso puede retraer a la Iglesia de su amor por los predilectos de Cristo. Así está ella en su gran tradición, la que arranca directamente de su Maestro. Es también la más pura tradición de nuestra Iglesia Chilena, como lo prueba un estudio sereno de su historia. Don Manuel Larraín juega en ella un papel preponderante. El contribuyó —en modo substancial— a imprimirle esta dirección, tan consecuente con el Espíritu del Señor, que ha ungido a la Iglesia entera y la envía a evangelizar a los pobres y anunciar a los cautivos la buena nueva de su liberación. Recordar hoy a Don Manuel es aceptar de nuevo esta carga, preciosa y pesada.

Pero aceptémosla sin temor. Es como el yugo de Cristo. Su amor lo hace suave y llevadero. Aceptemos el carisma de Don Manuel, con toda su permanente vigencia.

Amemos a la Iglesia. Particularmente nosotros, Pastores en ella y para ella, por el Espíritu Santo. Amémosla como ama el esposo a su esposa, como ama el amigo a su amigo, como ama el pastor a su oveja: hasta dar la vida por ella.

Amemos a la Iglesia como la amó y la ama Don Manuel. Citando al entonces Monseñor Montini, describía en el fondo el sentido de su propia vida:

“Amaremos a los que están junto a nosotros, y amaremos a los que están alejados. Amaremos a nuestra patria, y amaremos la de los demás. Amaremos a nuestros amigos y amaremos a nuestros enemigos. Amaremos a todas las clases sociales, pero sobre todo a los que tienen más necesidad de ayuda, de socorro, de promoción. Amaremos a los niños y a los ancianos, a los pobres y a los enfermos. Amaremos a aquellos que se burlan de nosotros, a los que nos desprecian, a los que están contra nosotros y nos persiguen. Amaremos a los que merecen ser amados y a los que no lo merecen.”

Hasta aquí llega, hermanos, nuestro recuerdo. No habrá sido sólo una nostalgia. Ahora, como en toda Eucaristía, que se haga carne y sangre en nosotros.

Así sea.

A LOS JOVENES ARGENTINOS Y CHILENOS

Cerca del Cristo Redentor, en momentos de gran tensión entre los dos países por el conflicto austral, los jóvenes se reunieron a hacer oración común. Más de 600 jóvenes de ambos países escucharon este Mensaje, el 8 de octubre de 1978:

Muy queridos jóvenes:

Interpretando lúcidamente el anhelo común de argentinos y chilenos, han querido ustedes reunirse —más allá de las barreras de la naturaleza y del hombre— para orar por la paz de nuestros pueblos hermanos.

Ustedes son plenamente conscientes del significado y alcance de este Encuentro. Es un Encuentro de juventudes.

En ustedes se encarna la vida que nace, alegre, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe victoriosa. Ustedes sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación al amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir. Ustedes han comprendido que el hambre y sed de justicia y la voluntad de hacer obras de paz, no son una utopía irrealizable: son un imperativo y un deber moral; son una bienaventuranza. Y han querido reunirse —superando distancias, alturas, suspicacias, escepticismos— para estrechar sus manos y corazones de jóvenes y proclamar juntos su fe en la Vida y su decisión por la Paz.

“Nosotros creemos en la Vida —están ustedes diciendo con su gesto—. Nosotros creemos que la Vida es un don divino y una tarea divina que el hombre no puede menospreciar ni tiene el derecho de frustrar. Nosotros creemos que el plan de Dios en nuestras vidas es un designio de amor y no de odio, de comunión y no de hostilidad, de servicio y no de imposición. Nosotros creemos que sólo nos es dado vivir una vez, y en ésta, nuestra única oportunidad, conquistar el amor que se hará Vida eterna.”

Y este acto de fe en el Dios de la Vida lo concretan ustedes en una vigorosa decisión por la Paz de Dios.

La paz que ustedes quieren afianzar no es el equilibrio inestable, basado en la equiparidad de armamentos o en la abstención momentánea de hostilidades. Ustedes no quieren esa paz precaria, en que la noche y el día se transforman en vigilia armada. Ustedes quieren erradicar definitivamente el espectro de la guerra, que falsea la psicología de hombres y pueblos y envenena su alma con la pesadilla del odio, la destrucción y la venganza.

La Paz —ustedes lo saben— es obra y fruto de la Justicia, corona de la Libertad, don precioso del Amor. Nace de un trabajo paciente por conocerse y comprenderse, de un respeto a los derechos ajenos, de una confianza recíproca, de una delicadeza que evita ofender y facilita entendimientos razonables. Hija del amor, de ella vale todo lo que el Apóstol nos dice sobre la caridad: es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es prepotente, no busca su propio interés, se alegra con la verdad y con la justicia, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Esa paz es fruto del Espíritu de Dios. Es la paz que sólo Cristo puede dar. Y es ese mismo Espíritu de Cristo el que los ha impulsado a ustedes a encontrarse para orar, implorando, con la irresistible fuerza de la unidad, el don de la paz.

Estoy cierto de que Dios bendecirá este gesto y acogerá esta plegaria común. Porque El quiere la paz. La quiere de un modo particular para estos dos pueblos que su Providencia quiso cercanos y hermanos y que nacieron juntos a la fe y a la libertad. Y la quiere sustentada precisamente sobre las armas que ustedes han escogido, las mismas, las únicas que usó el Señor: Palabra, Testimonio, Oración, Amor hecho servicio y sacrificio.

Fue en una montaña donde Cristo se transfiguró, en compañía de algunos discípulos, convirtiendo la soledad de las cumbres en un lugar apacible y deseable de habitar para siempre. Quiera El, desde esta montaña bendecida con su presencia, transfigurar la historia indisolublemente común de Chile y Argentina en una alianza de amor y de paz, bajo el manto materno de María.

Reciban la bendición, el cariño y la gratitud de este Pastor.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

47
RESPECTO A
LOS DERECHOS
HUMANOS

*Al recibir el premio de las Naciones
Unidas concedido a la Vicaría de la
Solidaridad, en 1978:*

Agradezco la distinción que Naciones Unidas ha querido conferir a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, por su dedicación al servicio de los derechos humanos.

Lo agradezco, especialmente, ya que al conferirla a la institución más que a sus personeros, estoy seguro de que se quiere tributar un significativo reconocimiento a los pobladores, profesionales, laicos y religiosos que con gran generosidad han hecho posible este hermoso trabajo solidario.

Esta distinción también es apreciable por la elevada naturaleza del organismo que la confiere. Trece años atrás, cuando Naciones Unidas celebraba su vigésimo aniversario, la Asamblea General recibió la visita de su Santidad Paulo VI. Venía como portador de un mensaje para toda la humanidad. Y en el primer lugar de su mensaje estaba una ratificación moral y solemne de esta alta institución que representa —dijo entonces el Papa— el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial, y la última esperanza de concordia y de paz.

Hoy podemos repetir, como plenamente actuales, las palabras dichas por el Santo Padre ante esta Asamblea General: "Tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos, caídos en las terribles guerras del pasado, como la voz de los vivos, que condenan en sus corazones a quienes intentaren renovarlas. Hacemos también nuestra la voz de los pobres, de los desheredados, de los que aspiran

a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso”.

“Hoy más que ayer, la Organización de las Naciones Unidas ha de ser ‘la gran escuela donde se enseña a los hombres la paz’. El mundo mira hacia quienes se sientan en esta Asamblea como hacia ‘arquitectos, constructores de paz’, y agradece los trabajos que desarrolla esta providencial organización en defensa y promoción de los derechos humanos de individuos y pueblos en el mundo entero. Nuestro gran amor y respeto a los derechos del hombre se deben, sobre todo, a que estamos convencidos de que la sociedad del futuro y la paz y la libertad que todos anhelamos, no serán posibles sin el respeto irrestricto por los derechos humanos que constituyen a la persona humana y son la base firme que sustenta la convivencia solidaria entre hombres y naciones.”

Esta convivencia pacífica y solidaria vive acechada por múltiples amenazas. Ninguno de nosotros está libre de culpa. Vigilar, corregir, purificar nuestros juicios, alentar iniciativas con paciente humildad y serena objetividad, confiar en el hombre y en la fuerza moral de la persuasión, son tareas que incumben a quienes sueñan con un mundo que sea digna morada del hombre.

Hace veinte siglos se proclamó, en un país pobre y lejano, el mensaje de las bienaventuranzas: ¡Dichosos los mansos, los misericordiosos, los que anhelan la justicia y sufren por ella, los que construyen la paz!

Desde un país también humilde y lejano, nosotros hemos querido ser fieles a este legado espiritual.

El alma de Chile, íntimamente ligada a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza y condición; y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.

Movidos por nuestro ardiente amor a Chile, y desde nuestra perspectiva pastoral, única que nos compete, hemos querido contribuir al logro de los ideales preconizados también por el gran gestor y prócer de nuestra nacionalidad chilena, don Bernardo O’Higgins, quien en los albores de nuestra independencia instaba a “cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo va-

cila la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan”.

La presente distinción entraña, señor Presidente, un reconocimiento solemne de Naciones Unidas a este legado y patrimonio espiritual que se confunde con la esencia del pueblo chileno, y en que Naciones Unidas entrevé la única senda que conduce a la paz.

Muchas gracias.

Nueva York, 10 de diciembre de 1978.

MIEMBRO DE LA
ACADEMIA CHILENA
DE LA LENGUA

El Cardenal Arzobispo fue incorporado a la Academia Chilena de la Lengua como Miembro Honorario. Agradeció esta distinción con las siguientes palabras:

Señor Presidente del Instituto de Chile,
Señor Director de la Academia de Chile,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Agradezco de corazón la gentileza de la Academia Chilena de la Lengua de invitarme a participar en ella como Miembro Honorario. He aceptado esta invitación no sólo por el honor que reviste, sino también por el deseo de estar presente en una Institución tan valiosa y con la esperanza de contribuir, aunque sea en forma modesta, a sus importantes labores.

Asimismo, agradezco las palabras bondadosas y finas de don Roque Esteban Scarpa, cuya trayectoria de poeta, ensayista y profesor hondamente cristiano es reconocida en el país y en el extranjero.

A la Iglesia no puede serle indiferente la creación artística ni el cultivo de las bellas letras. Ella tiene la tarea de entregar a los hombres el mensaje de la Verdad, del Bien y de la Belleza de Dios, Creador de cielos y tierras. La creación participa, en cierta medida, de las cualidades de su autor, contiene una huella de la divinidad y es, por lo mismo, camino de retorno a Dios para quien sepa mirarla en su profundidad y trascendencia. San Pablo enseña con precisión: "Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad..." (Rom. I, 20.)

Más allá de las cosas y de los animales creó Dios al hombre. Lo hizo a su imagen y semejanza y lo dotó de sensibilidad, inteligencia, capacidad de amar, ansias de perfección. Le entregó con ello las posibilidades de prolongar el gesto creador, de descubrir relaciones hermosas, de establecer nuevas realidades bellas. El Señor parece complacerse en la poesía, según se desprende de muchas páginas bíblicas. Poéticos son los relatos del Génesis y del Exodo. Hondo lirismo encierran los Salmos de David y el Cantar de los Cantares. Patéticas son las protestas del justo Job y muchas imprecaciones de los profetas. ¿Y qué decir de la belleza de los Evangelios? En la sencillez del sermón y en la fuerza y la delicadeza de comparaciones y parábolas se ha expresado el mismo Cristo, rostro del Padre en el cual El puso todas sus complacencias.

Movido por tan alto ejemplo, el ser humano ha deseado corresponder también al lenguaje de poesía del Señor. Hombres de Iglesia y hombres del mundo, actualizando aquellas virtudes de que el Altísimo los dotó, han cantado, a veces con las mejores voces, el canto de amor que Cristo enseñó a la humanidad. Francisco de Asís, iniciador del decir literario en lengua italiana, extiende su palabra amorosa a las creaturas menores, la hermana agua, el hermano viento:

*Laudato sí, misignore, per frate vento,
et per aere er nubilo et sereno et omne tempo,
per lo quale alle tue creature dai sostentamento...*

El Dante, cumbre de las letras europeas, narra un viaje que lo lleva al seno mismo de Dios, hasta "*L'amor che move il sole el l'altre stelle*". Los místicos españoles Teresa de Avila y Juan de la Cruz anticipan en su experiencia y en su palabra la visión gozosa del Señor, y en la glosa popular "Muero porque no muero", muestran la alta vida que esperan más allá de los días terrenales.

Esta palabra literaria del amor cristiano se expresa a través del tiempo en formas muy variadas. Lo que en un autor es sublime intento de describir el Paraíso, en otro es romance sabroso o fino villancico navideño:

*Mañicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.*

Una vez fue narración de los milagros de Nuestra Señora; otra soliloquio lírico ante el Crucificado ("No me mue-

ve, mi Dios, para quererte. . .” ; más adelante, simbólico drama sobre el Buen Pastor o acerca de la irrealidad de este mundo frente a la plenitud del ser por excelencia, del único que puede decir de sí mismo “Soy el que soy”.

La palabra poética dirigida al Creador surgió también en el Nuevo Mundo, en particular en nuestra patria. Los cronistas e historiadores del reino —desde el mismo Pedro de Valdivia hasta Ovalle y Rosales— supieron ver la relación entre las maravillas naturales de Chile y la bondad de quien las creó. En la puerta de entrada de la literatura nacional aparece la siguiente frase de Valdivia, que cuenta como programa espiritual para quienes prolongarían en el tiempo sus elogios a la tierra que conquistaba: “parece la crió Dios a posta para tenerlo todo a mano”.

Ejemplar, asimismo, es la visión humana y divina de don Alonso de Ercilla. *La Araucana* insiste en la necesidad de realizar la conquista de acuerdo con la justicia, al margen de la codicia y de otros intereses mezquinos; y ve la prolongación de la guerra de Arauco como castigo del cielo a quienes vuelven las espaldas a la virtud. Ercilla relaciona uno de los triunfos cristianos con la particular ayuda de la Virgen María y presenta a los españoles cuando, en los peligros de una dura tormenta, acuden al auxilio de Dios. Y él mismo, al término de su obra y de su vida, desea tornar al Señor, confiado en que “para volverse a Dios jamás es tarde”.

Avanzan los siglos y avanzan también los escritores que hablan de lo sobrenatural como algo hondo y muy hermoso. Pineda y Bascuñán agradece en un sentido soneto a María Santísima su liberación de los araucanos, entre los que dio constante testimonio de católico cabal. Manuel Lacunza compone en el siglo XVIII una importante obra teológica: *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Andrés Bello, ya en la era republicana, imita de manera paradójicamente creadora la *Oración por Todos* de Víctor Hugo.

Alcanzada la actual centuria, las letras chilenas se agrandan hasta una cima superior. Llega a ella la palabra del amor de Cristo en la pluma de laicos de Iglesia o de personas con acendrado sentido de la solidaridad humana; también en la voz de sacerdotes cuya mención es ineludible en esta oportunidad: Luis Felipe Contardo, Francisco Donoso, Omar Emeth, Crescente Errázuriz y otros. Todos ellos supieron unir su vocación sacerdotal con el cultivo de la poesía, la historia y la crítica literaria, honrando al mismo tiempo a la Iglesia y a la literatura.

En la imposibilidad de detenernos ante tantas figuras valiosas, permítasenos centrar la atención sólo en dos que nos enorgullecen como chilenos. El Premio Nobel concedido a ambas —Gabriela Mistral y Pablo Neruda— implica el reconocimiento universal a su obra extraordinaria.

La Mistral creció en el conocimiento de la Biblia y su intensa religiosidad está sellada por el tono a menudo grave y hasta patético del Antiguo Testamento. Su Dios, no obstante, sabe antes que todos del Amor, y en El espera el perdón para el suicida que todos los demás parecen condenar. Si ve a Cristo es para destacar al Niño en el desamparo o al divino Crucificado, que el mundo rechaza. "El Ruego"; "Ceras Eternas", "Dios lo Quiere", "Extasis", "El Dios Triste", "A la Virgen de la Colina", "Ruth", "Viernes Santo", "Al Pueblo Hebreo", "Al Oído de Cristo", "La Cruz de Bistolfi", "Dos Angeles", son títulos de poemas mistralianos bien elocuentes de una poesía ungida con la religión, sellada con el amor, escrita desde la más honda resignación cristiana.

Lo poetisa a veces se siente olvidada:

Padre Nuestro, que estás en los cielos,
¿por qué te has olvidado de mí?

Pero pronto reacciona y en la tribulación acude confiada a quien todo lo puede:

En esta hora amarga, como un sorbo de mares,
Tú sosténme, Señor.

Con el Señor dialoga, especialmente sobre cuestiones de amor:

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio,
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

La que así ha hablado con Dios, bien puede acercarse a los desamparados del mundo: niños descalzos, mujer estéril, la extranjera, aborigen desposeído, madre anciana, amigo muerto en gesto de comunicación y caridad. Religiosas americanas de bello espíritu le salen al encuentro en esta tarea de servicio: Sor Juana Inés de la Cruz y Santa Rosa de Li-

ma. Va también a las cosas simples, a las flores y los árboles y en todo ve la huella de Dios :

¡Encina, noble encina, yo te digo en mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor.

Aunque con fundamentos muy diversos, y hasta opuestos, la palabra poética de Pablo Neruda tiene también resonancias profundamente humanas, de cabal solidaridad con los que sufren. No pueden sernos indiferentes sus apelaciones líricas a los capitanes oscuros del arado, a los agricultores temblando en la semilla, a los joyeros de dedos machacados, a los obreros del andamio desafiado. Y no pueden sino resultarnos del más alto interés los poemas iniciales de su *Canto General*, donde se presenta una cosmogonía que parece seguir de cerca las huellas del primer libro de la Biblia. Sobre el particular, los estudiosos del gran poeta tienen una palabra especializada que decirnos, mas es fácil intuir y apreciar la relación indicada.

Ya en sus años juveniles, el poeta asumía el dolor de los hombres, en versos inolvidables:

Como si el llanto fuera una semilla
y yo el único surco de la tierra.

Más adelante se encuentran textos de especial significación en esta línea solidaria:

Yo de los hombres tengo la misma mano herida

Y ahora quisiera recordar con cariño la amistad que me ligó con el poeta en sus últimos días. Fui a visitarlo varias veces en su lecho de dolor en Isla Negra, y él me regaló un poema con estas palabras: "Aquí hay un pequeño poema sobre una iglesia francesa, a nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez, con la amistad de su vecino, Pablo Neruda".

El poema dice mucho. El me lo dedicó precisamente porque expresaba algo muy íntimo. Es como su confesión, que depositaba en las manos de un amigo. Evidentemente, no es una confesión hecha canónicamente. Es la confesión de un poeta.

No resisto a la tentación de leerlo en esta ocasión:

Contra la claridad de la pradera
un campanario negro.
Salta desde la iglesia triangular:
pizarra y simetría.
Mínima iglesia en la suave extensión
como para que rece una paloma.
La pura voluntad de un campanario
contra el cielo de invierno.
La rectitud divina de la flecha
dura como una espada
con el metal de un gallo tempestuoso
volando en la veleta.

Y aquí comienza el examen de conciencia del poeta:

(No la nostalgia, es el orgullo
nuestro vestido pasajero
y el follaje que nos cubriría
cae a los pies del campanario.

Este orden puro que se eleva
sostiene su sistema gris
en el desnudo poderío
de la estación color de lluvia.

Aquí el hombre estuvo y se fue:
dejó su deber en la altura,
y regresó a los elementos,
al agua de la geografía.

Así pude ser y no pude,
así no aprendí mis deberes:
me quedé donde todo el mundo
mirara mis manos vacías:
las construcciones que no hice:
mi corazón deshabitado:
mientras oscuras herramientas
brazos grises, manos oscuras
levantaban la rectitud
de un campanario y de una flecha.)

(Ay lo que traje yo a la tierra
lo dispersé sin fundamento:
no levanté sino las nubes
y sólo anduve con el humo
sin saber que de piedra oscura
se levantaba la pureza
en anteriores territorios,
en el invierno indiferente.)

Hasta aquí la confesión del poeta, y después la expresión de su dolor y asombro:

Oh asombro vertical en la pradera
húmeda y extendida:
una delgada dirección de aguja
exacta, sobre el cielo.

Cuántas veces de todo aquel paisaje,
árboles y terrones
en la infinita estrella horizontal
de la terrestre Normandía,
por nieve o lluvia o corazón cansado
de tanto ir y venir por el mundo,
se quedaron mis ojos amarrados
al campanario de Authenay,
a la estructura de la voluntad
sobre los dominios dispersos
de la tierra que no tiene palabras
y de mi propia vida.

En la interrogación de la pradera
y mis atónitos dolores
una presencia inmóvil rodeada
por la pradera y el silencio:
la flecha de una pobre torre oscura
sosteniendo un gallo en el cielo.

Es tarea del cristiano ver la luz dondequiera se encuentre, apreciar la belleza aun en la obra alejada de la ortodoxia y destacar los valores perennes de toda poesía. Ciertamente es el caso de muchos poemas de Pablo Neruda.

Nos alegra, en fin, el sentido religioso y trascendente que ha sido hallado en la obra de un Nicanor Parra, y la decidida religiosidad de otros vates, como Eduardo Anguita, Roque Esteban Scarpa, Miguel Arteche, por nombrar algunos de los más destacados entre los cultores de la poesía. Ellos continúan y enriquecen una tradición centenaria en Chile y que en la historia universal se confunde con la historia misma del cristianismo.

Mis queridos amigos, quiero terminar. Les agradezco nuevamente el que se hayan fijado en mi humilde actuar de hombre de Iglesia, de predicador y apóstol de Cristo, para conferirme el honor de nombrarme miembro de vuestra Academia.

Al agradecer vuestra bondad quiero elevar un cántico de reconocida alabanza al Señor por todo lo que me ha dado; por sus delicadas atenciones que le manifiestan también en el día de hoy. Quiero enriquecer mis palabras con las del poeta bíblico y con las no menos bellas de nuestra gran poetisa. Con ellas terminaré mi decir:

Dios mío, me siento animoso;
voy a cantar y tañer para ti, gloria mía:
despertad cítara y arpa, despertaré a la aurora;
te daré gracias ante los pueblos, Señor,
tañeré para ti ante las naciones:
por tu lealtad, que llega hasta el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes.
¡Elévate sobre el cielo, y llene la Tierra tu gloria!,
para que se salven tus predilectos,
respóndenos con tu mano salvadora.

Dios habló en su santuario:
"Triunfante repartiré Siquén, parcelaré el Valle de Cabañas,
mío es Galaad, mío Manasés, Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro, Moab una jofaina para lavarme,
sobre Edom echo mi sandalia, sobre Filistea canto victoria".

Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom
si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?

Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil.
Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos.

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuyo me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
con una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal.
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver,
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré
solo no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herido en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos ha de hacer!

Muchas gracias.

13 de agosto de 1979.

NO HEMOS SIDO ESCUCHADOS

Estas palabras del Te Deum de 1979 fueron leídas sólo en algunos acápite debido a las tensiones existentes con el Gobierno. Este es el texto completo:

Una vez más nos reunimos en este Templo que evoca los grandes acontecimientos de nuestra historia en que Chile ha sido representado por todos sus grandes hombres, los Próceres de nuestra Independencia, los Juristas, los Presidentes y todos los hombres que han actuado en la vida pública de Chile; en este Templo en que bajo sus arcadas la comunidad cristiana de Santiago, en representación de Chile entero, ha venido a entregar sus esperanzas, a pedir en sus horas de tristeza o dificultad, a agradecer en los tiempos de alegría y a orar por la patria. En este Templo nos reunimos una vez más en el 18 de septiembre de 1979.

Queremos que nuestra reunión de hoy sea una plegaria dirigida al Altísimo, pidiéndole por nuestra patria, por la paz, por la unidad del pueblo chileno y, al mismo tiempo, una acción de gracias por lo bueno que hemos hecho en este período y sobre todo por el sacrificio humilde, por la entrega generosa de muchos cristianos a la causa del bien, de la paz y de la ayuda a los pobres y necesitados de esta tierra. Al mismo tiempo, quisiéramos enunciar muy brevemente los grandes principios que guían a la Iglesia chilena y que deberían ser los programas de acción de todos los cristianos de esta tierra.

El amor a nuestros hermanos, el amor a nuestra tierra, la comprensión para con todos los hombres y nuestra profesión de fe en el Señor, nuestra profesión de amor a Cristo, Dios Hombre, que nos señala la meta, son las estrellas luminosas que nos guían en nuestro acontecer de hoy.

Los Obispos de Chile hace justamente seis años, en una Declaración lamentábamos el desenlace violento que tuvo nuestra crisis institucional, el dolor y la opresión que sentíamos ante la sangre derramada y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos, en esa hora, respeto por los caídos y moderación con los vencidos, y confiábamos en que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina se mantendrían y se acrecentarían hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

Solicitábamos a los chilenos la cooperación con quienes asumieron la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país. Confiábamos en que la cordura, el patriotismo de los chilenos, la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, las promesas de los nuevos gobernantes nos permitirían ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz.

Durante estos seis años, éste ha sido el ideal de la acción de la Iglesia y de los Obispos de Chile; ha sido el programa que señalamos el 13 de septiembre de 1973. No se pueden comprender nuestra acción, nuestras intervenciones, nuestras declaraciones y nuestras Pastorales, nuestros desvelos y dolores, si no tenemos presente esta Declaración del Episcopado chileno. Ella ha sido causa de no pocas incomprendiones y de no pequeños dolores.

Más de una vez esta Cátedra, y muy claramente el Arzobispo de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.

Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acerbas y de incomprendiones muy duras. No creo que sea el caso, en este momento, y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la Doctrina de la Iglesia, que hemos hecho en muchas oportunidades. Todos las conocen. En el mundo entero se sabe cuál es el pensamiento de la Iglesia de Santiago y de la Iglesia de Chile. En este momento nos parece que debemos orar, orar por la paz, orar para que todos los hombres de buena voluntad se unan a la tarea de reconciliación, orar para impedir que

la violencia se interponga entre la buena voluntad de todos los chilenos y de los que dirigen nuestra patria para conseguir la paz en nuestra tierra.

En este período, los Obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y por todos los Obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros lo hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana. Para nosotros, los católicos, la voz del Santo Padre y de los obispos es sagrada y respetada, no podemos discutirla ni menos no aceptarla; debemos oírla y acatarla humildemente, de todo lo cual resultarán grandes bienes para nuestra tierra.

Por nuestra parte, estamos ciertos de que el camino propuesto para la paz en nuestra tierra es el único que nos dará lo que nosotros deseamos. Los seis años que han transcurrido nos confirman en nuestra certeza y nos estimulan a continuar con humildad y con paciencia nuestra tarea de pacificadores. Creemos que todo esto será para el bien de nuestro país y, asimismo, estimamos que desoír las enseñanzas del Papa y de los obispos de América Latina puede llevarnos a grandes males para nuestra querida patria.

Queremos agradecer y elevar un himno de acción de gracias al Señor por todo lo que hemos podido hacer en bien de tanta gente necesitada y atribulada en estos años. En primer lugar, le agradecemos al Padre de Bondad y Dios nuestro; les agradecemos también muy vivamente a nuestros hermanos de otros Credos Religiosos que nos han hecho posible esta acción de ayuda y caridad; les agradecemos también a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria que han hecho posible esta tarea de amor y de reconciliación.

Con el Santo Padre Juan Pablo II creemos "que en definitiva la paz interna y externa se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre. Creemos que la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aun más graves violencias de los mismos. Si los derechos humanos —dice el Papa— son violados en tiempos de paz, esto es particularmente doloroso y, desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina humanista".

Al mismo tiempo, con el Santo Padre señalamos "que la violación de los derechos del hombre va acompañada de la violación de los derechos de la nación, con los que el hombre está unido por vínculos orgánicos como una familia más grande"; es decir, estamos convencidos de que la violación de estos derechos viola la seguridad nacional que tanto anhelamos; y por lo mismo, con el Santo Padre declaramos "que el sentido esencial del Estado como una comunidad política consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido no llega a realizarse si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esa sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época en que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad".

Por lo mismo, señalamos con el Santo Padre "que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad y, por lo tanto, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo, más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado, se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos".

Elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la Historia, a nuestro Dios, porque hemos podido sufrir por la defensa de estos dos grandes ideales, sin enconos para con nadie. Pedimos al Señor, que todos nosotros, cumpliendo con la voluntad del Santo Padre, nos convirtamos. Tenemos necesidad de una conversión, de otra manera jamás podremos realizar los grandes ideales que nosotros representamos. "No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica —dice el Santo Padre— si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. La tarea requiere el compromiso de hombres y de pueblos libres y solidarios. Demasiado frecuentemente se confunde la libertad con el instinto del interés —individual o colectivo— o incluso con el instinto de lucha y de dominio, cualesquiera que sean los colores ideológicos que revisten. Pero una cosa es cierta: en la base de este gigantesco campo hay que establecer, aceptar y profundizar el sentido de la responsabilidad moral que debe asumir el hombre. Una vez más y

siempre el hombre. Este sentido moral, para todos nosotros, se llama conversión”.

Los obispos en Puebla hemos afirmado las mismas doctrinas que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las Iglesias, todos los Episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción “es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión”. No será efectivo —decimos nosotros— si no se oye la voz de Cristo el Señor.

Queridos amigos: hemos oído las palabras del Papa, las palabras de los obispos de América Latina. Hoy imploramos al Señor para que su bendición y su gracia nos acompañen; hagan posible que en nuestra tierra estas verdades guíen a nuestro pueblo, a nuestros gobernantes, a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra patria. Deseamos terminar con las palabras de los Obispos de Chile de hace seis años:

“Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz”.

A la Virgen del Carmen, Madre de Chile, le pedimos haga realidad este gran anhelo de los obispos de esta tierra. Así sea.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

50
LAS DIFICILES
RELACIONES

En el año 1979 las relaciones Iglesia-Gobierno estaban cargadas de tensiones. A través de la prensa se hicieron críticas muy duras a la Iglesia. Revista HOY entrevistó al Cardenal antes de viajar a Europa. Estas son las preguntas y las respuestas:

—*En el último tiempo han arreciado los ataques a la Iglesia Católica y las relaciones con el Gobierno y con quienes lo apoyan aparecen deterioradas. ¿Cuál es la verdadera situación, en este momento, entre la Iglesia y el Gobierno?*

—Efectivamente, han arreciado los ataques y no creo que la situación de la Iglesia en este momento sea buena en sus relaciones con el Gobierno. Nosotros debemos sufrir. Nuestra tarea ha sido representar la vigencia de ciertos principios inderogables; la vigencia de ciertos derechos que nadie puede transgredir, ni tampoco la autoridad, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra. No siempre hemos sido oídos y a veces hemos sido mal interpretados. Hemos tratado de hacerlo con prudencia y caridad. A nosotros no nos toca imponer soluciones: exhortamos, tratamos de persuadir, suplicamos, señalamos el camino que nos parece el único que lleva a la felicidad, a la comprensión y a la paz en nuestra tierra. Estamos hechos, Dios lo ha querido así, para servir, para sacrificarnos por el bien de los demás. Seguiremos haciéndolo, sin animosidad ni predisposición contra nadie, cualquiera sea el eco que encontremos.

—*El Te Deum del 18 de septiembre, al que no asistieron las señoras de los miembros de la Junta, como en años anteriores, dejó de manifiesto la tensión existente. ¿Recibió presiones para no decir la Homilía completa? De ser así, ¿por qué aceptó esas presiones? ¿Por qué a los dos días la Homilía empezó a circular, distribuida por el Arzobispado?*

—Presiones propiamente dichas creo que no las he recibido. Me pareció, sin embargo, que dadas las circunstancias debía tratar de decir en la reunión del 18 de septiembre, delante de los gobernantes y del cuerpo diplomático, algo que no fuera conflictivo, no por lo que ello expresaba en sí, no porque la Doctrina de la Iglesia sea conflictiva de suyo, sino porque podía ser mal interpretado dadas las circunstancias que vivimos y las suspicacias que existen. Por eso no he querido ofender a nadie y no ser causa de ahondar los conflictos que existen; por el contrario, quisiéramos ser hombres de paz y contribuir a ella. Por lo tanto, leí solamente una parte de la Homilía, aquella que me pareció menos conflictiva. Hemos hecho un sacrificio por la paz y la comprensión de los chilenos y estamos contentos de haberlo hecho.

—*¿Qué es lo que más ha echado a perder las relaciones Iglesia-Gobierno? ¿Es, solamente —cree usted—, su defensa de los Derechos Humanos o hay algo de razón en la acusación de que la Iglesia se mete en política?*

—Creemos que la defensa de los Derechos Humanos ha sido una de las causales de la falta de comprensión respecto de la autoridad. Creemos también que la falta de una idea exacta de cuál es la política que la Iglesia no debe hacer y de cuál es la política que la Iglesia debe hacer, influye en esta incomprensión. El Papa y los obispos en repetidas oportunidades hemos manifestado que la Iglesia tiene el derecho de pronunciarse sobre los eventos políticos, que la moral y el Evangelio del amor deben influir en la acción política de los gobernantes; que no puede haber una acción política exenta de la ley moral. La Iglesia se considera y ha sido en esta tierra, desde su llegada a ella, la salvaguarda de esa ley moral. Por eso, hoy como ayer, interviene en las relaciones de política en lo que éstas tengan relación con la moral, con el bien común y con los derechos de los ciudadanos, no para imponer soluciones ni para establecer críticas violentas, sino para señalar caminos que son los únicos que llevarán la paz y la comprensión entre todos los chilenos. Esto lo cree la Iglesia su deber propio y lo ha ejercitado desde los inicios de la vida de Chile, en tiempos de la Colonia y en tiempos de la República.

—*En los trozos de la Homilía que no leyó usted terminaba diciendo las palabras de los obispos de hace seis años: "Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en*

la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz". ¿Significaba esto que hoy sigue manteniendo la misma confianza?

—Sí. Creemos que esas palabras tienen plena vigencia hoy como ayer y mantenemos la misma confianza. Deseamos tener buenas relaciones con todos y especialmente con el Gobierno, y pedimos a Dios que su acción tenga éxito por el bien de nuestra patria.

—¿Cuál es la explicación por la que no se transmitió el Te Deum tal como el resto de las ceremonias de las Fiestas Patrias, en circunstancias que es un acto oficial de carácter nacional con una tradición de 160 años?

—Hace tres años que el Te Deum ha dejado de transmitirse al país. Este acto es, sin duda, el más relevante entre los actos religiosos oficiales de Chile, y como usted lo dice, tiene 160 años de vigencia. Esta vez, no sé por cuál motivo, nuestra radio también fue interferida en sus transmisiones y nosotros lamentamos profundamente esto.

—Uno de los motivos más frecuentes de roce, en el último tiempo, ha sido el de los cuerpos de Lonquén. A propósito de la sepultura de los restos en una fosa común, sin consultar a los familiares, la Iglesia Católica dijo que "no sólo alza su voz porque ha sido violentada hasta el extremo la dignidad humana, sino porque... una vez más la Iglesia de Santiago no ha sido escuchada". ¿Cuál podría ser el próximo paso a dar, para ser finalmente escuchada? ¿Cree que alguna vez será escuchada?

—Deseamos, realmente, no por privilegio, que nuestra voz sea escuchada. Creemos que es útil para la convivencia nacional que así lo sea, creemos que es para el bien del país el que se nos escuche. Los otros pasos que hay que dar, nosotros los ignoramos. Lo único que podemos decir es que estaremos siempre al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

—Se ha acusado a la Iglesia Católica de promover las huelgas de hambre. ¿En qué sentido ha apoyado usted, personalmente, este movimiento al que le reconoció que tenía también un aspecto político? ¿Está de acuerdo con la Vicaría de la Solidaridad en estas materias?

—La Iglesia nunca ha promovido ni promoverá huelgas de hambre. Las personas directamente afectadas por la ausencia nunca explicada de los suyos han apelado a este recurso extremo. La Iglesia no podría rechazarlos, máxime si actúan sin violencia y respetando el carácter sacro de nuestros recintos. Antes bien, hemos procurado servirlos en la defensa de sus derechos a través de la Vicaría de la Solidaridad. Sólo la justicia, la verdad y los sentimientos humanitarios podrán producir la paz en Chile.

—*Paralelamente a la última huelga de hambre, un grupo de curas, religiosas y hasta un obispo solidarizaron con un ayuno de 24 horas. ¿Cree usted que esta solidaridad es útil a la pacificación nacional?*

—Los Pastores, en estrecha convivencia con los pobres y desamparados, no pueden desentenderse de sus angustias. La acción a que usted se refiere quiso ser un auténtico acto religioso de oración y ayuno, inspirado en el Evangelio y tal como la Iglesia lo ha practicado siempre, para implorar la gracia de conversión.

—*¿Qué puede hacer la Iglesia Católica para integrar a esos católicos que se dicen "a la antigua" y que se oponen con violencia a todas las directivas de la Jerarquía?*

—Creemos que los católicos que se oponen con violencia al Magisterio jerárquico están fuera de la manera de proceder de la Iglesia. El respeto a la autoridad, el diálogo con los iguales y el saber oír y comprender son signos distintivos de la Iglesia; no estamos de acuerdo, por lo tanto, con ellos. Pero sí, de parte nuestra, quisiéramos comprenderlos, hacerles llegar nuestra voz sincera, pacífica, caritativa, para hacerles ver que no son mezquinos intereses los que defendemos, sino que es la causa del Señor.

—*Entre ellos hay algunos que han insinuado que usted estaría tal vez en una postura diferente a la del clero, desde el momento que lo ha llamado a la abstención política y que ha señalado un modo de conformidad con el discurso presidencial del 11 de septiembre, al que calificó de "bien inspirado". ¿Qué hay de cierto en eso?*

—Califiqué de bien inspirado el Mensaje Presidencial porque me parece obvio que Su Excelencia cree honestamente en la eficacia y bondad del camino emprendido y desea, con la misma honestidad, lo mejor para Chile. No

quiere decir esto que yo tenga la misma idea que su Excelencia el Presidente de la República.

—*La crítica más profunda es que la Iglesia Católica aparece mezclada con gente de izquierda, que tiene muy claros sus fines. ¿Es eso efectivo? Y si lo es, ¿a qué se debe?*

—La Iglesia trasciende las categorías de izquierda o de derecha: busca servir al hombre, ser signo y salvaguarda del valor de la persona por encima de sus ideas y opciones particulares. Quiere, así, servir de nexo, de unión entre lo que piensan unos y otros, entre los partidos que a veces se transforman en rivales y adversarios. Quisiera darle a cada uno lo suyo; ésta es la virtud de la justicia y la Iglesia la protege. Se recuerda muy bien de la enseñanza del Maestro, que reprende a dos de sus Apóstoles que quieren hacer descender fuego del cielo sobre los que se oponían a Jesucristo y lo odiaban. El los reprende y les echa en cara que no saben de qué espíritu son. El Padre de los cielos hace caer su lluvia sobre buenos y malos, pero el juicio sobre la maldad y bondad de los hombres se lo ha reservado El.

—*Se le ha echado en cara a la Iglesia Católica que no se preocupa del joven obrero herido por una bomba y que sólo se interesa por los terroristas. ¿Cuál es la explicación para esto?*

—La Iglesia se ha preocupado de todos los que sufren, especialmente de los más abandonados. En el caso presente, hombres de Iglesia se han preocupado de él; han tratado con su familia. Pero me parece un tanto extraña la insistencia de algunos sectores sobre que tengamos que preocuparnos especialmente de ese caso, como si no lo hubiéramos hecho. En realidad la Iglesia condena todo acto de terrorismo y en este caso condena especialmente a las personas que pusieron la bomba que ocasionó el daño a este pobre inocente. Que Dios juzgue y castigue a los culpables.

—*¿Cómo se explica que un cable enviado por el Secretario Ejecutivo de la Vicaría de Solidaridad, a través del télex del Arzobispado, haya sido publicado por el señor Alvaro Puga en el diario La Tercera para acusar a la Iglesia de tener "los recursos para que Chile persista en mala imagen externa?"*

—En realidad no me explico. El cable trataba de salvar una situación delicada para un grupo de personas que estaban haciendo una huelga de hambre, que no dependía de

nosotros, pero que podía ser causa de un daño irreparable. Nos parece muy raro que una comunicación privada llegue a la luz pública. Quienquiera sea el responsable, se trata de violación flagrante de uno de los Derechos Humanos, que todos los tenemos y la Iglesia tiene derecho a reclamarlos para sí en forma especial.

—¿Diría usted que la Iglesia, en general, y también usted viven un clima de vigilancia, o que siguen teniendo la libertad de acción y de expresión que siempre tuvieron?

—Creemos que el clima de vigilancia que nosotros podríamos tener es común al clima de vigilancia que tienen todos los chilenos en este momento de su historia. Dentro de ese clima de vigilancia tenemos una cierta libertad de acción y podemos expresarnos con algunas limitaciones.

—¿No se estará volviendo cierto —después de que tanto lo han repetido sus contradictores— que después de seis años de gobierno militar la Iglesia se ha convertido en la fuerza opositora más importante?

—La Iglesia no hace oposición política: anuncia el Evangelio y denuncia las situaciones que aparecen como contrarias a la Salvación de Jesucristo, buscando colaborar para que ellas mejoren.

—Durante casi un mes la Iglesia Católica chilena se quedará prácticamente sin obispos. ¿No es un momento delicado para que esto ocurra? ¿Qué significado y qué consecuencias tendrá este viaje masivo en que se informará sobre el momento actual de la Iglesia Nacional?

—Los obispos concurrimos en esta ocasión como Conferencia Episcopal, como lo han hecho otros países. El Papa quiere así tener no sólo una visión de la actividad de la Iglesia en cada Diócesis, sino también una visión de la situación global de la Iglesia. Siempre quedan aquí algunos obispos y nuestros vicarios encargados de dirigir la Iglesia; nunca estarán huérfanos de esta dirección.

—Por su parte usted va a integrar el Senado de los Cardenales convocado por el Papa Juan Pablo II y que durante los últimos 500 años sólo ha sido citado a acontecimientos importantes y cruciales. ¿Cuál es el objetivo de esta convocatoria?

—El objetivo de esta convocatoria, solicitada por los mismos cardenales después de la elección papal, es cambiar ideas con el Santo Padre sobre la situación de la Iglesia

Universal. Queremos oír al Santo Padre y queremos que el Santo Padre nos oiga a nosotros. Esta convocación a mi juicio no es una instancia jurídica, no es una asamblea legislativa; es sólo la unión de los Pastores con Pedro, para oírlo y para expresarle nuestras dificultades y nuestros anhelos.

—¿Quién dirigirá la Iglesia de Santiago en su ausencia?
¿No es demasiada responsabilidad dejarles la Iglesia a los vicarios? ¿Qué rol cumplen ellos?

—La Iglesia de Santiago está en manos de nuestros vicarios. Tengo plena confianza en ellos y estoy cierto de que durante este mes y medio ellos sabrán dirigir a la Iglesia en el Espíritu del Señor, en la caridad, el amor, en la comprensión para con todos, con un amplio espíritu de diálogo.

3-9 de octubre de 1979.

LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Cada año los jóvenes de Santiago celebran UNA SEMANA PARA JESÚS con diversas actividades, servicios, liturgias y cantos. En el año 1979, el Cardenal había viajado a Roma, pero quiso estar presente en el acto final de Maipú a través del siguiente mensaje:

Queridos jóvenes:

Este es el cuarto año en que ustedes celebran UNA SEMANA PARA JESÚS en nuestra Iglesia de Santiago. Con alegría quisiera unirme a ustedes para celebrar juntos nuestra fe en Jesucristo como único Salvador y Señor de la Historia.

He venido hasta Roma para visitar a nuestro Papa Juan Pablo II. Con él he dialogado sobre el entusiasmo que ustedes tienen y, junto a la tumba de San Pedro, he orado al Señor para que la fe de ustedes no desfallezca.

De acuerdo con lo que los Obispos de América les hemos pedido, ustedes han elegido, como lema de esta Semana, CONSTRUYAMOS LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR. Me parece que no hay tarea más noble ni misión más hermosa que construir un estilo de convivencia y una jerarquía de valores centrada en el Amor.

La Civilización del Amor se construye, sin duda, centrando la vida en el Evangelio del Señor. Sean ustedes los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a un hombre herido en el camino. Sean ustedes los jóvenes Cireneos que ayudan a Cristo a llevar su Cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transforma su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra la respuesta que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago; tengan el cariño de Juan, para reposar en El todos

sus afectos. Tengan la disponibilidad de María para cantar de gozo y para hacer su voluntad.

La Civilización del Amor les pide, en una palabra, tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. No se engañen. En El está todo lo que ustedes buscan con pasión.

Pero construir la Civilización del Amor significa también un compromiso en ustedes. Como Pastor de la Iglesia, quiero pedirles que sean jóvenes de esperanza, que ardentemente busquen la justicia, que vivan sin claudicaciones en la verdad, que venzan toda opresión que les impida ser libres y que solidariamente sirvan, en especial, a los más pobres y sufrientes.

La Civilización del Amor debe aunar a los que trabajen por la paz, a los que rechazan la violencia, a los que tienen limpio el corazón y a los que lloran sus angustias esperando ser consolados.

Jóvenes de Santiago:

Hagan un esfuerzo para que esta Civilización del Amor se construya en nuestra patria. La Iglesia confía especialmente en ustedes. Luchen arduamente contra toda opresión, contra toda injusticia y contra toda mentira. La Iglesia los desea sinceros, valientes, imaginativos y auténticos.

Sepan que en esta tarea los acompaña toda la Iglesia Universal.

Reciban el afecto y el apoyo de su Pastor y amigo, que los bendice de corazón en nombre del Señor.

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
Cardenal Arzobispo de Santiago

Roma, 7 de octubre de 1979
Fiesta de la Virgen del Rosario

52
DERECHOS HUMANOS
Y EVANGELIO

Por primera vez el año 1979 la FUNDACIÓN BRUNO KREISKY hace entrega de una distinción al Cardenal Silva "por su valerosa acción de reconocimiento de los derechos humanos..." El Cardenal agradeció esta distinción en la ciudad de Viena, el 19 de octubre de 1979:

Constituye para mí un gran honor contarme entre las personas que la FUNDACIÓN BRUNO KREISKY ha querido señalar, con una especial distinción, por su contribución a la causa de los derechos humanos. No he hecho más que cumplir con la misión pastoral que se me ha encomendado, en la forma como la entienden el Santo Padre y la Iglesia Universal. Por esto, debo agradecer, más bien, al Fundador de esta Institución y a todos sus colaboradores que han ideado y realizado una Fundación con tan nobles ideales: promover la defensa del hombre y la dignidad de los más pobres en toda la Tierra.

Lamentablemente, la defensa de los derechos humanos ha llegado a ser un problema universal. No sólo en América Latina; también en otras partes del mundo tenemos que afrontar abusos en contra de los derechos de la persona humana. La Iglesia, que es testigo de estas realidades tan duras e inhumanas, siente que el Señor la llama y le exige trabajar en la noble tarea de la defensa del Hombre. No podemos quedarnos impasibles cuando sabemos que lo que se hace con cada uno de los hombres —especialmente con los más pequeños— se hace con el Señor. Y por eso la Iglesia declara que los derechos humanos forman parte esencial de la predicación del Evangelio. Más aún, declara que la defensa de los derechos humanos es la defensa de los derechos de Dios.

Urgidos por este espíritu netamente evangélico, nos hemos reunido en Puebla de los Angeles, en México, los

Obispos de todo el continente latinoamericano. En esa solemne ocasión hemos declarado que "la Iglesia no necesita recurrir a sistemas e ideologías para esta acción audaz y creativa de amar, defender y colaborar en la liberación integral del hombre: en el centro del mensaje de la cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, atentados a la libertad religiosa, opresiones contra el hombre y cuanto atenta contra la vida" (Puebla 552).

Seguridad Nacional y Espíritu Cristiano

Estamos profundamente convencidos de la importancia de los insistentes llamados del Papa y del contenido de sus sabias palabras dirigidas hace pocos días a la Organización de Estados Americanos (OEA). Creemos con él que aunque las dificultades del tiempo presente "puedan exigir, a veces, medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances en la distribución de responsabilidades, ellas nunca jamás justifican un ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad. Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado el hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano sin una grave decepción. En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de la coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente.

¡El Hombre! El Hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos huma-

nos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que reconocemos como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna". (OEA N° 4 y 5, Washington, DC, 6 octubre 1979.)

Esfuerzos en Chile

Estamos ciertos de que estas palabras, que nacen de una inspiración incontestable, serán escuchadas por todos los hombres buenos y amantes de sus patrias que existen en nuestro continente. Hombres conscientes de que lo más noble, precioso y amable de la patria es la vida y los derechos de cada uno de sus habitantes; en especial de los más débiles de la sociedad. En este espíritu es de justicia reconocer el trabajo de los hombres que en mi país se han esforzado por mejorar la situación que en él impera.

Queridos amigos, la Iglesia se siente feliz y fiel al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, al prestar una desinteresada colaboración a esta tarea. No nos mueven razones partidarias ni razones egoístas. Como lo dijera el Papa Juan Pablo II, "la Iglesia se sentirá siempre feliz de prestar su propia y desinteresada contribución a esta tarea. Las Iglesias locales de las Américas harán otro tanto dentro del marco de sus varias responsabilidades. Favoreciendo el progreso de la persona humana, de su dignidad y sus derechos, sirven a la ciudad terrena, a su cohesión y a sus legítimas autoridades. La plena libertad religiosa que ellas piden es para servir; no para oponerse a la legítima autonomía de la sociedad civil y de sus propios medios de acción. Cuanto más capaces sean los ciudadanos de ejercer habitualmente sus libertades en la vida de la nación, tanto más rápidamente las comunidades cristianas serán capaces de dirigirse a sí mismas a la tarea central de la evangelización, es decir, a predicar el Evangelio de Cristo, fuente de vida, de fortaleza, de justicia y de paz". (*Ibid.* N° 7.)

Termino mis palabras agradeciendo, una vez más, a vuestra noble Institución, agradeciendo al señor Bruno Kreisky la defensa y promoción que ustedes hacen de los derechos de la persona, especialmente del derecho de los pobres. Agradezco también a los habitantes de esta tierra tan generosa que, a pesar de tantas vicisitudes históricas pasadas en los últimos tiempos, han organizado una sociedad modelo por su convivencia pacífica, su robusta democracia y su respeto por el hombre.

Agradezco especialmente al Señor de la Historia, porque el humilde trabajo realizado por la Iglesia de Santiago de Chile ha podido servir, en mi patria y fuera de ella, para mejorar la condición de tantos hermanos nuestros que, en situaciones muy diversas, claman por sus derechos y libertades.

Viena, 19 de octubre de 1979

53
EL CAMINO
DE LA JUSTICIA

Cada 25 de noviembre, la Iglesia de Santiago renueva en la Catedral su compromiso de defensa de los Derechos Humanos que suscribió en la "Carta de Santiago de Chile", con motivo del Simposio Internacional que se realizó durante el año 1978. Al cumplirse un año de ese acontecimiento, el Cardenal dijo:

Queridos amigos, muy queridos hermanos:

Una vez más nos reunimos en esta Iglesia Catedral, para recordar la Declaración que hiciéramos hace un año, aquí mismo. En realidad nosotros queremos recordarnos a nosotros mismos, y recordarles a todos los hombres de buena voluntad los grandes valores humanos, los derechos del hombre, que nosotros amamos, que nosotros queremos ver respetados en todos los hombres.

Lo deseamos, mis queridos amigos, no por afán mezquino y pequeño; no por conseguir la situación del momento, en nuestra tierra o en cualquiera otra parte. Lo hacemos porque estimamos profundamente, inmensamente, los valores del hombre. Los consideramos el tesoro más grande que Dios le haya dado a cada hombre.

Sí, Dios nos ha hecho hijos suyos. Somos hermanos todos los hombres y, como tales, nos ha dado derechos que todos tenemos que respetar. No son cosas políticas estos derechos. El Santo Padre nos lo ha recordado. Y siguiéndolo a él, yo os lo recuerdo en esta tarde.

Estos derechos nacen del alma espiritual del hombre. Son derechos espirituales y, por lo tanto, nos toca, a la Iglesia de Cristo, tutelar esos derechos, y hacer, si fuere posible, que todos los hombres los respeten.

Es nuestra tarea. No es que nosotros seamos políticos. No es que nosotros seamos sociólogos. No es que nosotros seamos empresarios. Nosotros somos enviados de Cristo, el Señor. Somos la pequeña grey que El ha enviado al mun-

do para cumplir una misión de titanes: enseñarles a los hombres todo lo que El nos ha enseñado; dándoles la fuerza misteriosa para practicar esas verdades, y haciéndolos amar a su hermano, el hombre.

Una doctrina que enseñar, una fuerza de gracia que comunicar, un amor que practicar.

Eso somos nosotros; somos técnicos en una sola cosa, mis queridos hijos. Somos técnicos en humanidad. Y este derecho lo reivindicamos después de 2.000 años de lucha, después de mucha sangre vertida, después de muchas verdades pronunciadas a la faz del mundo entero.

Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los primeros misioneros y apóstoles. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los mártires que derramaron su sangre por estos ideales. Nosotros nos sentimos los continuadores auténticos de los padres y doctores de la Iglesia que enseñaron a la humanidad el camino del hombre, el camino del amor, el camino del respeto.

Eso creemos que somos, y por eso pedimos respeto y consideración.

En verdad, hay una luz que nos guía. Hay una luz que nos señala el camino. Y después de un año de nuestra Declaración de Santiago, han pasado muchas cosas, pero todas ellas, todas ellas están de acuerdo con lo que nosotros hemos dicho. Los obispos nos hemos reunido en Puebla. Los obispos representantes de toda América Latina. Presididos por nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, hemos estudiado, hemos orado, hemos meditado y hemos comunicado a los pueblos de América nuestro parecer.

Todos ellos, todos estos obispos, todos nosotros les hemos manifestado a nuestros pueblos el amor inmenso que tenemos por el hombre. Hemos llorado por la situación triste que muchos de nuestros pueblos sufren y hemos pedido a los hombres de buena voluntad de esta Tierra que oigan la voz del Señor y la voz de su Iglesia. Y que trabajen denodadamente para que la verdad del Evangelio, que se manifiesta en la Doctrina Social de la Iglesia, sea una realidad en nuestros pueblos que se dicen cristianos. Y a los hombres que gobiernan, y a los hombres que detentan el poder económico, y a los hombres de Iglesia, y a los hombres de buena voluntad y a los pobres de este continente, nosotros les hemos pedido que, dejando a un lado el odio y la prepotencia, sigan el camino de la verdad, de la justicia, del amor y de la paz, que es el único que nos podrá dar la seguridad na-

cional a que aspiramos; que es el único que podrá forjar la grandeza de estos pueblos.

¡No a la guerra! ¡No a la violencia! ¡No a la conculcación de los derechos del hermano! Eso hemos dicho; eso hemos pedido.

Lo pedimos con humildad. Lo pedimos sabiendo que no tenemos ninguna fuerza física para imponer nuestras ideas. Sólo contamos con la bondad del Dios que nos ha enviado; con su Espíritu que nos ilumina y nos guía; y con la comprensión y sensatez de los hombres de esta Tierra. Y esperamos que esto sea una alborada de un hermoso día que las Américas quieren vivir, que los hombres de esta tierra tienen derecho a gozar.

Han pasado otras cosas, mis queridos hijos. El Santo Padre ha visitado diversos países. Y ha venido a nuestra América. Ha sido aclamado como nadie. Como ningún hombre tal vez en la historia de estas tierras y en la historia de la humanidad. Ha sido querido, aclamado y aplaudido. No porque se trate de un hombre, no porque se trate del Jefe de una religión. Es porque los pueblos han visto en él al hombre que representa con fidelidad a la verdad, a la justicia, al amor.

La verdad, la justicia y el amor tienen un nombre, mis queridos hijos: se llama Jesucristo. Y él lo representa. Lo representa con humildad, lo representa con decisión y viene a enseñarnos, viene a suplicarnos, viene a rogarnos que nosotros oigamos esta voz, porque es la voz de la paz, de la justicia, de la verdadera convivencia humana.

Nosotros lo hemos visto. Hemos presenciado este espectáculo grandioso. Y hemos oído su voz. No podemos menos que recordarlo con inmensa gratitud. Nuestras pobres palabras y nuestro pobre actuar de Obispo se han visto confirmados en las palabras del Pastor, del Vicario de Cristo, de aquel que nos representa como nadie. Al Señor, presente entre nosotros.

Y en estos días, mis queridos hijos, han sucedido otras cosas, no bellas. Lo presenciábamos en un país del Asia. Existe, en este momento, una situación difícilísima. Hombres que dicen amar a su Dios, no parecen que quieran respetar a sus hermanos. Y nosotros, sin querer ofenderlos, sin hacer un juicio sobre todo lo que ellos han sufrido, pero sabiendo que hay quien es nuestro Juez y quien es nuestro Padre, nosotros, humildemente, desde este confín de la Tierra, les pedimos que sepan amar, que sepan respetar a sus hermanos, que respeten al inocente, que no busquen en la guerra

una solución que no lo es, porque siempre habrá hombres de buena voluntad que sabrán encontrar los caminos de la comprensión, de la justicia y de la paz.

Nos han dicho con insistencia que nosotros, los Obispos de Chile, tenemos que ser obedientes al Santo Padre, el Papa.

¡Qué hermosa recomendación! Les agradecemos a quienes la han dicho, si la han dicho con la buena voluntad y con el buen deseo de que sea una realidad. Queremos ser fieles a Cristo, el Señor, presente en la persona de su Vicario. Pero también les pedimos a quienes nos dicen estas cosas, que también ellos, por amor a Cristo, que también ellos conozcan la voz del Pastor, y la oigan y sean fieles a esa voz.

No les pedimos otra cosa.

Nosotros estamos dispuestos a callar. Estamos dispuestos a no molestar a nadie, siempre que ellos oigan la voz del Pastor y la sigan. Nos sentiríamos tan felices. Nosotros estaríamos ciertos de haber conseguido el fin de nuestras vidas. No queremos otra cosa.

Porque quiero recordar la voz de ese Pastor que a todos nos obliga, voy a terminar con las palabras de él, dirigidas a los pueblos de América, de América Latina, de la América Española que aún reza a Jesucristo y que todavía habla en español, como dijo el poeta.

¡El hombre! El hombre es el criterio que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer.

Lo recobrarán, solamente, si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma, son puestos de nuevo, explícitamente, al centro de todas las consideraciones.

Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana.

Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad, y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo, en la solidaridad, deben dar nueva vi-

da aquellos que, en uno u otro grado, ya gozan estos bienes, para el servicio de todos aquellos —y son todavía tantos en nuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramática.

El desafío del desarrollo merece toda vuestra atención. También en este campo lo que vosotros logréis, puede ser un ejemplo para la humanidad. Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agricultura y del medio ambiente, son, en larga medida, una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal, que se extiende más allá de confines y regímenes. Sin menoscabo de las responsabilidades de los estados soberanos, descubris que es una exigencia lógica para vosotros el ocuparos de problemas, como el desempleo, emigración y comercio, en cuanto preocupación común, cuya dimensión continental pide de manera cada vez más intensa soluciones más orgánicas a escala continental.

Todo lo que vosotros hacéis por la persona humana detendrá la violencia y las amenazas de subversión y desestabilización. Porque al aceptar con valentía las revisiones exigidas por “este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre —digamos de la persona en la comunidad— y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas o regímenes,* dirigís las energías de vuestro pueblo hacia la satisfacción pacífica de sus aspiraciones”.

Sí. Nosotros queremos dirigir las aspiraciones de todas nuestras fuerzas, de todas nuestras almas, a satisfacer los anhelos profundos y justos de nuestros pueblos. Y queremos que esto se haga por amor a Jesucristo, por amor a su hermano, por amor a nosotros mismos.

Lo pedimos, lo suplicamos, humildemente hacemos constancia de que esto no admite demoras. Que los pueblos de nuestro continente tienen derecho a ser oídos. Pedimos a todos los hombres de buena voluntad de esta Tierra, de nuestra América y si nuestra voz llegara más allá de todo el mundo, que sepamos respetar los derechos de nuestros hermanos, porque ellos constituyen la base estable de una sociedad justa y pacífica.

Así sea.

* Redemptor Hominis (Nº 17).

54
DON BOSCO
ME HA CONQUISTADO

*Homilía del Sr. Cardenal Raúl Silva
Henríquez, tenida en la Catedral de
Punta Arenas, con motivo de sus BODAS
DE ORO de profesión religiosa, en la Con-
gregación Salesiana (1931- 2 de febre-
ro - 1981).*

Señores obispos. Mis queridos hermanos salesianos. Queridas hermanas salesianas. Muy queridos amigos:

Yo no esperaba que ustedes se molestaran en esta tarde para acompañarme a rezar esta Misa; es una Misa, más bien, íntima, de familia.

Hace cincuenta años, con uno de los sacerdotes que aquí está, el P. Passone, en este día, en la mañana de este día, en la Casa de Macul, en una pequeña iglesia de campo, hacíamos los primeros votos en la Congregación Salesiana.

Yo había entrado a la congregación por una extraña disposición del Señor. Los caminos del Señor sólo El los conoce y nosotros debemos seguir lo que El quiere de nosotros.

Desde niño, yo había sido un hombre, un muchacho, un niño diré mejor, piadoso; en el colegio, sin que nadie me obligara ni que me lo dijera, yo comulgaba todos los días. Es de advertir que no era mi costumbre; en el colegio, en Santiago, donde estaba interno, sólo dos niños, del centenar de internos, sólo dos, comulgábamos todos los días. Y lo hacíamos con gran devoción, por amor al Señor. Y entre las cosas, o diría yo, entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, era la de que yo hiciera su voluntad, lo que El quería de mí; tenía miedo de no hacerlo, tenía miedo de serle infiel, tenía miedo de no conocer cuál era su voluntad.

Y, por eso, le pedía con instancia, en la Sagrada Comunión, que me guiara para hacer su voluntad.

Siendo muy niño, en el Colegio de los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*, en Talca, había querido ser religioso de esa congregación. Mi padre me dijo: "Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después, escoja lo que usted quiera".

Pero él me sacó del colegio en que estaba, pensando, no sin razón, que un niño de diez años se deja inducir fácilmente por sus superiores. Queriendo él resguardar mi libertad, me puso en otro colegio de religiosos.

Después pensé que debía seguir la carrera de Leyes. . . , y empecé a estudiar Leyes. Yo a los salesianos los conocía muy poco; los conocía, porque una pariente de mi padre, doña Mariana Silva de Garcés, era la "mamita" de los salesianos en Talca, y a toda la familia nos obligó, la obligó, a ser "Cooperadores Salesianos". Mi padre y mi madre eran "Cooperadores Salesianos"; yo sabía de esto. A mi casa llegaba el *Boletín Salesiano* y una hojita, el *Semanario de María Auxiliadora*, que editaba el Padre Juan Zin. Yo ni sabía quién lo editaba; pero tenía un cuento muy bonito, que era la "Vida de Don Bosco para niños", y yo la leía. . . Esas eran mis relaciones con los salesianos.

Más tarde, supe que María Auxiliadora, la devoción a la Virgen María Auxiliadora, le había salvado la vida a mi padre. . . ; En la Revolución del 91 (hace años de esto, ¿no?) mi padre era revolucionario, y había tomado parte activa; cuando el Ejército Revolucionario bajaba del Norte y desembarcaba en Concón, él quiso tomar parte activa. . . Lo descubrieron y lo condenaron a muerte; él, entonces, se fue a un fundo que tenía la familia en San Clemente, y desde allá volvía a Talca, creyendo que no se habían dado cuenta. Mi madre, que había sabido que estaba condenado a muerte si lo pillaban, salió en un coche, encomendándose con todo fervor a la Virgen María Auxiliadora, para poder salvar a mi padre. Lo encontró por el camino, le dijo que lo estaban buscando para fusilarlo, y entonces mi padre volvió atrás, y por la cordillera pasó a la Argentina, a esperar el resultado de la guerra que estaba definiéndose en esos momentos.

Si la Virgen no salva a este hombre, yo no habría nacido, porque en ese momento mi familia consistía solamente en dos de mis hermanos: uno, Eugenio, murió joven, y la otra, Marina, está viva, y lleva el nombre de "Marina", porque nació el año 1891. Así que la Virgen tenía un crédito con esta familia, la Virgen "Auxiliadora", y lo cobró. . . , y cobró un hijo.

Cuando mis padres supieron (yo estaba estudiando el Cuarto Año de Leyes) que pensaba irme a los salesianos, algunas personas de la familia o de las amistades les dijeron que no era posible que yo entrara a los salesianos, una congregación tan humilde, de personas desconocidas... , "¿cómo va a entrar tu hijo ahí...?"

Mi padre me escribió una carta, diciendo: "... mire, haga lo que usted crea. Nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus viejos padres..."

Entonces entré a los salesianos como *aspirante*..., a conocerlos...

Un pequeño preámbulo: yo había querido entrar a la Compañía de Jesús. Cuando me di cuenta, estudiando Leyes, de que el Señor quería que yo fuera sacerdote, había querido entrar a la Compañía de Jesús, porque... mis hermanos, mi padre y algunos de sus hermanos se habían educado en los colegios de la Compañía y tenían una gran estimación por la Compañía de Jesús; porque mis confesores estaban en los Padres de San Ignacio, y entonces, para consultar con mi confesor sobre la vocación, le pedí: "Padre, yo quiero conversar con usted sobre esto..."; me dijo: "Ven, ven esta tarde".

Yo fui al Colegio de San Ignacio en Santiago, a hablar con este padre, y lo encontré que estaba afeitándose y me dijo: "Mira, Raúl, no puedo, porque... me llama el Señor Nuncio, pero... ven... , ven mañana en la noche, después de comer. Te espero..."

¡Bueno! fui. Encontré el colegio cerrado..., una puerta inmensa, no había timbre ni campana donde clamar; golpeé... (ridículo); la portería estaba a cincuenta metros por lo menos de la primera pieza de un Padre. No..., no me oyó nadie... Yo dije: "No, no está de Dios que me oigan... Estaba con estas dudas cuando un compañero de Leyes me dijo: "¿Por qué no vas a hablar con los salesianos...?, con el padre Valentín Panzarasa... (el nombrecito que se gastaba...); Entonces le dije: "Pero, ¿quién es ese Padre? "Ah, me dijo, es un Padre muy bueno, es muy inteligente, profesor de la Universidad, es un hombre muy bueno, es mi confesor..." "Bueno, llévame...", y fuimos al Patrocinio de San José en el mes de diciembre de 1926.

Y nos encontramos con un Padre que estaba en el jardín leyendo una revista de Filosofía; y entonces mi compa-

ñero le dijo: "Padre, le presento a mi compañero Raúl Silva. El quisiera, si usted lo tiene a bien, presentarle sus dificultades y sus dudas. . . No sé si usted pueda recibirlo. . ."

"¡Cómo no. . .! —dijo el Padre—, ahora mismo. . ." Y entramos en plática con este caballero, con este Padre. . . , un hombre extraordinario, de gran bondad, de gran espiritualidad, de profunda espiritualidad; un hombre de "cáscara" un poco dura, de apariencia dura, pero de gran corazón. Nos hicimos grandes amigos. Yo lo entendí perfectamente; él me entendió a mí, y yo le dije: "Mire, yo quería hacerme jesuita. . ." "Ah, me dijo, con todo gusto. . . Acabo de mandar de este colegio a dos de mis exalumnos que han querido hacerse jesuitas".

Entonces le dije: "Mire, Padre, esperemos un poco. . . Quiero hacer lo que el Señor quiera, y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas. . . y con ustedes me he encontrado con una facilidad tan enorme. Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los salesianos; déme unos libros (me dio unos libros de Don Bosco. . .)

Me fui a las vacaciones después de pasar al Cuarto Año de Leyes. . . ; me fui a las vacaciones y empecé a leer algo sobre la Congregación Salesiana. De vuelta de vacaciones, le dije: "Mire, Padre, yo creo que el Señor me llama a ser salesiano. . . Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres. . . , un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita, un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie se diera cuenta. . . *Me gusta Don Bosco. . .*, ¿qué hay que hacer?"

"Mire, me dijo, para poder entrar a la Congregación Salesiana hay que vivir con los salesianos, porque los que no son alumnos de la congregación no pueden entrar al noviciado sin pasar un tiempo viviendo en ella".

"Y, ¿cómo puedo solucionar esto?"

"Muy fácil, me dijo: véngase usted a vivir aquí, es pensionista nuestro, va a la Universidad, termina sus estudios, y entonces usted nos conoce mejor, nosotros lo conocemos mejor a usted y. . . , y decide la cosa".

Y así lo hice.

El año 29 yo me recibí de abogado a fines de año, y había vivido desde mediados del 27, todo el año 28 y año 29 con los salesianos. . . Conocí su vida, conocí las personas que eran; me encontré bien, creí que el Señor me llamaba

a esto, y entonces hice la solicitud de entrar al noviciado. Me admitieron: empezamos el noviciado el año 30, el día 28 de enero, que era, entonces, el día de San Juan Crisóstomo, un gran santo, y al día siguiente, el día de San Francisco de Sales. Empezamos el noviciado (un noviciado bastante numeroso). Había un grupo de jóvenes que venían de Italia y otro grupo de jóvenes chilenos entre los cuales éramos dos abogados, porque otro compañero mío también entró a conocer al Padre Valentín; también él tenía la inquietud del sacerdocio y entró a la congregación. Se llama el Padre Alberto Muñoz.

Y... , aquí comienza mi vida salesiana. Al año siguiente hicimos los votos. En realidad tengo cincuenta y un años de vida salesiana; pero después de treinta años de vida salesiana, el Santo Padre me "jubiló" como salesiano... , al menos por el momento, y me nombró Obispo de Valparaíso, en 1959. Fui nombrado, fui "consagrado", como decíamos entonces, u "ordenado" Obispo, como decimos hoy, el 29 de noviembre de 1959. Y comenzó una vida totalmente diversa. Después de un año y medio, un buen día, la Virgen Auxiliadora se atraviesa en mi camino de nuevo. Ella se nota que tiene cierto dominio, cierto derecho sobre esta pobre persona, porque el día 23 de mayo del año 61, el Señor Nuncio me llama por teléfono desde Santiago a Valparaíso, y me dice: "Felicidades ("auguri" me dijo en italiano)... felicidades Señor Obispo. Mañana, día de María Auxiliadora, en *L'Osservatore Romano* aparece su nombramiento como Arzobispo de Santiago... "

¡Que Dios lo perdone, Señor Nuncio... ! Y en ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz ciertamente más pesada que he recibido. Han pasado tantas vicisitudes... Sería largo contarlas.

Pero Don Bosco me había enseñado varias cosas interesantes. La primera, a *confiar siempre en Dios*. ¿Qué irá a ser de mí?, ¿qué me irá a pasar?; ¿cómo voy a ir a Santiago?; ¿cuántas luchas me esperan? No lo sé. Si Dios me llama, El pensará por mí... ; he de confiar en el Señor... ; Dios me ayudará. Y la Virgen Santa, bajo cuyo patrocinio yo empezaba esta nueva etapa de mi vida, ciertamente no se olvidará de mí.

Segunda cosa que me enseñó Don Bosco: *el amor a los pobres y a los niños*, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices, que realmente se realicen como hombres y que puedan llegar un día a la Patria del Padre. Dedicarme a ellos

con el tesón, con la generosidad, con la confianza, con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco, fue para mí un bello ideal.

Me enseñó también, otra cosa importante: *amar al terruño, la patria*, donde uno ha nacido, pero desprendiéndose de los entusiasmos o de las pasiones; no amar con la pasión, con la violencia, en forma irracional; hacer que en la vida de uno predomine la razón... , la razón. El valor que le da Don Bosco a la razón, en su sistema, es extraordinario; y el Padre que era mi confesor y mi director espiritual, me hizo ver que Dios le daba al hombre la razón para guiarlo, y el negarse a oír la voz de la razón, era negar el camino que el Señor le señala al hombre, que debía ser yo un hombre de razón y no de pasiones, que debía dominar las pasiones... Eso lo aprendí de Don Bosco y del santo sacerdote que me guiaba; me parecía muy difícil. Uno cree que la religión es cuestión de sentimiento, y ahora aprendí que la religión es cuestión de razón... que el corazón debe seguir a la razón y no al revés. Esto fue como cambiarme totalmente... y por eso... cuando uno ve (así me lo enseñaron), cuando uno ve lo que debe hacer, con *serena tranquilidad* debe hacerlo, pase lo que pase, siempre que sea viable...

Pero Don Bosco, a su vez, me enseñó otra cosa: no siempre se puede obtener lo que uno debiera hacer, y en el camino de la evangelización no siempre se puede conseguir, a primera vista, en el primer momento, diré mejor, lo que uno debe alcanzar, y entonces Don Bosco decía: "Bueno, si hay una piedra inmensa en el camino, yo la rodeo... y sigo adelante (...) y si el diablo se pone adelante, yo soy capaz de sacarme el sombrero, darle un gran saludo, con tal de que me deje pasar a salvar un alma".

Es una cosa bastante extraña, en la cual yo no había reparado; y al ver la vida de Don Bosco durante las guerras de la Unificación Italiana, cómo él, a pesar de ser el amante enfervorizado de la Iglesia y del Papado, supo ganarse la amistad de los hombres políticos de la época, que confiaban en él, y pudo resolver un problema enorme, el problema de la elección de los obispos en las diócesis italianas después del 70. Había una cantidad inmensa de diócesis sin Obispo y las relaciones con la Santa Sede estaban rotas. Don Bosco fue el intermediario y consiguió esto...

Bueno, no sigo más porque ya me he alargado demasiado... Sólo les pido a ustedes una cosa: recen por este salesiano; en cincuenta años, vosotros podéis creer que ha cometido muchas faltas... , recen por él... ; que el Señor y que

la Virgen Santa no se hayan arrepentido de haberme escogido para ser salesiano. . . , para ser su Obispo, su Representante, su Vicario. . . , para ser Arzobispo y Cardenal de la Santa Iglesia.

Gracias a ustedes, gracias a Dios y digan una oración por este pobre salesiano.

Punta Arenas, 2 de febrero 1981.

55
MONSEÑOR
OSCAR ROMERO

Homilía del Cardenal Arzobispo de Santiago, en la misa de honras fúnebres por el Arzobispo de San Salvador

Nos reunimos aquí, en este templo que es mudo testigo de las alegrías y de los dolores de este pueblo. Hoy venimos tristes y acongojados. Un hermano nuestro, el Arzobispo de San Salvador, ha muerto víctima del odio: el odio que no perdona, el odio que no respeta, el odio que no construye. Sentimos pena y amargura porque no hace muchos meses en Puebla de Los Angeles, la representación de los obispos de este continente, de estas tierras de América, hacía el recuento de los dolores, de la pobreza, de las angustias y miserias de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, señalaba que la Iglesia se levantaba para denunciar estas injusticias, para defender a los pobres y desvalidos, para ser la voz de los que no tienen voz; y que esta acción de la Iglesia, de los hijos de esta Iglesia, de su Jerarquía, despertaba una triste reacción de odio y de violencia y aun de muerte, muerte a que estaban sujetos los hombres y mujeres, los jóvenes y los viejos, los laicos y los sacerdotes y los obispos por cumplir con el sagrado deber de ayudar al Cristo pobre de América, de consolar, de enjugar sus lágrimas y defender sus derechos.

Y hoy vemos que la profecía de los Obispos de América Latina reunidos en Puebla se ha verificado una vez más.

Ayer, en Bolivia, un sacerdote moría por la misma causa; hoy es monseñor Romero quien da su vida por defender al Cristo pobre de América. Ante este espectáculo que llena

nuestros corazones de congoja, ante este espectáculo que nos hace creer que el hombre americano no responderá al llamado del Señor, que nos hace creer que esta Iglesia, que ha clamado desde que llegó a estas tierras por la libertad del indio, por sus derechos y que continúa clamando para obtener que otros hijos de esta misma Iglesia comprendan su deber de amar, de respetar, de salir al encuentro del hermano necesitado; nos hace creer que estas voces que han resonado tantos siglos parece que no encontrarán eco en el corazón de piedra de algunos de nosotros.

¡Pero no, no puede ser! La sangre de los mártires es la semilla de los verdaderos cristianos. La sangre de los mártires que bañan la tierra de nuestra América hará surgir de ella la flor hermosa de la justicia, de la caridad y de la libertad, como hemos rezado al Señor del Cielo y al Padre Nuestro en la Misa de hoy.

Sí. Tenemos fe; tenemos esperanza y abrigamos la certeza de que esa caridad que renueva todo, que renueva la faz de la Tierra, que hace grandes a los pueblos, que levanta al humilde y al desvalido, esa caridad se impondrá en los corazones de los hombres sensatos y cristianos de esta América nuestra.

Ante este espectáculo, ante esta realidad, los Pastores de toda América hacemos un examen de conciencia y nos preguntamos si es lícito callar ante las circunstancias en que vivimos, y nos preguntamos si habrá alguien que nos intimidará, y nos preguntamos si la violencia, el odio y la muerte serán capaces de apagar la justicia, la caridad y la libertad.

Los obispos de esta tierra, los fieles y los hombres cristianos de verdad de estas tierras, debemos afirmar, una vez más, que nadie nos podrá separar de la caridad de Cristo, el Señor: esa caridad y ese amor a nuestro hermano desvalido y sufriente de esta América que lleva el signo de Cristo en su frente, pero que también lleva la traza del pecado en su corazón. Nadie, con la gracia del Señor que nos señala el camino que nos lleva a la muerte en servicio de nuestros hermanos, nadie hará callar a esta Iglesia que, como la voz de Dios, vendrá a clamar por el desvalido, por el oprimido, por el que no tiene o no recibe justicia.

No sólo vamos a clamar, no sólo vamos a denunciar. Vamos a levantar nuestras voces al Dios del Cielo; los hombres de manos limpias, de corazón sincero, los hombres que aman la verdad, han de ser oídos en el Trono del Señor. Sí, Señor. Nosotros creemos que a pesar de nuestras

miserias y pequeñeces, Tú nos vas a oír. Y si no son suficientes nuestras plegarias, nuestras lágrimas, nuestros trabajos y sudores, ciertamente oirás, Señor, el dolor de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos hombres que se arrastran por las tierras de este continente y que no tienen la dicha de vivir como hijos tuyos.

Por ellos, Señor, por lo que valen, por lo que son, por su cruz y su martirio, nosotros te pedimos que tu cayado reine en estas tierras de América, reine en nuestra patria y que los hombres de ellas sepan lo que es ser un hombre y ser hermanos.

Madre Tierra de estos pueblos que Tú acunaste en los primeros días de nuestra América, Madre, Virgen India de Guadalupe, acuérdate de estos hijos tuyos que llevan en el color de su piel, en el dolor de sus rostros, en el sudor de su frente, las cadenas de sus miserias y tristezas; pero miran a Ti, te saben Madre, y esperan de Ti. ¡Reina y Señora de América, ven, ven a ayudarnos. Ven a traer a Cristo, el Señor, el amor que se hizo carne, el amor que fue el capullo que Tú engendraste en tu seno virginal!

Abril de 1980.

56
EMPRESARIO
Y HOMBRE DE FE

Invitado por UNIAPAC el Cardenal viajó a Africa, Abidjan, donde pronunció este macizo discurso ante los empresarios que celebraban su Congreso Mundial, el 3 de marzo de 1981:

Ilustres señores:

Ante todo quiero agradecer la invitación que he recibido de ustedes y el tema que me han asignado: Empresario y Hombre de Fe.

Antes de iniciar mi breve exposición, quisiera expresar mi convicción que domina en mí desde hace mucho tiempo.

Que este Congreso Mundial se realice en un país del Tercer Mundo muestra, me parece, una vez más, el interés que tiene UNIAPAC en que los hombres de empresa tomen conciencia sobre la responsabilidad social frente a los grandes problemas de esta parte más desposeída de la humanidad.

¿No creen ustedes que es un pecado social enorme el que coexistan países y sectores sociales desarrollados, con altos niveles de ingreso y de producto, junto a grandes países y sectores que subsisten en el subdesarrollo y la pobreza? Los Obispos de América Latina lo hemos afirmado en Puebla:

“Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres” (N. 28). Porque Dios nos ha entregado todo el mundo para que dominemos la materia y la pongamos al servicio del hombre, de todo hombre y de todos los hombres, de tal manera que el rostro de Dios se haga más visible en esta Tierra que se nos dio para administrar.

Yo quiero hablar a ustedes y ante ustedes como Pastor de la Iglesia, no como técnico. No soy especialista en Ciencias Sociales, pero sí he querido serlo y pretendo serlo en

"humanidad", tal como la Iglesia y sus Pastores lo han hecho a lo largo de estos dos milenios, y tal como lo ha repetido Juan Pablo II: "La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza". (*Red. Hom.* 13.)

Mi visión y mis palabras van a estar condicionadas por mi experiencia y esto quiero que ustedes lo tengan presente.

Mis raíces más profundas son latinoamericanas: están embebidas en el drama de un continente hoy día señalado como la "clase media" del mundo, porque no está considerado, por su nivel promedio de ingreso y producto, entre los cuarenta países más pobres, y dista mucho de acercarse siquiera a los más ricos. Pero más allá de los promedios, vivimos la experiencia dolorosa de compartir la suerte con tantos y tantos pobres sin casa, sin empleo, con insuficiente ingreso, muchas veces desnutridos, y, coexistiendo con ellos, un grupo de personas muy ricas, con niveles de vida —y, por lo tanto, de ingreso— como los más ricos de los países desarrollados. Y comprobamos con pena que "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas". (*Puebla* 28.)

Y éste es el drama que he vivido y que sé que viven muchos obispos de América Latina.

¿Cómo es posible que en un continente que se dice cristiano y humanista, donde más del 80 por ciento de la población es bautizada, y donde existen los medios técnicos para mejorar la situación de los más pobres, esta situación de pecado social no cambie? ¿Es que Dios puede querer "la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de viviendas adecuadas, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc.?" (*Puebla* 29.)

Yo no soy técnico, y si uso palabras técnicas, no lo hago en cuanto técnico, sino como cristiano y obispo, deseoso de conocer la realidad en la que estoy situado para evangelizarla, para comunicarle el designio salvífico del Padre, que El nos ha dado en la Vida, Muerte y Resurrección de su Hijo, por medio del cual nos ha liberado del pecado y nos ha reconciliado con El, y, por lo tanto, entre nosotros y con la naturaleza.

Pero esta Redención, incoada para siempre, tenemos que hacerla presente a través de nuestra libertad, de nuestro sí profundo a Dios en Cristo: sí que compromete de manera radical nuestro estilo de vida. Y ésta es la tragedia de nuestro continente cristiano; tanto, que se nos podrían aplicar las palabras del Señor contra el formalismo religioso: "Aborrezco el incienso, los novilunios, el sábado y las otras fiestas no puedo sufrirlas: en vuestras asamblea reina la iniquidad. Vuestros novilunios y vuestras solemnidades odia mi alma, son para mí un peso, estoy cansado de sopor-tarlos. Y cuando extendáis vuestras manos, Yo voy a volver mi mirada lejos de vosotros; aunque multipliquéis vuestras plegarias, no os escucharé; vuestras manos, de sangre están llenas. Lavaos, purificaos, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestras intenciones, cesad de vuestra maldad; aprended a hacer el bien, buscad lo que es justo, aliviad al oprimido, haced justicia al huérfano y abogad por la viuda". (Is. 1, 12-17.)

Si el Señor fuera realmente importante en nuestra vida, si lo amáramos con toda el alma, con todo nuestro corazón y nuestra mente y quisiéramos al prójimo como nos amamos a nosotros, ¿subsistirían tanta extrema pobreza, tanta angustia por la ausencia de vivienda, de ingreso suficiente, de empleo seguro?

Los cristianos tenemos que reconocer la realidad que nos rodea para proclamar el Evangelio, que es conversión personal y de las estructuras sociales. Pero no hay una única forma de conocer nuestra realidad.

Nuestro conocimiento es histórico, es cultural. Los medios de comunicación modernos han acercado las culturas, pero, además, han impuesto el dominio de unas formas culturales sobre otras. En el nivel de las Ciencias Sociales, la misma realidad es vista y expresada de manera diferente por las ideologías vigentes, sean neoliberales o neomarxistas. Aquí ya existe una primera tarea para los científicos sociales cristianos: saber criticar desde su fe los presupuestos y valores implícitos sobre los que se edifica su visión de la realidad. Y una segunda tarea me parece importante: que los cristianos tomen conciencia de que su fe, su sí a Dios, también abarca estos aspectos culturales. Su vinculación con Dios, expresada en los sacramentos y en el culto, especialmente en la Eucaristía, es inseparable de su vinculación con el hombre, con el hermano. Por lo tanto, la manera como aborda la realidad social —esté constituida por problemas de desempleo, de inflación, de negociación colectiva o

de leyes que regulan la práctica sindical, etc.— no puede disociarse de su relación con Dios.

El cristiano es siempre aquel que busca, con honestidad y ahínco, el mayor bien común, porque cree y ama a Dios y está comprometido con su hermano.

Yo quisiera ahora, después de este largo preámbulo, exponer algunos de los problemas acuciantes que nos desafían a los cristianos de América Latina a vivir con mayor compromiso nuestra fe.

Nuestros países, como creo que ocurre con todos los del Tercer Mundo, están flagelados por la extrema pobreza. Es decir, cerca de un tercio de nuestra población tiene niveles de ingreso familiar y personal con los que es casi imposible que puedan satisfacer las necesidades fundamentales del ser humano. Pero la extrema pobreza no atañe sólo al problema del nivel de ingreso, sino que compromete también el nivel cultural —los más pobres o son analfabetos o tienen escasa educación formal— y, también, social y político: son marginados, no tienen organización social que los represente y haga valer sus derechos, no tienen participación política. Son “nuestros indígenas, campesinos, obreros marginados urbanos y muy especialmente la mujer de estos sectores, por su doble condición de oprimida y marginada”. (*Puebla* 1134, nota.)

La extrema pobreza tiene consecuencias socioeconómicas y culturales enormes, en cuanto condiciona la calidad de la vida de las personas, su nutrición, las relaciones que se establecen entre cónyuges, y entre éstos y los hijos; la recepción y forma de vivir los valores cristianos, etc.

No quiero detenerme en lo que significa, aun para las futuras generaciones, la malnutrición, que incapacitará más a esos futuros hombres para dar su aporte al crecimiento de la humanidad; el hacinamiento humano por falta de vivienda; la baja esperanza de vida; la imposibilidad de acceso a los bienes y servicios de esa sociedad, cuyo ingenio y tecnología han logrado tantos avances, pero que son tan mal compartidos por todos.

Otro hecho gravísimo que va muy unido a la extrema pobreza es la desocupación o desempleo oculto. América Latina tiene una fuerza de trabajo calculada en 113 millones de personas. De éstos, 30 millones son considerados desempleados o con “desempleo equivalente”, y forman esa ingente cifra de hombres que con un desempleo oculto vemos pulular en nuestras ciudades, en una actividad casi totalmente improductiva: la venta y reventa de cualquier

producto. ¿Qué se puede esperar de esa masa de hombres frustrados que no se sienten padres o esposos, por no poder aportar casi nada de sus esfuerzos para mantener su familia?

El futuro no nos da mucha esperanza. Sólo en América Latina se calculan en 40 millones los desempleados y subempleados que tendremos a fines de siglo. Para paliar el problema, habría que crear casi 80 millones de nuevas fuentes de trabajo de aquí al año dos mil.

¿Seremos capaces los cristianos de América Latina de responder a estos desafíos en el presente y en el futuro próximo?

El problema del desempleo encubierto no es ajeno al problema de extrema pobreza: normalmente ambos están interrelacionados.

Los Obispos de América Latina hemos señalado las raíces profundas de estos hechos:

— La vigencia de sistemas económicos que no consideran al hombre como centro de la sociedad y no realizan los cambios profundos para una sociedad justa.

— La falta de integración entre nuestras naciones.

— El hecho de la dependencia económica, tecnológica, política y cultural.

— La carrera armamentista, gran crimen de nuestra época, producto y causa de las tensiones entre países hermanos.

— La falta de reformas estructurales en la agricultura, adecuadas a cada realidad, que ataquen con decisión los graves problemas sociales y económicos del campesinado.

— La crisis de valores morales: la corrupción pública y privada, el afán de lucro desmedido, la carencia de sentido social.

— Y, finalmente, en lo más profundo de todas ellas, un misterio de pecado. (Cfr. Puebla 64-70.)

Y al comprobar todos estos grandes problemas, al ver esta realidad tan triste y tan difícil de cambiar, hemos auscultado cuáles son las grandes aspiraciones de nuestros pueblos, que expresan sus justos anhelos y son como la voz de la conciencia que nos interpela y el desafío que se nos presenta y al cual debemos responder.

Podemos, pues, resumir los íntimos anhelos de nuestros pueblos en los siguientes términos:

1. Los pueblos de América Latina luchan por “una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, el Reino que

Cristo nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada.

2. Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades. Un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia.

3. Una convivencia social fraterna donde se fomenten y tutelen los derechos humanos, donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia, donde nadie se sienta amenazado por la represión, el terrorismo, los secuestros y la tortura.

4. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías.

5. Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia, capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes.

6. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica modernas, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno (*Puebla* 132-136).

Ante esta realidad y estos anhelos, ¿cuál debería ser el papel de la Iglesia y de todos sus hijos y sobre todo de los que tienen un papel directivo en la sociedad?

La Iglesia, a través de su acción y de su doctrina social, hace suyas estas aspiraciones. "La Iglesia asume la defensa de los derechos humanos y se hace solidaria con quienes los propugnan". A este propósito nos place recordar aquí, por su especial valor entre la vasta enseñanza sobre la materia, el discurso de Su Santidad Juan Pablo II al cuerpo diplomático, el 20 de octubre de 1978: "La Santa Sede actúa en esto sabiendo que la libertad, el respeto de la vida y de la dignidad de las personas —que jamás son instrumentos—, la igualdad de trato, la conciencia profesional del trabajo y la búsqueda solidaria del bien común, el espíritu de reconciliación, la apertura a los valores espirituales, son exigencias fundamentales de la vida armónica en sociedad, del progreso de los ciudadanos y de su civilización". (*Puebla* 146.)

La palanca que mueve toda la economía en los tiempos modernos es la empresa. En el pensamiento cristiano la empresa es una asociación de personas, es decir, de hombres libres y autónomos, creados a imagen de Dios: son todos hijos del mismo Padre y, por lo tanto, hermanos llamados a la tarea de participar en la obra creadora para hacer un mundo según el plan divino, que sea realmente la morada

del hombre, el cual es, según la Escritura, el rey de esta creación. (Cfr. Génesis.)

Por lo tanto, esta situación de vicarios de Dios en su obra creadora dignifica enormemente el papel de la empresa y de los hombres que en ella laboran. "Esto exige —dice la Iglesia— que las relaciones mutuas entre empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por la otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión, y además, de la leal y activa colaboración e interés de todos en la obra común; y que el trabajo, además de ser concebido como fuente de ingresos personales, lo realicen también todos los miembros de la empresa como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio para la utilidad general. Todo ello implica la conveniencia de que los obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa".

Observaba Pío XII que "la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena el despliegue de la iniciativa individual. Una concepción de la empresa que quiera salvaguardar la dignidad humana debe, sin duda alguna, garantizar la necesaria unidad de una dirección eficiente; pero de aquí no se sigue que pueda reducir a sus colaboradores diarios a la condición de meros ejecutores silenciosos, sin posibilidad alguna de hacer valer su experiencia, y enteramente pasivos en cuanto afecta a las decisiones que contratan y regulan su trabajo". (*Mater et Magistra* 92.)

La empresa no puede ser, por lo tanto, ajena a la situación social que hemos descrito. Ella es un microcosmos que refleja los problemas importantes que afectan a la sociedad global. Por una parte, la empresa, a medida que usa una tecnología más adelantada, requiere mayor especialización de su personal, que a veces es difícil de encontrar fuera de las grandes capitales.

Por otra parte, la empresa, en nuestros países, suele reproducir a veces, sin darse cuenta, las profundas diferencias sociales existentes, tan difíciles de comprender, a veces, para un europeo o un estadounidense. Así, reproduce las diferencias salariales. Mientras en Europa y otros países estas diferencias son de 1 a 5 o a 8, en nuestros países son normales las diferencias de 1 a 15, y nadie se extraña de que a veces puedan ser de 1 a 25 o más. Es decir, que el sueldo

del nivel gerencial puede ser 25 veces mayor que el de los obreros del último escalafón.

Además, las relaciones de los miembros de la empresa se realizan también en otros planos. Por ejemplo, en el nivel de empresa y de organización sindical. La lógica del poder del capital prefiere, ya sea a través de una legislación apropiada, ya sea a través de la manipulación indirecta del sindicato, controlar las demandas sindicales, en vez de dialogar y buscar una armonía de intereses, lo cual es un desafío muy profundo para los cristianos, planteado ya desde Pío XI (*Cfr. Quadragesimo Anno* 53-38.)

No desconozco el mal uso que se puede hacer en algunos casos de la fuerza sindical. Hay que tener presente que las relaciones entre empresarios y trabajadores, hasta hoy, se han establecido en un plano de lucha despiadada donde generalmente los trabajadores son los más débiles y muchas veces se creen burlados en sus legítimos derechos. Ello implica la fractura de todo diálogo y entendimiento y los abusos que puedan darse. Pero ello no impide a los hombres de fe trabajar para que esta relación cambie y se transforme en franca colaboración entre los diferentes miembros de la empresa, de manera que las fuerzas sindicales puedan ejercer una gran función para lograr una sociedad más justa.

A este propósito, Juan Pablo II dice: "Es necesario que el empresario y los dirigentes de empresa hagan todo cuanto está en su mano por escuchar debidamente la voz del obrero que de ellos depende y por comprender sus exigencias legítimas de justicia y equidad, superando toda tentación egoísta tendiente a hacer de la economía la norma de sí misma".

El escuchar al mundo obrero va unido con la aceptación de las tensiones que pueden presentarse, pero sin ellas, muchas veces, no se producen los cambios.

Años atrás, con motivo de un congreso de UNIAPAC celebrado en Buenos Aires, se presentó un estudio en el cual se mostraba como un país, después de muchos años de hablar insistentemente sobre el tema de la participación, no la había logrado sino sólo en cinco o seis empresas. Pero bastó la llegada de un gobierno de tipo marxista para que centenares de empresas pidieran estudios y estuvieran dispuestas a esta participación con tal de evitar los peligros de una estatización. En este recuento histórico vemos, una vez más, que el conflicto social puede ser positivo para que los hombres abran los ojos a un mejor ejercicio de la jus-

ticia. Por desgracia, muchas veces la amenaza y el temor son más fuertes que el amor.

Los Sumos Pontífices, una y otra vez, desde Pío XII, han hecho un llamado a los hombres de empresa, porque ellos constituyen un conjunto de hombres de gran importancia en la construcción de la sociedad. Han recibido muchos "talentos" y, como dice la parábola del Señor, deben tratar de dar fruto. También los Obispos de América Latina, en Medellín, Colombia, hicimos un llamado urgente "a los empresarios, a las organizaciones y a las autoridades políticas para que modificaran radicalmente la valoración, las actitudes y las medidas con respecto a la finalidad, organización y funcionamiento de la Empresa".

Igualmente en Puebla los obispos hemos vuelto a pedir "que los economistas contribuyan con un pensamiento creativo a dar respuestas prontas a las demandas fundamentales del hombre y de la sociedad. Para que los empresarios, teniendo presente la función social de la empresa, actúen concibiéndola no sólo como factor de producción y lucro, sino como comunidad de personas y como elemento de una sociedad pluralista, sólo viable cuando no existe concentración excesiva del poder económico". (*Puebla* 1.246.)

En Medellín los Obispos de América Latina afirmamos que "la empresa es una comunidad verdaderamente humana; la empresa no se identifica con los dueños de capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas, como unidad de trabajo. Una persona o grupo de personas no puede ser propiedad de un individuo". (*Cfr. Med.* 1-10.)

La empresa, pues, desde una perspectiva cristiana, debe hacer más humanas las relaciones laborales, tender a ser una comunidad de personas, intensificar cada vez más y más la participación real de los trabajadores. La participación es la concreción de la solidaridad que es, a su vez, para los cristianos, la presencia del Espíritu, espíritu de amor y fraternidad. Sin esa participación —que ojalá se dé en los dos distintos niveles de información, que sea más equitativa en las ganancias y en la gestión misma de ella— es difícil decir que se está creando una sociedad solidaria.

Quisiera, a este propósito, recordar unas palabras de Juan Pablo II en Brasil: "Ajustar el salario, en sus modalidades diversas y complementarias, hasta el punto que se puede decir que el trabajador participa real y equitativamente de la riqueza para cuya creación él contribuyó solidariamente en la empresa, en la profesión y en la economía

nacional, es una exigencia legítima". (*Discurso en Sao Paulo, 3-7-80.*)

Los Obispos de América Latina reunidos en Puebla hablamos de comunión y participación, pero no para un mundo abstracto, no por un *leit motiv*, sino para que los empresarios, los gobernantes y los obreros traten de vivirlas, tanto en su vida familiar como en su vida de trabajo, que son dos lugares privilegiados para lograr la comunión entre los hombres.

Hemos visto que uno de los grandes problemas presentes y futuros es la creación de fuentes de trabajo. Frente a este problema quiero hacer un llamado al espíritu del empresario, a aquel que tiene fe en la Providencia de Dios y fe en su compromiso con el mundo. ¿No debería llevarlo a arriesgar sus inversiones donde sean más necesarias, creando así fuentes de trabajo que son fuentes de vida digna? En nuestros países no se puede seguir pensando en una mera transferencia de tecnología y mecanización que, quizás, sea útil para los pueblos ya desarrollados con escasez de mano de obra. Para nosotros, cuando son tantos los que buscan cómo utilizar sus talentos, su fuerza; cuando cada año son millones —como hemos dicho— los que acuden al mercado del trabajo, hay una obligación moral de obtener no sólo una transferencia de tecnología cualquiera, sino aquella que sea adecuada, que sea capaz, no de desplazar la mano de obra, sino de incorporarla. Sabemos que éste es un problema complejo, pero no podemos someter el hombre a la economía: es la economía, al igual que la técnica, la que debe estar al servicio de todo hombre y de todos los hombres.

La empresa y los gobiernos desarrollados del mundo invierten ingentes cantidades en investigaciones tecnológicas. ¿No sería posible que ustedes como asociación de empresarios cristianos usaran su influencia para cambiar esta historia y ser los profetas en su propio ambiente, ayudándonos, así, a hacer que todos los hombres encuentren fuentes humanas y dignas de trabajo? Hago mías y repito las palabras de Juan Pablo II en Brasil (3-7-80): "Vuestra primera y fundamental aspiración es, por tanto, trabajar. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas angustias y miserias causa el desempleo! Por eso, la primera y fundamental preocupación de todos y cada uno de los hombres de gobierno, políticos, dirigentes de sindicatos y dueños de empresa, debe ser ésta: dar trabajo a todos. Esperar la solución del problema crucial del empleo como un resultado más o menos automático de un orden o de un desarrollo económico, cua-

lesquiera que sean, en los que el empleo aparece apenas como una consecuencia secundaria, no es una actitud realista y, por lo tanto, es inadmisibles. Teoría y prácticas económicas deben tener la valentía de considerar el empleo y sus modernas posibilidades como un elemento central de sus objetivos”.

Además, Juan Pablo II les recordaba a ustedes en su discurso en Roma: “Se puede llegar a tal nivel de deshumanización, cuando se invierte la escala de valores y se eleva el ‘productivismo’ a parámetro único del fenómeno industrial, cuando se hace caso omiso de la dimensión interior de los valores, cuando se apunta a la perfección del trabajo y no a la perfección de quien lo ejecuta, privilegiando la obra antes que el obrero, el objeto antes que el sujeto”.

Una y otra vez el Santo Padre insiste: “Esperar que la solución de los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo brote de una especie de extensión automática de un orden económico, no es realista, y, por lo tanto, es inadmisibles. La economía sólo será viable si es humana para el hombre” (*Discurso en Sao Paulo* 3-7-80).

No quiero terminar mis palabras sin agregar algunas expresiones elaboradas por USEC en mi patria. Ellas reúnen los grandes valores humanos y cristianos que han de iluminar nuestro quehacer de hombres que creemos en la persona humana y sabemos que el respeto a esa persona constituye la base inmovible de nuestra fe.

“La doctrina social de la Iglesia parte de la persona como realidad básica y entiende el Bien Común no sólo como un conjunto de bienes, sino asimismo como la participación de dichos bienes. Además, el bien de la comunión constituye una parte integrante del concepto de Bien Común.

”Conseguir estas dimensiones es una tarea que tiene un valor prioritario y que cada sociedad debe lograr históricamente mediante un proyecto social.”

No conviene al Bien Común que sean el individuo y su poder los que construyan el proyecto social colectivo, como tampoco que sea el Estado el que lo dicte al cuerpo social.

Debe ser la propia sociedad organizada a través de la vitalidad de los organismos intermedios la que debe construir ese proyecto social, al cual se sometan a la par la economía como actividad posibilitadora y la política como actividad de dirección y administración de ese conjunto de objetivos y prioridades.

Reconocemos la primacía del Bien Común engendrado en los cuerpos intermedios, alimentados desde la base social misma. Base social donde la empresa, la profesión organizada, el sindicato y el gremio juegan un papel de primera importancia, junto a la organización del consumidor y del usuario.

En este ámbito de valores compartidos, la libertad será algo más que un concepto formal y abstracto, mucho más que una igualdad de posibilidades simplemente postulada, sin considerar su medio histórico de inserción o la factibilidad actual de su ejercicio.

Por eso toda Doctrina Social de la Iglesia, desde la *Re-rum Novarum*, señala "que es necesario que se reduzca y sujete de nuevo la economía a un verdadero y eficaz principio directivo". Tal principio es el Bien Común, y esto es particularmente grave en materia de relaciones de trabajo, sin dejar de reconocer el papel de integración social que cumple el mercado.

No nos basta la instalación de un orden de competencia para sentirnos satisfechos. Hemos de estar atentos al desarrollo de sistemas de protección social y a la corrección de desarrollos coyunturales equivocados.

Así, el católico opta por una economía social de mercado con intención social explícita, y economía social de mercado significa definir un papel activo al Estado, más allá de ser el mero espectador o guardián de la libre competencia.

Aceptamos con entusiasmo, como hombres y como cristianos, el desafío de la sociedad moderna y de la empresa moderna. Los que trabajan en funciones ejecutivas deberán buscar imperiosamente formas de administración que traduzcan en la práctica su visión del hombre y de la sociedad.

Así, pues, el desafío es hoy doble si se quiere volver fecunda la doctrina:

1. La empresa, como institución intermedia ella misma, tiene la finalidad de colaborar al perfeccionamiento del Bien Común. Lo logra atendiendo "las necesidades de tipo social que puedan descubrirse en su entorno" con la ayuda del indicador de las responsabilidades sociales, cumpliendo para ello su función social.

2. No basta, por lo tanto, que el conjunto de objetivos y políticas de una empresa sea "responsable" porque busca entregar a la sociedad lo que el Bien Común de ésta precisa; también ha de introducir los pertinentes objetivos

y políticas sobre el perfeccionamiento de los hombres que en ella trabajan.

En esta lucha un pluralismo de acciones y de opciones es posible, ya que una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes.

Quizás algunos encuentren utópicas estas ideas e irrealizables. Pero ¿por qué no confiar precisamente en la fuerza de Dios para quien nada es imposible? ¿Por qué no confiar en lo que es más característico del hombre de empresa: correr riesgos, usar la imaginación y aceptar el gran desafío de hacer presente a Dios, rico en misericordia, al Dios justo que quiere valerse de ustedes para que se descubra Su rostro en la Tierra con mayor solidaridad y participación de todos los hombres?

Mis queridos amigos: En este momento creo indispensable que reflexionemos sobre este gran desafío que nos atañe: o nosotros formamos una sociedad basada en el respeto a las personas y sus derechos; basada en la comprensión, en el intercambio, en el diálogo y, por lo tanto, en la participación total de los componentes de esta sociedad —en nuestro caso, de la empresa—, o nosotros establecemos una sociedad y una empresa basadas en la fuerza y en el predominio de los más fuertes sobre los más débiles.

En el primer caso, organizamos una sociedad humana; en el segundo caso —como lo expresa la doctrina de la Iglesia— esta sociedad se vuelve inhumana.

La alternativa, mis queridos amigos, es ineludible. O basamos las relaciones humanas en la razón y en el respeto a los valores del hombre, o no creamos una sociedad humana, sino que establecemos un conglomerado en el que existe la dominación de un grupo de hombres sobre otro grupo de hombres-esclavos. En un futuro próximo tenemos que enfrentar esta alternativa, tenemos que elegir entre la comprensión, la libertad y la participación; o la esclavitud, el odio y la violencia.

A nosotros, cristianos, nos toca, según el llamado del Maestro, ser “luz del mundo y sal de la Tierra”. Ojalá seamos capaces de aceptar este desafío y llevar a la humanidad la “Buena Nueva” de la justicia, de la verdad y del amor, fundamentos y ambientes indispensables en los que se realiza la paz.

Abidjan, 3 de marzo de 1981.

ENTREVISTA POLEMICA

En Punta de Tralca, el periodista italiano Ricardo Benozzo, de la Agencia ANSA, entrevistó al Cardenal Raúl Silva Henríquez. El reportaje fue difundido ampliamente en la prensa chilena. El siguiente es su texto:

“Ningún totalitarismo es un modelo de vida cristiano; para el bien del pueblo, para el bien de la nación, existe un solo camino: el del respeto de todos los derechos y el de la justicia social.”

Así lo afirmó el Cardenal de Chile, Monseñor Raúl Silva Henríquez, en una entrevista concedida a la Agencia ANSA, hace algunos días, en este pequeño pueblo (Punta de Tralca), ubicado a 120 kilómetros de Santiago, donde el Cardenal, cuando puede, pasa sus fines de semana.

“He pasado a través de regímenes muy distintos —recordó el “señor Cardenal”, como se lo llama afectuosamente en Chile: el gobierno liberal del señor Jorge Alessandri, el democristiano del señor Eduardo Frei, el de preparación de la dictadura del proletariado del señor Salvador Allende y el gobierno de los militares”.

“Cuesta más entenderse con los regímenes totalitarios que con un gobierno democrático. En estos últimos se puede estar o no de acuerdo, pero no existe ningún peligro, no se deviene enemigo personal porque se disiente con lo que afirma el gobierno”.

“Para un chileno que ha vivido toda su vida en democracia, un régimen totalitario es el más difícil, pero de cualquier manera debemos hacer todos los sacrificios para entendernos”.

—*Pero, ¿por qué se ha llegado a un régimen militar en Chile?*

—Nadie creía que la lucha contra una dictadura, la del proletariado, terminaría con un régimen dictatorial de signo completamente opuesto... El hecho es que aquí no teníamos una democracia anglosajona; las relaciones entre los partidos han sido muy violentas. Se ha buscado aniquilar de cualquier modo al que llegara al poder, y esto ha llevado a destruir la imagen de los partidos entre los militares. Otra gente ha pensado en avivar el fuego, y al fin los militares tomaron el poder, creyendo que podrían imponer un régimen que llevara a Chile a un pleno desarrollo. Es cierto que para ellos es más fácil comandar que pedir consenso o dialogar.

Hay regímenes que creen que se puede gobernar a un pueblo solamente sobre la base de la violencia. Y es difícil que la violencia no se extienda. La injusticia institucionalizada, como la Iglesia latinoamericana lo ha dicho en Puebla, es la más desastrosa. Pero la Iglesia continuará luchando. No perderemos nuestra paz, nuestra tranquilidad; no interrumpiremos nuestra obra, con el objeto de que la sociedad un día comprenda que el verdadero camino de la paz es el camino del Evangelio.

—*Existen gobernantes autoritarios que afirman defender valores "occidentales y cristianos" con su obra de gobierno.*

—No. Ningún totalitarismo puede ser un modelo de vida cristiano. Dicen que son cristianos, pero no creemos que lo sean.

—*El gobierno militar chileno ha cambiado profundamente la situación económica del país.*

—Para nosotros, obispos, no se trata de una situación justa, porque se va hacia la creación de grandes capitales y el pueblo debe pagar los costos. Creemos que no se puede sacrificar a una generación para llegar a una liberalización total del sector económico. En Chile las diferencias entre ricos y pobres son cada día mayores y ésta no será una solución para el problema social.

—*¿La Iglesia ha influido sobre el régimen militar?*

—Algunas cosas hemos obtenido... Pero especialmente gracias a las presiones de las circunstancias, no por convicción. No conseguimos convencer que es inmensamente me-

por un régimen de respeto a todos los derechos que un régimen autoritario. No lo hemos conseguido. Vemos que el camino de la violencia nos puede llevar a un desastre. Lo decimos y no nos creen.

—¿Puede trazar una imagen de la Iglesia chilena?

—Es una Iglesia muy viva, una Iglesia evangelizadora, una Iglesia misionera. En ella existen muchas acciones, incluso divergentes. La Vicaría de la Solidaridad es la expresión de nuestro amor hacia los perseguidos, hacia los pobres, de nuestro deseo de que se respeten los derechos de todos los hombres. Hemos ayudado a muchas personas, hemos salvado muchas vidas en esta lucha tan violenta que es la revolución, porque las luchas entre hermanos son las más violentas.

—¿Existen divergencias?

—Claro, pero no sobre temas fundamentales, como la acción preferencial por los pobres, la libertad, el respeto del hombre. Quizá nuestra mayor divergencia, entre los obispos, es la relativa a la actitud ante el comunismo —esta especie de herejía cristiana—, muchas de cuyas tesis pueden ser suscritas por un cristiano, mientras otras son paganas, ateas.

—Algunos obispos creen eficaz la acción de los militares chilenos contra el comunismo, pero para la mayoría son justamente este régimen y la estructura social que se está creando, las que preparan el advenimiento del comunismo. No se derrota al comunismo si no es con la realización de una justicia social plena y total.

—¿El Papa sigue de cerca los acontecimientos chilenos?

—Sí, el Papa conoce a Chile. Ha conversado muchas veces conmigo y me hace siempre preguntas muy claras sobre lo que está sucediendo y sus juicios son muy similares a los míos. Me siento verdaderamente interpretado por el Papa, y para un Obispo es un gran apoyo saber que el Papa aprueba y está de acuerdo con lo que hace.

—Juan Pablo II está llevando a cabo una mediación entre Chile y la Argentina por el pleito en la zona del Canal del Beagle...

—Creo que la Iglesia chilena y la argentina han influido de manera determinante para que se recurriese a la Mediación. Creemos que entre los dos pueblos no existe nin-

guna dificultad, ningún problema. Pero que los gobernantes puedan entenderse es otra cosa, aunque esperamos que pueda ocurrir.

—*La Iglesia y el pueblo de Chile...*

—El pueblo se ha dado cuenta de que la Iglesia es una institución que lo defiende al precio de graves sacrificios y así ha nacido una relación muy íntima. Se han olvidado viejos prejuicios. Pero nosotros deseamos que, apenas sea posible, esta situación termine; que el pueblo tenga medios y maneras de expresarse por sí solo, para defenderse en libertad.

—*¿Y el futuro de Chile?* (El Cardenal sonríe.)

—No sé. Espero que sea bueno, me temo que pueda ser malo.

La entrevista ha terminado.

Febrero de 1981.

PAZ ENTRE CHILE
Y ARGENTINA

*Misa por la Paz en el Cerro Santa
Lucía.*

El día 13 de diciembre de 1981, mientras Juan Pablo II recibía en Roma millones de firmas de jóvenes chilenos y argentinos por la paz, en Santiago se celebraba una multitudinaria Eucaristía concelebrada por todos los Obispos de Chile. El Cardenal habló al pueblo.

Señor Nuncio Apostólico, Señores Arzobispos y Obispos, Sacerdotes, Religiosas, muy queridos hijos:

Hace cuatrocientos cincuenta años, en una pequeña colina cercana a la ciudad de México, la Virgen Santísima se apareció a un pequeño, modesto indio, Juan Diego. Se le apareció para decirle que quería que él, indio y humilde, fuera a avisarle o a pedirle al Señor Arzobispo de México, español, que construyera en esa colina un Santuario para que Ella, la Virgen Santa, pudiera desde allí derramar sus gracias sobre el pueblo azteca, sobre todo el pueblo de aquella enorme nación. El pobre indio le manifestó humildemente su pequeñez y su incapacidad de cumplir con este mandato, porque no le iban a creer. Sin embargo, instándolo la Señora, fue, fue a la casa del Arzobispo. Le costó mucho entrar, pero lo logró; y el Arzobispo, como es natural, pidió una prueba. Pasados algunos días, de nuevo la Virgen Santa se aparece a su mensajero y le dice que lo ha elegido a él, por ser el más pequeño de sus hijos, para llevarle este mensaje al Señor Arzobispo, y le da las pruebas: hace florecer las rosas en pleno invierno. El mensajero recoge las rosas de la Virgen, se las lleva al Arzobispo y al desdoblarse su manta, en ella se ve la imagen de la Virgen azteca, la Virgen india.

No parece posible, mis queridos hijos, que haya habido tanta delicadeza en la Virgen Santa, de querer aparecer

a un pueblo sometido en forma de india, como ellos, para demostrarles a los españoles, a los conquistadores, que nada valía el ser de una raza dominante, que Ella era la Madre de ese pueblo sometido, y una de ellos.

Nació, así, América, mis queridos hijos. La religión, el amor a Cristo y a su Madre hicieron comprender al conquistador que estos pueblos eran también hijos de Dios y que había que respetarlos. Y de ahí nació una pléyade de Sacerdotes y de hombres de Dios que defendieron los derechos humanos de los indios. Por eso, la Iglesia nuestra, que hoy se alza como antes en la misma hermosa tarea, no ha emprendido una tarea nueva: continúa la noble tradición que recibiera de sus antepasados.

El mediador de la paz

Hoy, en este aniversario de la Virgen de América, en Roma el Santo Padre ha querido reunir a todos los representantes de los Estados de América, a los representantes de España, Portugal y Filipinas, y ha venido a proclamar, una vez más, la bondad de la Virgen de Guadalupe, patrona de América. Y ha venido a instarnos a nosotros a que seamos los gestores de la paz; y, refiriéndose a nuestros dos pueblos de Chile y Argentina, nos ha pedido que pongamos fin a la larga y dolorosa contienda que ha nacido entre estos dos pueblos, porque somos hermanos, porque somos hijos de la misma Madre, porque hemos nacido juntos a la Libertad. Nos insta el Padre Santo —a quien nosotros, los pueblos de Chile y Argentina, hemos buscado como Mediador ante nuestras querellas— a buscar el camino de la paz, diciéndonos que cualquier sacrificio que hagamos, por grande que sea, es pequeño al lado de las grandes ventajas de la paz. ¡Cualquier sacrificio es pequeño! Que debemos hacer esta paz por amor al hombre de esta tierra, por respetar sus derechos, por la predilección que debemos tener por los pobres de América, porque no cabe hacer una guerra entre hombres que se dicen cristianos. ¡No es posible llamarse cristianos y desear el desastre inmenso de una guerra! Esto nos dice el Padre Santo. Nosotros hoy recogemos sus palabras con reconocimiento de hijos y le prometemos responder a su llamado y trabajar tesoneramente por la paz en nuestra tierra, en nuestras casas, en nuestro continente, para bien de América y para bien del mundo, como nos lo ha recordado el Padre Santo.

No podíamos haber elegido un Mediador mejor: es el Padre de la cristiandad, es el Vicario de Cristo, el hombre santo y amable del mundo entero que proclama en todas partes el amor y la esperanza, el amor a Cristo el Señor y el amor al hombre, su hijo. Este es nuestro Mediador. Nosotros hoy estamos ciertos de que nuestros dos pueblos le dicen a él que vamos a oír su voz, y precisamente para presentarle nuestro amor y nuestra dedicación de hijos, han ido a la Ciudad Santa dos jóvenes, llevando millones de firmas de chilenos y argentinos que desean la paz y que desean oír la voz del Pontífice.

Chile y Argentina: una historia común

¡Cómo podría ser de otra manera, mis queridos hijos! En el año 1814, cuando Chile luchaba por alcanzar su libertad, ante un desastre, una derrota —nacida en parte de la pequeñez y de la incapacidad de sus ejércitos, pero sobre todo, de la incomprensión y de las rencillas entre sus jefes— el ejército encontró natural recurrir al pueblo hermano de Argentina. Y los chilenos, que en Santiago se veían preocupados y temerosos por los resultados de las armas adversas para Chile, huyeron a Argentina. Un número grande, sin preparación, en el mes de octubre, casi en invierno, atravesó el macizo andino, parte a caballo, parte a pie. Llegaron a Mendoza y allí fueron recibidos como hermanos. El Gobernador de Cuyo, Don José de San Martín, mandó a recibirlos y los recogió exámenes de la larga y difícil travesía. Y comenzó la hermosa tarea, de este pueblo que se sentía hermano del chileno, de organizar su ejército para hacer que Chile fuera libre.

Y así se hizo, mis queridos hijos. Así se hizo. Y en dos años se organizó un ejército. Hicieron la más grande epopeya de la época, atravesando la montaña más grande del globo, y en veinticuatro días, como dice el parte del General en Jefe, Chile cantó libertad y empezó la vida libre de Chile. Pero no sólo la vida libre de Chile: la batalla de Chacabuco —dicen los historiadores— fue el principio de la libertad de toda América. Gracias a ella pudo darse Maipo, Pichincha, Ayacucho, Carabobo y todas las otras epopeyas que nacieron en América para obtener la plena libertad.

Gracias a esta unión de chilenos y argentinos, América podía disfrutar en paz de su libertad y los hombres de

América reconocían que el sacrificio de su hermanos les había dado la gracia inmensa de ser pueblos libres.

No podemos olvidar nuestro pasado

Hoy estos dos pueblos, que escribieron una de las más hermosas páginas de la historia de América, parece que se hubieran olvidado de su historia. Parece que se hubieran olvidado de que sangre chilena y argentina bañaron los campos de nuestra América para hacer florecer la libertad en ellos. Parece que se hubieran olvidado de que juntos emprendieron la liberación del Perú. Parece que se hubieran olvidado de que chilenos y argentinos formaban un sólo pueblo y que el primero que obtuvo el nombre de Presidente de la República de Chile fue un hombre nacido en Buenos Aires.

Yo me pregunto: ¿Cómo es posible que neguemos nuestra historia? ¿Cómo es posible que no nos acordemos de la sangre de nuestros próceres? Los que hemos continuado el camino que ellos nos señalaron, los que tenemos en nuestras venas la misma sangre que corrió en los campos de batalla en los tiempos de la Independencia, no podemos jamás olvidarlo, no seremos hijos bastardos de esta tierra.

La paz entre Chile y Argentina debe reinar, y la guerra es imposible entre ellos. Por eso, en nuestra historia, teniendo 5.000 kilómetros de frontera, estos dos pueblos han sabido buscar la convivencia pacífica a pesar de las dificultades naturales que esto suponía; y por eso hicimos tratados que nos llevaron a buscar el arbitraje ante las dificultades naturales que debían presentarse y nunca hemos recurrido a las armas.

Ahora, en la última etapa, ¿sería necesario negar todo nuestro pasado y nuestra historia? Imposible, mis queridos hijos. Buscaremos los caminos de la paz; buscaremos los caminos de la paz porque la paz se logra con sacrificios y se logra con amor, con amor a las mujeres y a los niños de nuestras tierras. Por amor a todas las obras de arte que nosotros hemos construido y el progreso que hemos alcanzado. Por amor a nuestras ciudades. Por amor a nuestros campos y a nuestro pueblo que sería el más herido con una guerra, nosotros vamos a oír la voz del Pontífice. Nos llama así nuestra historia. Nos llama nuestra fe y el amor a nuestros pueblos.

¡Nunca unos contra otros!

“¡Paz, paz, nunca guerra! ¡Nunca unos contra otros!”, clamó el Pontífice en la reunión de las Naciones Unidas. ¡Nunca unos contra otros, nunca la opresión de unos con otros! ¡Nunca más guerra!

Señora de América, Virgen Morena de Guadalupe, nosotros hoy, un pueblo entero, se inclina ante Ti y, recordando que Tú eres la Hija del Padre, que es el Señor de la Paz y de la Justicia, te pedimos con la oración que hemos elevado que nosotros sepamos construir el progreso dentro de la justicia y de la paz. ¡Virgen Santa de América, oye a tus hijos que claman a Ti!

Así sea.

Santiago, 13 de diciembre de 1981

59
VEN, BENDECIDO
DE MI PADRE

*Homilía del Cardenal Arzobispo de
Santiago en la Misa de honras fúne-
bres de don Eduardo Frei Montalva,
ex Presidente de Chile.*

Hermanos:

Nos reunimos en este Templo Catedral, Templo que aún a y recoge las palpitaciones del alma de nuestro pueblo, Templo que bajo sus bóvedas ha acogido los clamores de dolor, las peticiones de auxilio, los gritos de esperanza y de alegría de nuestro pueblo. Templo que es como la cátedra en que la grandeza de Dios y la debilidad de nuestro pueblo se unen, dialogan y, tomados de la mano como el Padre Todopoderoso con el hijo pequeño, van construyendo la historia de la patria y rectificando rumbos, fijando metas y dirigiendo los destinos de Chile.

Hoy nos reunimos para orar y, en compañía del Señor, desahogar nuestro dolor. Ha muerto uno de nuestros jefes: un hombre que señaló rumbos, que expresó los grandes anhelos de nuestro pueblo, que dirigió los destinos de la patria como Presidente de la República: Eduardo Frei Montalva.

Su trayectoria de más de 50 años de vida pública lo señalan como un político de gran talento, de extraordinaria perspicacia y habilidad para solucionar los difíciles problemas del gobierno, como un generoso y sacrificado adalid de su causa; como un demócrata convencido y ardoroso defensor de sus principios; como un cristiano fervoroso y auténtico que siempre se guió por los nobles y grandes ideales de su fe; como un humanista que desarrolló las nobles capacidades de su espíritu y los generosos anhelos de su corazón.

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Estos eran sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

Eduardo Frei y un grupo de jóvenes idealistas overon la voz de sus Pastores y comenzaron la tarea imposible de vencer a los hombres de su tiempo, a los dirigentes del viejo partido católico de la época para que aplicaran con generosidad y plenitud la doctrina de las Encíclicas Sociales que los Papas, cada cierto tiempo, recordaban al mundo católico y urgían su aplicación.

La Iglesia de Chile pidió a un grupo de jóvenes de Acción Católica, que encabezaba Eduardo Frei, que, dejadas las viejas teorías liberales, hicieran suya y lucharan por aplicar la Doctrina Social de la Iglesia en nuestra patria. Comenzó así la ardua, dolorosa y larga lucha que muchos de nosotros hemos vivido; lucha llena de incomprendiones y, a veces, cargada de odios.

Hubo que pedir a la Santa Sede que mediara en la discusión política de Chile y diera una palabra que resolviera la discusión entre quienes sostenían que debía haber un solo partido católico y aquellos que querían la libertad necesaria para poder obrar políticamente de acuerdo a sus ideales y a su conciencia.

Las cartas del Cardenal Pacelli y del Cardenal Tardini vinieron a poner fin a la discusión y dieron la razón a los jóvenes idealistas que luchaban por la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia en la vida pública del país.

He querido recordar estas cosas, porque la Iglesia se siente agradecida por el sacrificio de Eduardo Frei y sus compañeros que han hecho posible que la Doctrina Social de la Iglesia sea conocida y amada por un gran número de chilenos.

Hoy la Iglesia llora la pérdida de un hijo preclaro que sacrificó gran parte de sus posibilidades de bienestar por llevar a la práctica la aplicación del Evangelio a la vida social del país.

“La Iglesia no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad de la existencia humana,

incluso la dimensión política". Por eso hoy, agradecida, recuerda a este hijo suyo que la ha sabido interpretar con inteligencia y enorme generosidad. Por eso hoy, desde el Santo Padre hasta el más pequeño y humilde de los discípulos de Cristo, le rinden, entristecidos, el postrer y cálido homenaje.

Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho. Como se dijo del Maestro podemos decirlo de su discípulo: "Sobre él he puesto mi Espíritu para que traiga el derecho a las naciones. La caña cascada no la quebrará, el pabito humeante no lo extinguirá. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la Tierra".

Con toda verdad, me siento obligado a tributar a Eduardo Frei el homenaje que el Santo Padre rindiera a otro gran político cristiano:

Eduardo Frei "entendió la autoridad como un servicio para el bien común y la aceptó como cruz y sufrimiento, y no como meta e instrumento de interés personal. Sentía hasta la angustia la limitación de los planes y de los recursos para ayudar a todos los ciudadanos, para realizar una auténtica justicia social, para salvaguardar la democracia y la libertad, sin caer en la arbitrariedad y en el relativismo moral. Hombre de paz y concordia, experimentó el tormento desgarrador de la responsabilidad en la gigantesca y misteriosa lucha entre el bien y el mal, por esto sentía la necesidad de la oración, como alimento espiritual esencial, indispensable, y afirmaba que para esperar eficazmente es necesario marchar hacia la luz y poner las propias manos en las de Dios".

Eduardo Frei fue un humanista, incansable lector, estudioso de todos los problemas; señaló caminos luminosos que son como su testamento político. Chile no echará al olvido el ejemplo y la palabra de éste, su preclaro hijo. El fue también el hombre de hogar, amante de su esposa y de sus hijos, cristiano ejemplar en su vida doméstica y en su vida pública. No se enriqueció por su acción política; por el contrario, se privó de las posibilidades de desarrollar sus brillantes capacidades de abogado, que le habrían dado ciertamente comodidades y riquezas, para dedicarse al servicio de sus hermanos en la noble tarea política. La casa que comprara con sus modestos ahorros es la misma que ha tenido

siempre y a ella podían llegar una reina como el más modesto obrero o campesino. Ejemplo luminoso de un político cristiano.

Querido hermano: Ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo: Ven bendecido de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile. Yo estaba sin casa y tú me procuraste una habitación digna para mí. No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocerme en los campesinos. Yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver. Yo me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad. Hermano mío, entra en el gozo de tu Señor.

Debo terminar, mis queridos amigos. Entristecidos, pero desde el fondo del alma de creyentes damos gracias a Dios por el hermano que hemos tenido. Damos gracias a Dios porque Chile tiene hombres de la calidad de Eduardo Frei.

Podemos decir también nosotros que la democracia, la Doctrina Social de la Iglesia, el Evangelio, eran para él los postulados de una fe profunda e indefectible. Tenía el alma de un apóstol. Frei fue toda la vida un ejemplo de fidelidad que sobrevive a las pruebas más duras. Seamos fieles a su memoria y a su gran ejemplo.

Así sea.

Iglesia Catedral Metropolitana

Enero 25, 1982

VEN Y SIGUEME

El día de Pentecostés de 1982, el Cardenal presidía en la Catedral una gran Asamblea de jóvenes de Santiago. Formaba parte de la MISIÓN JOVEN que el mismo Cardenal había invocado. En esa oportunidad entregó a la juventud su carta "Ven y Sígueme", de la cual presentamos aquí su saludo y despedida.

Muy queridos jóvenes de Santiago:

¡Que la Paz del Señor Jesucristo esté con todos ustedes!

A lo largo del ministerio que el Señor me ha confiado, he recibido la gracia inmensa de estar siempre muy cerca de la juventud. He compartido con ustedes muchos momentos de alegría y de dolor. He escuchado sus temores y esperanzas. Y he sido testigo del dinamismo y generosidad que los anima.

Quiero hoy compartir con ustedes, una vez más, mi fe y mi amor a Jesucristo. A El lo conocí desde niño en el seno de mi familia. A El le consagré mi vida en mis años de juventud. Y a El también he procurado servir como Pastor de la Iglesia. Tengo la experiencia y la certeza de que sólo en Jesús, reconocido como Maestro y Señor, se puede encontrar la plenitud de la vida y el sentido profundo de nuestra historia.

Yo sé muy bien que ustedes lo buscan, lo necesitan y lo esperan cada día. Sé también que El los llama de maneras muy diversas y que repite hoy lo que un día fue diciendo a sus discípulos: "Vengan y Siganme..." Porque es de esta forma directa y personal que Jesús llama siempre a sus colaboradores y amigos. Pueden ser de distintos lugares, edades y condiciones. Algunos son pescadores del lago. Otros son cobradores de impuestos. O campesinos, obreros y letrados. "Ven y Sígueme", dice a todos. Y millones de hombres caminan con Jesús. Y se sienten tan atraídos por su Personalidad y su Mensaje, que no preguntan hacia dónde ni hasta cuándo van con El. En el lago quedan unas barcas

y unas redes. En Cafarnaúm queda un escritorio abandonado. "Ellos lo dejaron todo" para seguirlo. (*Lucas 5, 11.*)

En este tiempo de MISIÓN JOVEN yo quiero repetir en nombre del Señor esta misma invitación a ustedes, jóvenes de nuestra querida Iglesia de Santiago. "Vengan y Siganme". "No son ustedes los que me han elegido. Soy Yo el que los ha elegido a ustedes y los ha destinado para que vayan y den fruto. Y su fruto permanezca". (*Juan 15, 16.*)

Estoy seguro de que ustedes sabrán reconocer a Jesús en medio de su pueblo. Creo, también, que tendrán la fuerza de subir a la montaña para escucharlo; que saltarán de gozo cuando reciban su palabra de bienaventuranza y que recorrerán la Tierra para anunciar Su nombre.

Les dirijo esta carta con toda mi confianza y mi afecto de Pastor y amigo. Tengo la esperanza de que ustedes la conviertan en oración y la pongan en práctica.

Me he extendido ya largamente para presentarles a Jesús, el Señor. No serán muchas las palabras que, como Pastor de la Iglesia de Santiago, les podré dirigir en el futuro. Siento que "estoy terminando una carrera y esperando la corona de la vida". Por eso mis palabras hoy día son las de un padre.

Hijos míos: No rehúyan el llamado del Maestro a caminar con El. No pregunten por qué ni adónde los llama. Corran con El la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de El, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan por ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus Pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del Reino. Pero para poder amar con la intensidad necesaria no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma.

Que la Virgen María, Madre de los jóvenes, los acompañe. Que Ella sea el modelo de todos ustedes.

Reciban mi cariñosa bendición.

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, Fiesta de Pentecostés, 1982

APENDICE
FOTOGRAFICO

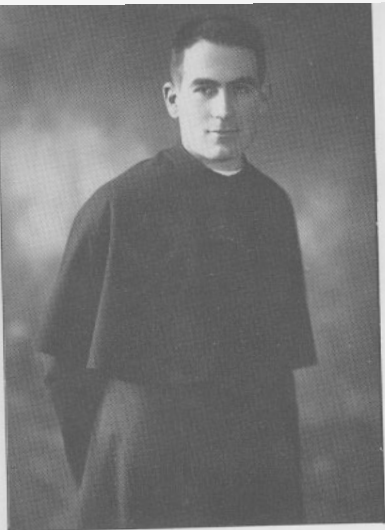
1. El joven sacerdote salesiano, Padre Raúl Silva Henríquez (1939).
2. El Padre Raúl Silva Henríquez junto a su madre, doña Mercedes Henríquez de Silva, después de cantar su primera misa en Talca (agosto de 1939).
3. Es recibido como el Octavo Arzobispo de Santiago.
4. Después de ser investido Cardenal en Roma, de regreso a Chile, es recibido por el Presidente don Jorge Alessandri, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Carlos Martínez Sotomayor, y el Nuncio Monseñor Opilio Rossi.
5. Con el Papa Juan XXIII.
6. Con el Papa Pablo VI.
7. Con el Papa Juan Pablo I.
8. Con el Papa Juan Pablo II.
9. Con el Presidente Jorge Alessandri.
10. Con el Presidente Eduardo Frei para el Te Deum en la Catedral de Santiago.
11. Con el Presidente Salvador Allende.
12. Con el Presidente Augusto Pinochet.
13. Con Monseñor Alvear en Roma, al ser investido Cardenal.

14. Junto al Nuncio Monseñor Angelo Sodano.
15. Con el Cardenal argentino, Monseñor Raúl Primatesta.
16. Con el Presidente de Francia, François Mitterrand* (30 de octubre de 1981).
17. Con el Canciller de Austria Bruno Kreisky.
18. El Cardenal Silva y Monseñor Manuel Larraín realizan la Reforma Agraria en los fundos de la Iglesia (1962).
19. En la inauguración del Templo Votivo Nacional de Maipú (octubre de 1974).
20. Defiende los Derechos Humanos y trabaja por la paz (diciembre de 1978).
21. Dirige la palabra a los católicos de Santiago y hombres de buena voluntad para anunciar el evangelio de Jesús.
22. Preside la eucaristía en la Catedral de Santiago.
23. Junto a los jóvenes en el Festival Una Canción para Jesús.
24. El Cardenal visita poblaciones marginales.
25. Conversando con un obrero.
26. El Cardenal Silva con S. S. Juan Pablo II y Don Egidio Viganó, Rector Mayor de los Salesianos, frente a la estatua de Don Bosco. (Turín, abril de 1980.)

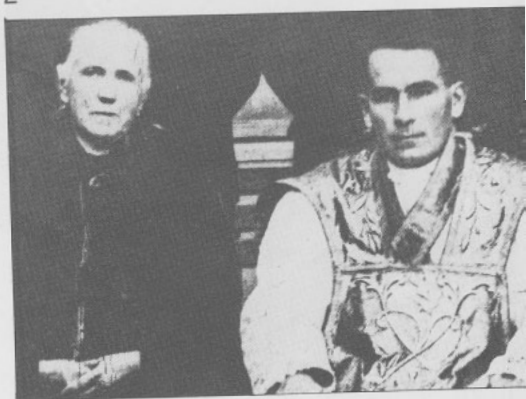
* Servicio Fotográfico de la Presidencia de la República Francesa.

FOTOGRAFIAS

1



2



3

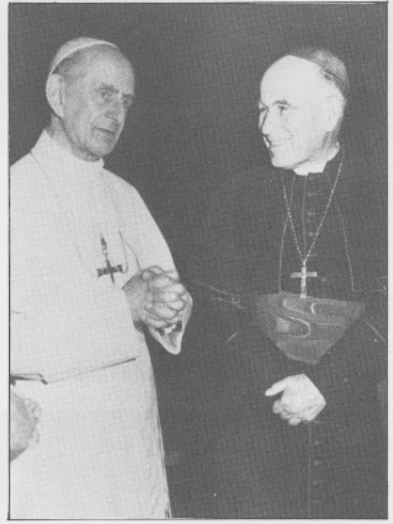


4





5
6



9

10





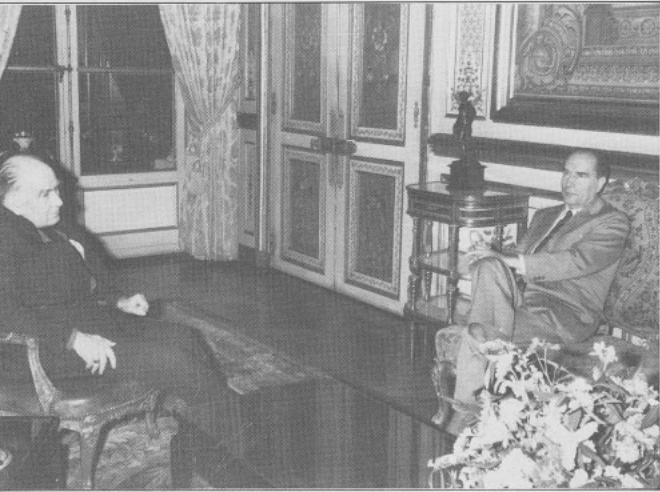
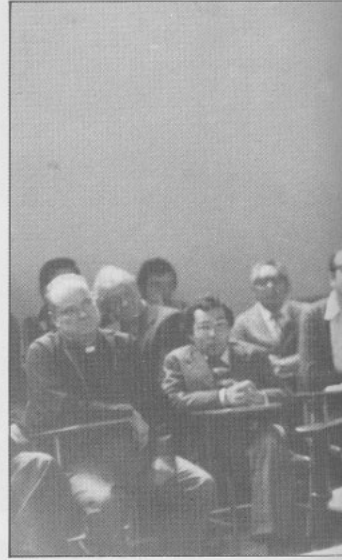
7
8



11



12





umento de tu paz



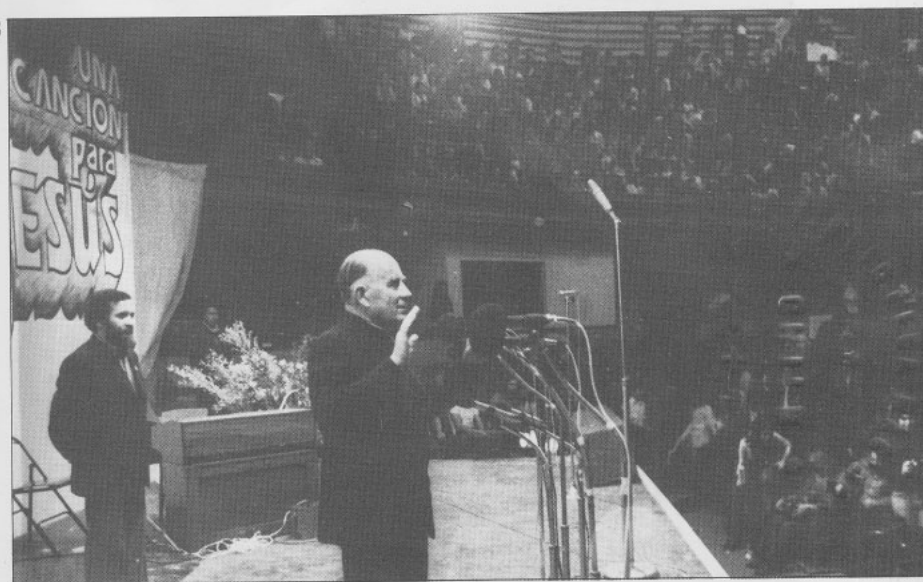
20

21





22



23



24



BIBLIOTECA NACIONAL
 DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS ILUMINOS
 DL
 Ca 7 DIC. 1982 Co
 SECC. CHILENA

